CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS



MADRID 100
ABRIL, 1958

CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS

Revista Mensual de Cultura Hispánica

Depósito legal: M-3.875-1958

FUNDADOR
PEDRO LAIN ENTRALGO

DIRECTOR
LUIS ROSALES

SECRETARIO
ENRIQUE CASAMAYOR

100

DIRECCIÓN Y SECRETARÍA
LITERARIA

Avda. de los Reyes Católicos
Instituto de Cultura Hispánica
Teléfono 24 87 91
MADRID

CORRESPONSALES DE VENTA DE EDICIONES MUNDO HISPANICO

ARGENTINA: Eisa Argentina, S. A. Araoz, núm. 864. *Buenos Aires.*—BOLIVIA: Gisbert y Cía. Librería La Universitaria. Casilla núm. 195. *La Paz.*—BRASIL: Fernando Chinaglia. Distribuidora, S. A. Avenida Vargas, núm. 502, 19 andar. *Río de Janeiro.*—Consulado de España en *Bahía.*—COLOMBIA: Librería Hispania. Carrera 7.ª, núms. 19-49. *Bogotá.*—Carlos Climent. Instituto del Libro. Calle 14, números 3-33. *Calí.*—Unión Comercial del Caribe. Apartado ordinario núm. 461. *Barranquilla.*—Pedro J. Duarte. Selecciones. Maracaibo, núms. 47-52. *Medellín.* Abelardo Cárdenas López. Librería Fris. Calle 34, núms. 17-36-40-44. Santander. *Bucaramanga.*—COSTA RICA: Librería López. Avda. Central. *San José de Costa Rica.*—CUBA: Oscar A. Madiedo. Presidente Zayas, núm. 407. *La Habana.*—REPÚBLICA DOMINICANA: Instituto Americano del Libro. Escofet Hermanos. Arzobispo Nouel, núm. 86. *Ciudad Trujillo.*—CHILE: Inés Mújica de Pizarro. Casilla núm. 3.916. *Santiago de Chile.*—ECUADOR: Selecciones, Agencia de Publicaciones. Nueve de Octubre, núm. 703. *Guayaquil.*—Selecciones, Agencia de Publicaciones. Venezuela, núm. 589, y Sucre, esquina. *Quito.*—REPÚBLICA DE EL SALVADOR: Librería Cultural Salvadoreña, S. A. Edificio Veiga, 2.ª Avenida Sur y 6.ª Calle Oriente (frente al Banco Hipotecario). *San Salvador.*—ESTADOS UNIDOS: Roig Spanish Books. 575, Sixth Avenue. *New York 11, N. Y.*—FILIPINAS: Andrés Muñoz Muñoz. 510-A. Tennessee. *Manila.*—REPÚBLICA DE GUATEMALA: Librería Internacional Ortodoxa, 7.ª Avenida, 12, D. *Guatemala.*—Victoriano Gamarra. Centro de Suscripciones. 5.ª Avenida Norte, núm. 20. *Quezaltenango.*—HONDURAS: Señorita Ursula Hernández. Parroquia de San Pedro Apóstol. *San Pedro de Sula.*—Señorita Hortensia Tijerino. Agencia Selecta. Apartado número 44. *Tegucigalpa.*—Rvdo. P. José García Villa. *La Celva.*—MÉXICO: Eisa Mexicana, S. A. Justo Sierra, núm. 52. *México, D. F.*—NICARAGUA: Ramiro Ramírez V. Agencia de Publicaciones. *Managua.*—Agustín Tijerino. *Chinandega.*—REPÚBLICA DE PANAMÁ: José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones. Plaza de Arango, núm. 3. *Panamá.*—PARAGUAY: Carlos Henning. Librería Universal. 14 de Mayo, núm. 209. *Asunción.*—PERÚ: José Muñoz R. Jirón Puno (Bejarano), núm. 264. *Lima.*—PUERTO RICO: Matías Photo Shop. 200 Fortaleza St. P. O. Box, núm. 1.463. *San Juan de Puerto Rico.* URUGUAY: Eisa Uruguaya, S. A. Calle Obligado, 1.314. *Montevideo.*—VENEZUELA: Distribuidora Continental. *Caracas.*—Distribuidora Continental. *Maracaibo.*—ALEMANIA: W. E. Saarbach. Ausland-Zeitungshandel Gereonstr, núms. 25-29. Koln, 1, Postfach. *Alemania.*—IRLANDA: Dwyer's International Newsagency. 268, Harold's Cross Road. *Dublín.*—BÉLGICA: Agence Messageries de la Presse. Rue du Persil, núms. 14 a 22. *Bruselas.*—FRANCIA: Librairie des Editions Espagnoles. 72, rue de Seine. *París (VIème).*—Librairie Mollat. 15, rue Vital Carles. *Bordeaux.*—PORTUGAL: Agencia Internacional de Livraria e Publicações. Rua San Nicolau, núm. 119. *Lisboa.*

ADMINISTRACION EN ESPAÑA

Avda. Reyes Católicos (Ciudad Universitaria)
Teléfono 248791

MADRID

Precio del ejemplar ... ... 20 pesetas.
Suscripción anual... ... ... 200 pesetas.

Gráficas VALERA, S. A.—Libertad, 20.—Teléfono 21-58-65.—Madrid.

INDICE DEL NUMERO 100 (abril 1958)

ARTE Y PENSAMIENTO

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

Sección de notas:

Sección bibliográfica:

Portada del pintor argentino JOSÉ MANUEL MORAÑA. Otros dibujos de FRANCISCO MATEOS, VENTO y MORAÑA.



ARTE Y PENSAMIENTO

VIDA MADRILEÑA

POR

AZORIN

HACIA LA MITAD del siglo XVII don Juan de Zabaleta (muerto en 1690) publica *El día de fiesta en Madrid.* La obra tiene dos partes; la primera, es una galería de retratos; en la segunda, se habla de los esparcimientos, en Madrid, la tarde del día de fiesta. Vamos a esbozar algunos comentarios.

EL GLOTÓN QUE COME AL USO.

El glotón que nos pinta Zabaleta come tal cual; no se excede.

Cosas que se nombran en este retrato: criadillas fritas, pernil de Extremadura, congrio fresco, asadura, "besugo empanado", gazapos, pollos, perdigones, costillas de adobo, pucheritos de nata. No se habla de lo siguiente: verduras, pastelerías, dulces, confituras, embutidos, pastas. Se nombra una vez el vino; pero no contamos con variedad de vinos. Se mencionan los melones y unas cerezas "descoloridas"; pero no podemos disfrutar de copia y variedad de frutas. ¿Qué laminero es éste? El glotón o tragantón que nos ofrece Zabaleta pertenece a la pequeña burguesía de Madrid; debe de gozar de alguna renta o poseer algún terruño. Le han querido dar un empleo en América y lo ha rehusado; no quiere separarse de Madrid. Va alguna vez al teatro; comenta en la Casa de Conversaciones los sucesos recientes; sucesos ocurridos hace un mes en Francia, en Flandes, en Italia. Lee los periódicos (*Avisos,* de Pellicer, Barrionuevo, Almansa, etc.). No le interesa la política. Su achaque es la glotonía; pero no la exquisita; no cuenta con recursos para la alta cocina. Alguna vez—lo dice Zabaleta—come con algunos amigos en

un bodegón. ¿Y qué piensa de España? Pues que España es España. Nosotros somos nosotros. Rocroi, ¿y qué?

El jugador.

Zabaleta nos presenta, en la primera parte, un jugador; nos vuelve a presentar, en la segunda parte, otro jugador. Vemos, por tanto, en el siglo XVII, en Madrid, dos timbas. Lo raro es que el jugador de la primera parte, antes de las cinco de la mañana, ya está vestido para ir a la casa de juego, y allí encuentra a otros jugadores mañaneros. No lo comprendemos. El juego clásico español es el del monte; el que menos se presta a fullerías es el de la ruleta. Jugadores ilustres han sido Dostoiewsky, Benjamín Constant, Baldomero Espartero. En las casas de juego que nos hace visitar Zabaleta no existe cierto especial oficio. Un jugador está jugando apasionadamente, siente la necesidad de levantarse, y no quiere, no puede, no se atreve a separarse mucho de la mesa. Discretamente, el aludido individuo, proporciona al jugador en un rincón de la sala, que satisfaga su necesidad menor. Esto que pasa en Madrid pasa también en París, en Londres, en Roma, en Berlín. Y un escritor alemán (Ludwig Pfandl), en un libro sobre España, afirma que esto es "característico y sintomático" de nuestro país. Hablan de este oficio—y no con referencia a las timbas, sino al juego en las casas de "personas poderosas"—Liñán y Verdugo, en su *Guía y avisos del forastero en Madrid* (1620). No sé como hoy resolverán este conflicto en las grandes salas europeas: Montecarlo, Biarritz, etc.; pero la fisiología no puede ser contrariada. Pascal dice: "Un hombre pasa su vida entretenido con jugarse una friolera *(peu de chose)* todos los días. Dadle todas las mañanas la cantidad que puede ganar cada día, con tal de que no juegue: lo haréis desgraciado." Jugar es olvidar. ¿Qué hubiera dicho Pascal al encontrarse hoy en París, a las dos de la tarde, en la escalinata de la Bolsa?

El dormilón.

Se levanta de la cama con trabajo y se va vistiendo soñoliento. En realidad, el dormilón es el perezoso. Ninguna pasión, como la pereza, más disculpable; ninguna más nociva. Tiene hondas raíces; lo trastorna todo; abarca desde el aplazamiento en contestar a una carta hasta la demora en librar una batalla. Napoleón, en un día decisivo para él, en un día de verano, retardó por unas horas—a causa del terreno mojado—el comienzo de la batalla de Waterloo (Proudhon, después de estudiar la batalla y de reconocer el campo de Waterloo, afirma que ni el aplazamiento de unas horas, ni el famoso retraso de Grouchy, influyeron en nada; Napoleón antes de ir a Waterloo estaba irremisiblemente perdido). Puede verse este estudio en el apéndice a la traducción española de la *Filosofía del Progreso* (1885).

Diferir, demorar, aplazar, son verbos seductores. Y con el adverbio "luego" no sabemos lo que nos pasa; estamos perplejos. ¿Se piensa en lo que sería la pereza en el torrero de un faro, en el maquinista de un expreso, en el piloto de un avión? Un poeta español, Augusto Ferrán, publicó un libro minúsculo—se puede llevar en el bolsillo del chaleco—titulado *La Pereza* (1871). Es un librito de preciosos cantares. El primero es éste: "Hay una pereza activa—que, mientras descansa, piensa—, que calla porque no vence; que duerme, pero que sueña." Eso es cosa distinta; eso es cosa muy grave; es el ocio creador del filósofo, del artista.

La dama.

Una dama elegante, se entiende. Se levanta y pasa al tocador; saldrá de casa en seguida. En seguida quiere decir dentro de una hora, de dos, de tres; el aliño de su persona es cuidadoso, prolijo. En el tocador tiene, como pieza funda-

mental, una arquita con los afeites, pastas, colores, esencias, mudas, aceites, pomadas, etc., etc. La ropa que se va a poner es ésta: guardainfante o tontillo; sobre el guardainfante, una pollera, con guarniciones de oro; sobre la pollera, una basquiña "con mucho ruedo". Además, un jubón "emballenado". "Ahora entra una ropa hecha de líneas casi invisibles. Un triangulito por la espalda; una cinta por cola; dos circulitos por brahones, y dos castañas por mangas." No hay que olvidar ni el manto, ni, si es invierno, la estufilla de martas. Y no se nos dice algo importante; lo relativo a las medias —capítulo hoy tan considerable—y lo tocante al calzado, otro capítulo de consideración extrema; añadamos un sartal de perlas y unas lazadas de cintas de colores para el pelo. Sentada en un almohadón del estrado estará preciosa.

«Azorín».
Zorrilla, 21.
MADRID

PROGRAMA PRACTICO PARA MONJES

POR

THOMAS MERTON

Recientemente recibido de la Abadía de Getzemaní, en Kentucky, el poema "A Practical Program for Monks", para un cambio de impresiones acerca de su ensayo de una nueva manera, me ha parecido que mi mejor contestación era traducirlo. El poema está aún inédito en inglés, de modo que los lectores de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS *recogen ahora sus primicias. Se ha originado, según mis informes, y como puede verse, de un contacto del famoso escritor y poeta trapense con los poemas y piezas teatrales de Gertrudis Stein, cuya influencia ha sido tan diversa en la poesía y la prosa norteamericana modernas, empezando por su primer discípulo Ernesto Henmigway.*

JOSÉ CORONEL URTECHO.

I

Cada cual sentárase a la mesa con su taza y cuchara, con su arrepentimiento. Cada cual con lo suyo su principal negocio, y ponerle remedio.

Han, sin embargo, descuidado su tazón y su plato.

¿Tienes tú un tenedor de madera?

Sí; cada monje tiene un tenedor de madera como también una patata.

2

Cada cual secárase las lágrimas con su santo, cuando tres campanadas reservan una tarde caliente. Cada cual considere su propio corazón, con su conciencia, noche y mañana.

Otra vuelta a la rueda. ¡Sum, sum! Y obsérvese al Abad.

Tiempo de ir a dormir en un jergón de paja.

3

Pan suficiente a cada cual entre rezos y salmos. ¿Rezarás otro?

Gracias *y* Miserere.

Continuamente atiende tanto al reloj como al Abad hasta la eternidad.

Miserere.

4

Los detalles de la Regla son líquidos y sólidos. ¿Qué monje proclamó la regimentación primero que nosotros? Cuida el paso al bajar.

Sí, padre; tiene razón. Yo le creo. Le creo.

Creo es más fácil cuando se toma agua con hielo y hasta un limón.

Cada cual puede sentarse a la mesa y mirar su conciencia.

5

¿Podemos convenir que lo de la naranja es lícito?

En todo caso, mejor tener ovejas que pavos reales y una vaca que un leopardo encadenado, dice Modesto en uno de sus proverbios.

El monasterio, con un bote de remos comunal, es la antecámara del cielo.

Ciertamente esto debiera de bastar.

6

Cada cual puede tener algo de lluvia después de vísperas una tarde caliente, mas ne quid nimis, *porque el propósito de la Orden se olvidaría.*

Te enviaremos jacintos con un perfumado milenio.

Cuanto produce el monasterio da gusto verlo y venderlo por nada.

Huele bien lo salido del horno. Y la señal de Dios está en

todas las hojas, sin que se vea, en el jardín. Los árboles de frutas allí están de propósito, aun cuando nadie esté mirando. Pon nada más las manzanas en la cesta.

En Kentucky hay lugar, además, para un poco de queso.

Cada cual doblaría su servilleta sin ocuparse de las otras.

La lluvia está siempre en silencio de noche, bajo tan mansas catedrales.

Bueno, ya me he ocupado de la lámpara. Miserere.

¿Tienes un santo, un ángel?

Gracias. Aunque las noches nunca son peligrosas. Tengo una cosa de todas.

Thomas Merton.
Abadía de Getzemaní.
(KENTUCKY, EE. UU.)

REFLEXIONES SOBRE LO PURO Y LA PUREZA A LA LUZ DE PLATON

POR

PEDRO LAIN ENTRALGO

Si hubiese que elegir el adjetivo más prestigioso de nuestro idioma—y, *mutatis mutandis*, de todos los idiomas cultos—, pocos habría capaces de disputar la palma al vocablo «puro». Para designar el modo de la razón que él juzga más excelente, un filósofo hablará de la «razón pura»; para ensalzar la calidad de un alma, el hombre de la calle la llamará «alma pura»; «¡Qué amarillo más puro!», dice a veces el beato de Van Gogh ante los girasoles del pintor holandés; «¡Qué línea más pura!», hay que exclamar ante una cerámica de Cumella; y el poeta, ¿ha dejado de sentir en su corazón el inmenso prestigio de la «poesía pura», aunque se halle—o crea hallarse—de vuelta de «purismos»? El cigarro «puro» es el monarca de los cigarros; el bicarbonato de sosa «químicamente puro» pretenderá siempre ser el príncipe de los bicarbonatos... Por todas partes asoma la excelsitud de nuestra idea de «lo puro». No puede extrañar al hombre actual que el Evangelio corone todas esas altísimas estimaciones de la pureza, prometiendo la suma recompensa a los «puros» o «limpios» de corazón (*Mt.*, V, 8). Puro, limpio, nítido, neto, terso, incontaminado, incólume, íntegro, inmaculado, impoluto, intacto, sano: he ahí una serie de sinónimos cuya pronunciación—grave o irónica, igual da—nunca se halla exenta de cierta sutil actitud venerativa.

Y siendo esto así, ¿no valdrá la pena meditar un poco acerca de lo que es y debe ser «lo puro»? En tal empresa vamos a emplearnos, a la sombra ilustre y fecunda de Platón. «Cercano ya a su muerte—escribe Olimpiodoro—, Platón tuvo un sueño: mudado en cisne, volaba de árbol en árbol, y daba así mucho trabajo a los pajareros que querían cazarle con liga. Simmias el Socrático dedujo de ello que Platón sería inaprensible para los que luego intentasen interpretarle; cuando persiguen el pensamiento de los antiguos, los intérpretes, en efecto, se parecen a los pajareros.» Conforme al viejo símil de Olimpiodoro, vamos a ser pajareros de Platón y de la pureza, dos aves egregias. Procure-

mos que las dos vengan a nuestras manos sin gran pérdida de plumas.

I. ¿Qué son lo puro y la pureza? Más precisa, más acuciantemente: ¿qué son lo puro y la pureza de la realidad humana? Tres parecen ser los métodos iniciales para responder con alguna seriedad a esas interrogaciones: la etnología, la historia y la reflexión fenomenológica. La etnología nos ilustraría acerca de la idea de «lo puro» en las sociedades y formas de vida que solemos llamar «primitivas»; la historia, por su parte, nos haría conocer las diversas vicisitudes que esa idea ha ido sufriendo a lo largo del tiempo, hasta la actualidad. Sólo después de haber recorrido esos dos largos caminos podríamos emprender sin ligereza la tarea de construir una teoría descriptiva y sistemática de «lo puro».

Asomémonos volanderamente al sugestivo campo de la etnología, y extraigamos de él, sin más preámbulo, la lección que nos da. No es liviana. Basta un rápido examen de la vida «primitiva» para advertir, en efecto, que en ella lo puro—y, por tanto, lo limpio—posee una indudable condición sacra. La pureza del hombre, cuya expresión más sensible e inmediata se da en la limpieza, es el estado que le hace semejante a los dioses y la condición para presentarse dignamente ante ellos. Quien ha quebrantado la ley moral—quien ha cometido un crimen, quien ha tocado objetos impuros u objetos prohibidos, «tabús», según su nombre técnico—es un hombre impuro, manchado, y necesita purificarse para entrar en comunión con la divinidad. Esto es, para alcanzar la forma más excelsa de la vida humana, porque tal excelsitud ha sido siempre concebida, hasta por quienes se llaman ateos, como una armoniosa relación con lo divino. Para el primitivo, «puro» o «limpio» es, en el sentido fuerte de estas palabras, el hombre que dignamente puede tratar con Dios.

Nada más incitante que perseguir a lo largo de la historia este sublime pájaro de la pureza y discernir las varias figuras con que ha sido visto. No es posible en tan poco espacio. Harto será que lleguemos a percibir los matices del pensamiento acerca de «lo puro» en uno de los hombres que más profundamente han determinado la historia del problema que ahora nos ocupa: el divino Platón.

II. El tema de la «purificación»—de la *kátharsis* o «catarsis», según su tan conocido nombre griego—ocupa un lugar esencial

en el corazón mismo del pensamiento platónico. Una serie de estudios recientes lo ha demostrado con largueza (1). La idea que de la vida teorética tuvo Platón—y, por tanto, su idea acerca de nuestro conocimiento de la verdad de las cosas—es por completo indisoluble de su concepción de lo puro y la pureza. No sería ilícito decir, apurando un poco la expresión, que con su ingente obra intelectual Platón se propuso, ante todo, la meta de enseñar a los griegos—y, por extensión, a todos los hombres—a ser real y verdaderamente *katharoì*, «puros» o «limpios». Así considerado, Platón habría sido un colosal higienista filosófico y religioso. Lo cual nos lleva sin demora a la faena de distinguir con limpieza los varios sentidos con que la palabra *kátharsis*—«catarsis», «purificación»—es usada en los escritos platónicos.

Esos sentidos son, por lo menos, cinco: 1.° En su acepción más neutra y cotidiana, «catarsis» es para Platón, como para todo el pueblo griego, la «limpieza» o «purificación» de los objetos materiales sucios: la tierra potásica (*litron*) sirve para la «catarsis» de las manchas del aceite y polvo (*Tim.*, 60, *d*); la criba es instrumento para la «catarsis» del grano (*Tim.*, 52, *e*), etcétera. *Katharós*, «puro», es en tal caso el cuerpo que se halla exento de todo lo que no es él mismo: oro «puro», vino «puro». 2.° Según otra acepción igualmente tradicional y popular, «catarsis» es un concepto religioso: la «purificación» a que obliga el ingreso en un lugar sagrado o la «lustración» ritual y punitiva de quien se ha manchado con algún crimen. Más que suficiente será leer, a título de ejemplo, la frecuente referencia de las *Leyes* a los ritos catárticos de carácter religioso. 3.° «Catarsis» o purificación es también, en varios escritos platónicos, un concepto estrictamente médico. Como en tantos lugares del *Corpus Hippocraticum*, la «catarsis» es ahora el intento de «purgar» al cuerpo de los humores o las impurezas que en él son causa de enfermedad. La administración de un purgante—valga este ejemplo—es un acto de «catarsis». Todavía hoy llamamos «medicamentos

---

(1) Además de la ya clásica *Psyche*, de ROHDE, deben ser mencionados los siguientes estudios: A. J. FESTUGIERE, *Contemplation et vie contemplative selon Platon* (París, 1936); P. BOYANCÉ, *Le culte des Muses ches les philosophes grecs* (París, 1937); G. VAN DER VEER, *Reiniging en Reinheid bij Platon* (Utrecht, 1936); E. R. DODDS, *The Greeks and the Irrational* (Berkeley and Los Angeles, 1951); L. MOULINIER, *Le pur et l'impur dans la pensée des Grecs* (París, 1952); FR. PFISTER, art. *Katharsis*, en «Pauly-Wissowa», Suppl. VI, 146-162; H. FLASHAR, *Die medizinischen Grundlagen der Lehre von der Wirkung der Dichtung in der griechischen Poetik*, en «Hermes», 84 (1956), 12-48; W. ARTELT, *Studien zur Geschichte der Begriffe «Heilmittel» und «Gift»* (Leipzig, 1937).

catárticos» a los purgantes. Eso significa el término en *Tim.*, 72, *c*; 83, *d*, *e*; 86, *a*, y 89, *a*, *b*; en *Rep.*, III, 406, *d*; en *Leg.*, I, 628, *e*; etc. 4.º La «catarsis» que define y propugna el *Fedón* —que el alma se libre o «purifique» del cuerpo mediante el ejercicio de la vida teorética (2)—es, en cambio, un concepto rigurosamente filosófico. Dos imperativos determinaron esa sutil y extremada elaboración platónica de la vieja catarsis religiosa y popular: uno, de carácter religioso (salvar la realidad de los dioses y de «lo divino en nosotros»), y otro, de índole intelectual, a la vez metafísico y antropológico (garantizar la realidad de las cosas, puesta en cuestión por la sofística, y entender en qué consiste la pureza del *nous* o mente del hombre). 5.º La palabra «catarsis» es empleada por Platón, en fin, con un sentido a la vez ético, psicológico y médico, cuando habla de las «enfermedades del alma» y de la manera de tratarlas.

No será inoportuno señalar el doble vínculo que traba en unidad esas cinco acepciones de la *kátharsis* platónica. Entre todas ellas hay, en primer término, un nexo formal y externo, porque todas aluden a la «pureza» o «limpieza» de algo. Pero también hay—y esto es lo decisivo—un nexo profundo, radical, afincado en el fundamento mismo de la realidad a que cada una de ellas se refiere: el carácter sacro o divino de lo verdaderamente «puro», sea la naturaleza cósmica, la contemplación de las ideas o la armonía anímica del hombre que vive según la justicia. Podría decirse sin falsedad que la *kátharsis*, tan diversa en los escritos de Platón, es en ellos «divinamente una», y esto hace que sea analógico—y no meramente metafórico, como a veces se ha dicho—el empleo de un mismo vocablo para designar cosas en apariencia tan distintas entre sí como el lavado de un mueble, un rito lustral y el conocimiento filosófico. Bajo el juego verbal y conceptual de la metáfora hay en este caso verdadera analogía, la analogía que los escolásticos denominan «intrínseca».

De las cinco acepciones antes señaladas, las tres primeras eran tópicamente griegas en tiempo de Platón, en contraste con las dos últimas, tan entera y originalmente platónicas. Platón fué, en efecto, el primero en hacer del alma el sujeto de la «purificación» o «catarsis» (3). «La *kátharsis* y los agentes catárticos de

(2) Cuantas veces hablamos de «razón pura», «conocimiento puro», etcétera, nuestras expresiones tienen detrás, sepámoslo o no, la *kátharsis* del *Fedón* platónico.

(3) La expresión *kathairein ten psykhén* aparece por vez primera en el círculo socrático (Jenofonte, Platón). Ha de pensarse, pues, que Sócrates debió de ser su inventor. Hasta él, para decir que algo distinto del

la medicina y la adivinación—dice Sócrates en el *Cratilo*—..., todo ello no parece tener más que una virtud: hacer al hombre puro de cuerpo y de alma» (405, *a*, *b*). Pero aquí está el problema. ¿En qué consiste eso de ser «puro de alma»? La pureza del cuerpo se obtiene mediante los medicamentos y los baños higiénicos y lustrales. ¿Cómo se consigue, en cambio, la «pureza» del alma? Y, sobre todo, ¿qué ha pasado en el alma de quien se ha sometido a la *káthars*is que Platón propugna?

Tratemos de recoger y ordenar el sutil, matizado y disperso pensamiento platónico acerca del tema. El *nous*, la mente, «lo divino en nosotros» (*Crat.*, 396, *b*), es puro por sí mismo; por tanto, no tiene necesidad de *kátharsis*. Pero el hombre es a la vez *nous* y cuerpo viviente; si se quiere más precisión, el hombre es a la vez mente o *nous*, cuerpo y alma o *psykhé*, entendiendo por ésta la vida del cuerpo individual y el principio de esa vida. De lo cual se desprende que el hombre viviente sólo podrá ser «puro» mediante la «catarsis» de su cuerpo y de su alma. «Purificar el alma»: tal es la nueva consigna (4). ¿Cómo cumplirla?

La respuesta que Platón va a dar a esta urgente e ineludible pregunta tiene dos hitos principales. El primero de ellos se halla constituído por uno de los más hermosos diálogos de la madurez del filósofo, el *Fedón*; el segundo aparece en dos diálogos de su maravillosa, de su joven y buscadora senectud: el *Sofista* y el *Filebo*.

III. Todos conocen la bella y patética escena del *Fedón*. En la prisión de los Once, pocas horas antes de morir, Sócrates conversa con sus discípulos y trata de convencerles de que el verdadero filósofo debe desear la muerte, porque «el hombre cuya vida ha sido empleada en la filosofía está lleno de una firme y dulce esperanza en el momento de morir» (63, *e*).

No debo seguir aquí el curso del razonamiento socrático; sí he de consignar, en cambio, su tajante y resuelta conclusión: la hostilidad contra el cuerpo. El cuerpo, he ahí el enemigo de quien aspire a la perfección. El alma piensa y vive del modo mejor, dice Sócrates, «cuando no le sobreviene turbación alguna, ni del oído,

---

cuerpo era impuro en el hombre, los griegos usaban la palabra *phren*. En la famosa inscripción de Epidauro, donde se manifiesta, parece, una preocupación moral, se lee *phronein*, y en Eleusis se trataba de *gnomen kathareúein* (cf. MOULINIER, op. cit., pág. 329).

(4) Quede intacta la cuestión de si los órficos y los pitagóricos hablaron expresamente de ese *kathairein ten psykhén*.

ni de la vista, ni por obra del dolor, ni por obra del placer» ; esto es, cuando «aislada en sí misma en cuanto puede, rompiendo todo comercio con el cuerpo, aspira a lo real» (65, *c*). La «demencia del cuerpo» (67, *a*), impregna al alma del mal (66, *b*) ; y así, tanto más perfecto será un acto humano cuanto menos corporal haya conseguido ser, cuanto más intensa y ampliamente participe de la pureza exenta y cimera de la mente, del *nous*. De ahí que nos hallemos más próximos al verdadero saber y más penetrados por la esperanza de la felicidad allende la muerte, «cuando no tengamos con el cuerpo sociedad ni comercio alguno, a menos de necesidad ineludible, cuando no estemos contaminados por su naturaleza y nos hallemos, por el contrario, puros o limpios del contacto con él» (67, *a*).

Volvamos ahora a nuestra interrogación anterior: ¿Cómo cumplir la consigna de «purificar el alma»? ¿Cómo el hombre puede ser real y verdaderamente «puro», con pureza más radical que la otorgada por baños, lustraciones y fumigaciones? La respuesta se adelanta hacia nosotros: será el hombre puro, alcanzará la pureza más adecuada a su específica naturaleza, cuando sepa renunciar al cuerpo, desatar el alma de él y menospreciar todos los placeres de que la envoltura corporal es instrumento (65, *a*). Habían dicho los órficos que el cuerpo es la prisión del alma: *soma, sema*. Platón da un paso más, y afirma sin ambages que el cuerpo humano es la mancha o contaminación del alma, la causa de su mal, la realidad que impide al alma ser «pura». ¿Qué habrá de ser entonces la purificación, la *kátharsis* del hombre? He aquí el célebre texto del *Fedón*: «Purificarse es... habituar al alma a dejar la envoltura corporal, a retraerse sobre sí misma desde todos los puntos del cuerpo y a vivir tanto como pueda, en las circunstancias actuales y en las venideras, sola consigo misma, desatada de los lazos del cuerpo como si éstos fueran sus cadenas» (67, *c*, *d*).

Permítaseme aquí la expresión de un penoso recuerdo personal. Ante esas palabras hermosas y tremendas, por fuerza tiene que venir a mi alma la imagen de un gran comentarista del *Fedón*, fraternal amigo mío. Veo y oigo otra vez a Angel Alvarez de Miranda, trabajado ya por la enfermedad, leer el quinto ejercicio de su oposición a la cátedra de Historia de las Religiones. Su tez está pálida, su lengua seca, su mirada es alta, clara y encendida. Con voz todavía firme, va recitando de memoria, sin un fallo, el texto griego de la famosa definición platónica. Fiel e infiel, a la vez, a este Platón cruel y sublime que ahora nos habla, su alma empezaba el terrible ejercicio de purificarse, no desatándose volunta-

riamente del cuerpo, como Platón propuso, sino aceptando con heroísmo íntimo y silencioso que el cuerpo se fuese separando lentamente de ella. Aquella viviente rectificación suya de la sentencia platónica era—¿verdad, amigos?—su mejor comentario al *Fedón*.

Obsérvese la doble e inexorable consecuencia de esta primera visión platónica de la pureza. Desde un punto de vista psicológico, la vida humana va a sufrir una enorme reducción: si de veras quiere ser puro el hombre, afirma Platón, debe renunciar a toda su vida sensorial, salvo en aquello que sea de necesidad ineludible. Una dulce pregunta a Platón: ¿cuándo la vida sensorial no es, durante la existencia terrena, una necesidad ineludible? Desde el punto de vista ético, el hombre se ve forzado a la soledad y al desdén; su vida ha de ser, preceptivamente, desdeñosa soledad. No lo invento yo: el filósofo, enseña el *Fedón*, debe vivir en constante desdén del cuerpo y de lo sensible; el «desdén», la *oligoría*, viene a ser así uno de los imperativos esenciales de la vida «pura», y tanto la valentía como la templanza no parecen merecer su título de virtudes si no se ejercitan, ante todo, en el menosprecio de cuanto al cuerpo atañe (68, *c*, *d*). Y con el desdén, la soledad. Próxima ya la hora suprema de Sócrates, le pregunta Critón: «¿Que órdenes nos das, a estos o a mí, con respecto a tus hijos o en relación con otra cosa cualquiera? Por complacencia para contigo, eso, Sócrates, sería nuestro quehacer principal.» A lo cual responde el maestro: «Cuidad de vosotros mismos, y todo será por vuestra parte un complaciente obrar por vosotros mismos y por lo mío, aunque hoy no hubiésemos convenido nada» (115, *b*). Ahora bien: una existencia individual, cuyo mandamiento supremo es el escueto «cuidado de sí mismo», ¿no es una existencia forzada a realizarse en desdeñosa soledad? Pensador solitario y desdeñoso, hostil contra su cuerpo y cuidadoso de sí mismo: tal es el hombre «puro», según la doctrina del *Fedón*.

IV. Pero la mente de Platón no podía quedar encerrada dentro de los límites de tan estrecho y rígido antisomatismo. Apenas compuesto el *Fedón*, comienza a ser matizada o revisada su rigurosa enseñanza. De lo que el cuerpo comunica o transmite al alma, ¿hay algo que no sea radicalmente impuro? La relación del cuerpo con el alma, ¿es para esta última sólo contaminación y causa de desorden? El bien del hombre, ¿debe excluir todo lo corporal? La renovada discusión del problema del bien va a orientar a Platón hacia metas nuevas y no tan extremosas e inhumanas.

Trátase de la cuestión siguiente: el bien del hombre, ¿es el placer, como algunos sostienen, o es el conocimiento racional, la *phrónesis*? Tan grave cuestión, esbozada en el libro VI de la *República* (505, *b*), va a ser ampliamente discutida en el *Filebo*, y obliga a Platón a elaborar su delicada tesis del «placer puro».

Para exponerla, siquiera sea en apretada sinopsis, utilicemos la sutil diferencia semántica que en castellano existe entre dos expresiones aparentemente iguales: «puro placer» y «placer puro». Puro placer: el placer que no es más que placer. Placer puro: el placer humano a cuya índole pertenece la pureza. Tan somera discriminación basta para advertir que el bien del hombre no puede consistir en «puro placer». Ni un placer somático exento de conocimiento racional, ni un conocimiento racional frío, desprovisto de placer, pueden constituir el bien del hombre. El «bien vivir» no puede ser sino «mezcla» de placer y conocimiento; debe ser, con palabras del propio Platón, «vida mixta bellamente ordenada» (61, *b*). Lo cual nos plantea por modo inmediato el problema de averiguar la índole de los placeres convenientes a esa bien ponderada «mezcla» de placer y conocimiento racional que es la vida perfecta.

Al término de las oportunas precisiones que el buen método impone, Platón nos da su respuesta. Dice así: tales placeres son los «placeres puros». No el «puro placer», pues, sino el «placer puro»; con otras palabras, aquél «cuya ausencia no es penosa ni sensible, y cuya presencia nos procura plenitudes sentidas, gratas y exentas de dolor». De tal condición son, por ejemplo, «los placeres que nacen de los colores que llamamos bellos, de las formas y de la mayor parte de los perfumes y sonidos» (51, *b*). Estos placeres son «puros» en dos sentidos: se hallan, por una parte, exentos de dolor, a diferencia de los «placeres impuros»—Platón lo explica muy graciosa y desenfadadamente con el ejemplo del placer de rascarse—(5), en los cuales el dolor nunca falta; y son, por otro lado, dignos de entrar en la constitución de una existencia humana verdaderamente «pura» o «limpia», dotada de la «pureza» del alma que exigen de consuno la perfección de la vida teorética y un trato no impío con los dioses.

¿Cómo, entonces, puede ser «puro», en este sentido platónico,

(5) No es un azar que la discusión del *Fedón* comenzara con el análisis que Sócrates hace del placer que le produce rascarse la pierna en las zonas donde la opresión de la cadena había sido más sensible. Para razonar su primitiva hostilidad contra el cuerpo, Sócrates elige deliberadamente el análisis de un placer «impuro».

el placer de contemplar un paisaje? La contemplación visual de la realidad sensible ofrece constantemente el goce de placeres impuros, no muy distantes del que pueda otorgar el cosquilleo; estos son los únicos que saben percibir las gentes vulgares. Pero junto a tales placeres otros menos fáciles y más altos deben ser capaces de sentir los hombres tan inteligentes y avisados como este Protarco, a quien se dirige la advertencia socrática: «de lo que yo hablo—dice Sócrates—es de líneas rectas y de líneas circulares, y de las superficies y de los sólidos que de ellas provienen, con ayuda ya de giros, ya de reglas y escuadras... Tales formas son bellas, no relativamente como otras, sino siempre bellas, bellas en sí mismas, por naturaleza, y encierran en sí placeres en modo alguno comparables al cosquilleo; bellos son también los colores de este tipo, y fuente de placeres» (51, *c, d*). No parece inoportuno relacionar estas precisiones de *Filebo* con el célebre texto de la *República*, en que se describe la percepción del mundo de la caverna por los que han vuelto a ella después de haber conocido el beneficio de la luz. Y tampoco será improcedente relacionarlas, trayendo las cosas hasta nuestro mundo, con el credo estético que confiesan y defienden el cubismo y el arte abstracto. Cuantos sienten un placer visual «puro» contemplando la pintura de Juan Gris, Picasso y Mondrian, tienen sobre sus ojos y sobre su frente, acaso sin saberlo, el alto patronazgo del divino Platón.

También el sentimiento de la buena salud, realidad necesariamente somática, aunque no todo en ella sea armonía del soma, se halla en esencial conexión con estas fruiciones a la vez corporales y puras (63, *e*). Todo lo cual nos permite llegar, sin más rodeos, a la conclusión que ahora importa; a saber: la estimación positiva del cuerpo en estos diálogos de la senectud del filósofo, frente a la cerrada hostilidad que contra el cuerpo descubrimos en el *Fedón*. Hay, en suma, goces corporales no menesterosos de purificación; el cuerpo, en cuanto tal, no mancha o impurifica al alma; y así hasta de los placeres impuros o «mezclados»—ni siquiera el exquisito placer de la ciencia deja de serlo, porque la «sed de saber» y el dolor de olvidar lo que antaño se supo ponen en él una veta de ansiedad penosa (52, *a*)—, hasta de esos placeres «impuros» es posible extraer algo que no sea impureza o causa de desorden. Digámoslo con la nueva y brillante fórmula de Platón: la regla de la vida perfecta es «una suerte de ordenanza incorpórea para el gobierno de un cuerpo bellamente animado» (64, *b*).

El cuerpo ha dejado de ser el gran enemigo. A la vez, la pure-

za del alma deja de exigir el desdén y la soledad, y se aviene mejor con la melancolía y la compañía. El desdén se hace melancolía cuando la mente del filósofo llega al ápice de su complejidad y su sutileza. ¿No enseñó Aristóteles que el humor melancólico es el más favorable para la excelencia del hombre en la educación, en la política y en la filosofía, cuando alcanza un estado equidistante del excesivo calor y el excesivo frío? (*Problem.*, 954, *a*, *b*.) No debió de ser otro el temple de ese humor en el Platón del *Filebo*. La soledad, a su vez, deja de ser soledad aislada y se trueca en soledad acompañada. «Estar solo, aislado e inasociado—dirá Sócrates al término del diálogo—no es ni posible ni provechoso»; y así «el mejor compañero será siempre el que, conociendo todo lo demás, nos conozca también a cada uno de nosotros lo mejor posible» (63, *b*, *c*). Es ésta la poblada soledad de la madurez intelectual, la sonora y acompañada soledad que tan nítida y bellamente definía Xavier Zubiri en su ensayo sobre Hegel: «Quien se ha sentido radicalmente sólo es quien tiene la capacidad de estar radicalmente acompañado. Al sentirme *solo* me aparece la totalidad de cuanto hay, en tanto que me falta. En la verdadera soledad están los *otros* más presentes que nunca». Soledad lúcida y conviviente. «Tengo a mis amigos — en mi soledad»; escribió, también sutil y melancólico, nuestro Antonio Machado.

La pureza, enseña ahora Platón, no es el menosprecio filosófico del cuerpo, ni es el instante cuidado de sí mismo en desdeñosa soledad; es la divinización del hombre (*Theaet.*, 176, *a*, *b*) a través de una esforzada, ordenada y armoniosa vida de su alma y su cuerpo en la verdad y en la belleza. De ahí que la corrección punitiva y la palabra educadora o formativa—la palabra que por una parte demuestra y por otra encanta y persuade—sean, según el *Sofista* (229, *d*; 230, *d*), los dos máximos recursos para la real purificación del alma. *Dià tou lógou kátharsis*, «purificación por la palabra», dirá siglos más tarde un escritor neoplatónico.

V. Hemos descubierto dos platonismos bien distintos entre sí: el platonismo del *Fedón* y el del *Filebo*. ¿Quién no advertirá la larga y honda huella de uno y otro en la historia de Occidente? La idea de la pureza que el *Fedón* proclama va a ser—aunque a veces ellos no lo sepan—la norma rectora de los utopistas, de los evadidos, de todos los que en nombre de un mundo ideal combaten absoluta y maniqueamente contra el mundo sensible y, por tanto, contra el cuerpo. Si, como enseñó Ortega, «yo soy yo y mi circunstancia», el cuerpo es la instancia circunstanciante de mi in-

dividual realidad; y así acaece que un yo tan enemigo del cuerpo como el del «puro» del *Fedón* no pueda ser otra cosa que un yo sin circunstancia, un alma constantemente proyectada hacia el mundo posible y creído de la utopía, y viceversa, que el yo del verdadero utopista no pueda eludir el menosprecio de su realidad corporal. Noble, áspera e imposible manera de buscar y practicar la pureza.

Bien distinta es la que propugna el *Filebo*. Si aquélla es la pureza del hombre en evasión, del utopista, esta otra es la pureza del hombre en situación, del hombre «situado» o «circunstanciado». Suprímase de la palabra «situado» el retintín social, casi siempre irónico y peyorativo, con que suele usársela, y quedará, limpio y expresivo, el sentido con que yo la empleo ahora. Bien o mal situado, a favor o en contra de su circunstancia, el «situado» cuenta con ella, y en ella, contemplativamente unas veces, si es intelectual, reformadoramente otras, si, además, es hombre de acción, discierne—como Sócrates en el *Filebo*—lo que es puro y lo que no lo es.

Mas no olvidemos que entre el puro a la manera del *Fedón* y el puro al modo del *Filebo* suele insinuarse, antiplatónicamente, la falsa pureza del que llamaré «seudoutopista aprovechado». No es el puro salteador de caminos; es el hombre que disfraza de pureza su honda, firme y decisiva vocación de vivir «bien situado». Necesita, por tanto, de un ideal bajo forma de utopía; mas no para combatir denodadamente contra el cuerpo y la circunstancia, como el «puro» del *Fedón*, sino para realizar en ésta con buena apariencia—así proceden los *salauds* de Sartre—su avidez inmediata de bienes corporales, llámense estos lucro o poder.

Platón divino e inmarcesible, siempre joven Platón. Para los griegos—ha escrito Zubiri, glosando una sentencia del gran filósofo (*Rep.*, VI, 484, *b*)—, el ámbito de la mente es el «siempre». Fiel a su propia exigencia, Platón vale siempre y sigue siendo actual; y no sólo para los filósofos de oficio, mas también para los que hemos de movernos en los distritos suburbanos del saber, y aun para todos aquellos que en cualquier actividad o profesión, aunque ésta no sea de orden intelectual, quieren vivir inmunes al adocenamiento. Por eso me ha parecido que no sería del todo impertinente en estas páginas una sencilla meditación platónica acerca de lo puro y la pureza.

Pedro Laín Entralgo.
Lista, 11.
MADRID

EL INVENTOR Y LA ACTRIZ

POR

WILLIAM SAROYAN

I

En la casa de enfrente vivía un niño con sus dos hermanas, mayores que él. Unas veces sentía afecto por ellas y otras pensaba que era la mayor desgracia que pudiera haberle sucedido, porque tenían la costumbre de meterse en su jardín, como si también perteneciera a ellas.

Se llamaban Shehady de apellido, y al niño le llamaban Paddy sus hermanas. Paddy llamaba a la hermana mayor Bellie, lo cual ella detestaba, pues su nombre era Belle, y llamaba a la otra hermana Daze, si bien, por supuesto, su verdadero nombre era Daisy.

Belle se solía emperejilar con los vestidos usados de su madre, y preguntaba entonces si se parecía en algo a Ava Gardner, o a Marilyn Monroe, o a alguna de las otras mujeres que había visto últimamente en el cine, y, naturalmente, nunca lograba parecerse a ninguna de ellas. Se parecía siempre a Bellie, que no se parecía en absoluto a la idea que en tierra de Dios cualquier cristiano pueda tener de lo que medio puede ser una muchacha. Y, sin embargo, ella no pensaba en otra cosa: ser una muchacha, una muchacha grande, una gran muchacha, grande como Ava Gardner.

Un buen día Paddy llegó al jardín y dijo:

—Jim, ¿a que no sabes lo que va a ser Bellie?

—¿Cómo quieres que lo sepa yo?—contestó Jim—. Siempre le sorprendía y le molestaba el modo que Paddy tenía de echarse de pronto encima de uno y espetarle alguna pregunta tonta con su voz chillona y nerviosa. En una o dos ocasiones en que Jim estaba pensando en algo que inventar, la voz de Paddy le había hecho dar un brinco; pero en los últimos tiempos, en particular desde hacía un año, había dejado de dar brincos y, por otra parte, de molestarse tan siquiera.

—Actriz—dijo Paddy—. Va a dedicarse al teatro. Daze no se va con ella.

Jim estaba quitando la seca envoltura negra de las nueces que habían caído del árbol del jardín. Una vez que les quitaba la envoltura ya podía partirlas con un martillo. Eran nueces du-

ras; pero una vez abierto el grueso cascarón, la carne del interior, dispuesta de manera tan perfecta que nadie hubiera podido jamás imaginarse cómo lo había hecho, cómo a nadie se le hubiera podido jamás ocurrir tal cosa, era la cosa que mejor sabía del mundo. Por esta razón valía la pena de que Jim se tomara tanto trabajo y se manchara las manos de negro con la piel de las nueces. El árbol era viejo. Daba muchísimas nueces. En la cochera quedaban aún algunas de hacía dos o tres años. Su madre habló en cierta ocasión de usarlas para encender el fuego, había tantas y nadie las comía, pero Jim le dijo que las quería él. El iba a limpiarlas y a comérselas; pero, naturalmente, nunca llegó a hacerlo, y alguna vez que otra su madre quemaba alguna que otra nuez. Daban un fuego muy bueno, pero a él no le gustaba que las quemaran. Las cosas no se queman así como así.

—¿Qué estás haciendo?—dijo Paddy.

—Limpiando estas nueces—respondió Jim.

Paddy había visto a Jim limpiarlas docenas de veces, pero hacía siempre la misma pregunta, como si Jim estuviera en realidad buscando el modo de saber cómo estaban hechas; el de inventar algo que le convirtiera en uno de los hombres más ricos del mundo. Jim contestaba siempre como si se tratara de una pregunta nueva.

—¿Quieres que te ayude?

—Bueno; pero te vas a manchar las manos.

—No importa.

Paddy Shehady se sentó bajo el árbol del jardín de Jim y comenzó a despellejar una nuez.

—¿Cuántas más te quedan?—quiso saber Paddy.

—La cochera está medio llena casi—dijo Jim.

—¿Y las vas a limpiar tú todas?

—Bueno, limpiaré algunas y las pondré aparte—dijo Jim—, y luego, cuando quiera partirlas las encontraré limpias y en condiciones. Si las partes sin despellejar no las puedes partir bien y desperdicias la mayor parte de lo de dentro.

—¿Puedo partir ésta y comérmela?—dijo Paddy.

—Claro que sí—respondió Jim—. Pero no te vayas a lastimar la mano.

2

Paddy se había lastimado ya dos veces la mano, una de ellas de tal modo que la señora de Shehady tuvo que venir al jardín —no había bastante con que las dos niñas y el niño vinieran a

todas las horas, sino que, por si fuera poco, tenía que venir también la madre—y ella pretendía que Jim le dijera qué había hecho Paddy para lastimarse así la mano. Jim se lo había dicho, y entonces ella había preguntado si la madre de Jim estaba en casa; él le había dicho que no, y entonces ella le había preguntado unas doscientas cosas más y la buena señora se quedaba allí horas y horas sin dejarle ir a ocuparse de sus asuntos. Era una mujer grande, casi tan grande como los forzudos que había visto en las atracciones de la feria el verano anterior, pero que estaba más bien gorda. Al mismo tiempo era nerviosa y siempre se estaba preguntando cuándo el coste de la vida iba a bajar al nivel de antes.

Un día Jim oyó que la señora de Shehady preguntaba a su madre acerca de esta cuestión, y su madre contestó que ella no sabía, lo cual no sacó de dudas, ni con mucho, a la señora de Shehady, y la señora de Shehady se quedó largó rato sin que se le ocurriera nada que decir. Cuando vino por lo de la mano lastimada de Paddy, Jim le dijo que Paddy se había lastimado la mano cascando nueces. Ella quiso saber entonces si Jim había empujado a Paddy o algo por el estilo y Jim se molestó y dijo que no solamente no había empujado a Paddy, sino que le había enseñado a Paddy una docena de veces cómo cascar una nuez sin lastimarse la mano.

Pero Paddy se lastimaba siempre la mano, un poco por lo menos. La vez que se lastimó de verdad se puso en pie de un salto, chillando y pataleando y diciendo: "¡Me he machacado la mano;. me he machacado toda la mano!" Se puso a sacudirla y a dar saltos de un lado para otro y a correr describiendo circunferencias, y al cabo se descompuso y se echó a llorar amargamente, jurando, acusando a Jim, echándole la culpa y, por último, echó a correr hacia su casa. No tenía que correr demasiado lejos y Jim pudo oír cómo le lloriqueaba a la madre y cómo la madre le decía toda clase de tonterías para calmarle el dolor y hacer que se olvidara de él.

—Ya no volveré a lastimarme la mano—decía Paddy ahora—. Ella va a ser como Ava Gardner; eso dice, ¿sabes? Toda empaquetada así, reclinándose sobre pieles de tigre y todo eso. Ahora está reclinada sobre el linóleo.

—¿Qué linóleo?

—En la cocina—dijo Paddy—. Ensayando. Como no la dejan en el recibidor tiene que ensayar sobre el linóleo. Tiene una caja vacía de Quaker Oats y la utiliza como almohada. Hace que Daze

le diga cosas de modo que pueda ella ensayar y decir cosas a su vez igual que hace Ava Gardner.

Paddy puso la nuez que había limpiado—aunque no la había limpiado del todo bien—sobre un guijarro tan grande como una berenjena grande y la sujetó cuidadosamente con dos dedos. Luego tomó el martillo y Jim vigiló cada movimiento que hacía para impedirle que se volviera a lastimar la mano caso de que pareciera que iba a hacerlo otra vez. Paddy dió con el martillo en la nuez y la rompió; pero no por la mitad, ni tampoco a lo largo de la costura, como Jim le había repetido tantas veces que era el lugar adecuado donde debía golpear con el martillo. La nuez estaba machacada, y Paddy se había lastimado los dedos un poquito, pero no mucho, no lo bastante como para ponerse a dar saltos y a llorar. Paddy dejó caer el martillo, cogió la nuez aplastada con la mano derecha y sacudió la otra hasta que le dejó de doler. Luego pasó lo que quedaba a su mano izquierda y comenzó a escoger entre los despojos algo que fuera comestible. Jim partió también una para que Paddy no comiera solo, y Paddy dijo:

—Bellie no quiere llegar a ser una persona que no sea bella y famosa. Quiere ser también rica y refinada. Dice que si ensaya un poco cada día puede llegar a conseguirlo. Ha hecho que Daze entre y salga de la cocina diciéndole cosas, como hacen los criados, como hacen los hombres que van a visitar a Ava Gardner, como su viejo padre, como su pobre hermana y como todo el mundo, y de este modo Bellie puede reclinarse allí en el linóleo y decirle a su vez cosas a ella.

—¿Qué es lo que Daze le dice?—dijo Jim.

—Bueno, ya sabes—replicó Paddy—. Tenía que haber alguna vez en que Ava o uno de los otros dijera a su propia madre: "No quiero volver a verte en la vida", y todo lo que a la anciana madre se le había ocurrido había sido suplicarle que volviera a casa. Se sentían solas o algo de eso. Bueno, Daze entra y dice: "Oh, hija mía, vuelve a casa. ¡Te necesitamos!" Y entonces Bellie le contesta: "Hace tres años me echaste a rodar por el mundo. No quiero volverte a ver jamás", y cosas por el estilo.

—Voy a partir ésta para ti—dijo Jim—. Partió la nuez limpiamente en dos mitades y después cascó cada mitad de modo que se pudiera aprovechar por completo lo de dentro. Se lo alargó a Paddy y partió otra para sí mismo.

—Se va a dedicar al teatro—dijo Paddy—. Me ha mandado a que pregunte si puede usar la cochera como escenario.

—¿Qué cochera?—preguntó Jim.

—Esta cochera—respondió Paddy—. Nosotros no tenemos cochera. No tenemos más que el cobertizo de las herramientas que está lleno de trastos viejos. ¿Puede usar ella vuestra cochera como escenario?

—¿Cuándo?—dijo Jim.

—Bueno—dijo Paddy—, ahora, supongo yo. Estorba al paso en la cocina y mi madre no quiere. Tiene que dar un rodeo por no pisarla y a veces se detiene y se pone a escuchar las cosas que las dos se dicen. Bellie dice que no puede ensayar con mamá allí de plantón, todo el tiempo desaprobando. ¿Voy a decírselo?

—Claro que sí—dijo Jim.

Paddy se puso en pie y salió corriendo hacia la casa de enfrente.

3

La mayoría de las veces estaba bien tenerles por vecinos, pero de cuando en cuando le parecía que era la peor desgracia que jamás le pudiera haber sucedido, porque no podía rehusarles nada ni pedirles que dejaran de venir con tanta frecuencia, y esto suponía que, con la misma frecuencia, tenía que dejar de pensar en las demás cosas en que pensaba siempre, mayormente sus inventos. Ahora, sin embargo, sentía deseos de ver a las hermanas de Paddy, sobre todo a Bellie, ensayar para aparecer en el teatro.

Volvió a la cochera a echar al lugar una última ojeada y ver si conseguía imaginarse cómo podía aquello servir de escenario. En un extremo había una docena o más de cajones que habían contenido manzanas, llenos de nueces negras; en el otro extremo había algunos muebles viejos y rotos, unos pucheros y cacerolas y unos cajones con revistas, libros y otras cosas dentro.

Se encontraba en la cochera cuando Paddy asomó la cabeza y dijo:

—¡Quiero saber si puede entrar, Jim!

—Claro que sí—dijo Jim.

Entonces Paddy, Bellie y Daze entraron uno a uno en la cochera. Bellie venía toda ataviada de negro y trataba de aparentar ojos grandes, tristeza y ensueño como Ava Gardner o una de las otras, y Daze se había parado junto a ella, admirándola por un lado, y, por el otro, no sabiendo qué hacer con ella.

—Bien—dijo Bellie—, este es el sitio, como yo pensé, Jim.

Esta es mi habitación, como puedes ver. Yo estoy reclinada sobre una piel de tigre, rica. Pero estoy triste porque tengo muchísimo dinero y no tengo hijos. Ahora, mientras yo permanezco descansando aquí, alguien va a llamar a la puerta. Va a ser un hombre que ha oído hablar de mí. Yo digo: ¿Sí? Entonces tú entras, Jim.

—¿Yo?—dijo Jim—. Deja que lo haga Paddy. Yo me siento aquí a limpiar más nueces y miraré cómo lo hacéis.

—Siempre saldría mucho mejor si lo hicieras tú, Jim—dijo Bellie—. Daisy será mi doncella. Si deseo ver mis tigres, ella irá a buscármelos; si deseo comer unas nueces de la China, ella me las traerá en una bandeja de oro.

—Yo me sentaré aquí y os vere—dijo Jim.

—¿Puedo ponerme en este sofá viejo?—dijo Bellie.

—Claro que sí—dijo Jim.

Bellie se tendió en el sofá y se puso triste. Sin abandonar su tristeza dijo:

—Tú te quedas ahí de pie, Daisy, y esperas a que yo pida los tigres. Tú te vas fuera, Paddy, y cuando pase un minuto llamas a la puerta.

—¿Qué digo al entrar?—dijo Paddy.

—¿Es usted la famosa Madame Antoinette de la Tour?

—Está bien—dijo Paddy—. ¿Y qué digo después?

—Bueno—dijo Bellie—, tú dices eso, y entonces, cuando yo diga lo que diga, tú dices lo que yo diga que te haga que digas. Ya sabes cómo se hace. Bien; empecemos.

Paddy Shehady salió de la cochera. Bellie Shade, como ella prefería llamarse, se puso en trance y Daze se quedó de pie detrás del sofá, tratando de tomar la cosa en serio.

Paddy llamó a la puerta.

—¿Sí?—dijo Bellie Shade.

Paddy entró:

—¿Es usted Madame Antoinette de la Tour?—dijo.

Bellie Shade le contempló un momento con tristeza y después, poniéndose más apenada que nunca, dijo:

—Yo soy.

Paddy miró a Jim, pero Jim no le sirvió de ayuda alguna. Jim no miraba más que a Bellie y, por tanto, Paddy miró a Daze, pero Daze tampoco le sirvió de ayuda. Daze parecía como si estuviera en el funeral de un niño chico, por lo que Paddy tuvo que mirar a Bellie otra vez.

—He venido desde Arabia para veros—dijo Bellie Shade a su hermano Paddy que dijera.

—He venido desde Arabia para veros—dijo Paddy.

—¿De qué parte de Arabia?—dijo Bellie Shade con tristeza.

Ahora si que no se le podía echar a Paddy la culpa por no saber qué decir a continuación, pero allí estaba él, sintiéndose mal por no saber de qué parte de Arabia había venido y no atraviéndose, al mismo tiempo, a destruir la sensación de ambiente.

—Bagdad—susurró Bellie Shade.

—Bagdad—dijo Paddy.

—Eso está muy lejos—dijo Bellie Shade con gran pena—, «porque, como sabéis, esto es París, y entre París y Bagdad hay una gran distancia».

—Sí que la hay—dijo Paddy—. Ahora estaba sintiéndose en su papel y lo único por ver era qué tal haría de hombre de Bagdad. «Pero he llegado bien»—prosiguió.

—¿Tuvisteis un viaje agradable?—dijo Bellie Shade.

—Vine en tren—dijo Paddy.

—Confío en que dormiríais bien durante el trayecto.

—Yo dormí bien—dijo Paddy—. Confío en que dormiríais bien durante el trayecto, usted también.

—Yo he estado aquí todo el tiempo—dijo Bellie—. No he vuelto a viajar desde que Chuck tuvo el duelo. He permanecido siempre en París, aquí, en este castillo solitario, con mis recuerdos.

—¡Oh!—dijo Paddy.

Pensó rápidamente y tuvo una idea.

—¿Cómo está Chuck?—dijo.

—Muerto—dijo Bellie.

—¿Cómo está su padre?

—Muerto.

—¿Tiene hermanos?

—Sí; tiene un hermano pequeño—dijo Bellie.

—¿Cómo está?

—Se está muriendo—dijo Bellie—. Dejó caer su mano lánguidamente hacia el lugar en que se encontraba Daze.

—Marie—dijo—, traeme, por favor, mis tigres. Me siento sola.

—Sí, Madame—dijo Daze.

Daze se puso a cuatro patas y, dando la vuelta al sofá, vino a los pies de Bellie Shade, quien miró a sus tigres con tristeza. Dejó caer la mano sobre la cabeza de Daze.

—Mis pobres tigres solitarios—dijo Bellie.

—Bueno—dijo Paddy—, me parece que me tendré que volver a Bagdad.

Bellie Shade se incorporó de pronto, como horrorizada.

—¡Esperad!—exclamó.

—Es un poco tarde—dijo Paddy—. Se tarda mucho tiempo en regresar a Bagdad.

—¡Esperad, esperad!—exclamó Bellie—. ¡No me abandonéis!

—¿Por qué no?—dijo Paddy.

—Yo también me estoy muriendo.

—¿Es de algo contagioso?—dijo Paddy.

—¡No, no!—dijo Bellie—. Vos no corréis peligro. Es sanitario.

—¿Qué es lo que tiene usted?—dijo Paddy.

—El corazón partido—dijo Bellie.

—Debería usted avisar a un médico—dijo Paddy.

Salió rápidamente. Deze dejó de ser dos tigres, se puso de pie y se dirigió a Jim.

—Bellie quiere ser famosa—dijo—. Lo hace muy bien, ¿no crees tú?

Bellie Shade estaba aún representando; muriéndose aún del corazón. Paddy regresó y la miró un momento.

—¿Quién es Chuck, Bellie?—dijo.

—¡Bellie Shade, Paddy! ¿Quieres dejar de llamarme Bellie?

—Bueno; como tú quieras, ¿quién es Chuck?

—Cualquiera—dijo Bellie—. Un hombre en el drama.

—¡Oh!—dijo Paddy.

Salieron todos al jardín, bajo el viejo nogal.

Jim se sentó en el suelo y se puso a despellejar una nuez. Paddy se sentó a su lado y luego lo hicieron Bellie y Daze. Pasaron el resto de la tarde limpiando y cascando nueces, comiéndoselas y hablando del teatro y de la vida. Era casi de noche cuando la señora de Shehady atravesó la callecita y vino a buscarlos y a pararse un momento a charlar con Jim.

—¿Cómo está tu mamá?—dijo.

—Está muy bien, gracias—dijo Jim.

—¿Dónde está?—dijo la señora de Shehady.

—Bueno: aún no ha regresado del trabajo—dijo Jim.

—¿En el almacén?

—En la oficina *de los almacenes—dijo Jim.*

—Siempre se me olvida—dijo la señora de Shehady. Casa Wal-

pole. Son además los mejores almacenes de la ciudad. Dile que yo he estado preguntando por ella.

—Sí, señora—dijo Jim.

Después todos desaparecieron en lo oscuro.

Jim hizo un montoncito con las pieles y las cáscaras, las puso en una caja y llevó la caja a la chimenea del salón de estar, tratando mientras tanto de pensar en algo útil que inventar. No eran más que las cinco y ya estaba oscuro. Su madre no regresaría a casa hasta cerca de las seis y media. Encendió el fuego en la chimenea y se sentó junto a la ventana, mirando a la casa de enfrente, a la gente que había en la casa.

El señor Shehady había ya vuelto a casa de su trabajo en la Southern Pacific y la señora de Shehady los tenía todos a la mesa en el comedor. Estaba sirviendo sopa en unos platos y poniendo los platos uno por uno delante de cada uno de ellos.

Eran una familia buena y él los quería: el padre, pequeño y sensato; la madre, grande y nerviosa; el hijo, simple, y las dos hijas, la que quería hacerse actriz y ser famosa, y la que no sabía lo que quería hacer.

La mayoría de las veces estaba bien tenerlos de vecinos en la casa de enfrente, pero alguna que otra vez cuando él trataba de imaginarse algo complicado o maravilloso que inventar, y ellos le rodeaban con sus modales extraños, se convencía de que la mayor desgracia que jamás le había sucedido era que ellos se metieran en su vida.

«Tengo que inventar algo», pensó Jim, pero no podía apartar de su imaginación a Bellie Shade el tiempo necesario para pensar en algo.

—Quienquiera que la inventara a ella*—pensó—, con seguridad que debió llevarse una buena sorpresa.*

Traducido de la revista *The Atlantic Monthly,* por Aquilino Duque. Alfonso XII, 30. Sevilla.

AMOR SOLO

POR

GERARDO DIEGO

ALEGRIA

La alegría en el mundo, la celeste
alegría en el aire, la alegría.
Nada hay que no anhele y no sonría,
nada que no aventure y que no apueste.

La veleta es saeta. En trance. Agreste.
Mírala cómo afila su porfía.
Qué fija está en el hierro que chirría,
cómo se clava, esclava, en su nordeste.

Golondrinas tempranas, van las manos
persiguiéndose quiebros, roces, planos
por balcones, campánulas, deslices.

Los labios, desatados, no regresan,
se olvidan ya, ya ni siquiera besan.
Dejan eso a los ojos, más felices.

SE MAS FELIZ QUE YO

Sé más feliz que yo, cantaba Arolas,
cantaba sin cesar como las olas
del mar que peña y niña salpicaba:
Sé más feliz que yo.
Un amor imposible, una ternura
sin salida hasta entrar en la locura,
en la noche sin alba. Y murmuraba:
Sé más feliz que yo.

Yo no sé qué distancia hasta la raya
habré de recorrer, hasta la playa
donde bate ese mar. Y voy rezando:
Sé más feliz que yo.

Voy rezando mi férvido estribillo.
Cuanto más hondo clava en mí el cuchillo,
más te acaricia mi susurro blando:
Sé más feliz que yo.

«No. Yo no puedo ser feliz», me dices.
Y yo, fábula viva de infelices,
a viva fuerza de quererte, lucho:
Sé más feliz que yo.
Lucho e insisto a ver si te convenzo
como a la primavera, y quiero y venzo
a viva fuerza de quererte mucho:
Sé más feliz que yo.

Quiero quererte sin rozar tu boca.
Sólo en tu oído romperá esta loca,
desvariada ola, azul, perdida:
Sé más feliz que yo.
Duerme a su arrullo en paz dichosa, duerme,
queriéndome querer y sin quererme,
que ella te canta siempre: Duerme, olvida...
Sé más feliz que yo.

MIS LABIOS

A veces cuando hablo, tú a mi lado
miras la forma de mis labios pura,
sigues las alas de su curvatura,
me las vas modelando, grado a grado.

Yo te siento y mi vuelo apasionado
en tu brisa se apoya y a la altura
por rampas espirales sube, y jura
—sin mirarte—tu soplo enamorado.

Mis labios serios de inocencia aprendes
y en uno de sus pliegues—ni se nota—
te escondes—tan levísima—, te tiendes,

tan sin peso, sin lastre. Arriba, arriba,
labios de corazón: la gaviota
y su sombra en el mar a la deriva.

TANTALOS

Estoy lleno de tántalos.
No soy yo el tántalo, no; son ellos, ¿cuántos?,
diminutos, hormigas, himenópteros,
subterráneos, mineros, voladores,
nupciales: tantos tántalos
que la piel me electrizan, que se empujan
al borde de mis propios labios.

Y no son frutas, no, ni agua en el cáliz
transparentando el oro
lo que ellos, abrasándose,
bebieran o mordieran.

Gota a gota, poro a poro,
liliputienses tántalos asoman,
alfilerean las yemas de mis dedos,
cabalgan resbalando mis pestañas,
desmelenan antorchas por mis labios.
Y yo quieto, tantálico,
sin poder sacudírmelos, raérmelos,
tántalos que no saben
lo que es la seda, el zumo, la dulzura,
el dormir consolados.
Tántalos del suplicio,
tantos y tantos mártires o tántalos.

EL ARCOIRIS

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba...
... el corazón deshecho destilaba.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.

Ayer tarde, mi bien, cuando te hablaba,
tan triste y tan lejana te sentía
sin saber consolarte en tu amargura,
que al despedirme bajo el aguacero
mi corazón deshecho destilaba.
Al buscar mi refugio solitario
rozando opacidades transparentes,

oí decir a mi espalda: el arcoiris.
Y volví la cabeza. Era verdad.

Un arcoiris, turbio aún, gigante,
convaleciente en lecho de negrores,
prometía a las almas esperanza.
Tú, bajo el techo, no supiste el signo,
pero algo de consuelo, algo de cielo
descendió hasta tu frente, iluminándola
de pálidos matices besadores.

El arcoiris es espectro y arco
y la flecha invisible al blanco apunta,
es ella la luz blanca, la unitaria
y dardeando el corazón.
Escucha:
Por la sangre se empieza, el rojo vivo;
sigue el anaranjado, aroma intenso
que en fiebre de amarillo nos enferma.
El verde, el campo, la esperanza. Arriba
los ojos, al azul del cielo.
Húndete ahora en el añil del mar,
que la muerte violeta nos espera.

CELOS

Yo nunca supe, amor, lo que eran celos.
Viví en el sí o el no. Tinieblas, luces,
sobre mis hombros alas, alas, cruces,
cruces de pesadumbre por los suelos.

Y ahora ya son mis huéspedes anzuelos
que el paladar me rasgan, que de bruces
me arrastran por la rampa, a contraluces
de cegueras, ahogos, anticielos.

Tengo celos, de celos me consumo,
celos de un velo azul, celos del humo
nacidos de unos labios que yo amo,

celos de unas tristezas sin poema

y de este verso mío que se quema
porque abates tus ojos al reclamo.

A LA LUZ DE LAS ESTRELLAS

A la luz de las estrellas
quiero rimar un romance,
un romance que las cuente,
un romance que las cante:

a la luz de las estrellas
porque la del sol deshace
y la de la luna miente
girándulas en el aire.

Es de noche. Todo calla.
Duermen los niños, los ángeles
se cierran, cuelgan los pájaros
en las ramas de los árboles.

(Duermes tú, doncella. Solas,
tus olas sueñan con naves,
se alzan, deprimen despiertas
sin que las contemple nadie.)

Navega la noche alta
sus profundos altamares,
y allá arriba las estrellas
no pueden dormir, no saben,

aunque abaniquen por turno
sus pestañas de azabache.
Ay, si cerraran los ojos
todas en el mismo instante.

Yo solo, desde mi huerto,
aspiro mis azahares.
Ay, quién me dijera a mí
que iba a estudiar para arcángel.

(Duermes tú, que no estudiabas,
te duermes entre tus ángeles.

Ay, quién me ha mandado a mí
conocerte, enamorarme.)

Esa luz de esas estrellas
es la luz de otras edades.
Por eso rompe tan triste
en las playas de mi carne.

Esa luz de esas estrellas
me está cantando en su cante,
que después que yo me muera
subiré a sus soledades.

Y la lumbre de mi alma
que ahora en mis párpados bate,
librará por los espacios
toda su pena diamante.

Esa luz de esas estrellas,
ahora sin luna y sin nadie,
me está bañando de siglos,
me está besando de ángeles.

(Duermes tú, duermen las nubes
sus sueños de tempestades.
Velan entre mil estrellas
la tuya y la de mi madre.)

CLARA

Desde hoy te llamaré Clara.
Claras serás, mi Chiarina,
mi náyade cristalina
en el agua verde, avara.

El aire es quien te declara
y quien te ampara es el suelo;
para mí sólo y sin velo
serás Clara, Clara, Clara.

Dentro de ti, luz de Eva
transparentas, tu luz nueva,
tu claridad hecha beso.

Clara la bien encendida,
tú eres lumbre de mi vida.
Te llamo Clara por eso.

Gerardo Diego.
Covarrubias, 9.
MADRID

EL SENTIDO DEL HEROISMO QUIJOTESCO

POR

LUIS ROSALES

La conducta de los Duques en la segunda parte del *Quijote* no es tan siniestra y cruel—ni tan distinta de la conducta de los restantes personajes—como viene afirmándose, y para comprobarlo indagaremos hasta qué punto la estancia en el palacio es episódica o esencial para el despliegue de la personalidad de Don Quijote. Todos los incidentes de una fábula deben contribuir al desarrollo de la acción principal (1). Esta es la medula de la cuestión que va a ocuparnos y no quejarse o condolerse por gateamiento alguno. Deshonra estriba en más que en besarla durmiendo. Para enjuiciar estos capítulos preciso es comprender a Don Quijote en su humana y profundísima complejidad. Carece de sentido convertirle en El Caballero del Ideal—como es uso y costumbre—, y una vez hecha esta inútil y filosófica operación, considerarle poco menos que intocable y sagrado. Don Quijote no es Amadis; Don Quijote padeció humillaciones porque tenía que padecerlas para ser Don Quijote. La humillación es el supuesto previo de su heroísmo. Este es el punto de partida de todo entendimiento de su carácter. Así, pues, y para no seguir amontonando, una vez más, tópico sobre tópico, vamos a analizar, en primer término, qué valor tiene en su vida la humillación.

Si Don Quijote hubiera encontrado en sus andanzas comprensión en lugar de encontrar resistencia, no sería Don Quijote. Con episodios como el de Marcela, el de las bodas de Camacho o el encuentro con el caballero del Verde Gabán puede hacerse una novela pastoril y evasiva, pero no un libro como el *Quijote*, donde se enfrentan y se aúnan idealidad y realidad (2). La lucha con el

(1) Dice SCHELLING: «La idea absoluta de Don Quijote es la lucha del ideal contra la realidad que domina la obra entera a través de las más diversas variaciones. A primera vista el hidalgo y el ideal parecen derrotados, pero ello sólo es aparente, pues el triunfo absoluto del ideal es el que se desprende del conjunto de la obra.» Cit. por C. Real de la Riva. Crítica de la obra de Cervantes (pág. 136).

(2) La incomprensión que don Diego de Miranda siente por Don Quijote fué finalmente observada por Azorín. «Y éste es un contrate que presta el hondo, el trascendental interés a esta página. En esta casa el mismo espíritu de orden, este mismo apego al método en todas las cosas diarias, este mismo bienestar sólido, silenciosamente gustado, hacen nacer en sus moradores un íntimo, un suave egoísmo. No quiero que interpretéis ahora malamente esta palabra. Doña Cristina, Don Diego, Don Lorenzo, son ex-

medio ambiente es un supuesto previo del heroísmo quijotesco y, por tanto, todos los personajes de la novela han de cumplir esta función y evidenciarla con palo, escarnio y risa. Repito, pues, que un Don Quijote que no sufriera humillaciones no sería Don Quijote, pues la burla es justamente la aureola de su espiritualidad y en arrostrarla estriba la mejor parte de su heroísmo. Implica bien inútil sensiblería extrañarse y dolerse de la actitud que necesariamente han de tener con él todos los personajes de la novela. Burla burlando, el enojo de los comentaristas frente a los Duques me recuerda aquel cuento, que parece cervantino y no lo es: «Hablablan dos recién casadas de sus achaques y fatigas, y una de ellas, ya embarazada, decía a la otra con quejumbre y melindre: —Pero no veis qué es lo que ha hecho mi marido conmigo.» Y qué otra cosa debía hacer.

El arcaísmo de sus armas, la longura del cuerpo, la edad y el extravío general de su figura, ayudan a que la sola contemplación del caballero promueva a risa. Por hilar delgado, es frecuente en los críticos olvidar que la intención evidente que ha tenido Cervantes al concebir a Don Quijote es caracterizarle de tal modo que nos resulte al mismo tiempo interesante, espiritual, regocijado y ridículo, y así le monta sobre un caballo o caballejo (llamado Rocinante porque había sido rocín antes de ahora) y le enjareta unas armas encartonadas, quiméricas e inservibles. Es indudable que su finalidad ha sido *disfrazarle* de caballero para después, y muy a su sabor, demostrar que el hábito no hace al monje y que la verdadera caballería no se sustenta sobre abolorios y zarandajas. Cuanto más ridícula sea su presencia y más insólita su conducta, más pondrá de relieve que todo señorío radica en la nobleza de alma y no requiere linajes, privilegios ni añadiduras. Sobre la distensión entre el señorío y el ridículo está montada toda la maravilla del *Quijote* (3), y pretender atenuar esta oposición es enmendarle la

celentes ciudadanos; cumplen bien sus deberes; se portan lealmente con sus amigos; son afables; son discretos. Pero tal vez algo que salga del ambiente pacífico y cordial de esta casa, les sorprende; acaso ellos no pueden tolerar una audacia, un contrasentido, una impetuosidad, una acción local y generosa que de pronto eche abajo todo nuestro método cotidiano y todas nuestras pequeñas voluptuosidades, todas nuestras previsiones, toda nuestra lógica prosaica.» Azorín. *Con Cervantes*. Col. Austral (pág. 23).

(3) Este contraste entre lo ridículo y lo sublime del quijotismo alcanza en el vencimiento del caballero su más patética expresión. El de la Blanca Luna, «poniéndole la lanza sobre la visera le dijo: vencido sois caballero, y aun muerto si no aceptáis las condiciones del desafío». Don Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, *como si hablara dentro de una tumba*, con voz debilitada y enferma, dijo: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y no es bien que mi flaqueza de-

plana a Cervantes y cambiar por un plato de lentejas el sentido de la novela. Admiración y risa son las reacciones que su protagonista despierta en nosotros, y en el rescoldo de la risa, precisamente, tenemos que encontrar el mundo de valores encarnado por él. ¿Cómo no habían de reírse los Duques de nuestro andante caballero si una de las características esenciales del quijotismo es provocar la burla? (3 bis). Para enjuiciarles rectamente lo que importa no es saberles reidores: es *descubrir si detrás de su risa no hay algo más que escarnio*. Y esto—hoy por hoy—no ha interesado descubrirlo a nadie, aunque es el nudo de la cuestión.

Así, pues, las humillaciones infringidas a Don Quijote son un supuesto necesario para el montaje de su carácter. El quijotismo no consiste en derrotar ejércitos y enamorar doncellas (éste sería más bien el heroísmo de Amadís o de don Galaor), sino en la idea-

---

fraude esta verdad. ¡Aprieta caballero la lanza y quítame la vida, pues me has quitado la honra!» (VI, 325).

La situación vital de Don Quijote no corresponde a la apariencia. Don Quijote no se encuentra en peligro de muerte, pues el combate ha sido de tramoya, pero la acepta antes que deponer *su fe de vida*. La amenaza de la lanza del caballero de la Blanca Luna es una burla necesaria para poner de relieve la inquebrantable espiritualidad de Don Quijote. La risa se le debía pasear al Bachiller Sansón Carrasco por el cuerpo mirando su agonía, como decía Lope.

«*De culebra que pensamo*
mordé a María lo pié,
duro riamo, duro riamo!
je, je, je.»

(3 bis) Aun para el mismo autor, las expresiones duras e injustas con sus héroes son bastante frecuentes en Cervantes. «Teniéndolos por locos les dejaron y se recogieron a sus aceñas y los pescadores a sus ranchos. Volvieron a sus bestias y a ser bestias Don Quijote y Sancho.» (VI, 396). «Venid, muchachos, y veréis el asno de Sancho Panza más galán que Mingo y la bestia de Don Quijote más flaca hoy que el primer día (II, cap. 73). Aunque la frase se refiere a los animales Rocinante y el rucio, es indudable que Cervantes ha buscado el equívoco.

Cómo me he de quejar en mi dolencia
si el amo y escudero o mayordomo
son tan rocines como Rocinante.
(Prólogo. 1.ª parte.)

Nadie podrá negar que Cervantes se pasa también de la raya al enjuiciar y zaherir a sus personajes. Ello ha servido para que Rodríguez Marín pueda decirnos «que en el no ver en su héroe las exquisitas sublimidades que vemos ahora, Cervantes era uno de tantos hombres de su tiempo.» Y a renglón seguido carga la mano refiriéndose «a los que hemos relevado y descubierto lo mejor del tesoro del gran libro de Cervantes», para terminar diciendo que no se considera comentarista, sino colaborador de Cervantes en la creación del *Quijote* (nota 443). Algo tocadas del pensamiento de Unamuno están estas palabras. Los extremos se tocan. Pero, Señor, ¡hasta cuándo vamos a seguir los cervantistas codeándonos con Cervantes!

lidad de sus hazañas, en la manera de arrostrarlas y, sobre todo, en la manera de conllevar la repetida humillación de sus fracasos. Recordemos a nuestros lectores que Don Quijote sólo gana muy contadas batallas, y aun éstas en la primera parte de su historia, cuando aún está indeciso su carácter, pues la aventura del Caballero de los Espejos queda en suspenso: no es más que un primer acto. Hacia el final de la novela, cuando es más evidente la conciencia técnica cervantina, se acumulan las humillaciones y nuestro héroe es derrotado por el caballero de la Blanca Luna, pisoteado por los cerdos, golpeado por Sancho y escarnecido por los Duques (4). En modo alguno pueden considerarse casuales estos hechos: sirven para fijar definitivamente la personalidad del caballero y, además, crean el clima apropiado para llegar de modo gradual al desenlace de la novela.

Repárese en que la idealidad de Don Quijote no estriba, en muchas ocasiones, en el carácter de sus empresas, sino en la intención que le mueve a emprenderlas (5). Suele entenderse a Don Quijote como un puro idealista, y esto es verdad sólo hasta cierto punto. Con notable agudeza dice Menéndez y Pelayo que «lo que desquicia a Don Quijote *no es el idealismo*, sino el individualismo anárquico. Un falso concepto de la actividad es lo que le perturba y enloquece, lo que le pone en lucha temeraria con el mundo y hace estéril toda su virtud y esfuerzo» (6). En efecto, su proceder va más lejos de lo debido en ocasiones, como en el encuentro con los disciplinantes o en la aventura del yelmo de Mambrino, en las cuales *su valor no se justifica por el sentido, sino por el esfuerzo* (7). Aquí no es oro todo lo que reluce, pues como le dice con gravedad el bachiller Alonso Pérez: «Harta desventura ha sido topar con vos, que vais buscando aventuras» (8). A consecuencia del

---

(4) El capítulo de la segunda parte narra la única aventura ducal, que no se encuentra justificada y que, además, es de mal tono.

(5) «En lo esforzado del propósito y no en lo puntual del conocimiento está el héroe.» UNAMUNO (*Ob. cit.*, pág. 90).

(6) M. MENÉNDEZ Y PELAYO: *Estudios y discursos de crítica literaria* (I. 320).

(7) A través de toda la primera parte, Don Quijote, a pesar de su nobleza y elevadas miras, es un peligro para la sociedad: «acomete y hace daño a viajeros inofensivos, llegando, a veces, casi a matarles, y pone a los criminales en libertad.» ALEXANDER A. PARKER, *El concepto de la verdad en el Quijote* (Ob. cit., pág. 297).

(8) «Yo soy un caballero de la Mancha, llamado Don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaziendo agravios. —No sé cómo pueda ser eso de enderezar tuertos, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los días de su vida; y el agravio que en mí habéis deshecho ha sido dejarme agraviado de manera que me quedase agraviado para siempre, y harta desventura ha sido topar con vos, que vais buscando aventuras.»

encuentro prosigue su viaje el bachiller con una pierna rota. En el segundo caso la agresión de Don Quijote no obedece, ni siquiera imaginariamente, a motivos ideales y de justicia: el móvil de la aventura es el deseo de quedarse, por las buenas, con la bacía o yelmo de Mambrino (9).

Sin embargo, este acuñamiento de actitudes psicológicas, al parecer dispares, hace más viva y humanizada su figura. No es un defecto técnico, sino un valor. El carácter de Don Quijote no es una abstracta y simbólica encarnación del ideal, como dice y repite la crítica durmiente. Cualquier simplicidad de este tipo debe ser puesta en cuarentena si queremos entender la extraordinaria complejidad de la obra cervantina. El carácter literario de Don Quijote sigue un módulo real, de persona de carne y hueso, que va afirmando su personalidad y definiéndose a lo largo de toda su vida, con sus vacilaciones y sus debilidades, sus pecados y sus virtudes, sus sobras y sus faltas. Para no dar de barato esta opinión recordaremos que Don Quijote huye con más prudencia que heroísmo en la aventura del rebuzno, dejando que apaleen—de todo en todo—a su escudero. Y aun recrimina a Sancho su imprudencia (¡quién lo diría!) en el diálogo que sigue a la aventura. «¡Tan en hora mala supiste vos rebuznar, Sancho! ¿Y dónde hallaste vos ser bueno el nombrar la soga en casa del ahorcado? —No estoy para responder—respondió Sancho—. Yo pondré silencio en mis rebuznos, pero no en dejar de decir que los caballeros andantes huyen y dejan a sus buenos escuderos, molidos, como alheña o como cibera, en poder de sus enemigos» (10).

Tal hecho, bien mirado, es como un claroscuro que subraya y no desmiente su valentía (11) y da un abrigo de egoísmo humano a su carácter. Lo que estos toques añaden a la caracterización de Don Quijote (12) yo diría que es, justamente, su naturaleza hu-

(9) *Quij.* (II. Cap. XXVIII).
(10) *Quij.* (II. Cap. XXVIII).
(11) «La dimensión más constante en la psicología de Don Quijote es la del valor. Sobre todas las peripecias de la novela, y aun sobre la calidad ética de sus propósitos, sobrenada este valor como definidor de la personalidad. Virtud que Cervantes ha cuidado sutilmente de realzar al apoyarla no sobre victorias, sino sobre renovadas humillaciones. Pero este valor no es un capricho en la invención cervantina, sino una necesidad y el único modo de relación con un mundo en el que se encuentra inadaptado.» J. CAMÓN AZNAR, *Don Quijote en la teoría de los estilos* (pág. 441).
(12) No se piense que es única esta actitud de Don Quijote. Debiera serlo si Don Quijote fuese, como suele decirse, un mero personaje representante del valor personal. Mas no es así. Don Quijote no es un personaje abstracto: tiene vacilaciones y caídas y su prudencia en ocasiones está muy lejos del quijotismo. Además de la aventura del rebuzno, recordaremos el manteamiento de Sancho por los jayanes de la venta, el internamiento en la sierra, siguiendo los consejos de Sancho, para evitar

mana. Le acercan a nosotros. En el despliegue de su carácter la intimidad de Don Quijote va revelándose de manera gradual y aun indecisa. Este proceso psicológico está perfectamente delineado en la novela. Cervantes sabe lo que hace mejor que sus comentaristas solemos entenderlo. Tiene clara conciencia de sus fines y de los medios técnicos que ha de poner en juego para lograrlos (12 bis).

Recordemos que en la segunda parte de la novela no existen tantos acometimientos como era de esperar por sus palabras: «En sólo manifestar mis pensamientos, mis suspiros, mis lágrimas, mis buenos deseos y mis acometimientos pudiera hacer un volumen mayor, o tan grande, que el que puedan hacer todas las obras del Tostado» (13). En la segunda parte de su historia, Don Quijote va caminando hacia la cordura con muy buen pie. Influyen en tal hecho, como causas principales, la definición cada vez más precisa del carácter del héroe y el deseo de diferenciarle del *Quijote* de Avellaneda, que es un loco de atar. Pero dejemos a un lado esta cuestión, que es interesante y no conviene hablar de ella

---

encuentros con la Santa Hermandad. En la aventura de la carreta de las Cortes de la Muerte su actitud no es menos apercibida, prudente y temerosa que en la aventura del rebuzno. «Don Quijote que los vió puestos en tan gallardo escuadrón, los brazos levantados con ademán de despedir poderosamente las piedras, detuvo las riendas de Rocinante y púsose a pensar de qué modo los acometería con menos peligro de su persona. En esto que se detuvo, llegó Sancho y viéndole en talle de acometer al bien formado escuadrón, le dijo: «Asaz de locura sería intentar tal empresa; considere vuesa merced, señor mío, que para sopa de arroyo y tente bonete, no hay arma defensiva en el mundo, si no es embutirse y encerrarse en una campana de bronce.» Y Don Quijote, cómo no, hace caso a tan prudentísimo consejo (II. Cap. XI). Ante los molineros que le insultan en la aventura del barco encantado procede Don Quijote con prudencia, medrosidad y cautela. «¿Qué personas o qué castillos dice—respondió uno de los molineros—, hombre sin juicio? ¿Quiereste llevar, por ventura, las que vienen a moler trigo a estas haceñas?» «Basta—dijo *entre sí* Don Quijote—; aquí será predicar en desierto querer reducir a esta canalla.» (III. 366). Y pian pianito pagó el destrozo de la barca y se marchó. El programa que le brinda el bachiller Sansón Carrasco para su tercera salida. «¡Vengan más quijotadas, embista Don Quijote y hable Sancho Panza y sea lo que fuere!» —queda incumplido, por consiguiente, en varias ocasiones.

(12 bis) «Si en alguna obra luce y brilla la más absoluta conciencia de cuanto el autor iba haciendo, es en la segunda parte del *Quijote*. La segunda parte del *Quijote* marca, en cuanto al pensar y en cuanto al hacer, lo que puede llamarse la segunda manera de Cervantes; en ella, el autor llega a vislumbrar y a conocer las cosas en sus líneas y rasgos sintéticos y precisos. Ve todo lo que vemos todos sin darnos cuenta, pero él lo ve haciéndose cargo y forzando nuestra distracción y volubilidad a hacerse cargo. Para él no hay pormenor insignificante, y si una vez se descuida o parece olvidar algo, estad seguros de que lo ha hecho adrede, porque ello merecía descuidarse y esfumarse en una voluntaria dejación. Dice cuanto quiere, calla cuanto le importa callar y adereza la frase con el pensamiento y no el pensamiento con la frase. No es un literato de los de su tiempo, ni de los de ningún tiempo.» F. NAVARRO LEDESMA (*Ob. cit.*, página 66).

(13) *Quij.* (III, 69).

a humo de pajas. Subrayaremos únicamente que en su tercera salida las aventuras de Don Quijote cambian de tono y de sentido. La bajada a la cueva de Montesinos y el vuelo de Clavileño son las más representativas de esta familia de aventuras, a las que doy, técnicamente, el nombre de «aventuras vacías». Ellas caracterizan el cambio que se ha operado en la segunda parte de la obra. El heroísmo se ha ido retrotrayendo cada vez más hacia la intimidad del personaje. Las aventuras de acometimiento: yangüeses, mercaderes, disciplinantes, molinos de viento, yelmo de Mambrino, galeotes y, en fin, la notable aventura de los cuadrilleros, con la gran ferocidad que mostró en ella Don Quijote, se transforman —como por obra de encantamiento—en las aventuras vacías de la segunda parte de la obra: el encantamiento de Dulcinea, la cueva de Montesinos, el barco encantado, el vuelo del caballo Clavileño, la cabeza encantada y la descomunal y nunca efectuada batalla con el lacayo Tosilos, que todas ellas fueron música celestial. En la primera parte las aventuras se producen en el plano de la vida real; en la segunda parte se producen en la imaginación de Don Quijote. Las primeras son aventuras reales, dolorosas, escarnecedoras, y en todas ellas no queda al caballero hueso sano (14); las segundas son aventuras vacías, plácidas, imaginarias, *donde no ocurre nada*, salvo la probatura y demostración del heroísmo del protagonista (15). ¿Puede ser fortuita esta continuada divergencia? Muy en contra de la opinión general, pienso que en el *Quijote*—sobre todo en la segunda parte del *Quijote*—no hay nada fortuito o impensado. Cervantes sabe a donde va. ¿Cuál es el fin que se propone subrayar con esta nueva orientación?

No hay que buscarle tres pies al gato. El fin que se propone Cervantes es bien sencillo: estriba en la fijación del carácter de nuestro héroe. En la segunda parte han desaparecido las indecisio-

(14) «Con todo eso, respondió el bachiller, dicen algunos que han leído la historia, que se holgaran se les hubiera olvidado a los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor Don Quijote» (III. 64). Burla burlando, como es costumbre en él, Cervantes se hace cargo del reproche y modifica su actitud en la segunda parte de la obra. No deja de ser curioso que quienes pisotean y maltratan a Don Quijote en ella son animales: toros y cerdos, aparte de los pellizcos de Altisidora y la Duquesa, que no serían cosa desagradable ni de mayor cuantía.

(15) Cuando la barca encantada no ha andado un metro todavía piensa Don Quijote que ya ha pasado la línea equinoccial. A barco quieto, viaje imaginario. La aventura del barco encantado es el antecedente de la aventura del Clavileño. Y una y otra son las más caracterizadas de esta familia de aventuras imaginarias y vacías, que dan sentido a la segunda parte del Quijote.

nes de la etapa anterior (16). El choque con la vida social no se suprime porque no puede suprimirse, pero se ha suavizado. La realidad cede también parte de sus derechos ante la andante caballería. La locura se ha convertido en ejemplaridad y el quijotismo deja de ser considerado como locura para convertirse en una de las más universales, dramáticas y profundas características del hombre. Repetimos, una vez más, que en la segunda parte de su historia va definiéndose en un sentido muy preciso el heroísmo del caballero. Don Quijote no es un héroe completo a la manera de Amadís; es sólo un héroe psicológico, un héroe intencional: su intención le redime de sus hechos. Así lo afirma Cervantes textualmente, sin esconder la mano como es en él uso y costumbre: «El ínclito caballero Don Quijote de la Mancha, feneció y acabó la aventura de la Condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida... *con sólo intentarla*» (17). Y con mayor claridad cuando dice, entre las penitencias y ermitañerías de Sierra Morena: «del cual (de Don Quijote) se dirá lo que del otro se dijo, que si no acabó grandes cosas murió por acometellas» (18). Es indudable la ironía de la primera frase, pero también es indudable que define con toda precisión el *heroísmo intencional* de Don Quijote. Tiene importancia y debe ser tenida en cuenta. En la aventura de los batanes (que es la única de esta familia de aventuras vacías, intencionales y psicológicas que ocurre en la primera parte del *Quijote*) dice así el caballero, fijando su actitud: «Venid acá, señor alegre, ¿pareceos a vos que si como éstos fueran mazos de batán fueran otra peligrosa aventura, no había mostrado yo el ánimo que convenía para enprendella y acaballa? ¿Estoy yo obligado, siendo como soy caballero, a conocer y distinguir los sones y conocer cuáles son de batanes y cuáles no? Y más que podría ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habréis

(16) «El loco en cuya cabeza se desvanece la idea de la propia personalidad para ser ésta sustituída por la de otro personaje famoso cualquiera, es el vulgar y único tipo que siempre desarrolla el *Entremés de los Romances*, atento sólo a provocar la risotada de los espectadores; pero en el Quijote tal especie de desvarío no aparece sino en la aventura primera (cosa bien notable), en los capítulos quinto y octavo, y es un desvarío por demás discordante con el que siempre mantiene el hidalgo manchego. Cervantes vió en seguida que el camino emprendido era tan en perjuicio del carácter quijotesco que, confundiéndose con Valdovinos y con Reinaldos, abdica de su personalidad. En adelante, Don Quijote nunca más vuelve a creerse personaje de romance, y de igual modo siempre quedará firme en su propio e inconfundible ser frente a los protagonistas de los libros de caballerías, que son quienes real y efectivamente le trastornan el juicio.» (R. MENÉNDEZ PIDAL, *Cervantes y la epopeya*, ob. cit., pág. 553.) Para mí, el argumento de Pidal es firme y valedero.

(17) *Quij.* (II. Cap. XLI).

(18) *Quij.* (I. Cap. XXVI).

visto, como villano y ruin que sois, criado y nacido entre ellos: si no, haced vos que estos seis mazos se vuelvan seis jayanes y echádmelos a las barbas uno a uno, o todos juntos, y cuando yo no diere con todos patas arriba, haced de mí la burla que quisieredes» (19). Estas palabras definen con toda claridad el heroísmo quijotesco, que no estriba en el éxito, sino en el ánimo (20).

Es sumamente interesante el cambio de actitud. El temple de ánimo del caballero ya había sido sobradamente demostrado en la primera parte. Las aventuras que recuerda todo lector, las aventuras del acometimiento: molinos, rebaños, galeotes, se han convertido, como dice Schelling, en verdaderos mitos (21). Repetir aventuras análogas que, en cierto modo, debían ser esperadas por el público, no era un acierto técnico. Con completa conciencia de su situación—nunca segundas partes fueron buenas—Cervantes abre un nuevo camino. Ahora le importa subrayar, más que una cualidad sobresaliente y conocida, la cohesión de la personalidad del protagonista. Para este fin destaca lo que todas las aventuras tienen de común, no lo que tienen de singular; el heroísmo del tesón y no el arrojo temerario. En la primera parte de la obra son las aventuras quienes valoran y definen la personalidad de Don Quijote; en la segunda parte es la personalidad de Don Quijote quien da valor a las aventuras. Tal invención es un acierto técnico que da relieve y sitúa, cada vez más, en primer plano, la personalidad de nuestro héroe. Pero, además, este trasplante de heroísmo, desde el acometimiento al impulso interior, da más cohesión a su figura. En primer lugar, porque en el impulso—no en su realización—se va tejiendo la unidad de nuestra vida, y en segundo lugar, porque de este modo, los ideales del caballero sólo se satisfacen en sí mismos; no aspiran a ningún resultado final, y están

(19) En la aventura de los leones también se patentiza el mismo sentido. «Vuesa merced, señor caballero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en género de valentía, y no quiera tentar segunda fortuna. El león tiene abierta la puerta; en su mano está salir o no salir, pero pues no ha salido hasta ahora, no saldrá en todo el día. La grandeza del corazón de vuesa merced ya está bien declarada.» (*Quij.*, III, 218).

(20) Recordaremos al lector que ante el jabalí repite Don Quijote la misma actitud que ante la jaula de los leones; pie quedo y espada en mano espera al jabalí, pero en fin de cuentas le matan los monteros del Duque.

(21) «No hay más que recordar el *Quijote* para reconocer lo que quiere decir el concepto de una mitología creada por el genio de un solo hombre. Don Quijote y Sancho Panza son personajes mitológicos en todo el horizonte culto y la historia de los molinos..., etc., es un verdadero mito, una leyenda mitológica. Lo que para la concepción limitada de un espíritu inferior sólo pudiera haber sido una sátira a una determinada novedad, ha sido transformado por el poeta, por medio de la más feliz de las invenciones en la imagen más universal, más espiritual y pintoresca de la vida.» F. W. J. SCHELLING, *Filosofía del Arte*. Ed. Nova. Buenos Aires (pág. 300).

actualizados de manera plenaria en su planteamiento. Por tal motivo, pudo Lessing decir: «Si Dios tuviera en su mano la verdad y en la otra el esfuerzo para conseguirla, le rogaría: Señor, dame el esfuerzo, pues la verdad como resultado es sólo para Ti» (22).

El heroísmo del caballero—por ser quien es Don Quijote—se templa en la derrota, pues indudablemente el valor victorioso no puede ser llamado quijotismo. Y no sólo la derrota, sino la humillación, son necesarias para que nuestro héroe se vaya revelando íntegramente. El amor al prójimo nos hace humildes y lleva a Don Quijote a límites extremos de renunciación. Su valentía se va haciendo cada vez más abnegada, y su amor a la justicia se va tornando cada vez más en humildad. Es muy profunda la relación entre el amor y la humildad (23). También es muy profunda la relación entre la extrema humildad y la apariencia de locura. Este triángulo—amor al prójimo, humildad y locura—constituye el fundamento del quijotismo. Es indudable que Cervantes pretende subrayar con tan repetidas humillaciones la espiritualidad del heroísmo de Don Quijote. En modo alguno pretende censurarle. En modo alguno quiere hacer mofa de él (24). Para comprender el va-

---

(22) Citado por HERMAN NOHL (*Ob. cit.*, pág. 86).

(23) «La humildad significa un mantenerse en la verdad, pero además un gesto de descendimiento, «un no ser nada», un elemento específico de los hombres que siguen a Jesús. Con ello queda de relieve la profunda correspondencia entre amistad y amor. El querer morir por amor a Jesucristo para que El viva en nosotros, la disposición para servir a todos los hombres, porque Jesucristo nos dijo: «Lo que hagáis por el más insignificante de mis hermanos, es a Mí a quien los hacéis.» Sólo quien ha logrado tomar consigo el espíritu de las palabras del Salvador: *Sicut filius hominis non venit ministrari, sed ministrare.* «Pues el hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir» (Mateo, 20-28). Sólo aquel cuyo corazón ha sido herido hasta el fondo por el amor que desciende del cielo, sólo el que puede alcanzar la humildad que colma a los santos, aquella humildad que les permite sentir como dulzura toda postergación, todo desconocimiento, toda humillación; aquella humildad que les hizo posible desarrollar constantemente el proceso del propio vacío y del propio rebajamiento y que encendía en ellos una ilimitada disposición para servir. La humildad específicamente cristiana implica un misterioso descenso hacia la *nada.*» DIETRICH VON HILDEBRAND, *Nuestra transformación en Cristo.* Ed. Patmos, Madrid (pág. 262, tomo I).

(24) Este error se suele repetir frecuentemente. Aun persona tan aguda y discreta como Ignacio B. Anzoátegui incurre en él: «He nombrado el resentimiento y a Miguel de Cervantes. Creo—Dios me perdone—que Cervantes era un pícaro triste. El hombre que resentido de su manquera y de sus prisiones y de sus deudas, escribe para España y contra España ese alegato de la medianía llamado *Don Quijote de la Mancha.* Porque tal y no otra cosa es la historia del hidalgo manchego: la vía crucis del héroe, escrita no para enaltecerlo, sino para descentrarlo, para hacerlo pasar por un descentrado; contado no para restaurarle en el respeto sino para ofrecerlo, metido en una jaula, a la mofa común. Algo así como la crónica de la Semana de Pasión, contada por un leproso a quien Cristo

lor espiritual de esta clase de actos recordaremos una anécdota de San Juan de Dios. «Baxando un día por la calle de los Gomeles de mañana, para buscar de comer a los pobres, subía un caballero la calle arriba y como en aquel tiempo era mucha la gente de la ciudad, y en especial la que bajaba por aquella calle de la Alhambra, sin advertir topóle con la capacha en la capa y derribósela de los hombros; y él muy airado volvió a él y díxole: —¡Ah, bellaco pícaro!, ¿no miráis cómo vais? Y él, con mucha paciencia, díxole: —Perdóname, hermano, que no miré lo que hice. Y él, con estas palabras, como le dixo de vos y hermano (como acostumbraba decir a todos), mucho más airado, volvió a él y dióle una bofetada en el rostro; y Joan de Dios dixo: —«Yo soy el que erré, que bien la merezco: dadme otra». Y él, como todavía le decía de vos, dixo a sus criados: —«Dadle a ese villano mal criado!—». Y estando en esto, como se juntó gente, salió un vecino de allí, hombre principal, llamado Juan de la Torre: —«¿Qué es esto, hermano Joan de Dios?, y como el que le había injuriado le oyó nombrar, echóse a sus pies, diciendo que no se levantaría de allí hasta que se los besase, diciendo: —«¿Es este Joan de Dios tan nombrado en el mundo?» Y Joan de Dios le levantó del suelo, abrazándole, y pidiéndose perdón el uno al otro con muchas lágrimas: le quería el caballero llevar consigo y él se excusó de ir, y después le envió cincuenta escudos de oro para los pobres» (25).

Salvo que a Don Quijote no le besan los pies, tras de reconocerle, la anécdota parece una aventura cervantina. Los palos llueven sobre mojado. Sin embargo, a nadie se le ocurriría pensar que el maestro Francisco de Castro cuenta la anécdota para escarnecer a San Juan de Dios y aconsejar a los lectores que no sigan su ejemplo. Este modelo de disparate interpretativo sólo se pone en práctica por los alegres comentaristas cervantinos. El maestro Castro narra la anécdota encareciéndola, y el valor de la anécdota descansa sobre la humillación, donde se ponen de manifiesto la paciencia y espiritualidad de quien la sufre. La humillación es lo que busca San Juan de Dios, y quien le quite esta cruz le dejará viviendo en las malvas, pero acabará con su santidad, de igual modo que quien le quite las humillaciones a Don Quijote le convertirá en caballero bienandante—en caballero a lo Amadís—, pero acabará con el quijotismo.

---

se había olvidado de sanar.» Rev. CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, Madrid, núm. 93 (pág. 60).

(25) *Historia de la vida y santas obras de Joan de Dios*, por el Maestro FRANCISCO DE CASTRO. Ed. de M. Gómez Moreno (págs. 71-72).

Dentro del marco de la espiritualidad franciscana (26) podrían citarse numerosas anécdotas que también tienen carácter quijotesco (27). En la vida de San Juan de Dios se repite con frecuencia esta actitud vital, de manera aún más consciente y extremada. «Salió Joan de Dios tan consolado y animado de las palabras y buenos consejos de aquel santo varón, que de nuevo cobró fuerzas para menospreciarse y mortificar su carne, *y desear ser de todos tenido y estimado por malo* y digno de todo menosprecio y deshonra, por mejor servir y agradar a Cristo, que sólo en sus ojos vivía, y mejor encubrir con esta santa cautela la gracia que de su mano había recibido. Y para esto tomó por medio, en saliendo de con el Padre Avila, irse a la plaza de Bibarrambla, y en un lodazal que allí estaba se metió todo y se envolvió en él, y puesta la boca en el cieno, comenzó a grandes voces a confesar delante de todos los que le miraban (que era asaz gente) cuantos pecados se le acordaron, diciendo: «Yo he sido grandísimo pecador de Dios, y le he ofendido en esto y en esto ; pues un traidor

---

(26) En el siglo XVI se hizo extensiva a otras órdenes religiosas este modo de espiritualidad. Recordemos, por ejemplo, aquellos versos definiendo el amor, que se atribuyen a Santa Teresa:

Si en este mundo apeteces
vivir en humillación
y que todos te desprecien
por Jesús, esto es amor.

B. A. E. Tomo LV (pág. 352 a.)

(27) La semejanza es sorprendente. En *Las Florecillas de San Francisco* hay diversos ejemplos. Veamos como Fray Junípero se humillaba a sí mismo, en honra de su Dios: «El humilde Fray Junípero, queriendo una vez verse bien humillado, se despojó del hábito y, después de envolverlo y atarlo, se lo puso en la cabeza, y sosteniéndolo siempre con las manos entró en esta disposición en Viterbo y se fué a la plaza pública a exponerse a la irrisión de la gente. Niños y mozalbetes, tomándole por loco, le hicieron muchas villanías, le echaron encima buena cantidad de lodo, le tiraban piedras, le daban empellones de un lado para otro y le decían muchas burlas. El se estuvo allí, sufriendo todo esto gran parte del día, y después se volvió en aquella misma disposición al convento.

Cuando le vieron los frailes se escandalizaron porque había venido por toda la ciudad en aquella forma, con su fardo a la cabeza, y lo reprendieron muy ásperamente con grandes amenazas. Uno decía: «Metámosle en la cárcel.» «Ahorcarle», exclamaba otro. «No hay castigo—decían algunos—que pueda bastar para tan mal ejemplo como ha dado de sí y de toda la Orden.»

Y Fray Junípero, muy alegre, respondía con mucha humildad: «Muy bien dicho; todo eso y mucho más merezco yo.»

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén. *Florecillas de San Francisco.* B. A. C. (pág. 241). La analogía ha sido subrayada por CAMÓN AZNAR: «Esta simulación de la locura no era rara entonces en la vía de la santidad. Así, San Juan de Sahagún y San Juan de Dios, excitan el clamor y las burlas populares, gozándose ellos en esa soledad que es el hilo que los une a la divinidad». J. CAMÓN AZNAR, *Don Quijote en la teoría de los estilos.* (Ob. cit., pág. 444).

tal ha hecho, ¿qué merece?; que de todos sea herido y maltratado, y tenido por lo más vil del mundo, y echado en el cieno y lodo, donde se echan las inmundicias. Toda la gente del vulgo, como vió esto, no creyeron sino que había perdido el juicio; mas como él estaba ya inflamado por la gracia del Señor, y deseaba morir por él, y ser corrido y menospreciado de todos, para que lo pusiesen por obra, salido del lodo, comenzó a correr, así como estaba, por las calles más principales de la ciudad, dando saltos y muestras de loco. Y como los muchachos y gente común lo vieron, comienzan a seguille y dalle grita grande tropel de ellos, y tirábanle tierra y lodo y otras muchas inmundicias; y él con mucha paciencia y alegría, como si fuera a fiestas, sufriéndolo todo, paresciéndole gran dicha llegar al cumplimiento de sus deseos» (28).

¿No os parece que San Juan de Dios es un Quijote a lo divino? La única finalidad de su vida es dar de beber al sediento, proteger a los desvalidos y socorrer a las viudas y a las doncellas. Para cumplir con el destino que se ha impuesto necesita no sólo cambiar de vida (como los personajes cervantinos anteriormente comentados), sino cambiar de personalidad. Juan sin nombre va a convertirse en Juan de Dios, como Alonso Quijano el Bueno va a convertirse en Don Quijote. La humildad nos libera del sentimiento de la honra y de las pompas y glorias terrenales (29). Este es el primer paso en el camino de toda perfección. La humildad—y únicamente la humildad—puede hacer que el hombre sea dueño de sí. Este es el segundo paso. La humildad nos despoja del hombre viejo que hay en nosotros y nos permite recién nacer. Este es el tercer paso. Para recorrer este camino

(28) Maestro Francisco de Castro. *Ob. cit.* (pág. 48).

(29) Esta renuncia de la honra es muy explícita en la vida de San Juan de Dios. «En llegando a la ciudad de Granada, que era por la mañana, después de haber oído misa, se fué al monte por un haz de leña, y vuelto con él, fué tanta la vergüenza que tuvo de entrar con él en la ciudad, que vencido della, jamás pudo pasar de la puerta de los Molinos, que está bien distante del comercio de la ciudad, y así se lo dió allí a una pobre viuda, que le pareció que tenía necesidad. Otro día, avergonzado de la cobardía del día de antes, se levantó bien de mañana, y oída misa se fué por otro haz de leña a la sierra, y en llegando con él a la ciudad le comenzó a dar la misma vergüenza que el día pasado; y él aguijándose y pasando adelante, comenzó a decir a su cuerpo: Vos, Don Asno, que no quisiste entrar en Granada con la leña, de vergüenza y honra, ahora la perderéis, y llevaréis hasta la plaza mayor, adonde de todos los que os conocen seáis visto y conocido, y perdáis el brío y soberbia que tenéis. Y así se fué hasta la plaza, donde como le vieron con su leña donde no le habían visto desde la locura, cercóle mucha gente maravillándose de verle; y algunos amigos de reír y burlar le decían: —¿Qué es esto, hermano Juan, ya os habéis hecho leñador?» *Ob. cit.* (pág. 56).

sin dificultades ni limitaciones, tanto San Juan de Dios como Don Quijote, echan mano de un remedio de urgencia: la locura fingida o, mejor dicho, voluntaria, que nos aisla o, mejor dicho, nos segrega, del mundo circundante. Si nos hacemos locos, burlarán de nosotros. Y la burla del mundo nos libera de pasiones mundanas, enraiza nuestro vivir únicamente en Dios, nos deja en absoluta soledad con El y abre camino a la perfección de nuestro despliegue personal. «El que se humillare será ensalzado» (30). El que se humille será libre. Y como la incompatibilidad entre Don Quijote y el mundo es completa, el caballero se ve obligado a retraerse, cada vez más, sobre sí mismo. He aquí el proceso psicológico y el sentido espiritual que tiene la humillación en la vida de Don Quijote que, como San Juan de Dios, es un loco a pie, y, como Santiago, es un santo a caballo.

Son demasiadas coincidencias. Y por si quedan dudas—que siempre es bueno precaverse—téngase en cuenta que San Juan de Dios vivió en la infancia de Cervantes, cuando el alma edifica sus recuerdos (31). La extraordinaria conmoción que produjo su muerte en toda España, debió de ser uno de los hechos más memorables que acompañaron su niñez. El maestro Francisco de Castro da a la imprenta su biografía en 1585. Antón Martín viene a la Corte y continúa su obra por estos años. Cervantes perteneció a la Orden Terciaria de San Francisco y fué llevado a hombros en su entierro por hermanos de religión (32). Sus restos descansaron con el hábito franciscano (33) para gloria del eterno mendigo San Francisco de Asís. Es indudable que hay algo más que coincidencia en todo ello (34).

La manera de reaccionar de Don Quijote ante las repetidas humillaciones que se le infringen todo a lo largo de su historia es sorprendente. Por lo pronto, no suele darse por ofendido. Re-

---

(30) (Lucas, XIV).

(31) San Juan de Dios murió el 8 de marzo de 1550, media hora después de maitines.

(32) «Luego vinieron los hermanos terciarios de San Francisco, amortajaron con el hábito de la V. O. T. el cadáver de su hermano en religión y le pusieron en la caja. Como el trayecto del entierro había de ser tan corto, pues pocos pasos hay desde la casa de Cervantes al convento de las Trinitarias, bastó que se arremolinaran la vecindad y los cómicos del mentidero para que la angosta calle pareciese llena.» (F. NAVARRO LEDESMA: *El Ingenioso hidalgo Don Miguel de Cervantes Saavedra.* Col. Austral. Pág. 344).

(33) «Los hermanos terciarios de San Francisco tomaron en hombros la caja. El cadáver llevaba el rostro descubierto, como las reglas de la V. O. T. previenen.» (F. NAVARRO LEDESMA: *Ob. cit.*, pág. 344).

(34) Hablaremos largo y tendido sobre el tema en el segundo volumen de *nuestra obra.*

cordemos. Ninguna burla tan gratuita y dolorosa como la burla de las «semidoncellas», en arriendo continuo, de la venta. Desde el agujero del pajar que comunicaba con el campo le pidieron, con suplicante voz, una de sus hermosas manos para besarla. Don Quijote, irguiéndose sobre la silla del caballo para alcanzar al agujero, tendió su mano a ellas con complacencia y honestidad. En el pecado lleva la penitencia. También ahora la hija del ventero «calla y sonríe», mientras que Maritornes le maniata con una soga, que, para mayor seguridad y bienandanza, fija sobre el cerrojo del pajar. Y así estuvo Don Quijote hasta el alba, en que al primer movimiento de Rocinante, resbaló de la silla, quedando colgado en el aire, con tal dolor, que creyó que le arrancaban de cuajo el brazo. Había quedado tan cerca del suelo que con las puntas de los pies besaba la tierra, y esto era en su perjuicio, «porque como sentía lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigábase y esforzábase cuanto podía por alcanzar el suelo: bien así como los que están en el tormento de la garrucha, puestos a toca no toca que ellos mismos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les representa de que con poco más que se estiren llegarán al suelo» (35).

Don Quijote, sin embargo, no se ofende con ellas ni con nadie. Echa la culpa de su desventura a los encantadores y asunto concluído. Tal rasgo es muy curioso y conviene reparar en él. Don Quijote despersonaliza generalmente a sus ofensores. Su caridad no tiene límite y no concibe una intención aviesa en las personas que le rodean. Tan extraña y ejemplar actitud se debe a dos razones principales. En primer término, obedece a que la personalidad de Don Quijote es invidente para la maldad. Su mirada es un acto de fe. Todo aquello que existe, y es real, y cae bajo sus ojos, se encuentra limpio de pecado. Las rameras son vírgenes, las ventas son castillos y los barberos y bachilleres, ángeles. Todos los seres de este mundo se transforman en su propio ideal de perfección bajo los ojos esperanzados y creyentes de Don Quijote. En su historia, la maldad es cosa de encantadores y no de hombres (36). En segundo término, justo es decir que

(35) *Quij.* (I. Cap. XLIII).
(36) También en esto su actitud es sumamente parecida a la de San Juan de Dios. «Algunas personas con celo indiscreto, y pasándoselas por algo y no entendiendo el subido modo de proceder de Joan de Dios, fuéronse al Arzobispo Don Pedro Guerrero, que a la sazón era de Granada, y informáronle cómo en el hospital de Joan de Dios se llegaban hombres de muchas maneras; y que había algunos que podían trabajar y no albergándose allí irían a trabajar y buscar su vida; y que asimismo había

Don Quijote no comprende las burlas porque desea ser engañado. Quien no encuentra lo que quiere, ciega para lo que tiene. Don Quijote, como todos los hombres, *ve lo que quiere ver*. Este es su más profundo rasgo personal (37). Cuando llegue su hora le daremos el comentario que merece.

Cervantes—ya lo hemos dicho y lo repetiremos cuanto sea necesario—sabe lo que hace. Y lo que quiso hacer Cervantes con su héroe, y lo ha logrado genialmente, no es sólo que admiremos a Don Quijote, sino más bien que sintamos por él un sentimiento hondo y dislacerante, muy complejo, que está formado de admiración, compasión y arrepentimiento. No es Don Quijote un héroe caballeresco más, aunque su historia sea, desde luego, un libro de caballerías (38). La inolvidable y humanísima originalidad cervantina consiste en haber conseguido que compadezcamos a su héroe con un cierto matiz de arrepentimiento en nuestra compasión; es decir, que le compadezcamos sintiéndonos nosotros mis-

---

mujeres malmiradas, que deshonraban a Joan de Dios, no teniendo respeto al bien que se les hacía; que mandase poner remedio en esto... Oído por el Arzobispo..., mandó a llamar a Joan de Dios, no sabiendo que estaba malo. Como lo oyó, levantóse como pudo, y fué luego a su llamado con toda presteza; y llegado ante él le besó la mano y recibió su bendición y le dixo: —¿Qué es lo que manda, buen padre y prelado mío? El Arzobispo le dixo: —Hermano Joan de Dios, he sabido cómo en vuestro hospital se recogen hombres y mujeres de mal ejemplo y que son perjudiciales, y que os dé mucho trabajo a vos proprio su mala crianza; por tanto, despedidlos luego, y limpiad el hospital de semejantes personas, porque los pobres que quedaren vivan en paz y quietud, y vos no seais tan afligido y maltratado dellos. Joan de Dios estuvo muy atento a todo lo que su prelado le dixo: —Padre mío y buen prelado, yo sólo soy el malo y el incorregible y sin provecho, y que merezco ser echado de la casa de Dios: y los pobres que están en el hospital son buenos, y yo no conozco vicio en ninguno dellos; y pues Dios sufre a malos y a buenos, y sobre todos tiende su sol cada día, no será razón echar a los desamparados y afligidos de su propia casa.» *Ob. cit.* (págs. 89-90):

(37) Nos referimos al «teatro para sí mismo», al que ya hicimos diversas referencias.

(38) «Sólo una grande y épica locura, sólo un libro de caballerías, pensó Cervantes, podía alzar a la vulgaridad y a la tontez generales del fangal y del terraquero, y por eso hizo un libro de caballerías de veras.» F. N. LEDESMA: *Cómo se hizo el Quijote* (pág. 57). O bien: «La obra de Cervantes no fué de antítesis, ni de seca y prosaica negación, sino de purificación y complemento. No vino a matar un ideal, sino a transfigurarle y enaltecerle. Cuanto había de poético, noble y humano en la caballería, se incorporó en la obra nueva con más alto sentido. Lo que había de quimérico, inmoral y falso, no precisamente en el ideal caballeresco, sino en las degeneraciones de él, se disipó como por encanto ante la clásica serenidad y la benévola ironía del más sano y equilibrado de los ingenios del Renacimiento. Fué de este modo el *Quijote* el último de los libros de caballerías, el definitivo y perfecto, el que concentró en un foco luminoso la materia poética difusa, a la vez que elevando los casos de la vida familiar a la dignidad de la epopeya, dió el primero y no superado modelo de la novela realista moderna.» M. MENÉNDEZ Y PELAYO: *Crítica literaria* (I, 314-315).

mos un poco responsables de su fracaso. Más vale un gozo que un buen mozo, debió pensar Cervantes al concebir a su protagonista. La humillación de Don Quijote es indudablemente una necesidad del quijotismo, pero es también una protesta y *casi una venganza ejemplar cervantina contra la sociedad*. Al humillarle, como Cervantes suele hacer reiteradamente, aun en los últimos capítulos de la obra, cuenta con nuestra compasión y en cierto modo con nuestro arrepentimiento. Don Quijote no merece la burla. La lectura de sus humillaciones nos hace que expiemos nuestra risa como lectores y nuestra culpa como hombres.

Cervantes sabe que cuanto más ridiculice al caballero, mayor será nuestra expiación, pues todos—unos más y otros menos—pusimos nuestras manos sobre sus espaldas y hemos medrado a su costa. Nada ha cambiado en esto. Ayer, igual que hoy, el quijotismo de los unos sigue siendo el *negocio de los otros*, y a camarón que se duerme se lo lleva la corriente. En rigor, frente al heroísmo de Don Quijote y de sus descendientes, nadie está libre de pecado. La espiritualidad del místico suele ser provechosa para el «político». Cervantes, ¡cómo no!, lo sabía y este carácter de venganza ejemplar y autobiográfica (39) es evidente en la actitud que adopta ante su héroe. Es implacable en sus burlas porque no le duelen prendas y sabe adonde va. La humillación del caballero nos sonroja. Tiene valor catártico. El lector se va enfrentando consigo mismo, empobreciéndose y desnudándose a medida que avanza en la lectura. Nadie termina el Quijote y sigue siendo el mismo hombre. Nadie dobla la última hoja sin comprender que su lectura le ha servido de penitencia.

En resumen: las repetidas humillaciones que sufre nuestro héroe son un rasgo inherente a su carácter. Tienen sentido espiritual. No pueden suprimirse sin suprimir su quijotismo. La humillación es el carácter específico donde se pone de relieve su verdadera personalidad, y Cervantes, desde luego, tiene plena conciencia de tal hecho. Va revelándonos, de modo lento y gradual, sin saltos bruscos, el carácter del personaje. El heroísmo del caballero no se sustenta sobre hazañas: es sólo un heroísmo de la interioridad. Recordemos que las aventuras del acometimiento de la primera parte se sustituyen—muy acertadamente—por las aven-

(39) «Solamente la risa y el desprecio, los palos, las puñadas y las comilonas pueden excitar a este vulgo cansado y abatido, pensó también Cervantes, y por eso creó a Sancho, y quiso, no sin gran dolor de corazón, que Don Quijote fuese apaleado, ultrajado, desconocido por la turbamulta, en lo cual no poco había de parte autobiográfica.» F. NAVARRO LEDESMA: *Cómo se escribió el Quijote* (pág. 57).

turas intencionales de la segunda. El cambio está sujeto a un plan. La palabra de Don Quijote nos aclara de manera minuciosa y precisa este desplazamiento de sentido. «Así, ¡oh Sancho!, que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos. Hemos de matar en los gigantes a la soberbia; a la envidia, en la generosidad y buen pecho; a la ira, en el reposado continente y quietud del ánimo (40); a la gula y al sueño, en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; a la lujuria y lascivia, en la lealtad que guardamos a las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; a la pereza, en andar por todas las partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer y nos hagan, sobre cristianos, famosos caballeros» (41).

Nada ha cambiado, pero nada es igual. En la segunda parte de su historia, Don Quijote sigue venciendo a los gigantes en la soberbia; a la ira, en el reposado continente y la quietud del ánimo. Su valor se ha trocado en virtud. Ya no intenta vencer ni convencer; se ha vencido a sí mismo (42). De caballero andante se ha convertido en testigo de Dios (43). Tiene conciencia de ello. Todas sus aventuras le preparan a bien morir. En la segunda parte de su historia, Don Quijote se está enfrentando, a todas horas, con la muerte.

LA LÓGICA DE LA ESPERANZA

Este es el segundo rasgo de la personalidad de Don Quijote que nos importa conocer. Su sabiduría vital—Don Quijote puede dar y tomar a quien la necesite—no es la del bachiller Sansón Carrasco. No se define por silogismo. No busca la certeza, sino la verdad (44). La lógica de Don Quijote no es una lógica de la razón, sino una lógica de la esperanza (45). Cuando el caballero

(40) Reposo y quietud, ¿dónde ha quedado el acometimiento de la primera parte?

(41) *Quij.* (II, Cap. VIII).

(42) «Abre los ojos deseada patria y mira que vuelve a ti Sancho Panza tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado; abre los brazos y recibe también a tu hijo Don Quijote, que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo; que según él me ha dicho, es el mayor vencimiento que desearse puede.» (*Quij.*, IV, 387).

(43) Don Quijote se define como «ministro de Dios sobre la tierra y brazos por quien se ejecuta en ella la justicia». (*Quij.*, I, Cap. XII.)

(44) Algún profesor de lógica conozco yo que no establece diferencia alguna entre la certeza y la verdad. Cada maestrillo tiene su librillo.

(45) UNAMUNO tiende a acercar la verdad lógica y la verdad vital. Por ejemplo: «Eso que llamamos realidad, verdad objetiva o lógica no es sino el premio concedido a la sinceridad, a la veracidad. Para quien fuese absolutamente veraz y sincero, la naturaleza no tendría secreto alguno. ¡Bienaventurados los limpios de corazón por que ellos verán a Dios!» Citado por CASTRO: *La realidad histórica de España* (pág. 375).

discute no apela a la realidad para probar que lleva la razón, y esto no es sólo sorprendente sino increíble, pues *la razón es de las cosas*, como dice Zubiri, y, por tanto, el *dar razón* compete a ellas (46). La trabazón de su pensamiento descansa en la unanimidad de sus creencias, y ya sabemos que las creencias, por el hecho de serlo, no necesitan confirmación (47): se funda en ellas nuestro ser. Andando a tientas todavía, pero pisando firme—la filosofía y la creación literaria tienen distinto paso de andadura—, Don Quijote ya entiende la verdad como coincidencia del hombre consigo mismo y no como conformidad del pensamiento con las cosas. En esto, y nada más que en esto, estriba su locura o, si se quiere, su sabiduría.

Pero este modo de entender la verdad presupone un reajuste del pensamiento lógico, y esto es lo que no pueden entender los bachilleres, que lo ven todo claro—la venta, los molinos y los rebaños de hoy, de ayer y de mañana—, pero no ven la fe de Don Quijote, aunque la tienen ante los ojos con la evidencia de las cosas reales. Todos los personajes llevan su parte de razón en la obra cervantina, como veremos cuando llegue su hora (48), pero cada cual tiene la suya y nada más. La crítica literaria, que marcha entre nosotros a paso renco, no suele hacer justicia a ningún personaje cervantino. No comprende a los Duques; ni al bachiller Sansón Carrasco, al Cura y al Barbero porque es sólito enjuiciar su actitud con las razones con que debieran comprender a Don Quijote, y lo que es más extraño, suelen no comprender a Don Quijote porque—sin darse cuenta—enjuician su actitud con las razones con que debieran comprender al Barbero. La compunción sentimental por Don Quijote pertenece a la lógica de la razón, y no a la lógica de la esperanza. Cervantes, que representa la sabiduría y no la «infección lógica», hace justicia a todos y no confunde la razón vital de cada personaje. Atenidos a su ejemplo, que es el único valedero, demos nosotros a cada cual lo suyo. En fin de cuentas, todos pensamos ver la realidad del mundo y nadie ve sino sus mismos ojos (49), igual que Don Quijote.

---

(46) (Cito de memoria.)

(47) Véase la cuarta Fundamentación de nuestro libro titulada: *La validez y la vigencia de las ideas.*

(48) En el segundo volumen hablaremos largamente de este grupo de personajes: el Bachiller, el Cura y el Barbero.

(49) Comprendiéndolo así, decía el Conde de Villamediana:

Tanto advertir, no es querer;
tanto temor, no es amar;
los ojos, para cegar:
ceguedad son para ver.

Convengamos en que las aventuras del palacio ducal nos interesan más que nos agradan, y convengamos, además, en que el interés que nos despiertan no es tan claro como el mal sabor de boca que nos dejan en alguna ocasión. En la segunda parte del *Quijote*, el palacio de los Duques tiene el mismo papel que había tenido la venta en la primera parte, pero comparadas con el desplante y gracejo de las aventuras venteriles, las nuevas aventuras resultan sosas y artificiosas, y, por si fuera poco, atendiendo a su carácter de trapisonda y embeleco se nos antojan burlerías. Esto es verdad, pero no es toda la verdad. Pensando así—y así pensamos o hemos pensado todos—el hilo novelesco del *Quijote* se nos escapa de las manos. Las aventuras de casa de los Duques son más descoloridas que las aventuras de la venta, pero forman un mundo más trabado, interesante, original y aleccionador; no nos agradan tanto, pero nos aleccionan más. Para encarar estos episodios de manera adecuada conviene, por lo pronto, recordar que las restantes aventuras que le ocurren a nuestro héroe son tan ilusivas e imaginarias como éstas. En rigor, a Don Quijote no le sucede nunca lo que él piensa que le sucede. Cuando lucha con los gigantes, son molinos; cuando lucha con los ejércitos, son rebaños; cuando lucha con el avieso enemigo de la princesa Micomicona, son pellejos de vino. Igual le ocurre en casa de los Duques. Allí no hay nada que verdaderamente sea lo que parece ser.

Mas esta circunstancia sólo puede afirmarse dentro del mundo lógico del bachiller, y en modo alguno tiene vigencia dentro del mundo de Don Quijote. Adoptar esta actitud es renunciar a hacer crítica literaria y tomar el rábano por las hojas en nombre de la lógica; cosa, por lo demás, harto frecuente. Cuando la crítica condena como burlas las aventuras en casa de los Duques (50)

(50) Ningún ejemplo interpretativo tan desatinado que el que citamos a continuación: «El caso psicológico de los Duques hipócritas y crueles ha inquietado siempre a los comentaristas del *Quijote*. ¿Por qué insisten una vez y otra en burlarse del amante de Dulcinea, ellos que son unos amantes dichosos en un hogar legalizado y por qué juegan con la ambición pueril de Sancho de mandar en una ínsula, ellos que son ricos y poderosos, si tienen su ambición colmada? ¿No sentirán extraños celos inconfesables de la cabal habilidad de Sancho, juez y gobernante, y no les parecerá un gesto subversivo el gesto de Don Quijote tratando de restaurar los valores morales, fundar como Cisneros, como Cortés, como Santa Teresa de Jesús, su reino de la justicia en este mundo? ¿No serán estos crueles dominadores, padres infecundos en un hogar sin risas infantiles, en donde las quejas ajenas van poco a poco naufragando, donde los ecos del fastidio se multiplican y los sueños generosos se confunden en un enojoso laberinto de sequedades cordiales, unos desesperados, tristes, capaces de gozarse con el drama de sus invitados sencillos? Deteniendo al caballero y al criado, fuerzas en po-

cae en el cepo y habla, sin darse cuenta, en nombre de las razones del Cura y el Barbero, pero aplicándolas al mundo propio de Don Quijote, con lo cual no se adelanta nada y se confunde todo. El carácter ilusivo y sonriente (51) de las aventuras en el palacio de los Duques, no empece al heroísmo de Don Quijote, ayuda a la revelación de su personalidad y es necesario al quijotismo. No sería Don Quijote quien es si pensase como piensa la crítica cervantina. Sin pretender aleccionar a nadie, justo será decir que, utilizando la lógica del Barbero, puede llegarse a descubrir la existencia de fósforo en el caparazón de los cangrejos, pero no habría llegado Alonso Quijano el Bueno a convertirse en Don Quijote. Fundir en el mismo plano la realidad y la ficción no es, desde luego, un método científico recomendable, pero constituye el fundamento del quijotismo.

Sabemos que Don Quijote mira la vida interpretándola—al fin y al cabo es lo que hacemos todos—y no percibe la realidad, sino el sentido de lo real, pues para el ingenioso hidalgo todas las cosas son símbolos y el símbolo es más dinámico y flúido que la realidad por él significada. La coherencia de su pensamiento—que, desde luego, tiene cohesión y propiedad—no obedece a las leyes de la lógica, sino a las leyes de la ética. Todo aquello que mira se transforma o, mejor dicho, se idealiza. Es muy posible que la idealización del mundo que nos rodea deba ser considerada como locura, desde el punto de vista del Barbero, pero tal interpretación carece de sentido desde el punto de vista de Don Quijote. No nos metamos nosotros en camisa de once varas y hagamos una eficaz justicia distributiva aplicando a cada personaje sus propias leyes. La mirada de Don Quijote interpreta la realidad ennobleciéndola y transformándola, pues considera que la perfección es la naturaleza misma de las cosas, y juzga lo imperfecto no como defectuoso, sino como aparente. La realidad del mundo del Barbero es para Don Quijote la del humo: cosa de juego y apariencia. Y tan

---

tencia tan nobles y tan vigorosas, y rodeándolos de cuidados, ¿no estarán sobornándolos para que se apeguen parasitariamente a la vida cómoda, alejados de sus aventuras incoherentes? Don Quijote, condescendiente, descifrador, incoherente de todas las situaciones en que la necedad humana le coloca, está descendiendo en el palacio de los Duques, como en una cueva de Montesinos, a los abismos de la perfidia de los otros y de los secretos del mundo.» J. L. SÁNCHEZ TRINCADO: *Los personajes del Quijote, comediantes.* Universidad Central. Facultad de Filofosía y Letras. Caracas. Repetiremos lo que decía el maestro EUGENIO D'ORS en ocasión análoga: «¿A dónde vamos a parar con esta clase de precisiones?»

(51) Para nosotros, como después veremos, las aventuras del Palacio de los Duques son algo más que burlas, o si se quiere: son burlas y algo más.

consustancial es en el caballero esta actitud idealizante y transformadora—o locura o santidad—que si nadie le hubiese dicho que el caballo *Clavileño* volaba lo habría pensado de igual modo. Recordará el lector que en la aventura del barco encantado, cuando apenas se aleja dos metros de la orilla, piensa que debe haber llegado a la línea equinoccial; y hay que tener en cuenta que en aquella ocasión no llevaba los ojos vendados, y que Sancho, además, le negaba, terne que terne, que toda aquella fantasmagoría fuera posible. La comedia que le inventan los Duques es su verdad de vida, y aun si se nos apura, es la sola experiencia real que tiene nuestro héroe. Así, pues, es absurdo pensar que los Duques le engañen porque inventan una comedia, que consiste justamente en representar al vivo, y con figuras de carne y hueso, el pensamiento de Don Quijote.

¿A qué carta quedamos? Con Don Quijote sólo es posible tomar una de estas tres actitudes: apalearle concienzudamente, como hacen todos los personajes incidentales cervantinos (52); llevarle la corriente, como hacen los Duques, o tratar de curarle de su locura, como intentan hacer el Bachiller, el Cura y el Barbero. No hay más cera que la que arde, y cada cual debe escoger postura en esta terna. La elección es bien clara, por lo menos para nosotros. Los únicos personajes que se comportan como deben son los Duques. Su intención puede ser burladora, pero es caritativa y comprensiva. El papel de los Duques representa (53) el momento más afortunado de la imaginación creadora cervantina, y, como quien resbala, llega donde no quiere; los comentaristas que tiran a terrero contra ellos, se suman, *velis nolis*, a la actitud del Eclesiástico (54), entre otras muchas causas, porque no han entendido

---

(52) Cuando las cosas se ponen graves también los personajes secundarios les favorecen; por ejemplo, los molineros que le sacan del río en la aventura del barco encantado.

(53) Los Duques son los inventores de «La Comedia de la Felicidad», y la Comedia de la Felicidad es la invención más original de la segunda parte del *Quijote*.

(54) Las razones del Eclesiástico son las siguientes: «Vuestra Excelencia, señor mío, tiene que dar cuenta a Nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este Don Quijote, o Don Tonto, o como se llame, imagino yo que no debe ser tan mentecato como Vuestra Excelencia quiere que sea, dándole ocasiones a la mano para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades.» Lo que el Eclesiástico echa en cara a los Duques no es que engañen a Don Quijote, sino que le lleven la corriente y favorezcan sus caballerías. Clemencín da la razón al Eclesiástico, considerando que su opinión representa la opinión de Cervantes: «El Eclesiástico tenía razón, siendo tanto más clara la injusticia con que se le censura, cuanto que su intento era el mismo que se propuso nuestro autor al escribir el *Quijote*, que fué desacreditar la lectura de los libros de caballerías» (1701). Al menos, Clemencín no da gato por liebre: no habla en nombre del quijotismo,

la invención de la segunda parte de la novela. Es más fácil censurar que entender. Seamos humildes. Todos podemos equivocarnos y Dios nos tenga de su mano. Sin embargo, nos parece evidente que el verdadero engaño que pudo hacerse a Don Quijote sería tratar de convencerle de que su convivencia en casa de los Duques era sólo una burla (55); en primer término, porque no estamos ciertos todavía—tocaremos en seguida este punto—de que su convivencia en casa de los Duques no haya sido más que una comedia, y, en segundo término, porque la valoración de esta comedia—valga por lo que valga—sólo se puede hacer desde la lógica de Don Quijote; esto es, desde la lógica de la esperanza. No hay remedio que sirva para todos, ni aun el mismísimo bálsamo de Fierabrás. Cada mañana tiene su propia luz y cada personaje tiene su propia ley. El Eclesiástico tiene la suya, que no le sirve de nada a Don Quijote, y Don Quijote tiene la suya, que no le sirve de nada al Eclesiástico. Dejemos a cada uno en su propio mundo. No reduzcamos la maravillosa amplitud de la obra cervantina a límites demasiado razonables. «Otro instrumento es quien tira — de los sentidos mejores» (56).

Si los Duques le hubieran intentado disuadir de su locura, tal cambio hubiera dado al traste con la segunda parte de la novela. Ellos, que son el *Deus ex machina* de la historia y representan la mayor originalidad de Cervantes, pasarían a tener un papel ya varias veces repetido en ella y falto de importancia. Téngase en cuenta que esta función racionalista y admonitoria no cesa nunca en el *Quijote* y es como el contrapunto de la acción principal (57). Véamos cuál es su resultado y escarmentemos en cabeza ajena. Cuando se encuentran en la venta, Sancho, que ha visto amartelados a Don Fernando y a Dorotea, se compunge por ello, y teme que la ínsula prometida se le convierta en humo. Así lo comunica, desoseído y descontentadizo, con su señor: «Tengo por cier-

---

sino del antiquijotismo. Lo extraño es que UNAMUNO no se haya apercibido del carácter de experiencia real que para Don Quijote y Sancho tienen su encuentro con los Duques.

(55) «A otro perro con ese hueso»—hubiera dicho Don Quijote, quedándose en sus trece.

(56) LUIS DE GÓNGORA: *Obras completas*. Ed. Millé. Pág. 359.

(57) El Cura y el Barbero, el Eclesiástico, el Bachiller Sansón Carrasco. Esta actitud del caballero ha sido finamente comprendida por AMÉRICO CASTRO: «Don Quijote se yergue en su quijotismo y repele a Carrasco, lo mismo que al Clérigo de los Duques, y para eso cuenta con el máximo apoyo del autor... En sujetos como Carrasco pensaba Cervantes al escribir: —Mira, Berganza; nadie se ha de meter donde no le llaman, ni ha de querer usar del oficio que por ningún caso le toca» (A. CASTRO: *Ob. cit.*, pág. 142).

to y averiguado que esta señora que se dice ser reina del gran reino Micomicón, no lo es más que mi madre; porque a ser ella lo que dice, no se anduviera hocicando con alguno de los que están a la rueda, a vuelta de cabeza y a cada traspuesta. Esto digo, señor, porque si al cabo de haber andado caminos y carreras, y pasado malas noches y peores días, ha de venir a coger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta, no hay para que darse prisa a que ensille a Rocinante, albarde el jumento y aderece el palafrén, pues será mejor que nos estemos quedos, y cada puta hile, y comamos» (58).

Esta escena es un acierto total y está montada sobre el aire. Pocos momentos tiene Cervantes de más fortuna expresiva: le bailan las palabras en la boca. Pero vayamos al asunto. Como es uso y costumbre en Cervantes, no pierde la ocasión para mostrar que no andaban equivocados los miramientos y brujuleos de Sancho. «Paróse colorada Dorotea con las razones de Sancho, porque era verdad que su esposo, Don Fernando, alguna vez a hurto de otros ojos, había cogido con los labios parte del premio que merecían sus deseos» (59). Bien razonable era el consejo, pero no viera tanto Sancho y muy mejor le fuera, pues Don Quijote, apenas escuchadas estas palabras y defendiendo el decoro que se debe a las personas reales (60) le atropelló con dura mano y tartamuda lengua, dejándole la honra más delgada que pellejo de saliva (61). Moraleja: todo consejo no tiene en la novela más función que la de liberar de su tranquila normalidad al caballero. Don Quijote cree en lo que debe ser, no en lo que ve. La realidad se modifica ante sus ojos igual que cambia un texto cuando se modifica su puntuación. Don Quijote no ha visto, ni puede ver, las andanzas de Dorotea, sino ya *traducidas* por sus ojos.

¿Y en qué consiste la lógica peculiar de Don Quijote? De niños, de poetas y de locos, todos tenemos un poco. Entendemos la realidad imaginándola. Pero no nos hagamos ilusiones. La amada quizá no tiene la perfección de que nosotros la dotamos. El político—si es que hay políticos—piensa que la vida social está esperando desde hace veinte mil años que él dé un decreto para arreglarla. El literato piensa que ha contestado agudamente una pregunta cuando sólo ha logrado contestarla estando a solas y después de

(58) (III. 363).
(59) (III. 364).
(60) (III. 364).
(61) «Oh, bellaco, villano, mal mirado, descompuesto, ignorante, infecundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente» (3-365). Y así sigue.

una noche de insomnio (62). Cada loco tiene su tema. Todo esto nos indica que con harta frecuencia vivimos de manera ilusiva y no contamos con la realidad de los hechos si no se ajustan a nuestros deseos. Con intuición profunda decía Nietzsche: «Mi memoria recuerda que lo hice, mi orgullo dice que no puedo haberlo hecho y, en definitiva, mi memoria cede» (63). Jugando el *solitario* de nuestra vida hacemos trampas involuntarias en el juego, y en muchas ocasiones la ficción que nos propusimos, para justificarnos, se convierte en nuestra ley de vida. El alma humana es un teatro donde la representación y la realidad suelen fundirse para no separarse jamás, y es muy frecuente considerar como vividos hechos que nunca realizamos y aún más frecuente confundir el escenario de nuestra representación y el escenario de nuestra experiencia. El quijotismo, por lo pronto, es un modo de ser en donde lo real se hace real desde su consistencia misma con nosotros. La más profunda y radical de las ficciones con que nos engañamos es suponer que hemos llegado a conocernos, que tenemos la llave de nuestro corazón; esto es, que cada hombre no es un misterio para sí mismo. Burla burlando, la conducta de Don Quijote tiene carácter universal, pues con toques levemente distintos todos somos un poco quijotescos. En rigor, lo que individualiza a Don Quijote no es el quijotismo, sino el hecho de que su quijotismo no tenga contrapartida utilitaria alguna. Todos somos algo quijotes, pero el ingenioso hidalgo es quijotismo puro, casi puro, y en estado de gracia. Si miramos a nuestro alrededor observaremos que toda esperanza individual o colectiva tiene siempre un quijote que transitoria e inútilmente la defienda (64); todos teatralizamos un poco nuestra vida; todos fingimos ser lo que queremos ser. Por consiguiente, el quijotismo quizá sea una locura—esto es cosa de médicos—, mas no puede afirmarse que constituya una anormalidad y en todo caso será una rara anormalidad de carácter universal. En haber intuído la universalidad del quijotismo estriba uno de los mayores aciertos de la segunda parte del *Quijote*.

Descansar para llorar. Paso a paso vamos llegando a compren-

---

(62) Es la actitud psicológica que llaman los franceses *l'esprit de l'escalier*.

(63) Citado por GARDNER MURPHY (*Personalidad*, pág. 384), que comenta: «Este capítulo es el intento de dar una demostración de cómo la memoria y todos los parientes intelectuales de la memoria *ceden*.»

(64) El escudero Marcos de Obregón tiene frecuentes desplantes de quijotismo. «En viendo una verdad desamparada me arrojo en su ayuda con la vida y el alma.» En tal sentido nada ha cambiado aún para nosotros. Seguimos siendo quijotes y seguimos moliendo a palos a los quijotes, en un vano resentimiento contra nosotros mismos.

der que el mundo propio del quijotismo no es arbitrario. Si así fuese, nuestro héroe podría pensar que la bacía es una albarda o una amapola. Pero no es esto lo que piensa. El mundo de Don Quijote está sujeto a ley. Su interpretación de la realidad no es arbitraria, sino necesaria (y, por tanto, congruente), pues la vida de Don Quijote está fundada en ella. La verdad, decía Unamuno, es lo que nos hace vivir y no lo que nos hace pensar (65). La bacía es verdaderamente bacía para el barbero y verdaderamente yelmo para el hidalgo, porque ambos ven el mundo interpretándolo desde supuestos diferentes. La primera representa la verdad objetiva, y la segunda, la verdad vital; la primera se apoya en la experiencia, y la segunda, en la esperanza. Lo que se vive no se duda, y la fe, que ha convertido en Don Quijote a Alonso Quijano el Bueno, necesita confirmarse en la realidad para ponerse al día. Porque la necesita, la transforma, sin querer y queriendo; esto es, si no se escandaliza nadie de la expresión, de manera inconsciente, pero voluntaria. No olvidemos que su voluntad de representación está fundamentada en una auténtica voluntad de ser. Si el mundo real no consistiera en lo que él piensa que consiste, la fe de Don Quijote no podría sostenerse. Innumerable número de personas prefieren no enterarse de que les engaña su amada antes de destruir la fe que han puesto en ella. Igual ocurre a Don Quijote. No diremos nosotros que no tiene sentido la lógica de la razón; no diremos tampoco que no tiene sentido la lógica de la esperanza. No lo dice tampoco Cervantes. Cervantes no las enfrenta: trata de armonizarlas. Ante la actitud del *Quijote* es inútil decir que su interpretación del mundo es verdadera o falsa, como es inútil decir a una madre que su hijo tiene la cabeza grande. El mundo del quijotismo seguirá siendo el mundo de Don Quijote y el niño seguirá siendo para su madre el más hermoso de la tierra. Mejor es distinguir que precisar y no debemos meternos en laberintos en nombre de la lógica. «Sacrificar, como hace Don Quijote, su vida, hacienda y comodidades en pro de un fin demuestra no ya que el fin sea verdadero o falso, sino algo de mucha mayor importancia, que es el fin donde se autentifica nuestra vida. Por la verdad vital puede el hombre morir; nadie se dejará matar, en cambio, por demostrar que dos y dos son cuatro» (66). Don Quijote, tal vez, no tie-

---

(65) M. de Unamuno: *Ob. cit.* (pág. 230).
(66) J. D. García Bacca: *Cómo Don Quijote salvaba su fe y su conciencia.* Universal Central. Facultad de Filosofía y Letras. Caracas (página 143).

ne certidumbre de que exista realmente Dulcinea (67), pero no puede dudar de su existencia porque su propia vida depende de ella (68).

Ahora bien, ¿no estaremos aplicando a la obra cervantina conceptos actuales que nada tienen que ver con ella? (69). Bien pudiera ser, pues ver las cosas desde nosotros mismos es la limitación y aun el pecado original del pensamiento, pero no es esta nuestra intención. Lo que nos interesa destacar es la lógica del quijotismo. No queremos hacer de Don Quijote un personaje actual, queremos solamente saber quién es. Y si resulta luego un compañero de viaje, tanto mejor para nosotros.

LA FE CONSIDERADA COMO TEMA VITAL

Y vayamos al grano. Ha sido, ¡naturalmentel!, el mismísimo Cervantes quien nos ha dado la clave de la actitud vital de Don Quijote. A fuerza de leer y de representarse ejemplarmente sus lecturas «asentósele de tal modo en su imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo» (70). Unos siglos más tarde, el *cervantino* don Miguel de Unamuno vuelve a tomar estas palabras como clave central de su pensamiento (71): «Llenósele la fantasía de hermosos desatinos y creyó ser verdad lo que era sólo hermosura, y lo creyó con fe tan viva, con fe engendradora de obras, que acordó poner en hecho lo que el destino le mostraba, *y de puro creerlo hízolo verdad*» (72). Así, pues,

(67) «Dios sabe si hay Dulcinea o no, si es fantástica o no es fantástica. Ya estas son cosas cuya averiguación no se ha de llevar hasta el cabo» (*Quij.*, II. Cap. XXXII). Si se apurara esta demostración, la verdad vital de *Don Quijote* pasaría a ser la verdad objetiva, y habríamos convertido la creencia en Dulcinea en la demostración de un teorema matemático, que no es la misma cosa precisamente. Con tan terminantes y profundas palabras Don Quijote se niega a remendar su fe con sutilezas y probaturas racionales.

(68) «Yo vivo y respiro en ella—en Dulcinea, que no en Aldonza, dice Don Quijote—y en ella tengo vida y ser.» UNAMUNO: *Vida de Don Quijote y Sancho* (pág. 115). Ante la princesa Micomicona, dice Sancho: «Y no sabréis vos, gañán, faquín, belitre, que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendría yo para mover una pulga» (I. Cap. XXX). O bien: «Cuanto yo he alcanzado, alcanzo y alcanzaré por las armas en esta vida, todo me viene del favor que ella me da y de ser yo suyo» (I. Cap. XXXI).

(69) Muchas ideas centrales del pensamiento de UNAMUNO tienen origen cervantino.

(70) *Quij.* (I. Cap. I).

(71) Es deber de justicia—sería un bonito estudio—precisar lo mucho que le debe a Cervantes el pensamiento de UNAMUNO.

(72) MIGUEL DE UNAMUNO: *Ob. cit.* (pág. 33).

y aunque parezca paradoja, algo del pragmatismo de Unamuno—la relación entre la conducta y la verdad—procede de Cervantes. De atrás le viene el pico al garbanzo, y como en seguida vamos a ver, no es éste el único de sus empréstitos. La realidad histórica de la existencia de Amadís y toda su parentela es la cosa más cierta del mundo para el hidalgo manchego. Esta idea se apodera hasta tal punto de él que llega a transformar su personalidad. Pero téngase en cuenta que cuando le asaltan por vez primera estos pensamientos, Don Quijote es *Alonso Quijano todavía.* Su nuevo ser consiste, por lo pronto, en su esperanza de realizarse. En efecto, lo que queremos ser forma parte integrante y aun esencial de lo que somos. La historia siempre es futura. Mas no se piense que todo cambio de actitud equivale a una conversión. El hombre pone su voluntad de muy distinto modo en cada uno de sus actos. Para que aquello en que creemos pueda constituirnos y transformarnos es preciso creerlo de todo en todo, con fe viva, obradora y total; es preciso *creerlo existiendo por ello.* Sólo de esta manera verificamos nuestra vida. Sólo de esta manera puede operarse el milagro de que Alonso Quijano se convierta un buen día, sin más ni más, en Don Quijote. La conversión implica la creencia en una vida más apropiada a nosotros y más auténtica y verdadera. Alonso Quijano es un convertido porque cree a pies juntillas en que su única posibilidad de ser hombre es convertirse en Don Quijote, de igual modo que nosotros creemos que podemos rectificar el pasado y adoptar una vida más apropiada y verificadora que la que hemos llevado hasta aquí.

Igual milagro acontece todos los días a nuestro alrededor. Si no lo vemos es porque estamos ciegos. La fe es un poder real y mágico que puede convertir cualquier idea en nuestra fe de vida (73). Todos creemos en la realidad de nuestros sueños y terminamos siendo lo que soñamos, porque los sueños nos modelan a su imagen y semejanza. Todos tenemos libros de caballerías en la cabeza, y ¡ay del que no los tenga! La certidumbre del sentir y la evidencia del pensar son un don de la fe. Quien carece de fe no tiene certidumbre de corazón, y quien carece de certidumbre no se puede realizar a sí mismo. ¿Pues en qué puede consistir lo más *propio* de nuestro ser sino en aquello a lo cual somos fieles con

---

(73) «La fe es, pues, el poder real y mágico que trueca un contenido, verdadero o falso, fantasmagórico o real, en *tema vital*; que tal es una de las excelencias creadoras de la vida, sacar de la nada—de la verdad o de la falsedad, que en este punto y frente a la vida, en cuanto tal, son igualmente insignificantes—*temas para vivir*». J. D. García Bacca: *Cómo Don Quijote salvaba su fe y su conciencia.* Universidad Central. Facultad de Filosofía y Letras. Caracas (pág. 149).

toda nuestra vida? La fe, y únicamente la fe, pudo transformar a Alonso Quijano en Don Quijote; convertir su existencia anodina y mundana en existencia auténtica, y confirmarle en su razón de fe dándole temas para vivir (74). La verdad vital tiene carácter de ejemplo y sólo se acredita realizándola. No se propone a la razón, sino a la voluntad. «Verdad es aquello, decía Unamuno, que moviéndonos a obrar de un modo u otro hace que cubra el resultado nuestro propósito» (75). «La verdad es la coincidencia del hombre consigo mismo», dice Ortega y Gasset (75 bis). Si Amadís, Don Galaor y Don Florispán fueron seres reales y verdaderos para Don Quijote porque le hicieron encontrar su vida verdadera, de igual modo ha llegado Don Quijote a convertirse en fe de vida para nosotros. La verdad objetiva consiste en la certeza, y la verdad vital consiste en la veracidad. Ambas vertientes de la verdad tienen que completarse, y ambas vertientes están representadas por los protagonistas del *Quijote*. Sancho entiende la verdad como la adecuación del pensamiento con las cosas; Don Quijote la entiende como la coincidencia del hombre consigo mismo. Cervantes no ha enfrentado a sus personajes; Cervantes trata de conjuntar las dos vertientes de la verdad en la pareja Quijote-Sancho, que constituye el verdadero protagonista de la obra. La más profunda intuición del pensamiento cervantino es justamente la reducción a síntesis de esta dualidad, pues la verdad objetiva y la verdad vital no pueden separarse sin destruirse.

El tema es extraordinariamente sugestivo y no conviene tocarlo a vuela pluma. Aquí ahora sólo nos interesa subrayar la actitud quijotesca. Si Don Quijote entiende que Amadís tiene la misma realidad que Felipe II es porque piensa que verdadero es sólo aquello que nos mueve a vivir, y él debe, en parte, a Amadís su nueva vida. Este es también el pensamiento de Unamuno: «Vuestra Merced debe saber por sus estudios lo de *operari sequitur esse*, el vivir se sigue al ser, y yo le añado que sólo existe lo que obra, y existir es obrar, y si Don Quijote obra en cuantos le conocen obras de vida, es Don Quijote más histórico y real que

(74) «Sólo cuando la vida *crea* en la ciencia y *crea* en la razón, es decir, cuando haga de ciencia y razón tema vital, la verdad objetiva se tornará, consecuentemente, no por su calidad simple de verdad, en parte del tema vital, y se preferirá creer en verdades, a inventar el tema o contenido para la fe. Pero en toda fe, aun en las más racionalizadas, y en los mejores tiempos de fe en la razón, entrará necesariamente un componente ineliminable de misterio, que no es sino el envés de la trascendencia creadora de la vida sobre la razón. Tal es la importancia vital de la fe.» J. D. GARCÍA BACCA: *Ob. cit.* (pág. 149).

(75) M. DE UNAMUNO: *Ob. cit.* (pág. 118).

(75 bis) J. ORTEGA Y GASSET: *Ob. cit.* V-81.

tantos hombres, puros nombres, que andan por esas crónicas» (76). La verdad objetiva, la verdad que no está confirmada por la fe, carece de valor para Don Quijote.

Ningún pasaje tan explícito en este aspecto como el intercambio de opiniones con los mercaderes sobre el acatamiento a Dulcinea. Adarga al pecho y lanza al brazo, Don Quijote expone la cuestión: «Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso.» Alguno de los mercaderes que era algo socarrón y no limosneaba sus palabras le pide aclaraciones: «Señor caballero, nosotros no conocemos quién es esa buena señora que decís; mostrádnosla: que si ella fuera de tanta hermosura como significáis, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida.» Y aquí comienza a complicarse la cuestión porque la verdad del uno no es la verdad de los otros. Los mercaderes piensan que la probanza en la verdad objetiva necesita retrato, y Don Quijote piensa que la verdad vital sólo precisa adhesión. «Si os la mostrara, replicó Don Quijote, ¿qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla la habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender; donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia.» La exigencia de demostración patente y ordinaria es prueba de soberbia para Don Quijote. La fe, en cambio, es humilde y no necesita probaturas ni demostraciones. Cada loco tiene su tema. El mercader insiste en su lección de cátedra pidiendo pruebas demostrativas, y sus palabras son un prodigio de impertinencia, gracia y precisión: «Suplico a vuestra merced... porque no encarguemos nuestras conciencias confesando una cosa por nosotros jamás vista ni oída... que vuestra merced sea servido de mostrarnos algún retrato de esa señora, aunque sea de tamaño como un grano de trigo; que por el hilo se sacará el ovillo, y quedaremos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado; y aún creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo y que del otro le mana bermellón y piedra azufre, con todo eso, por complacer a vuestra merced, diremos en su favor todo lo que quisiere» (77). A oídos de mercader hechos de caballero, y ¡zas!, ¡zas!, ¡zas!, se armó la gresca por cuestiones de método científico, igual que en una trinca de oposiciones. Con estos lances queda probado y

(76) M. de Unamuno: *Ob. cit.* (pág. 120).
(77) *Quij.* (I. Cap. IV).

presupuesto, en primer término y para Don Quijote, que la verdad objetiva cojea de un pie y necesita demostración, y, en segundo término, que la última demostración de la verdad es la fe (78).

LA VERDAD Y LA VIDA

La fe, en cambio, no necesita probanza de razón; da testimonio de sí misma y nada más. Cuando se encuentran internados en Sierra Morena y maquina Don Quijote imitar la penitencia de Beltenebros, Sancho no encuentra justificado su propósito y le pregunta, con más malicia que ironía, «si es que la señora Dulcinea del Toboso había hecho alguna niñería con moro o con cristiano» (79) que le impusiera aquella obligación. «Ahí está el punto —respondió Don Quijote—y esa es la fineza de mi negocio: que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado, ni gracia; el toque está en desatinar sin ocasión y dar a entender a mi dama que si en seco hago esto, ¿qué hiciere en mojado?» (80). La fe no necesita andar a caza de razones y se enturbia con ella. Traduciendo el pensamiento de Cervantes (81), dice Unamuno que «no es la inteligencia, sino la voluntad, la que nos hace el mundo. Todo es verdad en cuanto alimenta generosos anhelos y pare obras fecundas... Toda creencia que lleve a obras de vida es creencia de verdad, y lo es de mentira la que lleve a obras de muerte... La vida

---

(78) De estas dos actitudes: vericidad y veracidad, hablaremos en el segundo volumen. La imagen de Dulcinea la ha fijado definitivamente la fe de Don Quijote. Recordemos las palabras de ANTONIO MACHADO:

Y tú, la cerca y lejos, por el inmenso llano,
eterna compañera y estrella de Quijano,
lozana labradora fincada en sus terrones
—oh, madre de manchegos y numen de visiones—,
viviste, buena Aldonza, tu vida verdadera,
cuando tu amante erguía su lanza justiciera
y en tu casona blanca acechando el rubio trigo
aquel amor de fuego era por ti y contigo.

(*Ob. comp.*, pág. 202.)

(79) *Quijote* (I. Cap. XXV).
(80) *Quijote* (I. Cap. XXV).
(81) El quijotismo de don MIGUEL DE UNAMUNO es un doble quijotismo de conducta y de ideas. En cuanto al quijotismo de sus ideas, su deuda con Cervantes es mayor de lo que suele suponerse, y su anticervantismo es un ardid que pone en juego para saldar su deuda sin pagarla. En cuanto al quijotismo de su conducta, véase el muy interesante libro de CARLOS CLAVERÍA: *Temas de Unamuno* (Edit. Gredos. Madrid. Pág. 36).

es el criterio de la verdad y no la concordia lógica, que lo es sólo de la razón» (82).

La penitencia—que no sobra en la vida de nadie—se justifica en este caso muy de veras porque contribuye a confirmar la fe en sí mismo que tiene Don Quijote. Sufriendo por ella hace real a Dulcinea y todo lo demás carece de importancia. La historia de Dulcinea es una historia real y verdadera y, además, eterna, pues se está realizando de continuo en el corazón de Don Quijote (83), como la historia de Don Quijote es una historia real, verdadera y eterna, pues aún se sigue realizando en nuestro corazón. Mas la verdad vital tiene que recrearse continuamente, y el más pequeño desfallecimiento la destruye. Este es su extraño privilegio. ¿Tan flaco será el nuevo corazón de Don Quijote que no le basta para creer? No es flaco; humano, sí. Por ser humano desfallece, por ser humano busca quien le levante de sus caídas, y el dramatismo de su existencia estriba justamente en que su fe no encuentra nunca o casi nunca confirmación en el mundo que le rodea. El hombre vive siempre en soledad radical (84), afirma Ortega. En Don Quijote se ejemplifica de manera dramática la situación radical de la existencia humana. Don Quijote se encuentra condenado a bastarse a sí mismo.

DE CÓMO LA ESPERANZA DE DON QUIJOTE NO NECESITA CONFIRMACIÓN REAL

La carta a Dulcinea es la invención cervantina donde más resplandece esta actitud. Don Quijote se interna en el corazón de Sierra Morena para imitar la penitencia de Amadís en la Peña Pobre. Ha desnudado sus flacas, terminantes y tiritonas carnes y piensa darse algunas cabezadas en las breñas para probar a Sancho que está loco. ¡Válgame Dios con Don Quijote fingiendo la locura como todos fingimos la normalidad! Pero ¿a qué viene esta comedia? Don Quijote hace teatro para sí mismo. Quiere inventarse un corazón de caballero andante y si es posible un corazón ya enamorado y puesto en hora. A la sombra de unas encinas se prepara de rosario y de tiempo para rezar un millón de avemarías y defen-

---

(82) M. DE UNAMUNO: *Ob. cit*, pág. 118. La diferencia entre la verdad objetiva y la verdad vital la resume UNAMUNO de este modo. «La verdad no es la relación lógica del mundo aparencial a la razón, aparencial también, sino que es penetración íntima del mundo sustancial en la conciencia, sustancial también» (pág. 147).

(83) M. DE UNAMUNO: *Ob. cit.* (pág. 94).

(84) ORTEGA Y GASSET: *Qué es filosofía.*

derse en la soledad contra las tentaciones de San Antonio. Quien no piensa, no peca. Y una vez *realizados* estos preliminares pone en orden su vida y decide escribir a su señora. No tiene nada que decirle. Sin embargo, la escribe. La historia de esta carta es una de las más afortunadas invenciones cervantinas. Da cuerpo y realidad a la figura anteriormente desdibujada de Dulcinea y establece la relación definitiva y esencial entre las vidas de Don Quijote y Sancho Panza. La relación de señorío va convirtiéndose en relación de intimidad hasta que al fin termina por situar a ambos protagonistas dentro de un mismo plano. Se necesitan de igual modo. Para confirmarse en la ilusión de la ínsula depende Sancho de su señor, y para confirmarse en la ilusión de Dulcinea va a depender Don Quijote de Sancho. Sus vidas se han fundido. Justo es decir, también, que no tiene el caballero más solicitud por la ilusión de Sancho que la que tiene Sancho por la ilusión del caballero. Cuando hacia el fin de la novela todo se ha hundido, únicamente queda en pie la ilusión del desencanto de Dulcinea. Ella es la fe de vida de Don Quijote. Sancho ha pagado a su señor punto por punto y alma por alma. Y todo tiene comienzo en este día porque la Insula Barataria de Don Quijote estriba en esta carta. ¿La recuerdas, lector? Va a ser escrita con un lenguaje altisonante, efímero y caballeresco (85). No da noticia alguna. Sólo se escribe para que Don Quijote, mientras llega y no llega la respuesta, pueda tener una esperanza valedera y real.

¡Y bien, mi señor Don Quijote, pongamos manos a la obra! La carta al fin queda *editada* en el librillo de notas de Cardenio. Cervantes nos ha contado la cavilación del caballero para allegar papel, pero se olvida de decirnos—¿se olvida o no se olvida?—cómo ha encontrato recado de escribir en sitio tan inhóspito. ¿A dónde iríamos a parar con semejantes precisiones? La pluma no era difícil de ingeniar y suponemos que la tinta bien pudo ser la sangre de sus venas, como es uso y costumbre en tales cartas. Una vez concluída la misiva Don Quijote recomienda a Sancho que se

---

(85) «Cervantes, que conocía a maravilla la gramática del amor cortés, al que entregó sus obras preferidas, hizo guardar a Don Quijote el silencio (amoroso) hasta el capítulo XXV, en que lo rompe con una graciosísima carta, verdadera «cantiga» de amor en prosa... Después de haber leído públicamente este trabajo, he visto en una nota de MARTÍN DE RIQUER (en su utilísima *Lírica de los trovadores*, pág. 470) a la más bella composición de ARNAUT DE MARVELL una referencia al paralelismo con la idea inicial de la carta de Don Quijote a Dulcinea. JOSÉ FILGUEIRA VALVERDE: *Don Quijote y el amor trovadoresco*. «Rev. de Filología». Homenaje a Cervantes (pág. 502). Es sumamente curioso este detalle para comprender el estilo de Cervantes, como veremos a su hora.

la transcriban en algún lugarejo del camino para darles, tanto al papel como a la letra, el rango conveniente. Y bien, mi señor Don Quijote, ¿qué dirección pondremos a la carta? Don Quijote no sabe ni puede saber la dirección de Dulcinea. La carta, pues, no lleva dirección. Pero no importa. No pongamos nosotros dificultades para que llegue a su destino ni seamos más papistas que el Papa. Al fin y al cabo la carta no tiene más sentido que despertar en Don Quijote la ilusión de esperar su imposible respuesta. Y para hacer verdadera esta ilusión, Sancho cabalga en *Rocinante,* se pone en camino y en un dos por tres llega a la venta donde el destino da fin a su viaje. El destino se llama Nicolás, maese Nicolás el rapista, y se apellida Pero Pérez, el licenciado. Cuando está refiriendo sus andanzas, Sancho advierte con desesperación, puñadas y mesamiento de barba, que se ha olvidado de traer la carta con el alegrón de la cédula de los pollinos. Parece, pues, completamente inútil este viaje en que el correo va a pie ligero y la carta se ha quedado en su sitio, a pie quedo. En cada nueva acotación cervantina la carta a Dulcinea va tomando ante los lectores un aire de más desenfadada y sonriente irrealidad. Pero ¿a qué viene esta comedia?, nos volvemos a preguntar. El mismo Don Quijote no lo sabe. Nadie puede saber qué es lo que espera. Nadie puede saber si le interesa más la respuesta de Dulcinea que la de Sancho o le interesa más la respuesta de Sancho que la de Dulcinea. Su esperanza no necesita confirmarse en la realidad, pero precisa, en cambio, seguir siendo esperanza. Este es el nudo de la cuestión y el argumento de la comedia que va enredándose en cada nueva escena. Porque después, a solas y a su debido tiempo, Don Quijote pregunta a Sancho cuál fué el destino de su carta, a pesar de saber, como sabe, que sigue en su bolsillo. (A estas cosas llaman «olvidos» de Cervantes los alegres comentaristas.) Parece, pues —sólo a primera vista—, que a Don Quijote le importa más la respuesta de Sancho que la de Dulcinea. ¿Pero a qué viene esta pregunta, esta mentira o, mejor dicho, esta comedia? Don Quijote quiere ser engañado antes de renunciar a lo que constituye su fe de vida. Sancho lo engaña y describe, con sus puntos y comas imaginarios, el encuentro y la conversación con Dulcinea. ¿Y bien, mi Señor Don Quijote, en la comedia que te ha inventado Sancho, qué ha sucedido con la carta? En el plano de la comedia se nos dice que ha sido trasladada a su tiempo por maese Nicolás y Pero Pérez. En el plano de la comedia llega a las manos de Dulcinea. Y en el plano de la comedia resulta que Dulcinea «no la leyó porque dijo que no sabía leer ni escribir; antes la rasgó y la hizo menudas piezas,

diciendo que no la quería dar a leer a nadie porque no supiesen en el lugar sus secretos» (86). Así, pues, la carta, que nunca fué enviada, estaba destinada a nunca ser leída. Afortunado, irónico y sorprendente final. Y bien, ¿qué queda en pie de todo esto?, ¿en qué consiste la verdad de esta historia?

No hilemos demasiado delgado para que no se nos quiebre el hilo. La verdad es la esperanza (87). La maravillosa historia de la carta de Don Quijote a Dulcinea nos enseña el secreto del heroísmo quijotesco, que *estriba en el mantenimiento, a toda costa, de la esperanza.* Don Quijote no realiza sus objetivos porque son inalcanzables. Por lo pronto, y para saber quién es, necesita no sólo inventar, sino crear la realidad de Dulcinea. Ya insistiremos sobre este punto. Aquí radica el quijotismo de su carácter.

La esperanza es de la fe
guía, bordón y alimento,
luz de luz donde el contento
no se toca aunque se ve (88).

La esperanza, por así decirlo, le da cuerpo a la fe; la que hayamos tenido, fija nuestra frontera personal y hace que actualicemos totalmente la vida en cada uno de sus instantes. «Lo que hemos de acaudalar en nuestra última hora es riqueza de esperanzas, que con ellas, mejor que con recuerdos, se entra en la eternidad.

---

(86) *Quij.* (I, XXXI).

(87) De Cervantes procede, en este caso, el pensamiento de UNAMUNO, y de UNAMUNO, el pensamiento de MACHADO. Es sorprendente y curiosa esta continuidad de pensamiento y actitud en la poesía española:

Dice la razón: busquemos
la verdad.
Y el corazón: vanidad.
La verdad ya la tenemos.
La razón: ¡Ay, quién alcanza
la verdad!
El corazón: Vanidad.
La verdad es la esperanza.
Dice la razón: tú mientes.
Y contesta el corazón:
quien miente eres tú, razón,
que dices lo que no sientes.
La razón:
jamás podremos
entendernos, corazón.
El corazón: ¡Lo veremos!

A. MACHADO (*Ob. cit.,* pág. 224).

(88) La cuarteta pertenece a don JUAN DE SILVA Y MENDOZA, conde de Salinas y marqués de Alemquer. Tenemos preparada la edición de sus obras.

Hagamos que nuestra vida sea un perduradero Sábado Santo» (89). Una cosa es la verdad objetiva y otra es la verdad vital. Una cosa es la lógica de la razón y otra es la lógica de la esperanza. El pasado es la urdimbre del futuro. Con recuerdos de esperanzas y esperanzas de recuerdos se va creando nuestra vida, que no cobra su plena realidad sino mirando hacia el mañana. «En realidad somos más padres de nuestro porvenir que hijos de nuestro pasado» (90). Porque Alonso Quijano llegó a pensar de este modo puso su vida entera en la raicilla de la esperanza. ¿Y quién es más verdadero, Alonso Quijano o Don Quijote? ¿Qué es más real, vivir o hacer vivir? Esta es la gran pregunta cervantina que no tiene contestación, como toda pregunta radical.

Tal vez nos hemos demorado, pero era necesario. Para resumir, diremos que las notas que definen a Don Quijote son el sentido de su heroísmo y el carácter de su lógica vital. El sentido de su heroísmo es la abnegación y, por tanto, Don Quijote tiene que ser humillado continuamente para que resplandezca esta cualidad. Perdonar es su manera de hacer justicia. «Bien está hacer seguir a la culpa su natural consecuencia: el golpe de la cólera de Dios o de la cólera de la Naturaleza, pero la última y definitiva justicia es el perdón» (91). El carácter de su actitud vital obedece a la lógica de la esperanza y no a la lógica de la razón. Añadiremos, finalmente, algo bien sabido. La utilidad no pertenece al mundo de Don Quijote. Su conducta nunca persigue un fin utilitario y esta actitud envuelve a todos sus actos en una atmósfera heroica ridícula y regocijante. Es doloroso y natural. Aun los que sueñan, los que soñamos ser sus herederos ya somos idealistas utilitarios. No le podemos comprender.

Luis Rosales.
Altamirano, 34.
MADRID

(89) M. de Unamuno: *Ob. cit.*, pág. 155.
(90) M. de Unamuno: *Ob. cit.*, pág. 92.
(91) M. de Unamuno: *Ob. cit.*, pág. 96.

JORGE JUAN Y ANTONIO DE ULLOA

POR

ALBERTO GIL NOVALES

DON JORGE JUAN y don Antonio de Ulloa representan en la Historia española el momento augural de Felipe V, que desemboca en el Renacimiento de Carlos III, Representan también la ciencia, la honradez y la abnegación en una de las etapas más simpáticas de todo el pasado español. Su obra ofrece interés universal, y sus figuras están envueltas de un halo de profunda admiración. En el Perú virreinal causaron sensación. Don Ricardo Palma recuerda en una de sus *Tradiciones* que ellos y sus compañeros franceses fueron llamados por los limeños *los caballeros del punto fijo*. En esto acertó el sentir popular: tanto don Jorge Juan como don Antonio de Ulloa fueron caballeros de verdad.

Sabido es que Felipe V les designó para acompañar a los académicos franceses, que iban a medir el grado de meridiano en el Ecuador. El 26 de mayo de 1735 salieron de Cádiz camino de América para cumplir la comisión real. Tanto para España como para Hispanoamérica este viaje iba a ser transcendental. Aparte de su misión puramente científica, llevaban la de estudiar y dar un informe sobre el Gobierno español en América. El libro que escribieron para llenar este segundo cometido, titulado *Noticias secretas de América*, ha merecido ser llamado muy justamente «el gran ensayo español de sociología americana», y sus autores «los más profundos historiadores» de la época (1). Dado su carácter secreto, permaneció inédito hasta que en 1826, reciente la emancipación y acaso insegura para un contemplador europeo, lo publicó en Londres un inglés, David Barry, quien parece demócrata, y sinceramente proamericano, aunque deja escapar en el prólogo que si hubiesen sabido los ingleses el verdadero estado militar de Guayaquil y Panamá, a estas horas pertenecerían a Inglaterra. Claro que hay que disculparle, porque para un inglés el mayor grado de libertad e independencia a que podían aspirar esos países era pasar a los dominios de Su Majestad Británica. Las *Noticias secretas*... se publicaron en castellano, como tantos otros libros aparecidos

(1) ARCINIEGAS: *América...*, págs. 160 y 145. *Tierra firme*, Losada, Buenos Aires, 1944.

en Londres por aquellas fechas, debido a una mezcla de auténtica democracia y de ayuda a la expansión económica inglesa en Hispanoamérica. Afortunadamente contamos con una segunda edición, aparecida en Madrid en 1918, gracias a los esfuerzos de un escritor entusiasta, el venezolano don Rufino Blanco-Fombona (2).

Para cualquier español honrado este libro constituye una dolorosa sorpresa, y a la vez un orgullo de que sus autores sean compatriotas. Es, sencillamente, el libro del *desgobierno*: de su veracidad no es posible dudar. Pero es también una obra muy pensada, acaso la más rigurosa que sobre tema alguno se haya escrito en la España del siglo XVIII; y su interpretación actual ofrece delicados matices.

En primer lugar, el estado caótico de la defensa de aquellos territorios. España estaba muy lejos, y no llegaban a América con facilidad las reformas borbónicas. Durante muchos años la América española estuvo expuesta a los piratas de todas las naciones, y lo que es más grave, a la pérdida de las zonas más importantes del Imperio. Hay situaciones que nos mueven a risa. Así, por ejemplo, cuentan los autores que en el Pacífico había un empleo de general de la mar del Sur, desempeñado por un capitán de navío, y otro de «almirante de la Armada, y no habiendo en ésta más que dos navíos, estos dos oficiales venían a ser recíprocamente comandante y almirante uno de otro, y el carácter de los empleos no tenía ni otros navíos ni otros oficiales de comando sobre quienes extenderse» (3). En los Consejos de guerra ante el virrey tenía prelación en el asiento el que llegaba primero. Jorge Juan y Antonio de Ulloa, interrumpiendo por encargo del virrey sus trabajos científicos en Quito y Cuenca, se ocuparon de mejorar la defensa en varios puntos, pues se temía una invasión de la escuadra del Almirante Anson. Afortunadamente los ingleses se lo pensaron mucho antes de hacer una invasión conquistadora en el continente, y cuando por fin Sir Horace Popham se decidió a apoderarse del Río de la Plata ya era tarde: los argentinos sabían defenderse por sí solos. También, es cierto, apuntan los autores los nombres de algunos jefes experimentados, que sabían cumplir con su deber: don Sebastián de Eslava y don Blas de Lezo. Ellos mismos armaron dos navíos con tan poco gasto, que todo el país, comenzando por el virrey, quedó asombrado. Frente a las prácticas con-

(2) Cito por esta edición.
(3) *Noticias secretas...*, tomo I, pág. 117.

sentidas por costumbre, Ulloa y Jorge Juan representaban un principio de racionalidad.

En segundo lugar, y muy relacionado con lo anterior, los absurdos monopolios, concedidos por la Real Hacienda, con daño general de la población, los abusos de los gobernadores de puestos avanzados, como el de Valdivia, que al recibir el *situado*, es decir los víveres, vestidos y demás para la población, en lugar de repartirlo, lo paga, y abre tienda, prohibiendo cualquier otra. En dos años de Gobierno se hacía acreedor de todo el vecindario. Los virreyes lucharon contra estos abusos, no siempre con éxito, y muchas veces, terminado el período de mando, el juez de residencia enviaba al prevaricador a la cárcel; pero su sucesor hacía lo mismo, y además no era difícil que la justicia peninsular, engañada por las intrigas, castigase al más celoso administrador. Esto de abrir tienda ha tenido en América un nombre característico: *pulpería*, viejo uso de los capitanes de navío, aliados muchas veces con los contramaestres. En la pulpería, siempre única, terminaban todos los sueldos de los marineros. Pero además «esta conducta de los capitanes de aquella mar era, sin diferencia alguna, como la de los corregidores de tierra, porque todos seguían el mismo régimen» (4). Nadie cumplía con su deber. Los autores se hacen cruces de que en los navíos mercantes, por la noche, nadie vigile la navegación; así los naufragios son frecuentes. Pero lo que llega a ser impresionante son los fraudes en las atarazanas del Callao. Había los empleos de veedor, proveedor y pagador general, tenedor de bastimentos y contador y escribano mayor, con buenos sueldos, pero ninguno de ellos trabajaba, sino sus tenientes. Estos se dedicaban al hurto; lisa y llanamente: ...«lo que se puede asegurar del arsenal del Callao, sin reparo, es que la corrupción de los sujetos llegaba ya a tal extremo, que todos los que estaban comprendidos en su manejo lo eran igualmente en el fraude sin distinción de carácter ni graduación, y que se cometía esto con tanto desahogo, que ya no era necesario cautelarse para vender lo que se sacaba de los almacenes...» (5). La autoridad tuvo que recurrir a mantener vacío el arsenal, como única forma de cortar el extravío.

Otro aspecto interesante en que los autores se detienen es el del activísimo comercio de contrabando, que se ejercía en Lima y

(4) Ob. cit., I, 129.
(5) Ob. cit., I, 96.

en todo el Virreinato del Perú, sin que los virreyes pudiesen cortarlo, y aun a veces con su consentimiento. Describen los casos flagrantes que han conocido, y proponen algunas medidas para remediar la situación, no dándose cuenta de que la única medida útil era decretar la libertad de comercio. En la lucha entre la naturaleza de las cosas y el precepto real, ellos, súbditos leales, eligen siempre el interés monopolista de la Real Hacienda. No obstante hay un momento en que recogen meridianamente la verdadera naturaleza del conflicto, aun no dándose cuenta de su significado. «A este modo de consentir y aún patrocinar los contrabandos llaman generalmente en aquellos países comer y dejar comer, y los jueces que lo consienten por el soborno que reciben son llamados hombres de buena indole, que no hacen mal a nadie» (6). *Comer y dejar comer*: exactamente. España tardaría demasiado tiempo en darse cuenta de la profunda verdad de esta frase.

Y ahora entramos en la materia más delicada e importante de estas *Noticias secretas...*: la que se refiere al trato de los españoles a los indígenas. Los autores tienen plena conciencia de la gravedad de sus afirmaciones, cuando escriben: «Nosotros, libres de toda preocupación, sin interés en el asunto, sin consideración alguna personal, hemos observado, indagado y averiguado por todas partes... y ahora presentamos nuestras noticias descubiertamente a los ojos del superior Gobierno en este modo reservado. Los asuntos particulares que contiene esta parte de nuestro informe, siendo para instrucción secreta de los ministros, y de aquellos que deben saberlos, y no para divertimiento de los ociosos, ni objetos de detracción para los malévolos, van expuestos con toda ingenuidad, a fin de que tomados en consideración, se arbitren los medios más convenientes para la reforma» (7).

Lo primero que observan es que sistemáticamente no se cumplen las Leyes de Indias, y que los nativos han quedado reducidos a la esclavitud, tan rigurosa, que aun siendo libres legalmente, envidian la suerte de los esclavos africanos. Esto no tiene más que un origen: la despiadada y ruín codicia de los blancos, que tiende un velo de sombra sobre todos los establecimientos coloniales fundados por los europeos. Aquí voy a referirme a uno de los más vergonzosos capítulos de nuestra historia, pero esto no quiere

---

(6) Ob. cit., I, 226.
(7) Ob. cit., I, 251-52.

decir que otros pueblos (8) no hiciesen lo propio. Es toda Europa la que está emplazada en estas páginas dolorosas de Jorge Juan y Antonio de Ulloa. Pensar otra cosa sería hipocresía. Pero esta comunidad no nos exime de nuestra singular responsabilidad, y acallarlo, cantando loores a las gestas, no sería patriótico.

Queda uno tan abrumado ante estas revelaciones de los autores, que parecería imposible. Hay que advertir no obstante que los datos que voy a trasladar tienen un límite geográfico muy estricto, la provincia de Quito, es decir, aproximadamente la actual República de El Ecuador. Y no es una casualidad que este país nos haya dado las novelas de más agrio contenido social de toda la literatura hispanoamericana. (Que estas novelas no tengan una alta categoría estética es ya otra cuestión.)

La esclavitud de los indios se debe, pues, a los corregidores, a la institución de la mita, y a los mismos curas encargados de su evangelización.

Los corregidores abusan de los indios en la cobranza del tributo, hasta límites inauditos, haciendo caso omiso de lo legislado; y además los emplean perpetua y gratuitamente a su servicio. Pero donde los corregimientos se tornan absolutamente inhumanos es en aquellos donde existen repartimientos, es decir, los dependientes de la Audiencia de Quito, de Loja hacia arriba. Parece una macabra paradoja de la historia, que cuanto más sabias y beneficiosas son las disposiciones de las leyes, más avieso se torna su cumplimiento para los mismos indios, a quienes se destinan. El editor inglés de estas *Noticias secretas*... habla de hipocresía de la Corona. Con esto descubre sus intenciones nada puras. Pero es que no son el mismo hombre el teólogo, que generosamente discutía en Salamanca la licitud de la Conquista, o el legislador que daba normas civilizadoras; y el conquistador o el colono, generalmente nada letrados, que iba a América exclusivamente a enriquecerse. Si se creó cultura y se cumplió al fin un magnífico destino, es porque afortunadamente no sólo pasó a América gente de esta calaña (9); y aún entre los conquistadores mismos—prescindiendo ahora de otros aspectos de su personalidad—hay un abismo entre

(8) Hasta donde sea lícito generalizar en el pueblo la acción de algunos de sus indivduos.

(9) Aparte del fenómeno estudiado por los historiadores de que cuando un objeto se introduce en una cultura extraña arrastra tras sí toda la cultura a que pertenece. La transculturación en América era indefectible.

los letrados y los que no lo son. Desde muy temprano, casi desde 1500, la historia de América es la que Sarmiento escribirá más tarde: civilización contra barbarie. Y lo sigue siendo todavía.

Los repartimientos, en efecto, se crearon pensando en los indios: «...atendiendo a su mayor comodidad, y a que no careciesen de lo necesario para vestirse, para trabajar y para el trajín y comercio, se ordenó que los corregidores llevasen una cantidad de aquellos géneros que fuesen propios para cada corregimiento, y los repartiesen entre los indios a unos precios moderados, a fin de que teniendo con qué trabajar sacudiesen la pereza, dejasen la ociosidad tan connatural a sus genios, y agenciasen lo necesario para pagar sus tributos y mantenerse» (10). Es necesario no confundir el repartimiento con la mita, confusión fácil porque el Diccionario empieza diciendo que *la mita es un repartimiento*. Este era de tres clases: de mulas, mercancías de Europa y del país y frutos. El corregidor compra todo en Lima; el comerciante le entrega siempre lo peor de las existencias, y a un precio abusivo, porque sabe que el corregidor se lo sacará al indio con creces. Después el funcionario va de pueblo en pueblo de su jurisdicción, y entrega al cacique lo que corresponde a cada indio. No pregunta lo que necesitan: dispone él, sin que sea posible negarse, y al precio que quiere. Así ocurre que les reparte toda clase de objetos inútiles para los indios: terciopelo, raso o tafetán, medias de seda, espejos, candados, navajas de afeitar—los indios del Perú son completamente lampiños—, plumas y papel blanco, cuando no saben escribir y la mayoría no entiende el castellano, barajas, cajetas para tabaco, que no usan, peines, sortijas, botones, libros, comedias, encajes, cintas, etc.: «verdaderamente que esto parece burlarse de aquella pobre nación» (11) exclaman los autores con indignación. Y en cuanto a las mulas muchas veces se las dan enfermas, a punto de morir, por el viaje y el cambio de clima, de los valles a la serranía; y además el indio, que las paga, no puede emplearlas en el transporte de viajeros y mercancías, si no es por orden del corregidor, quien en este caso recibe el dinero, a cuenta de las deudas, en que siempre tiene enfangados a los indios. Estos no pueden ganarse la vida libremente con las mulas de su propiedad, so pretexto de combatir el comercio ilícito. Los repartimientos de frutos no están tan extendidos como los otros; es

(10) Ob. cit., I, 261.
(11) Ob. cit., I, 271.

la misma cantinela: ...«botijas de vino, aguardiente, aceitunas y aceite, cosa que los indios no consumen ni aún lo prueban; y así, cuando reciben una botija de aguardiente, que se la cargan por sesenta u ochenta pesos, buscan entre los mestizos o pulperos quien se la compre, y se tienen por dichosos si hallan quien les dé diez o doce pesos por ella» (12). Esto da lugar a sublevaciones, como la de los chunchos en 1742.

Finalmente cuando el corregidor termina su mandato, el juez de residencia averigua su comportamiento, pero casi siempre se deja sobornar. El cohecho es una costumbre más en este negocio de las Indias. Los autores proponen una serie de medidas para solucionar esta cuestión: la más importante es la extinción de los repartimientos y la prohibición de que los corregidores puedan comerciar, a lo menos en su distrito; además deberán cumplir la ley de tributación, bajo severas penas, y deberán ser personas experimentadas y honradas; y que no se dé el cargo nunca para agradecer un servicio, porque esto es invitar a la extorsión.

Dando un magnífico ejemplo de comprensión y altura de miras, Jorge Juan y Antonio de Ulloa reconocen que las riquezas de América se deben a los indios que las trabajan, sin que obtengan de los españoles «más que un continuo y cruel castigo, menos piadoso que el que se ejecuta en las galeras»; ...«hasta la religión, como se verá después, es un motivo plausible para privarles de los pocos bienes temporales que han librado de la rapacidad de sus jueces y amos, sin recibir consuelo alguno espiritual, no siendo el espíritu de la religión lo que se les enseña, ni teniendo de cristianos cosa alguna más que el vago nombre» (13).

Otra famosa institución era la mita: ...«consiste en que todos los pueblos deben dar a las haciendas de su pertenencia un número determinado de indios para que se empleen en su trabajo, y otro número se asigna a las minas»... ...«Estos indios deberían hacer mita por sólo el tiempo de un año, y concluído restituirse a sus pueblos, porque yendo entonces otros a mudarlos, deberían quedar libres hasta que les volviera a tocar el turno; pero esta formalidad, aunque bien dispuesta por las leyes, no se guarda ya, por lo que lo mismo es para los indios el trabajar en mita para beneficio del minero o hacendado, que trabajar en libres para utilidad del corregidor, pues de ambos modos les es igual la pen-

(12) Ob. cit., I, 271.
(13) Ob. cit., I, 288-89.

sión» (14). (Los autores utilizan siempre *pensión* en el sentido de gravamen o carga). En Quito existían mitas de haciendas de sembradío, y de estancias de ganado mayor y menor. En las primeras, habiendo subido mucho el precio del maíz en 1743 y 1744, los dueños se lo negaron a los indios que lo trabajaban, dejándoles morir de hambre. Un caso extremo, desde luego, si no existiese también la mita llamada de obrajes, es decir, talleres textiles. «El trabajo de los obrajes empieza antes que aclare el día, a cuya hora acude cada indio a la pieza que le corresponde según su ejercicio, y en ella se les reparten las tareas que les pertenecen; y luego que se concluye esta diligencia, cierra la puerta el maestro del obraje y los deja encarcelados» (15). Así siguen hasta la noche, con una breve interrupción a mediodía para que entren las mujeres a darles la comida. Los que a la noche no han terminado su trabajo son bárbaramente azotados, sin perjuicio de que se les anote como deuda. Todavía es mucho peor la situación de los que van al obraje castigados por no haber pagado el tributo, tributo que muchas veces no debían, ya que los corregidores, fiados en su ignorancia y simplicidad, solían reclamárselo dos veces. «Estos indios ganan un real al día; medio se les retiene para pagar al corregidor, y el otro medio se asigna para su manutención, lo cual no es suficiente para un hombre que trabaja sin cesar todo el espacio de un día...» «Además de esto, como el indio no es dueño de salir de aquella prisión, se ve precisado a tomar lo que el amo le quiera dar por aquel medio real. El inhumano dueño del obraje, por no desperdiciar nada, aprovecha en ellos el maíz o cebada que se le ha dañado en las trojes, las reses que se le mueren e infectan ya el aire, y a este respecto todo lo más malo y despreciable de sus frutos. La consecuencia de este trato es que aquellos indios se enferman a poco tiempo de estar en aquel lugar, y consumida su naturaleza, por una parte con la falta de alimento, por otra con la repetición del cruel castigo, así como por la enfermedad que contraen con la mala calidad de su alimento, mueren aún antes de haber podido pagar el tributo con los jornales de su trabajo. El indio pierde la vida, y el país aquel un habitante, de lo cual se origina la disminución tan grande que se advierte en la población peruana» (16).

Hablan después los autores del problema de los indios que han

(14) Ob. cit., I, 289-90.
(15) Ob. cit., I, 298.
(16) Ob. cit., I, 299-300.

sido despojados de sus tierras, y proponen que haya protectores fiscales y curas de raza india. Esto último porque los curas blancos son otro instrumento de opresión del indio, especialmente los frailes, que se hacen cargo del curato mediante pago de una cantidad, cosa desconocida en los sacerdotes seculares. El cura explota al indio *al modo folklórico*: imaginando continuas festividades, cuyo esplendor encomienda cada vez a algunos indios, tengan o no tengan dinero, ya lo buscará. Naturalmente él cobra por todo, y lo mismo por los entierros, ya que si el indio no paga en seguida, el cura se niega a dar al cadáver cristiana sepultura. No pueden ser Jorge Juan y Antonio de Ulloa sospechosos en esta materia, ya que son profundamente católicos. Se duelen de lo que ven, y apuntan que los indios salvajes no quieren convertirse al ver la vida que se da a los convertidos. Las misiones están muy decaídas, y del vicio general sólo se salva una Orden, la Compañía de Jesús, la única que trata con gran humanidad a los indios, y que tiene misiones florecientes en el Marañón. Los autores hacen continuamente un gran elogio de la grey ignaciana, y por ejemplo, proponen que a ella se le encomienden los hospitales, y todas las misiones, si las demás órdenes no se enmiendan.

El Perú ofrece un espectáculo bien poco edificante. Por todas partes, la enemistad entre peninsulares y criollos, que ha corroído todas las manifestaciones de la vida pública y privada, penetrando incluso en los conventos. «Basta ser europeo o chapetón, como le llaman en el Perú, para declararse inmediatamente contrario a los criollos; y es suficiente el haber nacido en las Indias para aborrecer a los europeos» (17). Aquí se pudiera ver prefigurada ya la independencia, pero en aquel momento era prematuro. Se trataba de una discordia sin repercusiones políticas. La independencia será posible después que esos países hayan recibido las ideas de la ilustración, y aun así soportarán una larga guerra civil. Jorge Juan y Antonio de Ulloa responden de la lealtad de los indios y de los mestizos, en diversos pasajes de su obra: de los españoles no es necesario hablar. Estas continuas discordias tenían su origen, aparte de en el *ius soli* de hombres de América, en el especial racismo con que se desenvolvió nuestra colonización: el español se mezcló con toda clase de razas, sin escrúpulo, pero siempre quedó la española como superior. Ser de Castilla era ser lo mejor. (No importa para sus resultados que esto fuese inevitable). Por

---

(17) Ob. cit., II, 93.

eso cualquier peninsular llegado a América sin un céntimo, alcanzaba cargos, y se enaltecía casándose con las damas más linajudas. Obraba la envidia. Los criollos mantenían un orgullo aristocrático, pero, excepto en la costa, no se dedicaban al comercio, es decir, estaban apartados de las fuentes de riqueza y progreso, y además, pecado nefando que las otras familias se encargaban de divulgar, su sangre era mezclada. No se daban cuenta de que el español de la Península era también mestizo de moro y judío, romano, godo y arévaco, y esto a pesar del famoso y triste expediente de *limpieza de sangre*. Sólo que sus sangres habían sedimentado, y en América el mestizaje era demasiado reciente (18).

Esto traía la consecuencia de que el sentimiento de colectividad era en el Perú muy débil. Cada quisque era allí un dios, empezando por el virrey, cuya entrada en Lima era digna de un soberano, y se hacía siempre, aunque estaba prohibida por las Leyes de Indias. En realidad todos los preceptos europeos, incluso los morales y religiosos, quedaban en América muy atenuados. Allí todo el mundo vivía con su manceba, incluso los curas y religiosos, exceptuados los jesuítas. Jorge Juan y Antonio de Ulloa narran algunos casos de amancebamiento de frailes, que tienen una gracia especial. Más grave era el enriquecimiento incesante de las órdenes, que hacía desear a algunos el caer en manos de Inglaterra, si de este modo, conservando su fe, se podían librar de «pechar a las religiones» (19). A pesar de su admiración y devoción por los jesuítas, los autores escriben que «convendría también poner límites a sus rentas» (20), ya que han llegado a dominar totalmente algunos ramos del comercio quiteño, y aún de Lima, con perjuicio del elemento civil.

Los autores tienen un alto concepto de la economía indiana, cuando escriben que hay «en las Indias un tesoro más cuantioso y seguro que el de las ricas y celebradas minas de Potosí, Puno y el Chocó, en sus frutos, en sus resinas, en hojas, en cortezas, en animales y, por decirlo de una vez, en todo lo que produce, porque todo es particular y digno de estimación» (21).

(18) ALTAMIRA menciona la curiosa teoría del doctor Juan Páez de Castro, historiador español del siglo XVI, sobre «la *conformidad* que él creía ver entre «las costumbres y religiones» de los indígenas americanos («Indios Occidentales») «con las antiguas que los historiadores escriben de estas partes que nosotros habitamos»... (*De Historia y Arte,* Madrid, 1898, p. 4, n. 2).

(19) *Noticias secretas...,* II, 204.

(20) Ob. cit., II, 212.

(21) Ob. cit., II, 283.

El viaje de Jorge Juan y Antonio de Ulloa duró once años, incluyendo la ida y vuelta, hasta 1746. Aparte de las *Noticias secretas de América*, escribieron una relación de sus observaciones, repartiéndose el trabajo (22). Ulloa escribió la *Relación histórica del viaje a la América meridional* y Jorge Juan las *Observaciones astronómicas y físicas*.

Ulloa nos da en su *Relación histórica*... un cuadro muy animado de los países que ha visitado. Nos habla de todo: de las producciones, de la riqueza y pobreza, insistiendo otra vez en el concepto erróneo de sólo reputar ricas a las provincias metalíferas, y en cambio pobres a «las que abundando en ganados, pródigas en frutos, cómodas en los temples, y colmadas de las riquezas mayores, o no están sus entrañas tan penetradas de minerales preciosos, o se han dejado olvidar con el descuido sus labores» (23). El comercio en Lima lo hacen todas las familias, hasta las más nobles, y en los oficios mecánicos hay maestros blancos que conviven con mulatos; ninguna de estas dos cosas es posible en Quito. O bien son las particularidades de los animales, como los burros silvestres de Mira (Quito), la forma curiosísima en que los zorros se defienden de los perros en Cartagena de Indias, o la puesta de huevos del caimán hembra, con su enemigo el gallinazo, etc., en cuyas descripciones suele alcanzar una muy estimable categoría literaria. Se preocupa de los datos científicos, y la cultura de Quito, donde los jóvenes estudian Filosofía, Teología y Leyes, pero desconocen casi totalmente las noticias políticas, históricas y de las Ciencias Naturales. (Medio siglo después Ecuador tendría un científico de categoría en la persona de Francisco José de Caldas). Los monumentos y artesanía de los Incas, despiertan su admiración, y también los hombres de cultura del país, como Miguel de Santiago, célebre pintor mestizo, o don Pedro Maldonado, compañero de La Condamine en el viaje de éste por el Amazonas.

Enorme interés tiene la descripción de las costumbres: los polizones que llegan a Cartagena y otros puertos, y sufren la enfermedad llamada *chapetonada*, de la que muchos se salvan gracias a la caridad de las negras y mulatas, con las que luego se casan, o bien van al interior del país; el hábito cartagenero de

(22) También un estudio sobre el meridiano de Demarcación entre España y Portugal. Es un libro interesante, una llamada de atención ante el continuo avance portugués.

(23) *Relación histórica del viaje a la América meridional...*, Madrid, 1748.

hacer las once, es decir tomar aguardiente a esa hora, o el de fumar: «Las mujeres se particularizan en el método de recibir el humo; que es poniendo dentro de la boca la parte o extremo del *tabaco* que esté encendido» (24). El desmayo en el habla de Panamá, Portobelo y Cartagena, y la lengua mezclada de Quito; los fandangos de esta última ciudad, o la costumbre de tomar el mate, que refleja influjo del Paraguay; los banquetes de Guayaquil, terribles para los europeos, porque son una sucesión alternada de almíbares y picantes; la pesca que consiste en emborrachar a los peces con la hierba *barbasco*; las corridas de venados con caballos *parameros*, e indios a pie para levantar la caza, etc

Pero donde Ulloa se supera, dándonos unas páginas de extraordinario mérito literario, es al tratar de Lima: escribe muy poco después de la destrucción de esta ciudad por el terremoto de 1746, y su prosa tiene emoción: ...«describo a Lima en este lugar, no como estrago de los terremotos, sino como emporio de aquella América; y dejando las lastimosas Memorias de sus ruinas para otro [momento] más oportuno, diré lo que fueron sus ya eclipsadas glorias, su majestad, sus riquezas y todo aquello que la hacía célebre en el mundo, y en cuya forma la conocimos, para que su recuerdo multiplique en nuestros ánimos la pena de su fatal contratiempo» (25). Verdaderamente todo lo que se refiere a la Lima colonial ofrece una seducción, hasta en aquel detalle de que en lugar de barrer las calles, los limeños de calidad recurrieron a la calesa; esta «es en aquella ciudad más necesaria que en otras, porque el trajín de las muchas recuas, que entran y salen a toda hora, tiene continuamente llenas del estiércol las calles; y secándose éste con el sol y viento, se convierte en un polvo tan fastidioso, que es intolerable para andar sobre él, como molesto a la respiración» (26). Al leer esto, a pesar de la seriedad de Ulloa, nos parece adivinar una de esas *Tradiciones peruanas*, que han inmortalizado a don Ricardo Palma.

Como muestra del atraso de la colonia—tan cercano ya el reinado de Carlos III, no menos importante en América que en España—, tiene especial interés la noticia que nos da la navegación entre el Callao y Chile, en que costeando tardan los veleros un año. Un piloto europeo aprovechó los vientos de alta mar, y tar-

(24) Ob. cit. I, 53.
(25) Ob. cit., III, 37-38.
(26) Ob. cit., III, 68-69.

dó un mes: ...«empezó a divulgarse la voz de que era Brujo (nombre que después le quedó). Con este ruido, y la confirmación de las fechas de las cartas empezaron a persuadirse todos, que navegaba por arte diabólica, y dieron lugar las voces a que la Inquisición hiciera pesquisa de su conducta: manifestó su Diario y quedaron satisfechos con él» (27).

Habla también de los guasos de Chile, diestros en el lazo y en carnear, y los únicos que comercian con los indios *bravos*; cuando éstos invaden las poblaciones europeas, suelen llevarse a las mujeres, por lo cual entre ellos se ven a veces salvajes casi blancos, que parecen españoles.

Son importantes las noticias que aporta sobre las reducciones del Paraguay. Ulloa demuestra enorme admiración por la labor realizada por los jesuítas. Estos fundaron sus primeros pueblos con indios guaraníes, huidos de los portugueses; otros, con indios *chiquitos*. El comercio lo ejercen los jesuítas directamente con su Provincial. En los nombramientos de curas para los pueblos no interviene el Obispo ni tampoco el Gobernador, aunque otra cosa estaba ordenada. En las reducciones no pueden entrar los españoles, a fin de que los indios no pierdan su inocencia. Finalmente los jesuítas mantienen milicias armadas para luchar contra los portugueses y los salvajes. A través de estos datos, se dejan ver ya algunas de las acusaciones que más tarde se harían a los ignacianos.

La elegancia de Ulloa queda patente al referirse al asunto de las pirámides de Quito. Había habido algunas desavenencias entre Jorge Juan y La Condamine, con motivo de la inscripción que debía ponerse en las pirámides erigidas cerca de Quito para conmemorar la medición del grado de meridiano. La Condamine quería que figurasen sólo los nombres de los académicos franceses, y si acaso *auxiliados* por los dos españoles, a quienes discutía el título de académicos. En su *Histoire des Pyramides de Quito* se muestra excesivamente nacionalista, y vanidoso, tanto que casi justifica ese tremendo epígrafe de Arciniegas: *Después de Orellana, nada: M. de La Condamine* (28). Pues bien, Ulloa solamente dice: ...«y como en esto no dejaban de ofrecerse algunas difi-

(27) Ob. cit., III, 273. DARWIN que por cierto cita varios veces a Ulloa, cuenta algunas anécdotas muy divertidas y significativas acerca del resquemor anticientífico de la clase *culta* española. Vid. *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo,* 2 vol., Madrid, 1940, II, 22.

(28) *América...*, 199.

cultades, era necesario tiempo para allanarlas, y quedar todos acordes; lo que por entonces no pudimos totalmente evacuar; porque ocurriendo otros asuntos, que no admitían demora...» (29). La inscripción se puso sin los nombres de los dos españoles, y más tarde se mandaron derribar las pirámides, sin que Jorge Juan—rasgo de nobleza—pudiese impedirlo; el Marqués de la Ensenada, para el que nuestros autores tienen todos los elogios, lo mismo que hará más tarde Cabarrús, dispuso en 1746 la inscripción definitiva.

Ulloa fué hecho prisionero en Luis Bourg, plaza francesa que acababan de tomar *los ingleses de Boston*. En el navío que le llevaba a Inglaterra conoció al Marqués de la Maison Forte, que había estado preso en Boston, de la que formó el siguiente notable juicio: «...en el espacio de un siglo, será Boston un reino tan extendido y poblado que excederá en gentío al de Inglaterra, y capaz de dar la ley en los países que le hicieren vecindad» (30).

En 1772 publicó Ulloa otro libro titulado *Noticias americanas* que ofrece puntos de coincidencia con el anterior, por lo que procuraré no repetirme. Este libro parece desmentir mucho de lo dicho en las *Noticias secretas...*, pero en realidad no es más que la otra cara de la moneda: los defectos del indio. Estos no cabían en las *Noticias secretas...*, porque hubiese sido lo mismo que paralizar la mano de los ministros que se querían mover. Creo sinceramente que entre los dos libros se forma un cuadro más armónico, que han solido ignorar de buena fe algunos de los indigenistas modernos, para los cuales la cuestión se presenta así: indio, bueno; español, malo. Hay que tener en cuenta además que el ámbito geográfico de las *Noticias secretas...* es, como ya he dicho, sólo la provincia de Quito, en lo que a este tema se refiere. Por otra parte, Jorge Juan y Antonio de Ulloa pudieron aumentar las cosas involuntariamente, llevados de su admirable intento de reforma. Esto no invalida lo dicho antes; al contrario, Ulloa, como veremos, certifica los puntos más importantes. (Aparte también de que siendo aquel libro *secreto*, en este otro no podían figurar ciertos temas, como los repartimientos).

Así pues, según Ulloa, los indios son perezosos, crueles, astutos y cobardes, cortos de entendimiento (los negros bozales los desprecian por no saber contar los días y los meses), pomposos

(29) *Relación...*, III, 258.
(30) Ob. cit. IV, 513.

en sus discursos, pues tienen una gran presunción de sabiduría, borrachos, etc.; aunque esto último es en buena parte culpa de los europeos, franceses de la Luisiana y el Canadá, ingleses de Nueva Inglaterra, que les suministran aguardiente para exterminarlos. En la parte baja del Perú también algunos dueños de haciendas, atentos sólo a su ganancia, han introducido aguardiente. (Pero esto nunca fué general: la conservación de la población indígena en las colonias españolas—aparte las Antillas—se debió a la falta relativa de aguardiente y absoluta de armas de fuego, que ingleses y franceses distribuyeron profusamente.) Ulloa justifica que no se les dé armas por el temor de los levantamientos. En los Concejos que celebran los indios, vigilan los jueces y curas para que no traten de alborotos.

Sin embargo, los indígenas van disminuyendo por todas partes. Esto se debe a la viruela y al aguardiente principalmente. Otras enfermedades, como pleuresía y mal venéreo, apenas les afectan.

Ulloa niega que el trabajo de las minas disminuya el número de indígenas. Y añade: «Las minas o servicios en las haciendas y guardería de ganados tampoco los disminuye *cuando en el trato hay regularidad*» (31). Ahora bien; según las *Noticias secretas...* los obrajes son lo más bochornoso del trabajo que se hace en el Perú. Veamos qué dice aquí Ulloa: «Lo de los obrajes sería lo mismo si en éstos hubiese menos rigor y más consideración para el régimen de las tareas y el jornal que se le hubiese de pagar proporcionado a que pudiesen subsistir; pero mirando los dueños a su propia utilidad, y no al bien de los obreros, los tratan con poca humanidad, y de ello resulta la disminución de los que entran...» (32). Y poco después: «El inmoderado uso del aguardiente destruye más indios en un año que las minas en cincuenta...» (33). Incluso dice que muchos indios y mestizos se ofrecen voluntariamente para la mita de minas.

Pero Ulloa, ciertamente, no acaba de comprender a los indios. Ha acusado a todos de crueldad, y ahora trata del inmenso cariño que sienten los peruanos hacia las llamas y los festejos que las hacen: «... tocan sus tamborilillos y flautines y empieza la danza...» (34), escribe contagiado de este cariño.

---

(31) *Noticias americanas*, 329. Subrayado mío.
(32) Ob. cit., 330, Madrid, 1772.
(33) Ob. cit., 332.
(34) Ob. cit., 126.

Los indios no tienen instrucción, son como brutos, y sólo algunos comienzan a hablar español y a conocer nuestra fe, mas sin convicción. Y así Ulloa nos transmite esta deliciosa escena: «Si se quiere que concedan en alguna cosa, lo hacen sin dificultad, y si aquello mismo se les persuade a que lo nieguen, convienen sin repugnancia. Por ejemplo, se les dice que el diablo es malo: responden que no les ha hecho mal alguno; pero así será. Se les dice del mismo modo de uno de los santos que es bueno, y responden igualmente que así será. Si esto se les vuelve al contrario, convienen en la misma forma; sacándose de ello que ni uno ni otro hace efecto en sus ánimos» (35).

Del estudio de la lengua quichua—«elegante, comprehensiva y agradable»—infiere Ulloa que los indios proceden de los hebreos (36), afirmación peregrina que puede ponerse al lado de aquella otra de que los hombres aprendieron el arte de navegar por el ejemplo del Arca de Noé (37). Una y otra no quitan nada del enorme valor de Ulloa; tan sólo contribuyen a no idealizar su figura, por encima de su tiempo y circunstancias; y como él mismo escribió con suprema elegancia «que los defectos del estilo tengan la disculpa de que no puede un marinero pasar por orador ni aspirar a numerarse en la clase de los historiadores» (38).

* * *

Del libro de don Jorge Juan, *Observaciones astronómicas y físicas*, apenas voy a hablar por tratar de materias exclusivamente científicas o técnicas. Pero sí quiero destacar la entereza y el patriotismo con que defiende a Newton y a Copérnico, frente a los que los tachaban de *sospechosos de herejía*. En cuanto a Copérnico: «Ver evidentes razones que lo sostengan y al mismo tiempo tener que repudiarlo ciegamente, no hay prudente filósofo que lo

(35) Ob. cit., 366.

(36) Es curioso anotar que en el *Título de los señores de Totonicapán* —cultura maya—se dice lo siguiente: «Estas pues, fueron las tres naciones de quichés y vinieron de allá de donde sale el sol, descendientes de Israel, de un mismo idioma y de unos mismos modales». (Véase *Floresta literaria de la América indígena*, de José Alcina Franch, pág. 220, libro de que inserto una nota en la Sección Bibliográfica de este mismo número de CUADERNOS.) El *Título* se redactó en 1554, lo que demuestra la antigüedad de esta atribución hebraica.

(37) Esta última afirmación es un tópico que duró demasiado tiempo. Lo mismo se dice, por ejemplo, en el agudo y divertido *Viaje de Turquía* (siglo XVI), atribuído a Cristóbal de Villalón.

(38) *Relación...*, palabras finales del prólogo.

pruebe...» (39). Y en cuanto a Newton: «¿Será decente con esto obligar a nuestra nación a que, después de explicar los *Sistemas* y la *Filosofía newtoniana,* haya de añadir a cada fenómeno que dependa de la Tierra; pero no se crea éste que es contra las Sagradas Letras? ¿No será ultrajar éstas el pretender que se opongan a las más delicadas demostraciones de Geometría y de Mecánica? ¿Podrá ningún católico sabio entender esto sin escandalizarse? Y cuando no hubiera en el Reino luces suficientes para comprehenderlo, ¿dejaría de hacerse risible una nación que tanta ceguedad mantiene?» (40). José Gaviria, en su libro *Aportaciones para la Geografía española del siglo XVIII,* da esta última cita, y añade: «Hombre verdaderamente europeo» en su época, puesto al día en lo referente a estudios astronómicos, Jorge Juan vibra de indignación al contemplar los fósiles conceptos que se daban a luz por nuestros geógrafos» (41).

Jorge Juan, en España, desarrolló múltiples actividades en cargos de confianza que le encomendaba el rey; fué el primer ingeniero naval español (aún sin título); fundó en Cádiz una Academia científica llamada *Asamblea amistosa literaria,* y como dice su secretario, don Miguel Sanz, fué de los que jamás «proporcionó empleos para los sujetos, sino sujetos para los empleos...» (42).

Como resumen de toda esta ingente labor—aparte de ser Jorge Juan y Antonio de Ulloa los descubridores del platino—puede decirse de ambos que tuvieron una elevada conciencia de sus deberes ante la colectividad. Y por ello fueron raíces de futuro.

Alberto Gil Novales.
Padilla, 29.
MADRID

---

(39) *Observaciones astronómicas y físicas...,* Madrid, 1773.

(40) Ob. cit., última página del *Estado de la Astronomía en Europa,* que la precede.

(41) *Aportaciones para la Geografía española del siglo XVIII,* Madrid, 1932, 50.

(42) *Observaciones... Breve noticia de su vida,* que las antecede.



BRUJULA DE ACTUALIDAD

Sección de Notas

INDICE DE EXPOSICIONES

TAPICES SOBRE CARTONES DE ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS

En el Ateneo se ha celebrado una afortunada exposición: la de tapices sobre cartones de artistas contemporáneos. Con ello se aportan nuevos motivos a la tapicería, desde hace siglos sumida en los mismos modelos e idénticas facturas. España sigue ahora el ejemplo de Francia, pues como prologa Torralba, los nuevos artistas vecinos tuvieron siempre interés por la tapicería, y, así, los primeros ensayos del arte nuevo aplicados a la tapicería tuvieron, entre otros nombres, los de Maillol, Bonnard y Flandrin. Este último montó hasta un taller propio, al igual que Dufy. Dufresne forma también en la nueva lista; pero la Tapicería con mayúscula empieza en el año 1933, cuando Mlle. Cuttoli encarga, para su taller de Aubosson, cartones a Picasso, Braque, Matisse, Miró y Lurcat. Este sería el artista que de la tapicería haría magnífico foco de proyección artística. Y es aleccionador recordar que, al día siguiente de la firma del armisticio, en 1941, y el 23 de junio, se constituyó en París el grupo de «Pintores profesionales de París, cartonistas de Tapicería», cuyas consecuencias fueron excelentes. En la agrupación encontramos las firmas de Gromaire, Dufy, Contaud y otros. Como exposiciones «clave» se pueden recordar la celebrada en el Petit Palais, con cartones de Laurencim, Gromaire y Matisse, y la celebrada el año 1949 en el Museo de Arte Moderno de París, que bajo el título de «Cuatro años de tapicería francesa», exhibía 72 piezas debidas a 52 autores.

Pero no se trata de hacer una glosa de la tapicería francesa y sí de señalar un ejemplo que ahora, felizmente, ha comenzado en España, y con tal éxito, que varias *marchand* han querido comprar toda la exposición, pues la calidad de los tejidos, su manufactura, es magnífica, en tal grado, que cartones de pintores ingleses y franceses vendrán para ser tejidos en Madrid. Los cartones de nuestros artistas han creado una tapicería que cumple todos los

fines decorativos que la está encomendada. Es preciso distinguir entre los artistas que han enviado lienzos y los artistas que han enviado cartones; la comodidad que supone en los primeros se resiente en la realización y, la verdad sea dicha, también en el precio, y los que han realizado cartones no han querido ser menos, y sus precios son iguales a los que marcan los cuadros, los que han tenido como origen, y la consecuencia es que el coste del tapiz resulta elevadísimo, pues aunque el propósito de los artistas sea el de valorizar sus cuadros, el comprador lo que realmente compra no es un cuadro, sino un tapiz. Entre los «cuadristas» figura, en primer lugar, Vázquez Díaz. Entre los «cartonistas» se hallan los nombres de Caballero, Farreras, Amadeo Gabino, Labra, Clavo y algún otro. Y entre los tapices más bellos, aparte de los ya citados, el nombre de Juan Guillermo. Pero por encima del acierto de cada artista está el éxito del conjunto, que es realmente excepcional, en tal grado que el desfile de personas por el Ateneo ha sido continuo. La exposición será exhibida en Barcelona y otras provincias españolas, aunque su último destino será Hispanoamérica, donde quedará en un Museo.

Dos tendencias se advierten en la exposición: la figurativa y la abstracta. En la primera forman Clavo, Juan Guillermo, Labra, Amadeo Gabino y el maestro Vázquez Díaz. Y en la segunda se hallan Caballero y Farreras, como firmas que más han logrado el triunfo.

QUIRÓS A LOS ESTADOS UNIDOS

Quirós, el gran pintor español, marcha a los Estados Unidos para exponer su obra en distintas capitales de la Unión. Antes ha hecho una exhibición de su obra en una sala mínima. Si la denominamos así es porque su dimensión no llega a tres metros por uno y medio. Como única contrapartida tiene a su favor la intimidad que este espacio representa.

Quirós rebasa hoy la fama nacional para llegar a la internacional. Su caso es extraño, pues Quirós se resiste a exponer su obra, y si ha accedido ahora a esta exposición, celebrada en la Sala Seral, instalada en la librería de Fernando Fe, ha sido debido a los ruegos de la amistad. Quirós no quiere más que pintar lo que él llama sus «bacalaos», e irlos guardando en casa. Y en contra de sus deseos, sus raras figuras son solicitadas de uno y otro

lado, y su casa se encuentra ausente de su pintura. Quirós es un caso ejemplar de vocación. En recientes declaraciones ha hecho saber que él pinta porque es lo único que le divierte, y aquí la diversión tiene sentido místico, casi como lo podía emplear San Juan, pues se trata del divertimiento del alma. Ha hecho saber, además, que detesta a los «genios», y que sólo desea llevar un paso alegre y confiado, paso por la vida, dándose cuenta de la misma, y no olvidar nunca que la poesía todo lo salva. Por eso no concurre a certámenes, no quiere recompensas ni honores, no quiere despedidas, y anda solitario por las calles madrileñas o encerrado en su estudio de las Ventas, en ese paisaje barojiano que continúa en su íntima belleza guardando los aires claros de Madrid.

En esta exposición una aristócrata ha dado un bello ejemplo: dejarse retratar por Quirós, mejor dicho, solicitar de Quirós que la retratara. Se trata de la Condesa de Cienfuegos, heredera de Jovellanos, aquel que quiso hacer tanta buena cosa, y entre ellas la de crear una escuela para aristócratas, para enseñarles a comer, a comportarse, y, además, filosofía e historia y obligaciones y deberes. Acaso esa buena herencia haya sido la que ha dado a la Condesa de Cienfuegos el ánimo suficiente para realizar el retrato, y el resultado podemos definirlo afirmando que constituye una pieza de antología, pues, sin perder ninguna de las características del artista, éste ha logrado crear una lección de retrato, en tal grado que esta obra, destinada ya al Museo de Arte Contemporáneo, es pieza fundamental desde Goya a nuestros días. Y con la Condesa de Cienfuegos figura en la exposición el retrato de su hijo, el Conde de Cienfuegos, y, además, unas cinco obras más capitales en la historia de nuestra pintura contemporánea. Allí resplandecen las fantasmales figuras de Quirós surgidas de un mundo remoto, plasmadas en una materia empastada, rutilante, con calidad de linóleum, llena de irisaciones, y como iluminada por fuegos de San Telmo. Es una pintura antiquísima, y futurista a la vez, dando al futuro su estricta significación de tiempo. Los cuadros quedan como el documento plástico de alguien que ha logrado ver el mundo de los muertos. Hombres y mujeres surgen en esqueleto, casi fluorescentes, con raras caretas, y, sobre todo, con una riqueza de materia, unos colores extraídos de una paleta remota, y que quedan fuera del arco iris, como si Quirós sólo supiera su secreto y su origen...

PRO DAMNIFICADOS DE VALENCIA

En la Sociedad de Amigos del Arte se han expuesto los lienzos que numerosos artistas han donado para engrosar la suma destinada a los damnificados por la catástrofe de Valencia. Todas las tendencias, y todos los estilos, se encuentran representados, y así, desde Sotomayor y Benedito, representantes de un ayer, hasta los representantes del hoy y del mañana.

Naturalmente, una exposición de este tipo queda fuera de la crítica de arte, y sirve sólo para aumentar la lista de donantes a una obra de caridad. Como noticia signemos que la familia Zuloaga y la familia Sorolla han donado sendos cuadros, fijándolos un precio tope inicial a la subasta, y que siguiendo su ejemplo otros artistas han hecho lo mismo. Se exponen cerca de trescientas obras, muchas de ellas de aficionados, y el resultado artístico queda al margen para señalar sólo la generosidad de los artistas, que es en este caso lo que importa.

LAPAYESE DEL RÍO

En la costumbre de muchos pintores suele ser fácil encontrar los nombres de aquellos que una vez lograda su exposición en la sala de la Dirección de Bellas Artes se ausentan de las exposiciones, y acuden sólo a contados certámenes, como si hubiesen alcanzado una meta definitiva. Por eso es de destacar la obra presentada por Lapayese del Río en la Sala Alfil, donde ha expuesto una obra desligada de su reciente éxito en la sala oficial, y, es caso de sincera vocación, muestra una ancha obra ligada a otros fines que los primeros. Lapayese, tras una etapa de pintura maciza, rica en materia y arquitectónica, presenta ahora una pintura musical, donde la materia desgranada, cuidadísima, con técnica de pintor goticista, se apoya en esqueletos figurativos para construirse y dividirse en zonas. Las antiguas grandes masas de color, grandes espacios uniformes, han sido sustituídas por gradaciones casi microscópicas de levísimos tonos, y en donde el color apenas se inicia. Son colores recién estrenados, leves, mínimos, casi con obligatoriedad de adivinación.

Muchas veces el temario corresponde a la calidad que hemos

encontrado a la pintura e instrumentos musicales son el pretexto que también hay que adivinar para crear esa musicalidad plástica de Lapayese del Río, al que hay que dar ya una posición ejemplar, pues ejemplo ha sido el caso de su vocación, de su necesidad de utilizar un lenguaje distinto al que tantos éxitos le ha proporcionado y que demuestra su buena y auténtica raíz, tan en contra de los pintores que han hallado una fórmula y ejercen su empleo con una comodidad y una falta de inquietud que revela que en ellos han muerto los impulsos que jamás deben morir, como no mueren en el buen ejemplo de Picasso, cuando a sus años pide urgente un cuaderno de dibujos y con la misma pasión que antaño empieza a crear actitudes a una paloma. Y a esa buena raza pertenece Lapayese del Río, que sabe que la primera condición del artista, la más severa y la más espinosa, es la de quedar satisfecho consigo mismo, sin trampa ni cartón, con el corazón en paz.

NANDA PAPIRI

La exposición de Nanda Papiri es una exposición de dibujos; de unos deliciosos y especiales dibujos entre lo infantil, lo mágico y lo fantástico, y con todos los atractivos que lleva eso consigo. Salvador Dalí ha dicho que esos dibujos pertenecen a un «auténtico primitivismo mediumnínico cromosomático». Pueda ser que esa sea la definición más acertada y que sea también cierto que la plástica de Nanda Papiri obedezca a los «fresquísimos atávicos—tiernos "códigos vitales" que rigen a los cromosomas", y que también—según Dalí—, «con sus imágenes se puede no solamente construir, sino teatralizar».

Añadamos nosotros que su feminismo, a veces, recuerda viejos bordados infantiles, hallándose inserto en esta exposición donde paciencia, ingenio y habilidad son los ingredientes principales.

CARLOS PLANELLS

En la sala Fernando Fe, y en la serie «Artistas de hoy», se ha presentado la obra de Carlos Planells. El abstractismo es condición indispensable para lograr la exhibición en dicha sala, que cumple con esta exposición su número 23. Y es bien cierto que la rigurosidad de selección y el signo que la preside ha permitido

contemplar las muestras más interesantes de nuestro arte contemporáneo.

Carlos Planells, en la lista de los pintores abstractos que ha desfilado por la citada sala, ocupa no sólo un lugar destacado, sino un lugar primero. Lo ocupa por su intención y pensamiento y por lo más importante: por haber logrado la realización no de una teoría, sino, además, la realización de pintura. Lo más elemental es, a veces, lo que más se olvida, y por eso nos permitimos recordar cómo la definición de la pintura no es otra, ni lo será jamás, que «formas y color». Los pintores cumplen con este obligado destino por dos caminos: el de la anécdota o el de la pura pintura. Unos necesitan la anécdota, lo figurativo, para crear las formas y el color, y otros suprimen los «accesorios». No es preciso insistir en que la segunda fase es más difícil, tremendamente más difícil, que la primera, y que el fracaso es más directo y más fácil de descubrir en quien, con más o menos acierto, al margen de lo principal, atiende a la circunstancia. Un cuadro de Ucello o del Greco seguirá siendo, en estricto orden plástico, tan excelente con o sin las apariencias, y no olvidemos tampoco que «Las Meninas» nos satisfacen no porque la anécdota de «Las Meninas» nos conmueva, sino por la forma y el color que les imprimió Velázquez. Esto es elemental y nada puede cambiarlo. El reconocimiento por parte del espectador de unas determinadas figuraciones captadas en una actitud también determinada nada quita ni pone a la pintura en lo esencial, pues es lógico que una u otra actitud exigen su norma y su preceptiva.

Pero las consideraciones que anteceden vienen a cuento como prólogo a la obra de Planells, donde la pintura en libertad asiste al juego de su propio goce en forma, color y luz. Planells tiene abiertos los colores a un hondo mundo poético. No quiere esto decir que su pintura pretenda ser poética, sino que lo es porque las cosas, cuando salen bien, son siempre poéticas. Esa categoría se alcanza sin querer y sin propósito, ya que cuando existe propósito previo la poesía se escapa. Se ofrece como medida oro de la intimidad de un lienzo cuando este lienzo ha cumplido consigo mismo, y todos los lienzos de Planells han cumplido con el pensamiento del autor. Decíamos en nuestra crónica anterior, al referirnos a la pintura de Quirós, que el artista santanderino poseía una paleta con colores inéditos; que en su obra había colores nuevos fuera del arco iris. Planells ha logrado también en su obra inventar—fijémonos bien en la etimología de la palabra—

nuevos colores, nuevas irisaciones, nuevos juegos, en una materia limpia, ordenada, a la que se puede mirar bien de cerca —cosa que cada día nos satisface más—y donde la gracia pasajera del brochazo casual no se produce porque el pintor sabe que la materia, su toque, su cuidado, su retoque, es la que ha de dar al lienzo permanencia y seguridad.

Planells ha tenido una afortunada presentación en Madrid, en el círculo íntimo que luego es siempre como una constante, el que dirige y selecciona para los más. Ha conseguido el éxito con una exposición amplia, lo suficiente para que no nos quedemos con la duda de una casualidad, tan frecuente, sino con la certeza de que su pintura obedece a unas motivaciones maduras y a una mano de pintor, sin la cual lo mental se queda siempre en un precepto, pero no en pintura, que es lo que a fin de cuentas siempre ha de importar.

La emoción, ese buen golpe que se siente en el pecho ante aquello que hiere nuestra sensibilidad, surge frente a los cuadros de Planells, que es un abstracto que sabe que sin imponer la emoción de la pintura, el cuadro pueda quedar en un ejemplo, en una demostración práctica de un bello proceso mental, pero carente de vida por sí mismo, y esa vida, ese aliento que emana del color, de los rojos oscuros, de los azules animados de vida, de los verdes obtenidos con pases y repases, llega al que contempla como mensaje cierto de la pintura que se expande libre, gozosa; aunque su gozo en Planells tenga profundos antecedentes, como si un morado o un violeta fuera el resultado de haber exprimido en la paleta la experiencia de muchos crepúsculos.—M. SÁNCHEZ-CAMARGO.

JUAN RAMON JIMENEZ, POETA DE LO INFINITO

Juan Ramón Jiménez, a pesar de su fama—que ha culminado con la reciente concesión del Premio Nobel—, es uno de los poetas peor estudiado de nuestra literatura. La crítica se ha limitado a mariposear en torno suyo, colgándole una serie de tópicos, que sólo captan lo más externo de su poesía; su anhelo de belleza y perfección, que le lleva a depurar la forma cada vez más, hasta arribar al mundo de la poesía pura. Pero esta calificación de poesía pura, entendida por la mayoría como una poesía sin anécdota, despojada de toda retórica, es insuficiente, si esas pe-

culiaridades formales no se conectan con las correspondientes de fondo. Porque debajo de la belleza formal conseguida late un pensamiento, una idea profunda, que la crítica, a lo sumo, ha entrevisto; pero sin decirnos en qué consiste exactamente.

Pasa con Juan Ramón algo así como con Rubén Darío sobre quien se ha amontonado una cadena de tópicos semejantes. Contra esta crítica epidérmica escribió un poeta—Pedro Salinas—un libro importante sobre el gran nicaragüense (1), abordando su obra «de raíz», e indicando en ella la existencia de un tema dominante que la informa. El tema—para Salinas—viene a ser como la metafísica implícita en la poesía, de que nos habla Antonio Machado. «Todo poeta—dice el autor de *Campos de Castilla*—debe crearse una metafísica que no necesita exponer, pero que ha de hallarse implícita en su obra» (2). Al descubrimiento de esta metafísica del poeta ha de encaminarse, principalmente, el estudio sobre él mismo.

«Se me figura—dice Pedro Salinas—la función más deseable del estudio de un poeta la delicada discriminación de su tema; el precisar el curso que sigue a través de la obra; resolver las contradicciones aparentes que velan su presencia, llegando, por fin, a la visión del creador entero y verdadero, salvada de mutilaciones y limpia de desenfoques.

Porque entiendo que Rubén Darío ha sido sufrida víctima de críticas impresionistas y juicios inconexos, en dispersión; que se ha mariposeado demasiadamente sobre su lírica, teniéndola por manojo de flores cortadas, y graciosamente juntas por el florista, sin estudiarlas en su tierra común, y por creer que hay que estudiarla «de raíz», es por lo que me he atrevido a escribir este ensayo» (3).

Paralelo sentimiento es el que nos mueve a nosotros. La intención de este trabajo, y razón del mismo, es, pues, sacar a flote el tema de la poesía juanramoniana, no por más escondido, inexistente, para el que lo quiera y lo sepa ver.

Mas procedamos por partes. De la mano de los críticos distinguimos tres épocas, o dos por lo menos, en la poesía de Juan Ramón. Como libro inicial de la última época se señala el *Diario de poeta y mar* (escrito en 1916 y publicado con el título de *Diario de un poeta recién casado*). Yo avanzaría esta época a la

(1) *La poesía de Rubén Darío.* Ed. Losada. Buenos Aires, 1948.
(2) *Notas sobre la poesía* (*Los complementarios*, II), en CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, núm. 19 (pág. 28).
(3) *Ob. citada,* pág. 51.

aparición de *Estío*, un año anterior, porque este libro está ya más, a mi ver, dentro de lo que va a ser la poesía de Juan Ramón que de lo que ha sido hasta entonces. *Estío* señala a la aparición de un tema que, cada vez más obsesionante, ya no abandonará al poeta mientras viva. Este tema venía insinuándose desde *El silencio de oro* (1911-1913); pero no lo veo en los libros anteriores a éste, salvo en algunos ejemplos aislados, de los que más tarde hablaré (porque su sentido se explica mejor *a posteriori*).

Veamos ahora el título de estos libros primerizos de Juan Ramón. Para mí el título tiene, a menudo, una gran importancia. Pondré un ejemplo que me parece de perlas. Los libros poéticos de Pedro Salinas llevan los siguientes títulos, enunciados cronológicamente: *Presagios, Fábula y signo, Seguro azar, La voz a ti debida, Razón de amor, El contemplado, Todo más claro, Confianza*. La lista no puede ser más expresiva. El poeta empieza por presagios (¿y qué poeta no empieza así?), y, por un seguro azar, llega al amor—que canta con voz a ella debida—y a la razón de amor. Desde esta cima, todo es más claro. La poesía —como la vida—se clarifica a medida que avanza. ¡Qué lejos estamos ya de los oscuros presagios del principio! Finalmente, abocamos a una absoluta confianza («mientras haya—lo que hubo ayer, lo que hay hoy—lo que venga»). Otros ejemplos, como el de Pedro Salinas, podrían citarse; pero el suyo me parece, en este momento, el más elocuente de todos.

Pero volvamos a Juan Ramón, para leer los títulos de sus primeros libros: *Primeras poesías, Arias tristes, Jardines lejanos, Pastorales, Olvidanzas, Baladas de primavera, Elegías, La soledad sonora, Poemas mágicos y dolientes, Melancolía*... Se habrá advertido el tono sentimental, difuminado, que domina en estos títulos, los cuales responden a lo que esos libros son en el fondo. Y es curioso que el primer libro de Juan Ramón Jiménez, no recogido en su «Segunda antología poética», lleve por título *Ninfeas*, exactamente igual que un cuadro del pintor impresionista Claude Monet.

Todos estos libros revelan ya una capacidad lírica extraordinaria. Juan Ramón, sin embargo, les ha llamado «borradores silvestres», y ha dicho de ellos que conviene que desaparezcan. A mí Dios me libre de querer que desaparezcan; pero creo que la definición de borradores, dada por su autor, es excelente. Porque, enfrentados con el resto de su obra, estos libros no pasan de ser unos borradores; si bien su valor es precisamente ése: preparar

obra que pronto cuajará. Mas antes de llegar a ésta, quiero detenerme en un libro anterior: *El silencio de oro* (1911-1913).

En el primer poema de este libro, titulado «Hora inmensa» (286) (4), leemos: «Es de oro el silencio», y más adelante: «¡Soledad! ¡Soledad! Todo es claro y callado...», y en el último verso: «¡Parece que lo eterno se coge con la mano!» Hay en estos versos una doble referencia: al silencio—que es de oro—y a la soledad, por una parte; a lo eterno, por otra. Soledad y eternidad son constantes de la poesía de Juan Ramón, como veremos en todo lo que sigue.

El poema siguiente, muy breve, dice:

De noche, el oro
es plata.
Plata muda el silencio
de oro, de mi alma (pág. 287).

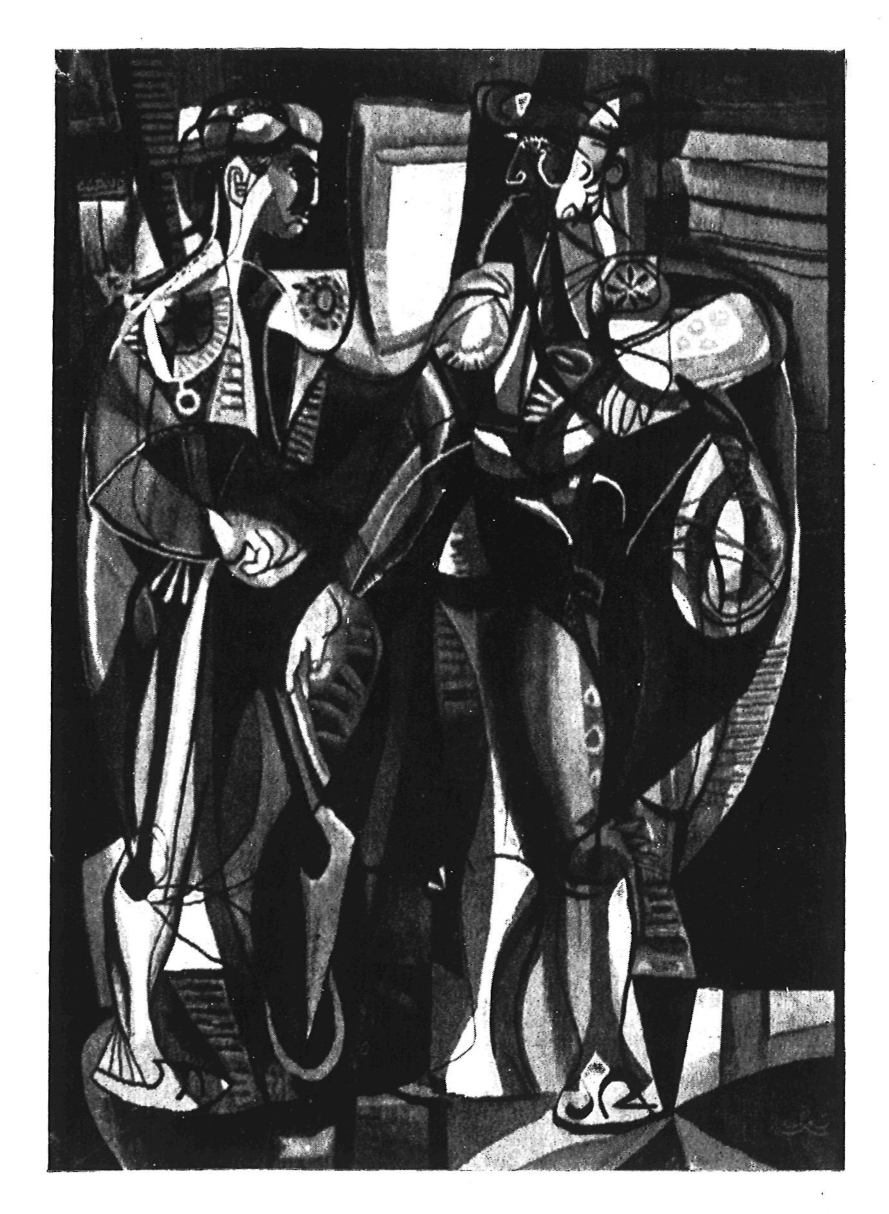
El poeta, pues, ama el silencio; pero, nótese bien, el silencio —como la soledad—no es un espectáculo, no está ahí, sino que está dentro de mí (el silencio de mi alma). En otra poesía de este mismo libro se lee: «la soledad de mi alma» (294). Es interesante observar cómo en el prólogo del *Diario de poeta y mar*, ese libro clave para los críticos, dice Juan Ramón: «El silencio, verdadera lengua universal, ¡y de oro!, es el mismo en todas partes.» Prueba de que el silencio no le abandona (hasta aparece con la misma abjetivación: de oro). Y ese silencio, que no le abandona, es el mismo en todas partes; porque—repito—no es de aquí ni de allá, sino mío, va conmigo, es mi silencio. Mi soledad. Ahora bien, la soledad, que va dentro de mí, no se queda dentro, sino que revierte al mundo. Dice Juan Ramón en otro poema de este mismo libro *El silencio de oro*:

y hay tras mí como una inmensa
estela de cosas altas,
que mana, divina y pura,
la soledad de mi alma.
¡Nido de gloria ha de ser
el rincón de mi nostalgia!
¡De gloria mi alma lo llena,
y siento que se derrama! (294).

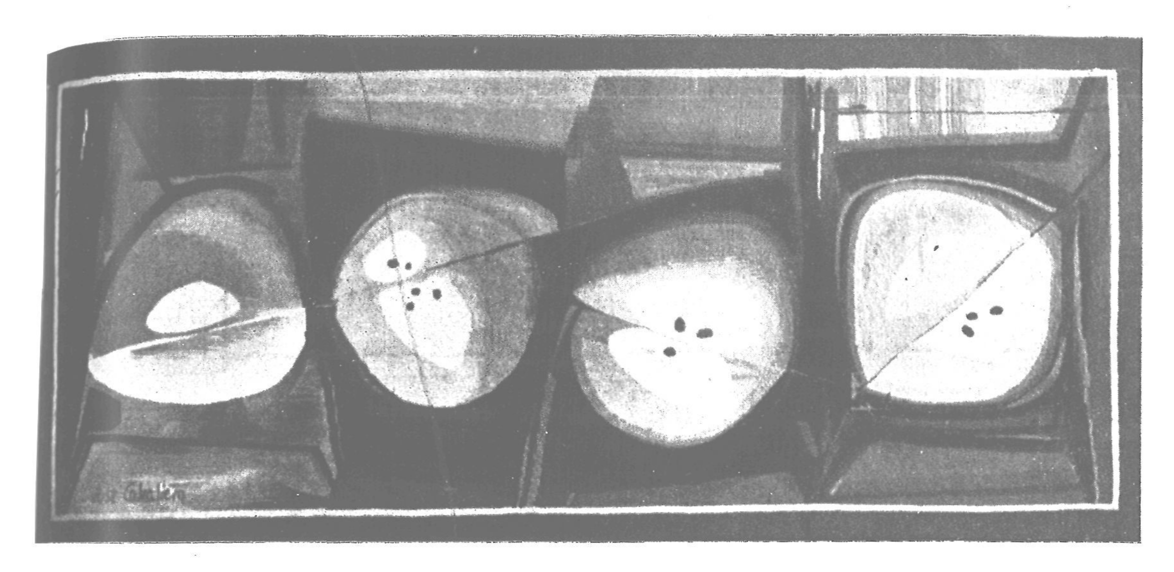
(4) J. R. Jiménez: *Segunda antología poética*. Espasa-Calpe. Madrid, 1952. (El número se refiere al que ocupa cada poema en esta antología.)



JOSÉ M.ª DE LABRA: *Madona con músicos* (Tapiz sobre cartón).

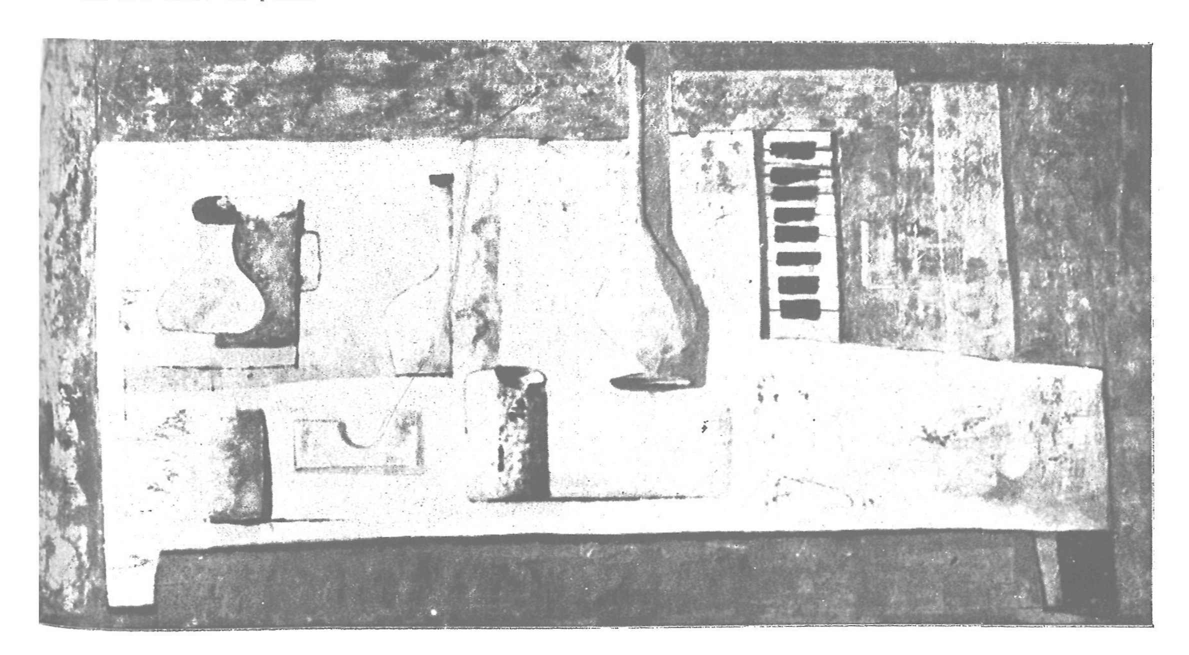


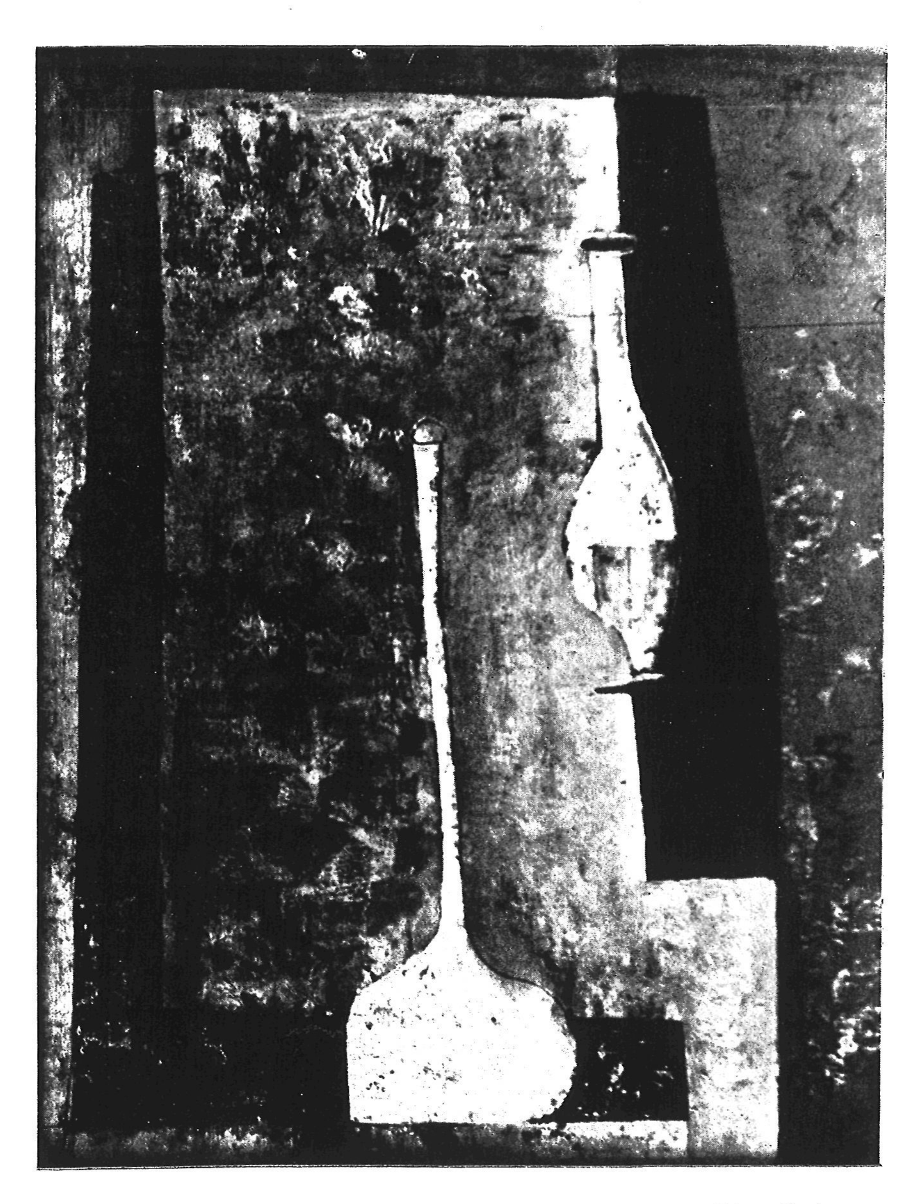
CLAVO: *Toreros* (Tapiz sobre cartón).



José Caballero: *Frutas* (Tapiz sobre cartón).

Lapayese del Río: *El piano.*





Lapayese del Río: *Cacharros.*

El alma, el alma en soledad, se derrama, mana una estela de cosas altas—lo llena todo de gloria—. Así, a la soledad se une, inseparablemente, la gloria o—lo que es lo mismo—la eternidad. Nos reencontramos de este modo con el binomio soledad-eternidad, ya visto en el poema «Hora inmensa»: «¡Soledad! ¡Soledad!... ¡Parece que lo eterno se coge con la mano!»

Quiero aún, antes de acabar con este raudo análisis de *El silencio de oro*, referirme a dos poemas más. El primero es un poema breve, de tres estrofas de cuatro versos cortos cada una (no sé cómo se llama esto en las preceptivas). El primer verso del poema dice: «Tarde última y serena», y el último verso de cada estrofa es siempre el mismo: «¡yo quiero ser eterno!» (291). En el otro poema, el poeta—que quiere ser eterno—se sueña a sí mismo eterno ya. Se titula este poema «Tarde» (igual que el comienzo del anterior):

Cada minuto de este oro,
¿no es toda la eternidad?

¡Ramas últimas, divinas,
inmateriales, en paz;
ondas del mar infinito
de una tarde sin pasar!
Cada minuto de este oro,
¿no es un latido inmortal
de mi corazón, radiante
por toda la eternidad? (299).

Vemos de nuevo cómo lo más íntimo del poeta, su corazón—igual que su alma antes, la soledad de su alma—, revierte al mundo hasta el punto de que el corazón del poeta se confunde con el corazón del mundo. Cada latido de la tarde, ¿no es acaso un latido dentro de mí? Pero el alma del poeta—ya lo vimos—lo llena todo de gloria. Por eso en la tarde inmensa, al igual que en la hora inmensa, cada minuto, «¿no es toda la eternidad?».

Lo que va a ser la poesía de Juan Ramón está en germen en *El silencio de oro*. En *Estío* y *Diario de poeta y mar* asistimos ya a la aparición del tema que venía incubándose. Porque lo importante de estos libros y los que vendrán detrás no es lo que tienen de poesía pura o desnuda, ni de eliminación de lo anecdótico. Hay que decir más. Hay que decir que la anécdota ha desaparecido para dejar paso a la idea; pero, sobre todo, hay

que decir en qué consiste esa idea. Hay que señalar la aparición de un tema que antes no existía o estaba muy soterrado o casi en flor en *Silencio de oro*. ¿Cuál es este tema?

Ya adelantamos algo, bastante, al comentar *El silencio de oro*. Hablamos del binomio soledad-eternidad y de cómo ambas son dos caras de una misma cosa. La soledad, en el fondo, es—o quiere ser—eternidad. En unas declaraciones hechas por Juan Ramón en 1932—o sea, ya en su madurez—nos define su poesía en unos pocos aforismos, de los cuales recojo lo más interesante:

«1. Influencia de la mejor poesía «eterna» española (con un «eterna» entre comillas). Soledad.

2, 3 y 4. Soledad.

5. Anhelo creciente de totalidad. Evolución consciente, seguida, responsable de la personalidad íntima, fuera de escuelas y tendencias. Soledad.

6. y siempre. Angustia dominadora de eternidad. Soledad.»

Estas declaraciones ponen el dedo en la herida, se quiera ver o no. Creo, por otra parte, que ya no pueden sorprendernos. Que Juan Ramón Jiménez hable de «soledad» y de poesía «eterna» o de «angustia dominadora de eternidad» no es nuevo para nosotros. Me explayaré sobre estas ideas.

La soledad de Juan Romón, esa soledad que se repite en todos los aforismos a que hice mención, como constante de su poesía, no se repite para quejarse de ella. El poeta, al menos en su segunda época, nunca se ha quejado—que yo tenga noticia—de su soledad. Su orgullo, en todo caso, borra lo que pueda haber de queja. Veamos este ejemplo en *Estío*:

Sin ti, no, ¡conmigo! El alma,
como el mundo, sola y grande.
Dirán los vientos: ¿Sin quién?
Y mi corazón: ¡Sin nadie! (361).

Notemos cómo el acento se carga no en el «sin ti», sino en el «conmigo». («Sin ti, no, ¡conmigo!», dice entre admiraciones, subrayando la fuerza de este «conmigo», que es el que de veras importa.) El poeta se refiere a una mujer que lo ha dejado solo. Pero esta soledad en que queda no le arranca ni una queja; la respuesta final es de una altivez magnífica:

Dirán los vientos: ¿Sin quién?
Y mi corazón: ¡Sin nadie!

Es interesante observar cómo el Juan Ramón de los años mozos, el de *Melancolía* y los *Poemas mágicos y dolientes*, se torna, en esta segunda época, en uno de los poetas menos llorones que hay en nuestra literatura.

Pero avancemos aún más. Un poema como el que acabamos de comentar es ya difícil encontrarlo en los libros posteriores a *Estío*. Las constantes menciones a su soledad, en estos libros, no se refieren ya a que alguien lo ha dejado solo, sino a que quiere estar solo. Es decir, la soledad no es algo que le acontezca, sino algo que desea sobre todas las cosas, e incluso aconseja fuertemente (suponiendo que hable con los demás y no conmigo mismo). Citaré un poema del libro *Eternidades* (1916-1917):

No robes
a tu soledad pura
tu ser callado y firme.
Evita el necesario
explicarte a ti mismo
contra los casi todos.
Solamente tú solo llenarás
enteramente el mundo (458).

No tengo tiempo de detenerme en algunas peculiaridades del poema, como la matización que supone el adjetivo «necesario» (el explicarse a sí mismo es algo necesario; mas, sin embargo, evítalo) o la partícula «casi» antepuesta a «todos» (no «contra todos», sino «contra los casi todos»). La poesía de Juan Ramón Jiménez es siempre de una matización prodigiosa. Pero quedémonos con los dos versos últimos, que son los más importantes:

Solamente tú solo llenarás
enteramente el mundo.

Y vamos a poner estos dos versos, para remachar lo que decimos, en relación con otros de *La estación total* (5), libro escrito entre 1923 y 1936. En un poema, titulado «El ejemplo», leemos:

Sé solo siempre con todos,
con todo, que puedes serlo (pág. 58).

---

(5) *La estación total.* Ed. Losada. Buenos Aires, 1946.

En estos versos hay también un matiz importante que ahora mismo no indico—para no perder el hilo de la explicación—, pero que señalaré en seguida.

Finalmente, la culminación de este afán repetido de soledad podemos verla en otro poema de *La estación total*, que se titula «El ser uno» (título que ya no puede ser más expresivo):

Que nada me invada de fuera
que sólo me escuche yo dentro.
Yo dios
de mi pecho.

(Yo todo: poniente y aurora;
amor, amistad, vida y sueño.
Yo solo
universo.)

Pasad, no penséis en mi vida
dejadme sumido y esbelto.
Yo uno
en mi centro (pág. 108).

La soledad rebasa otra vez las fronteras de la persona. El poeta no está a solas consigo, sino a solas con todo («¡Yo todo: poniente y aurora»). Ahora se nos desvela el sentido completo de esos dos versos, hace muy poco citados:

Sé solo siempre con todos,
con todo, que puedes serlo.

O sea, no se dice simplemente «sé solo siempre, que puedes serlo», sino que se añaden a ese «sé solo» las palabras «con todos, con todo». Si antes vimos que la soledad desembocaba en la eternidad, donde el tiempo no existe, ahora comprobamos su trascendencia espacial. La soledad lo llena todo, igual que la noche —cuando viene—está en todas partes. Se trata de un «anhelo creciente de totalidad». Recordemos que éstas son las palabras con que Juan Ramón Jiménez, en 1932, nos define su poesía. Creo que están ya explicadas.

Citaré, para mayor corroboración, un poemita del libro *Piedra y cielo* (1917-1918), en el que el anhelo de totalidad corre parejo con el de eternidad:

¡Hojita verde con sol,
tú sintetizas mi afán;
afán de gozarlo todo,
de hacerme en todo inmortal! (513).

El poeta, entonces, o por mejor decir, su soledad—porque ella es la fuente de donde mana todo—se confunde con el mar o con el cielo, con las grandes inmensidades del mundo. Creo que el título *Diario de poeta y mar* responde a este sentido de enfrentación del poeta con el mar (o de la soledad del poeta, ansiosa de totalidad, con la soledad plena del mar). Por eso me parece mucho más expresivo este título que el anterior *Diario de un poeta recién casado*, a todas luces más anecdótico. Cito a continuación dos poemas de este libro. Del primero de ellos, que se titula precisamente «Soledad», son estos versos:

Abierto en mil heridas, cada instante,
cual mi frente
tus olas van, como mis pensamientos,
y vienen, van y vienen.
¡Qué plenitud de soledad, mar solo! (373).

El otro poema lo cito íntegramente:

No sé si el mar es, hoy
—adornado su azul de innumerables
espumas—,
mi corazón; si mi corazón, hoy
—adorna su gama de incontables
espumas—,
es el mar.
Entran, salen
uno de otro, plenos e infinitos
como dos todos únicos.
A veces, me ahoga el mar el corazón,
hasta los cielos mismos.
Mi corazón ahoga el mar, a veces,
hasta los mismos cielos (401).

Finalmente, escojo un poema de *Piedra y cielo*:

¡Inmenso almendro en flor,
blanca la copa en el silencio pleno de la luna,

el troncón negro en la quietud total de la sombra;
cómo, subiendo por la roca agria a ti,
me parece que hundes tu troncón
en las entrañas de mi carne,
que estrellas con mi alma todo el cielo! (482).

Pero no sólo con el mar o con las estrellas se confunde el alma, sino con el mundo entero. Recordemos que ya en los versos citados de *Estío,* se decía: «El alma, como el mundo, sola y grande», y en el poema «El ser uno»—también citado—el poeta era, él solo, todo el universo:

(Yo todo: poniente y aurora;
amor, amistad, vida y sueño.
Yo solo
universo.)

Es preciso ahora dar aún otro paso. El alma del poeta—como vimos—es «eterna» (o mana eternidad). Entonces, al confundirse con el mundo, o mejor aún, al apoderarse del mundo, éste también resulta eterno. Más que mundo es ya la «gloria» (esa «gloria» de que habla Juan Ramón en muchos poemas); o sea «un imperio infinito», para decirlo con otras palabras, sacadas de estos versos del *Diario de poeta y mar*:

Por doquier que mi alma
navega, o anda, o vuela, todo, todo
es suyo. ¡Qué tranquila
en todas partes, siempre!

¡Oh, qué serena el alma
cuando se ha apoderado,
como una reina solitaria y pura
de su imperio infinito! (398).

De otro poema del mismo libro son estos versos:

El alma queda y sigue,
siempre por su dominio eterno (399).

Al complejo soledad-eternidad, antes señalado, habría que aña-

dir, pues, este otro: totalidad-eternidad. El alma del poeta—la soledad de su alma—se ha apoderado de todo el universo; pero este universo es, además—al serlo el alma del poeta—, eterno.

¡Hojita verde con sol,
tú sintetizas mi afán;
afán de gozarlo todo,
de hacerme en todo inmortal!

No se trata solamente de estar en todo, sino de ser eterno en todo. Juan Ramón Jiménez hubiera querido ser dios. Más aún, porque Dios—el Dios del «Génesis»—, que hizo el mundo, hizo también al hombre y desde entonces no puede vivir sin él. Dios necesita de los hombres. Juan Ramón Jiménez hubiera querido ser dios, pero un dios sin hombres, absolutamente solo, o dicho de otra manera, solo con todo lo absoluto, con lo eterno absoluto. Demostraré esto que digo citando entero el poema titulado «El ejemplo» (de que ya antes he copiado unos versos):

Enseña a dios a ser tú.
Sé solo siempre con todos,
con todo, que puedes serlo.

(Si sigue tu voluntad,
un día podrás reinarte
solo en medio de tu mundo.)

Solo y contigo, más grande,
más solo que el dios que un día
creíste dios cuando niño.

Llegamos aquí a las últimas profundidades o las últimas claridades de la poesía de Juan Ramón. Soledad, totalidad, eternidad, manando éstas de aquéllas: tal es el tema de su poesía. Si yo tuviera que definirla en una sola palabra tendría que buscar una que encerrara, a la vez, una noción inespacial e intemporal. Elegiría entonces la palabra «infinito». Esta palabra es, efectivamente, de las que más abundan en su poesía. No en balde el poeta—en unas páginas suyas aparecidas en el segundo número de la lejana *Revista de Occidente*, en 1923—había dicho: «Sin duda tengo una glándula que segrega infinito» (6). Por eso, si yo tu-

(6) *Colina del alto chopo.* «Rev. de Occidente», núm. 2. Madrid, agosto de 1923.

viera que bautizar a Juan Ramón Jiménez, le podría llamar «poeta de la soledad», atendiendo a que ésta—como vimos repetidamente—es el núcleo de su poesía; pero atendiendo a las últimas consecuencias que se derivan de esa soledad—a saber: inespacialidad e intemporalidad—, yo llamaría a Juan Ramón Jiménez «poeta de lo infinito».

Pero aún no hemos terminado. No sé si se habrá advertido que a lo largo de estas explicaciones para nada hicimos alusión a algo que es muy importante en la poesía juanramoniana. Me refiero al amor. El amor es el reconocimieno de otro ser más allá de nuestra propia persona. El amor nos lleva, por fuerza, a admitir que no estamos solos en el mundo; es la negación de la soledad. Entonces, ¿no parece que hay una íntima contradicción entre el hecho del amor y el hecho de la soledad querida por el poeta? Y no podemos decir que Juan Ramón Jiménez no sea un poeta amoroso. Todos recordamos ese lema suyo que dice: «Amor y poesía, cada día.» ¿Cómo compaginar esto con su deseo ferviente de soledad («solamente tú solo llenarás enteramente el mundo»)? La objeción, en este caso, me parece más aparente que de fondo. Vamos a verlo.

Empezaré por matizar la definición dada del amor. El reconocimiento que éste hace de otra persona, aparte de la mía, no supone la afirmación de una dualidad. Se trata de dos personas, pero que están en una sola. No se trata de «tú» y «yo», frente a frente: «tú ahí» y «yo aquí». En la poesía de Juan Ramón Jiménez hay una reabsorción de la personalidad de la amada en el amante: «tú» dejas de «estar en ti» para «estar en mí». Cito estos versos de un poema de *Estío*, titulado «Jardín»:

> *Los dos que fuimos uno,*
> *en mí han quedado. Tú has seguido siendo*
> *sola, nada, sin mí y*
> *sin ti, pues te quedaste en mí* (364).

La reabsorción—como vemos—es completa, pues no deja de existir aunque la amada se vaya. Ella sigue estando en mí, aunque se separe de mí—tal es la fuerza de mi amor—. En otro poema—también de *Estío*—leemos:

> *Lejos tú, lejos de ti,*
> *yo, más cerca del mí mío;*
> *afuera tú, hacia la tierra,*
> *yo hacia dentro, al infinito* (362).

Es decir, como la amada está en mí—según vimos—, al alejarse de mí, se aleja también de ella. Pero, además, se aleja «afuera..., hacia la tierra», mientras que yo me acerco «hacia dentro, al infinito». Nótese cómo el infinito—que yo contengo dentro de mí—vuelve a hacer su aparición. La consecuencia que se saca de esto es que la amada, al quedarse dentro de mí, es infinita como yo. Así lo dice el poeta en otros versos del mismo libro *Estío*:

—Eres ignorada,
eres infinita,
como el mundo y yo (344).

De igual modo, el último verso del poema «Jardín»—antes citado—, decía:

de ti y de mí, que estamos en mí, eternos.

La amada, entonces, al ser igual a mí—eterna e infinita como yo—se compara, lo mismo que antes lo hacía el poeta, con el mundo, el sol u otro absoluto cualquiera. Copio este poema de *Piedra y cielo*, titulado «Amor»:

¡Cuánto tardas en salir
sol de hoy, sol de hoy!
¡Sal, que me ahogo!
¡Que parece que me están
reteniendo el corazón!
¡Sal, que me ahogo! (468)

Advertimos que aquí no se nombra para nada a ella. Hasta el punto de que, a no ser por el título, no hubiéramos sabido que se trataba de ella y no del sol.

Lo mismo pasa en un poemita de *La estación total*, que dice:

Al amanecer,
el mundo me besa
en tu boca, mujer (pág. 63).

Este poema se titula «La fusión». Hay una fusión—ya vista—del poeta con el mundo; ahora es la amada la que se funde con él («eres infinita, como el mundo y yo»). Podríamos decir que la poe-

sía de Juan Ramón Jiménez es una poesía monista, en la que siempre tocamos lo mismo. Todo es infinito (el mundo, ella, yo).

Por idéntico modo, los otros seres queridos por el poeta se revisten también de categoría cósmica. Leamos este poema—titulado «Madre»—del *Diario de poeta y mar*:

Te digo al llegar, madre,
que tú eres como el mar; que aunque las olas
de tus años se cambien y te muden,
siempre es igual tu sitio,
al paso de mi alma.

No es preciso medida
ni cálculo para el señalamiento
de ese cielo total;
el color, hora única,
la luz de tu poniente,
te sitúan ¡oh madre! entre las olas,
conocida y eterna en su mudanza (404).

De *La estación total* es este otro poema:

Tu forma se deshizo. Deshiciste tu forma.
Mas tu conciencia queda difundida, igual, mayor,
inmensa,
en la totalidad.

Y te sentimos
alrededor, en el ambiente pleno
de ti, tu más gran tú.

Nos miras
desde todo, nos sumes,
amiga, desde todo, en ti, como en un cielo,
un gran amor,
o un mar (pág. 41).

Estamos, pues, donde estábamos. Repito que siempre vamos a parar a lo mismo. Todo es eterno y absoluto. El amor es como un mar. O sea, en definitiva, es soledad también, igual que el mar. Lo mismo que yo. Son términos idénticos los que se comparan. No hay contradicción, por tanto, entre querer la soledad y el amor,

con lo cual, la objeción que nos formulábamos al principio queda salvada. Cito, para mayor atestiguación, estos versos de *La estación total*:

Me gusta este silencio
fiel hueco de tu voz;
tanto me va gustando
que es casi como tú.

Me gusta este silencio,
silencio eterno tú,
que es molde de tu voz.

¡Qué tres palabras tuyas,
qué tres palabras mías,
tres gotas hacia dentro:
«Silencio eterno tú»! (págs. 121-122).

La amada es ya «silencio eterno». Pero si el amor no altera la soledad, cabe hacer aún una segunda objeción. ¿Por qué se nos dice: «Amor y poesía, cada día»? ¿Qué es lo que añade el amor entonces? Hemos visto antes que el poeta, sin mentar a nadie más que a él, alcanzaba, igualmente, lo eterno absoluto. ¿Qué es lo que añade la aparición de otro en su poesía?

Al llegar aquí tengo que confesar algo que he venido callando hasta ahora. El poeta, como todo hombre, vive entre lo que «es» y lo que «quiere ser». Cierto que «ser» y «querer ser» se confunden muchas veces en un salto fácilmente accesible a su imaginación. Pero esto no ocurre siempre. El poeta, como todo mortal, conoce sus momentos de punzante limitación. Juan Ramón Jiménez, poeta de lo infinito, habrá de ser considerado, desde luego, como uno de los poetas más idealistas de nuestra literatura; es decir, como uno de los hombres en cuya poesía más veces el «ser» se confunde con el «querer ser». Lo hemos visto, abundantemente, a lo largo de estas explicaciones. Es por eso por lo que puede decirse, en un poema de *La estación total*, titulado «Vida, gracias, muerte»:

Gracias, vida, porque he sabido
entrar en el secreto del espíritu.

(Gracias porque he querido
llegar a lo infinito.)

Gracias, muerte, porque he podido
sostenerme en el mar del idealismo (pág. 53).

Más este ansia de infinito no siempre alcanza su objeto, ni se sostiene siempre en el mar del idealismo. Conoce—como dijimos—momentos de desazón. De *La estación total* es este poema, que se titula «Mi triste ansia» (observemos ya el título):

Lo que corre por la tierra es humo,
no agua.
Y su azul se desvanece como
mi ansia.

Lo que vuela por el aire es bruma,
no ala.
Y su pluma se deshace como
mi ansia.

Lo que sube por la sombra es sueño,
no alma.
Y su gris se descompone como
mi ansia (pág. 86).

El ansia del poeta no es ahora «agua», «ala», «alma» (entidades consistentes), sino «humo», «bruma», «sueño», que desaparecen apenas vistos. Recordemos, por otra parte, que en aquellas declaraciones de 1932 Juan Ramón caracterizaba su poesía por una «angustia dominadora de eternidad». El afán de eternidad provoca, de suyo, un sentimiento de angustia. No creo que haga falta recordar el caso de don Miguel de Unamuno. Véase ahora este poema de *La estación total,* titulado «Estrella errática»:

Si tu órbita te vuelve
a mí, o a ti me vuelve a mí la mía,
una segunda tarde,
puerta del mar poniente de lo eterno,
habrá habido razón de vida y gloria.

Pero si, estrella errática, te vas
y ya no vuelves más,
pero si nunca yo,
en negra exactitud,

cerrando nuestra luz para nosotros,
pudiera completar tus ojos con los míos,
habrá habido razón de infierno y muerte (pág. 149)

La duda—la angustia—tiene también su lugar en la poesía de Juan Ramón Jiménez. Me parece que estamos ya en situación de contestar a la pregunta que antes nos hicimos: ¿Qué es lo que significa el amor, la aparición de otro ser en esta poesía? No—como vimos—la destrucción de la soledad, sino—como vamos a ver—la superación de la duda. Leamos este poema, titulado «Desde dentro», perteneciente a *La estación total*:

Rompió mi alma con oro.
Y como májica palmera
reclinada en su luz,
me acarició, mirándome
desde dentro, los ojos.

Me dijo con su iris:
«Seré la plenitud
de tus horas medianas.
Subiré con hervor tu hastío,
daré a tu duda espuma.»

Desde entonces, ¡qué paz!,
no tiendo ya hacia fuera
mis manos. Lo infinito
está dentro. Yo soy
el horizonte recogido.

Ella, Poesía, Amor, el centro
indudable (pág. 11).

Ella, pues, dando espuma a la duda, evita la desaparición de lo eterno deseado. Lo infinito está dentro. Siempre lo estuvo; pero antes tenía yo que fabricármelo—por decirlo así—entre raptos de hastío y de angustia. Ahora es ella la que me lo tiende desde dentro, desde el centro que ocupa dentro de mí:

Nos miras
desde todo, nos sumes,
amiga, desde todo, en ti, como en un cielo,
un gran amor
o un mar.

Estamos, sí, en donde estábamos. El amor nos sume en la gloria. Más ahora, sin angustias («Desde entonces, ¡qué paz!»). Copio, finalmente, unos versos de un poema titulado «Mensajera de la estación total», con los cuales termina ese libro tantas veces citado:

(Mensajera
¡qué gloria ver para verse a sí mismo,
en sí mismo,
en uno mismo,
en una misma,
la gloria que proviene de nosotros!)

Ella era esa gloria ¡y lo veía!
Todo, volver a ella sola,
sólo, salir toda de ella.

(Mensajera,
tú existías. Y lo sabía yo) (pág. 158).

Estos versos, de apariencia un tanto sibilina, no creo, sin embargo, que ofrezcan mayores dificultades después de los obstáculos que hemos salvado hasta llegar aquí. Me parece, pues, que queda aclarado el porqué del lema «Amor y poesía, cada día», en lo que se refiere al amor. Me resta explicar el porqué de la poesía dentro de ese lema. Seré muy breve; a mi ver, la función de la poesía es semejante a la del amor. Notemos, por lo pronto, que el poeta une ambos, tanto en el lema citado como en los versos finales del poema «Desde dentro»:

Ella, Poesía, Amor, el centro
indudable.

La función de la poesía—como la del amor—consistirá, para este buscador insaciable de eternidad, en llevarnos a ésta—al «dominio eterno»—. Así dice en el poema final de *Eternidades*:

¡Palabra mía eterna!
¡Oh, qué vivir supremo
—ya en la nada la lengua de mi boca—,
oh, qué vivir divino
de flor sin tallo y sin raíz,
nutrida, por la luz, con mi memoria,
sola y fresca en el aire de la vida! (460).

La poesía es, pues, vehículo de eternidad. Como el amor, todo nos lleva una vez más a lo mismo. Lo cual, por otra parte, no puede sorprendernos, ya que la poesía es lo que sea el poeta. Este es—según nos cansamos de ver—un soñador de eternidad, a la cual, por tanto, tenderá siempre su poesía («¡Palabra mía eterna!»).

Hemos visto ya tres caminos que conducen hacia la gloria soñada: la soledad, el amor y la poesía. Queda por señalar un cuarto camino, el último que yo sepa: la muerte. Se comprende fácilmente que la muerte nos sume en la eternidad; no necesito ni explicarlo. Copio este poema de *Piedra y cielo*, que se titula precisamente «La gloria»:

También yo alumbro, ahora, en esta cueva,
—tarde oscura y lluviosa, dentro—
como quería un día.
También yo puedo acariciar, ahora,
a la verdad desnuda en mis rodillas,
sin prisa por los fines.
También me puedo ir, ahora, a todo,
a perder todo—tiempo y sitio—,
¡a extasiarme en la vida,
hasta quedarme, eterno ahora, muerto! (511).

Al entrar en la muerte perdemos, sí, tiempo y sitio—ese tiempo y sitio que, como coordenadas, nos delimitan en el mundo—, pero ganamos un tiempo y sitio infinitos, o lo que es lo mismo, entramos en la gloria, donde el tiempo y el sitio no existen.

Véase ahora este otro poema—del libro *Eternidades*—en el que se expresa la misma idea a la vez que se establece un paralelo importante, ya señalado por nosotros—el paralelo poesía-muerte—, como caminos que nos llevan, ambos, hacia la eternidad (antes habíamos visto el paralelo coincidente amor-poesía):

Está tan puro ya mi corazón,
que lo mismo es que muera
o que cante.
Puede llenar el libro de la vida,
o el libro de la muerte,
los dos en blanco para él,
que piensa y sueña.
Igual eternidad hallará en ambos.
Corazón, da lo mismo: muere o canta (459).

Por eso, Juan Ramón Jiménez, en su poesía, no busca la belleza, o mejor dicho, no la busca directamente en sí misma. No se queda en la belleza—como muchos creen—, sino que la traspasa en un afán de eternidad. Copio, para que se vea claro lo que digo, este poema de *Piedra y cielo*:

¡No estás en ti, belleza innúmera,
que con tu fin me tientas, infinita,
a un sinfín de deleites!
¡Estás en mí, que te penetro
hasta el fondo, anhelando, cada instante,
traspasar los nadires más ocultos!
¡Estás en mí, que tengo
en mi pecho la aurora
y en mi espalda el poniente
—quemándome, transparentándome
en una sola llama—; estás en mí, que te entro
en tu cuerpo mi alma
insaciable y eterna! (515).

No, la belleza no es para Juan Ramón meta de su vida, sino —como toda su poesía—trasunto de eternidad. Sólo entendiendo la belleza de este modo—no como algo puramente estético o externo, sino trascendente—, puede decirse que Juan Ramón es un buscador de la belleza.

Con esto hemos llegado al final. En el camino nos dejamos muchas cosas, sin duda. Mas poco importa si lo que se alcanza es la cumbre. Desde ella podemos mirar tranquilamente todo lo que queda atrás. No importa que no hayamos pasado por todo. Si sabemos cuál es el tema de la poesía de Juan Ramón—o su metafísica implícita, para decirlo con palabras de Antonio Machado—, tenemos la brújula para orientarnos por esta poesía. Difícil poesía, llena de erizos. Quisiera aún, antes de acabar, hacer un pequeño uso de lo aprendido—o sea, brujulear—sobre algún poema de la primera época. Por ejemplo, este de *Olvidanzas* (1906-1907):

Creímos que todo estaba
roto, perdido, manchado...
—Pero, dentro, sonreía
lo verdadero, esperando—.
¡Lágrimas rojas, calientes,
en los cristales helados!...

—Pero, dentro, sonreía
lo verdadero, esperando—.
Se acababa el día negro,
revuelto en frío mojado...
—Pero, dentro, sonreía
lo verdadero, esperando— (61).

Ese «dentro» insinúa, en cierto modo, el tema de la poesía juanramoniana. Todos sabemos de qué se trata. Claro que no pasa de una insinuación. El poema citado está aún dentro de los «presagios» —ya mencionados—a que despierta el poeta.

En otro poema—del libro *Apartamiento* (1911-1912)—podemos ver un anuncio del tema de la soledad, así como del orgullo y la ilusión de gloria que se desprenden de aquélla, según vimos:

Todo para ellos, todo, todo:
viñas, colmenas, pinos, trigos...
—Yo, bastante
he tenido
con mi ilusión de luz,
con mi acento divino.
He sido cual la rosa, todo esencia;
igual que el agua, sólo desvarío;
y fueron ellos tierra sana a mi raíz ansiosa
y cauce humano a mi raudal altivo—.
...Todo; que si ellos no han pensado nunca,
¡qué pobres habrán sido! (252).

Así podríamos seguir aplicando nuestros conocimientos a más poemas, tanto antiguos como recientes. Mas, como ejemplo, basta con los citados. Que nadie crea, sin embargo, que hemos descubierto una mina. La poesía de Juan Ramón Jiménez—como toda gran poesía—no se deja reducir fácilmente a esquemas. Estos, al aprisionarla, la deforman en parte, exagerando algunos aspectos, no mencionando otros. Pero esa deformación, en la que incurrimos de lleno, era inevitable a la misión que nos hemos propuesto, a saber: decir algo frente a las naderías tradicionales. Porque esta tarea de coger el toro por los cuernos—con el riesgo consiguiente—y no por el rabo—que es mucho más fácil—, es la única que me parece digna de la crítica.—CARLOS FEAL.

ORTEGA, COMENTADO POR MARIAS

Las ediciones de la Universidad de Puerto Rico, en su ya prestigiosa *Biblioteca de Cultura Básica*, acaban de publicar una nueva y primorosa edición de las *Meditaciones del Quijote*, el primer libro de don José Ortega y Gasset, que vió la luz en julio de 1914, pocos días antes de que el primer gran incendio bélico de nuestro siglo prendiese en los campos de Europa. Aunque se han hecho ya muchas ediciones de este libro auroral, clave de toda la filosofía posterior de Ortega, esta reciente edición de la Universidad de Puerto Rico ofrece una novedad de considerable interés que quisiéramos subrayar. Y es que más de la mitad del denso volumen la ocupa un extenso *Comentario* de Julián Marías al texto de Ortega, comentario que sigue, página a página, el hilo poderoso del pensamiento orteguiano.

La idea del editor de presentar a Ortega como un clásico vivo, digno de un comentario actual y detallado, no puede ser más oportuna ni más plausible. Marías anunciaba ya en 1950 este *Comentario* suyo a las *Meditaciones del Quijote*, justificando su propósito con estas palabras: «Pienso que este libro todavía no ha sido leído en serio por más de media docena de personas.» Y lo mismo pensaba, hacia 1932, el propio Ortega, que por entonces comenzó a llamar la atención sobre el libro, quejándose de que no se hubiera querido ver en él lo esencial de su pensamiento filosófico y reprochando a sus lectores que, distraídos por sus brillantes imágenes, hubiesen resbalado sobre sus pensamientos. Justamente cuando Ortega se lamentaba de esta incomprensión, sin darle demasiada importancia al asunto, Julián Marías, que había nacido el año de publicación de las *Meditaciones*, 1914, comenzaba a penetrar y a sorber apasionadamente la obra de Ortega. Y él fué uno de los que no echaron en saco roto las quejas del maestro. Estudió a fondo el pensamiento del libro, y en 1944, cuando Marías va a visitar a Ortega en Lisboa, donde éste pasó varios años al terminar la guerra española, el autor de las *Meditaciones* hubo de sorprenderse de que su joven discípulo hubiera sido capaz de entender a fondo una de las más difíciles tesis del libro.

Pero lo que ahora ha intentado Marías no es, en absoluto, un estudio de las *Meditaciones del Quijote*, sino, como antes dijimos, un comentario, página por página, al texto de la obra, aclarando o precisando conceptos, refiriéndolos a otros de otras obras de Ortega, señalando relaciones o fuentes y, en fin, subrayando la importancia o interés de un contexto. Lo que se propone Marías es,

pues, con palabras suyas, «una manera más intensa de leer este libro, en que las notas sirvan de ayuda para provocar ese perpetuo vaivén de la mente en que consiste el movimiento dramático, esa actualización de todo lo ya narrado, representado, acontecido y de todo lo que se va anticipando, porque está presente en el *argumento*». De acuerdo con este designio, leemos las sobrias y penetrantes notas de Marías con el mismo placer y provecho con que solemos leer las notas que T. S. Eliot, el gran poeta inglés, acostumbra a poner a sus propios poemas.

Ortega era un joven de treinta y un años cuando publicó, en 1914, este primer libro suyo. Y al releerlo de nuevo en esta ocasión, lo primero que nos asombra, casi más aún que la profundidad y nitidez del pensamiento, es la soberana maestría del estilo. Todo el hechizo del estilo orteguiano, la elegancia del diseño, la rara originalidad de las imágenes, están ya visibles en estas espléndidas *Meditaciones* quijotescas. Ortega venía publicando artículos desde 1902, año en que, recién terminada su carrera de Filosofía y Letras, publica su primer trabajo en la revista «Vida Nueva», una de las revistas efímeras del modernismo español, en la que también colaboró Juan Ramón Jiménez con algunos poemas. Pero hasta 1914 no decide hacer su primera salida pública como escritor de libros, y las *Meditaciones del Quijote* aparecen sobriamente editadas en las ediciones de la Residencia de Estudiantes, en la misma serie en que también publicaron sus libros Unamuno y Azorín, Machado y d'Ors. En ese momento, julio de 1914, Ortega era ya catedrático de Metafísica en la Universidad de Madrid, desde 1910. Y meses antes, el 23 de marzo de 1914, había pronunciado en el teatro madrileño de la Comedia su famosa conferencia *Vieja y nueva política*, que era su primera actuación pública. Es el momento, pues, en que Ortega decide *darse de alta* en la vida pública de su país como autor de libros y como preocupado políticamente.

En la primera página de su primer libro, Ortega se dirige a sus presuntos lectores con esta frase: «Bajo el título *Meditaciones* anuncia este primer volumen unos ensayos de varia lección y no muchas consecuencias, que va a publicar un profesor de filosofía *in partibus infidelium*.» Añadía Ortega que sus meditaciones iban a referirse todas ellas a circunstancias—y aquí adelanta el término clave—españolas: unas, graves y serias; otras, mínimas y humildes, como el modo de charlar un labriego castellano, o el sesgo de una danza popular, o los trajes aldeanos, o ciertas peculiaridades del idioma. Es decir, las manifestaciones menudas donde se revela la intimidad de un pueblo. Porque ya en el umbral de este libro suyo

declara Ortega su pasión de España: «El lector—escribe—descubrirá, si no me equivoco, hasta en los últimos rincones de estos ensayos, los latidos de la preocupación patriótica... Habiendo negado una España (la España caduca) nos encontramos en el paso honroso de hallar otra. Esta empresa de honor no nos deja vivir. Por eso, si se penetra hasta las más íntimas y personales meditaciones nuestras, se nos sorprenderá haciendo con los más humildes rayicos de nuestra alma, experimentos de nueva España.»

Mas no sólo había amor profundo a España en las páginas de ese primer libro de Ortega. Había también nada menos que el primer cogollo, la raíz esencial del pensamiento filosófico del maestro, que suele cifrarse en la famosa frase: *Yo soy yo y mi circunstancia*. El mismo Ortega, en el prólogo a la primera edición de sus *Obras Completas*, declaraba: «Hoy han descubierto en Alemania esta verdad y algunos de mis compatriotas caen ahora en la cuenta de ella, pero es un hecho incontrovertible que fué pensado en español hacia 1914.» Sí, en estos primeros ensayos de *amor intelectualis*, como gustaba Ortega de llamarlos, aparece ya claramente formulado el formidable hallazgo orteguiano, su descubrimiento radical de la vida como *ser más circunstancia*. De ahí la palpitante experiencia de releer las magistrales páginas de este libro y de hacer seguir su lectura con los oportunos comentarios de Marías, algunos de ellos necesariamente extensos por la importancia del texto orteguiano, tales los que comentan la *circunstancia* o la *perspectiva* o el nombre griego de la verdad, *aletheia*.

Sí, tiene razón Marías. Este libro genial ha sido apenas leído y entendido en España y fuera de ella. Y su comentario viene muy oportunamente, aunque no sea más que como pretexto para acercarnos de nuevo a sus páginas reveladoras, que debieran ser lectura obligada para quienes piensan y hablan en castellano.—José Luis Cano.

Sección Bibliográfica

LITERATURA, ESPEJO DEL ALMA

El último libro publicado por Américo Castro es una colección de estudios titulada *Hacia Cervantes* (1), en todos los cuales se trata de reconocer y delimitar una corriente del pensamiento español cuya culminación natural fué la obra cervantina. Desde los orígenes de nuestra literatura pueden rastrearse ciertas posibilidades vitales, actitudes y formas expresivas que constituyen una de sus constantes más inequívocas, si no más transparentes, pues por causas harto comprensibles se ocultaba y disimulaba bajo diversa máscara.

Según Castro, es nota propia de vivir hispánico la tendencia a considerar la vida como expresión del hombre que la vive (que la hace), a diferencia de las corrientes inclinadas a suponerla regida por fuerzas exteriores. Aquella actitud se refleja en la creación literaria, inseparable «de la vida en donde se fragua» y unida a ella en ajustada correlación.

El escritor crea partiendo de sí y de sus experiencias. En la creación literaria entran otros elementos, naturalmente, pero el punto de partida ha de ser ése. «El escritor va laborando en su obra teniéndose en cuenta a sí mismo, lo que va escribiendo y la imagen de sus deseados o temidos lectores. Cada uno de esos tres momentos o aspectos afecta a los otros dos, crece o mengua en importancia en función de ellos—*yo* (que siento), *lo* (que escribo), *él* (que va a leer)—.» El predominio de una u otra de esas inclinaciones dará carácter a la obra y hasta podrá deformarla o convertirla en caricatura de lo que hubiera sido moviéndose en otra dirección.

Los diversos capítulos de *Hacia Cervantes* tienen una doble faz o, para decirlo con mayor exactitud, incluyen un aspecto de investigación histórica y otro de análisis crítico de los fenómenos literarios. No es fácil decidir cuál de estos aspectos es el predominante ni tampoco hace falta precisarlo ; ambos concurren a modelar la peculiar fisonomía de una obra escrita para inquirir la realidad histórica de España. Este libro deberá entenderse como prolonga-

(1) Américo Castro: *Hacia Cervantes.* Editorial Taurus. Madrid, 1957 352 págs. 20 grabados, 150 pesetas.

ción y complemento de los demás de su autor, cuya vocación hispanista no deja de manifestarse en cuanto escribe. Y la unidad radical de la obra de Castro resalta más aquí, pues si los estudios que integran el tomo fueron compuestos en distintos momentos y publicados dispersos, al reunirse fraguan en sólido, compacto bloque, como inspirados por una misma inquietud, por responder, en cada caso a su manera, a las mismas preguntas: ¿Cuál es la realidad de España?, ¿qué es el hombre español?, y también, ¿por qué esa urgencia de hacerse en el decir y en el contar?

Una respuesta provisional a la última de estas cuestiones podría formularse teniendo en cuenta la necesidad, tan humana, de descubrir el sentido de la propia existencia, de explicarse y de forjar, para los otros y para sí (principalmente para sí), una imagen de la vida ajustada al no siempre oscuro sentimiento que de ella se tiene. Respecto a las otras preguntas, el libro de Castro tiende a contestarlas, aportando las pruebas necesarias para calificar la validez de la respuesta.

El esfuerzo por traer junto a la afirmación la prueba me parece demostrar la honradez intelectual de Castro, y es una de las peculiaridades de su estilo. Incrustándose sin pretenderlo dentro de la tradición estudiada por él, y mostrándose por la actitud adscrito a la línea de pensamiento estudiada en este libro, el autor se declara cabalmente a través de páginas que, en cierto sentido, son autobiografía, pues la pesquisa de su vida, la investigación del ser de España, es la clave mejor para entender su pensamiento.

Tal parece ser la razón del tono de confesión, a menudo perceptible en estas páginas. El escritor, bajo la apariencia de un estudio histórico-literario está diciendo su pasión humana y española; está explicándose y justificándose con altura de ideales y riqueza de razonamiento. Pues la pasión arranca del conocimiento y del análisis de la realidad española, según en él se le revela, y se expresa en páginas rectilíneas donde la voluntad de lucidez se enfrenta con la decisión de no disimular ni disimularse la complejidad de los problemas nacidos de la inevitable dualidad en que se escinde el hispano, a la vez arrastrado a vivir hacia dentro e incitado a enajenarse en la aventura circundante, esforzándose por lograr que ésta le sirva para alcanzar, en ella, la plenitud del ser.

La literatura es el espejo del alma; al menos la literatura aquí estudiada. Y a Castro le interesan, sobre todo, las almas de los disidentes, de los disconformes (y la realidad que a través de ellos se vislumbra). En los libros descubre su imagen, reflejada en particularidades estilísticas, en modos expresivos, sinuosidades y re-

pliegues del lenguaje. Por lo escrito se conoce al hombre y puede entenderse su contextura moral; más aún, su posición en el mundo y el mundo mismo. El tema, el estilo, las afirmaciones y los silencios (sobre los cuales tanto insistía Cervantes) implican una confidencia ininterrumpida que el lector atento capta en su apenas disimulada fluidez.

En el primer capítulo de *Hacia Cervantes* estudia el autor la técnica, que se afana en incluir, junto a lo fabuloso, el proceso mismo de invención de la fábula. En el *Poema del Cid* «lo histórico tiene como misión y sentido servir de sostén a lo poético», y siendo así es natural el desplazamiento del plano de lo cotidiano al de la aventura, con lo cual se logra la exaltación del héroe y su transformación mítica, sin que, al mismo tiempo, dejemos de sentirle afirmado en el terreno de la existencia real. Pero en el *Poema* el mito predomina como predomina la fuerza exterior sobre la experiencia interior. *Mio Cid* es producto de la presión exterior y vive según ésta le obliga. Pero Castro señala varios momentos en que el viejo poeta encuentra acentos modernos: «en un momento de ritualidad máxima el personaje se vuelve transparente; la intimidad de su corazón, inquieto y alborotado, se hace perceptible bajo esa triple coraza de sonrisas, hieratismos y fórmulas jurídicas». En tales instantes, como también en la voluntad del juglar de no alejar al héroe de su realidad, es donde más claramente se anuncia el espíritu creador de la época siguiente.

El estudio *Saladino en las literaturas románticas* sirve para ilustrar tesis caras a Castro, especialmente la de la convivencia de creencias en la España medieval. Saladino aparece con frecuencia en esas literaturas como imagen del jefe tolerante con las distintas religiones, y su figura debía atraer necesariamente la atención de los minoritarios, hebreos o árabes dependientes de monarcas cristianos. Al comparar el distinto modo con que Saladino es tratado en las literaturas de Francia, Italia y España, se pretende también mostrar cómo cada pueblo da sentido diferente a las mismas leyendas. Y todavía es útil la ocasión para hacer ver que la fisonomía histórica de los pueblos persiste a través de los cambios históricos. Así un capítulo, a primera vista algo marginal, aparece lleno de sentido y complementa cuanto en los restantes se dice.

El tema, o como dice Castro, «la materia Saladino», suscitó en España obras que, comparadas con las que inspiró en Francia e Italia, señalan las características del pensar y el sentir hispano. La diferencia entre don Juan Manuel y Boccaccio no corresponde tanto a la sensibilidad de los autores como a la distinta finalidad que

perseguían al escribir. En nuestro país, Saladino es visto desde una altura moral que lo engrandece; al hispanizarlo se le convierte en dueño de sí y de su existencia; los hechos no serán dominadores, sino dominados y dependientes del alma que los señorea.

El caso de don Antonio de Guevara es sobremanera interesante, por ser su obra primer ejemplo castellano de confidencia descarada, de confesión íntima realzada por los prestigios de una prosa graciosa y expresiva. Su actitud supone una nota nueva, nada estridente, pero de sonido personal, en el concierto usual de vagas moralidades y convencionalismos. Castro se siente cerca del personaje estudiado, viéndolo en su verdad desnuda y diagnosticando con precisión debilidades del hombre y propensiones del escritor. Si todas las páginas del volumen revelan atención en simpatía, las dedicadas a Guevara están impregnadas de particular comprensión hacia el modo cómo este «elegante desorientado» procuró sobresalir y luego mantenerse a flote en una sociedad que le ofrecía pocas posibilidades de situarse en los lugares de honor.

El deseo de «realizar con la pluma lo que no pudo con su acción personal» se explica por el ansia de realizarse, de ser según se sentía o se creía. Y el hecho de incluirse en el cuadro, pintándose en su radical inseguridad, es lo que hace todavía legibles sus obras; de otra suerte yacerían olvidadas entre tantos y tantos tratados de filosofía como entonces se escribieron.

En la prosa confidencial de Guevara encuentra Castro (y aduce pertinentes ejemplos) anticipaciones o bocetos de lo que, al correr de los siglos, «será el estilo de la novela llamada *naturalista*». Pero aún es más interesante la actitud del buen obispo al defender la supremacía del poder espiritual frente al absolutismo del temporal. Cualesquiera que fuese el móvil de esa defensa, no parece dudoso que, interpretada objetivamente, opera en sentido progresivo y humanista, oponiendo a la omnipotencia de los reyes y a la codicia de sus representantes un freno de relativa eficacia, y en todo caso el único imaginable y tolerable en aquellas circunstancias. La aportación de Guevara a la literatura de protesta le sitúa del lado bueno: el de la justicia y la razón, opuesto al tejido miserable de la sociedad según estaba constituída. Y no se piense a Guevara como un rebelde, pues todo su conato tiende a adaptarse y ajustarse a esa misma sociedad, sino como hombre capaz de reconocer la injusticia y de denunciarla.

Después de Guevara, la novela picaresca. Todo se ordena e hilvana en adecuada continuidad. Tras la instalación del *yo* en los tratados y en las ficciones, desplazando o deformando el mito, llega

con el *Lazarillo*, el que Castro llama «antihéroe», y una nueva forma literaria concebida «como reacción agresiva contra las maneras de arte que tienen como tema la vida noble y ascendente». Guevara representa el esfuerzo por desmarcarse y situarse en un estrato social que en principio diríase inaccesible; el pícaro aparece «previamente situado mediante un hereditario determinismo, prensado dentro de una clase moral de la cual no podía zafarse». Esta clausura es indicio de una estructura social muy rígida, y las obras que la describan, desde el punto de vista de la víctima, del pícaro, habrán de tener el carácter agresivo puesto de relieve por el autor al hablar del *Lazarillo*.

La visión de la realidad no puede menos de ser crítica, y los ataques contra la sociedad incluyen, como es natural, a la sociedad eclesiástica, según se presentaba a los ojos del pícaro. La situación puede resumirse así: «las referencias a lo religioso y eclesiástico, si no son audaces, son siempre irrespetuosas.» Castro coteja el *Lazarillo* con obras coetáneas de diferente carácter, y al hacerlo facilita la comprensión del ambiente espiritual en que aquél se mueve. Pues la novela picaresca no nace por casualidad, ni por capricho de escritor; se inscribe de modo naturalísimo en la sociedad del tiempo, como expresión de una protesta sólo realizable en esta forma.

Lo que caracteriza la situación, según se vislumbra a través de la picaresca; lo propiamente distintivo de esos tiempos, según Castro, no es la rebeldía frente a la opresión, sino la toma de conciencia de esa rebeldía y la justificación de tal actitud mediante la descripción del mundo en donde se origina. Y el análisis del *Lazarillo* sirve para mostrar al pícaro como personaje también capaz de cambiar, de reaccionar libremente desde el «libre proceso» de su vida.

El paso desde la picaresca a Juan de Mal Lara, con el cambio que lleva consigo, está explicado con escribir una sola palabra: Trento. El rigor de la doctrina ha sido reforzado y ya no hay lugar para las osadías del *Lazarillo*, pero bajo la prosa de Mal Lara se trasluce el pensamiento erasmista y el deseo de transformaciones a las que no se atreve a referirse sino ambiguamente. El clima en que Cervantes va a vivir y a crear está formado. No es extraño, pues, que Mal Lara parezca emparentado al gran novelista; quiero decir, en la misma línea de aspiraciones, sino, claro está, de invenciones.

Los diversos estudios sobre Cervantes, que constituyen la segunda parte del libro de Castro (*Cervantes y la Inquisición*; *Eras-*

mo en tiempo de Cervantes; el *Quijote, estructura, prólogos y lenguaje; El celoso extremeño; La ejemplaridad de las novelas cervantinas*), aportan iluminaciones definitivas al cuadro de la época. La intervención inquisitorial en la obra cervantina sirve al crítico para analizar el estado de la creencia religiosa, tomando como base uno o dos aspectos de ella. Es propio del método histórico de Américo Castro tomar un punto concreto de la situación, glosarlo en profundidad, aportando datos y textos que lo hacen plenamente significante, y utilizarlo en seguida para iluminar el conjunto. Las páginas dedicadas a Erasmo en tiempo de Cervantes completan lo expuesto en el capítulo sobre Mal Lara.

No sería posible exponer dentro de los límites de esta reseña la riqueza y variedad de puntos de vista desde los cuales se acerca el autor a la obra y al pensamiento de Cervantes. Me limitaré a destacar un par de afirmaciones suyas para dar idea de cuán incitante resulta la lectura de esos capítulos. Sea primer ejemplo la de que «la felicidad colectiva nunca fué un ideal que el español se esforzara por alcanzar»; discutir a fondo esta tesis exigiría un estudio pormenorizado del comportamiento del español a través de la historia para averiguar si a lo largo de ella se mantuvo irreductible a los esfuerzos de quienes pensaron la vida bajo aspectos menos ásperos de los predominantes.

Otra afirmación, suficientemente probada en este volumen, es la de que «siempre hubo españoles no resignados a que España siguiese siendo como era». Se trata, creo yo, de una verdad incontrovertible, pero muy controvertida. Ahí están los textos mostrando una continuidad en el espíritu de reforma, que históricamente aperece vinculado a la voluntad de pensar libremente, aun cuando se advirtiera «cuánta tormenta amenazaba» (son palabras del padre Mariana) a quienes así pensaban.

Incluso en los estudios más literarios señala Castro infinidad de aspectos en que se descubre la realidad histórica de España. Su gran tema. Tema ocasionado a polémicas, abierto a la discrepancia y aun al enconado disentimiento total. Pero también incitante y adverso a las imágenes recibidas con que alimentan los más su soñarrera intelectual.—RICARDO GULLÓN.

LA CULTURA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XVIII

Un laudable esfuerzo de objetividad y mesura preside esta *Historia de la cultura española en el siglo XVIII* (1), que han redacta-

(1) *Historia de la cultura española. El siglo XVIII*, por JUAN REGLÁ y SANTIAGO ALCOLEA. Editorial Seix Barral, S. A. Barcelona, 1957.

do los señores Juan Reglá (aspectos políticos-culturales) y Santiago Alcolea (artísticos). Es el siglo XVIII una centuria decisiva para la futura conformación del país. Con la venida de los Borbones, España se incorpora a las corrientes ideológicas europeas, y esto no siempre—como advierten los autores—por un afán imitativo, sino en virtud de las necesidades internas del país. Ante la Revolución Francesa, Carlos IV, con grandes vacilaciones, intenta una nueva impermeabilización de España, menos lograda que la de Felipe II—las tibetanizaciones de España, de que hablaba Ortega—, pero la invasión francesa deja por primera vez libres las fuerzas nacionales, cuyo juego constituirá la agitada vida política del siglo XIX.

Ya desde el principio se advierte que el libro está escrito desde Cataluña. Digo esto como elogio, pues ya es hora de que la historia nacional se escriba fuera del estrecho molde castellanista, y más en el siglo XVIII, en que la demografía indica un desplazamiento hacia la periferia de la vitalidad nacional. Esto no supone, desde luego, menosprecio alguno de Castilla, sino únicamente la consideración de que escriben la Historia de España todas las tierras españolas, aparte de que la primera víctima de la horma castellanista ha sido la propia Castilla. Es lógico, por tanto, que la historiografía catalana se preocupe por poner de relieve el haber de Cataluña en la historia común. Claro está que además de Cataluña hay otras importantes regiones, como Galicia, por ejemplo, cuyo papel no está suficientemente indicado; pero los autores luchan aquí, como en general en todos los problemas del siglo, con una pavorosa falta de monografías modernas, a pesar de los muy meritorios estudios parciales ya realizados. Aun en los aspectos estrictamente catalanes, como la personalidad de Finestres, que llena toda una etapa de la cultura en el Principado, no se nos indica suficientemente la posible repercusión de su figura y su obra, paralela a la de Feijoo, en el resto de España, ni tampoco la del propio Feijoo en Cataluña. Pero estos son, en definitiva, defectos de poca monta.

Más grave es que entre los dos caminos que se ofrecen para historiar nuestro siglo XVIII, las fuentes coetáneas y la historiografía moderna, el profesor Reglá, por la índole misma de su trabajo de síntesis, haya preferido, en general, esta última, a pesar de ser—como he dicho—notoriamente insuficiente. Además, el hecho de ser nacionales casi todos estos trabajos—con las excepciones de Sarrailh, Hamilton y Pierre Vilar—y posteriores a 1939, les da, aunque muy dignos y serios, un matiz unilateral que se ve, so-

bre todo, en su enjuiciamiento de las «contaminaciones» españolas de las ideas revolucionarias francesas; es decir, una actitud en cierto modo pacata, como de personas que se lamentan todavía del triunfo de la Revolución Francesa y de sus repercusiones españolas. Esto reobra, naturalmente, sobre toda la historia de la centuria a pesar del plausible trabajo de objetividad en que se ha empeñado el autor. Es más: no todos los trabajos modernos han sido recogidos, y así echamos de menos la notable monografía de José Gavira: *Aportaciones para la Geografía española del siglo XVIII* (Madrid, 1932), que tanta luz proyecta sobre algunos aspectos de nuestra cultura científica dieciochesca, o el libro de Carracido: *Estudios histórico-críticos de la Ciencia española* (2.ª edición, Madrid, 1917), etc.

Tras un agudo prólogo del doctor Juan Petit, el libro se abre con un capítulo titulado *Trayectoria político-diplomática (1700-1814)*. Se historía la Guerra de Sucesión, que es, como tantas veces ha ocurrido en España, una guerra civil dentro de un conflicto internacional. La paradoja del apoyo catalán al Archiduque se resuelve diciendo que éste «pasó a representar el tradicionalismo político de la Corona de Aragón, amenazado por el centralismo racionalista de cuño francés» (pág. 12). El profesor Reglá insiste en este punto de vista—y me parece conveniente reproducir el párrafo—al decir que bajo la bandera del Archiduque «y de cara a los valencianos, aragoneses y a los mismos castellanos, Cataluña, eje del movimiento antiborbónico, tradicionalista y esencialmente federativo, formuló otro programa—del que no se ha hecho un estudio científico—de vertebración peninsular, visto a través de su perspectiva regional» (pág. 17). Esta guerra tiene una importante consecuencia no recogida en el texto, más importante quizá que las pérdidas territoriales, pues representa el primer intento concienzudo, por parte de Inglaterra, de destruir la naciente industria nacional—el segundo será obra de Wellington—, lo que producirá un desequilibrio en la sociedad española—carencia con las únicas excepciones de Cataluña y Vasconia de una fuerte burguesía industrial—, con graves repercusiones económicas, sociales y políticas. Fracasará el proyecto de industrialización en la época en que lo hacen los principales países de Europa, y esto, unido a la anomalía de la situación agrícola del país, notablemente agravada en el siglo XIX, tendrá dolorosas consecuencias en la vida nacional.

Triunfante Felipe V, los decretos de *Nueva Planta* configuran una nueva estructura jurídica del país. No desaparecen totalmente los Fueros, pero se intensifica la centralización monárquica apenas

comenzada, en realidad, por los Austrias. No haciéndose eco de los posibles vejámenes que la medida pudiese llevar inevitablemente consigo, Reglá la considera «una creación reflexiva y madura» (pág. 17), resumiendo muy bien sus efectos sobre toda la monarquía y sobre Cataluña en particular. Sin embargo, parece ser que la *Nueva Planta* removió antiguos obstáculos legales a la riqueza catalana, lo que, unido a la apertura del comercio indiano, dió lugar al poderoso crecimiento industrial de la región.

Después de Utrecht, Alberoni dirige la política española hacia el revisionismo imperialista en Europa, siguiendo así los deseos de Isabel de Farnesio, segunda mujer de Felipe V. Ripperdá significa el entendimiento con Austria, y Patiño la síntesis nacional, con una inteligente política mediterránea. Patiño intentará la alianza inglesa, pero luego, convencido de que el enemigo es Inglaterra, que domina los mares, firmará el Primer Pacto de Familia con Francia. La conducta francesa, ahora y después del Segundo Pacto de Familia, conducirá a la neutralidad de Fernando VI.

El marqués de la Ensenada llena con su gran figura este reinado. Precursor de la gran política nacional de Carlos III, Ensenada—y en general la obra de los tres primeros Borbones—sienta las bases de la auténtica unidad nacional: construcción de carreteras y canales; supresión, más tarde, de las aduanas interiores, etcétera. La neutralidad fernandina creó un estado próspero para la Hacienda nacional—ya saneada por Orry y otros ministros de Felipe V—, pero en contrapartida «hizo posible el desequilibrio de fuerzas en Norteamérica en favor de Inglaterra (conquista del Canadá francés) y, en consecuencia, acrecentó la amenaza británica contra el imperio indiano español» (pág. 21).

La salvaguardia del imperio americano lleva a Carlos III a firmar el Tercer Pacto de Familia, alianza mantenida a pesar de la derrota en la guerra de los Siete Años (1756-1763). Al estallar la Revolución Francesa, España se encontraría de nuevo diplomáticamente aislada. «Al lado de la primordial preocupación americana, Carlos III desplegó también una interesante política mediterránea» (pág. 22), pero su máxima labor fué de orden interno: «En conjunto, el reformismo español de Carlos III incidió en los aspectos siguientes: el regalismo, la centralización políticoadministrativa, las cuestiones de carácter social y económico y la pedagogía. Su puesta en marcha revistió, a veces, caracteres dramáticos, como la expulsión de los jesuítas, primer desenlace de la lucha entre la Iglesia y el Estado por la educación de la juventud» (pág. 23).

El despotismo ilustrado de Carlos III se transforma en el despotismo ministerial de Carlos IV, a la vez que se traduce en grandes vacilaciones diplomáticas. La guerra de la Independencia significa, finalmente, el derrumbe total del Antiguo Régimen.

El segundo gran capítulo de esta Historia se titula *La Sociedad y la Economía en el siglo XVIII*. Los estudios demográficos indican un notable progreso en la población del país y un predominio de la periferia sobre el centro. Aparecen los militares profesionales como clase nueva, a la vez que la aristocracia, cuyo número disminuye, se mantiene, en general, en un tradicionalismo y un reaccionarismo estéril. Disminuye también el número de eclesiásticos. Aumenta, en cambio, la burocracia, y en la periferia, la burguesía. La *élite*, que no coincide ni mucho menos con la nobleza, hace una política *europeizadora*. El alto clero apoya el regalismo de la Corona, de igual manera que es frecuente el concurso de los prelados en la campaña ilustradora; pero muchas órdenes religiosas se hallan en completa decadencia, a la vez que la situación económica de la Iglesia sigue siendo excepcional. «Los eclesiásticos poseían la séptima parte de las tierras de pasto y labor, pero atendiendo no a la extensión, sino a la renta, su proporción ascendía a la cuarta parte, lo que indica que las fincas de los eclesiásticos eran mucho más productivas que las de los seglares» (pág. 37). La situación de la agricultura es miserable, mientras mejora la de los artesanos y obreros de las ciudades—cuyo oficio ya no constituye deshonra—, pero dado el vertiginoso aumento de los precios, los salarios son bajos, más en Madrid que en Barcelona. Se limitan los privilegios de la Mesta—preparando así su desaparición en el siglo siguiente—, se crean industrias oficiales en toda España, aunque sólo Cataluña se industrializa efectivamente, y se protege el comercio, que «se caracterizó por la articulación progresiva de las economías regionales en el interior, y en el exterior, por el proteccionismo industrial—consolidado por Carlos III—y la libertad de comercio con América, cuyos principales factores fueron los aguardientes, el azúcar y el algodón» (pág. 49).

El capítulo tercero del libro se titula *Barroquismo y crítica*. Considera aquí el autor la cuestión de los *ilustrados* o europeizantes y sus diferencias o unidades reales, distinguiendo cuatro grandes generaciones: «la generación crítica del P. Feijoo, la generación erudita del P. Flórez, la generación del despotismo ilustrado de Campomanes, Aranda y Floridablanca y la generación neoclásica de Jovellanos y Goya» (pág. 55). Estudia las figuras de Feijoo, Casal, Finestres y otros talentos de la época, las reformas minis-

teriales introducidas, la cuestión del regalismo y la fundación de las Academias. Por lo que hace a la Academia de la Historia, me interesa destacar, siguiendo un estudio todavía inédito, la profunda unidad que existe entre su fundación y el regalismo nacional. Tampoco en este caso hubo servil imitación de Francia. El estudio de las figuras literarias y cientícas está muy bien hecho, pero se queda corto: hubiésemos deseado más nombres y más extensión, ya que las consideraciones de espacio han obligado a resumir quizá demasiado.

Lo mismo digo por lo que hace a los dos capítulos siguientes, el IV, *Erudición y reformismo*, y el V, *Neoclasicismo y crisis*. En el IV se estudia a Ensenada, el P. Flórez, el significado de Carlos III—«revolución desde arriba»—y sus ministros, Campomanes, Aranda y Floridablanca, el nuevo aspecto del regalismo con Melchor de Macanaz, la expulsión de los jesuítas, las Sociedades Económicas de Amigos del País, el impulso industrial y agrario y la colonización interior, con la atrayente y desgraciada figura de Olavide, y la que pudiéramos llamar cuestión político-universitaria, con la supresión de los Colegios Mayores, que en tiempos de Carlos III eran ya solamente reductos aristocráticos. En el V se trata de la situación española ante la Revolución. No puedo resumir, por extenso, este capítulo, que está presidido por la gran figura de Jovellanos, además de Capmany, Piquer, etc., y la mención de los revolucionarios del tipo de Marchena. Sólo diré que «el profundo viraje en sentido conservador» (pág. 112), atribuído a Floridablanca, Aranda, Azara y, en general, a la mayoría de los *ilustrados*, no me parece exacta en muchos de ellos. Hay aquí, probablemente, un desenfoque histórico: Azara, por ejemplo, no fué un revolucionario convertido por la Revolución en reaccionario, sino toda su vida un borbónico carlotercista. De lo contrario, simplificamos las cosas, prestándoles un contenido moderno.

El VI capítulo de la obra, a cargo de don Santiago Alcolea, se dedica a *Las Artes*, observando la primacía de la arquitectura y el paso gradual del barroco al clasicismo de tipo francés, y las influencias italianas, debidas a los artistas de esta nacionalidad traídos por las reinas. La enorme presencia de artistas extranjeros y la tradición nacional subyacente conduce, en la pintura, a la gran síntesis de Goya. Al acabar el siglo nos hallamos a las puertas del Romanticismo.

Bajo el título de *Protagonistas* la obra se enriquece con una gran cantidad de reproducciones en negro y algunas láminas en

color—verdadero alarde editorial—, todas ellas con un oportuno y adecuado comentario.

Finalmente, una observación: me hubiese gustado una mayor atención a las realizaciones americanas no sólo como determinantes de la política metropolitana, sino en sí mismas. Así lo hizo, por ejemplo, Altamira, que sigue siendo un valor cumbre de la historiografía española.—ALBERTO GIL NOVALES.

MUERTE DE OTRO TORERO

Decía D. H. Lawrence que Poe llamaba cuentos a las «cosas» que escribía, porque a él—y al público, ciertamente, en aquel caso—le bastaba con que existiese en la obra escrita una concatenación de causa a efecto. Lo importante, visto a la distancia, es que aquella relación de elementos narrativos tenían un apasionante interés, quizá no precisamente argumental, pero sí terriblemente humano. El primer libro de Jorge C. Trulock (1) vale por la vida que presenta y no por la historia contada. Mejor dicho: la historia se hace novelesca, intensa y verdadera, porque es vital y porque en ella nos encontramos un hombre que vive—ya en decadencia—, sufre, se alegra a veces y muere.

No hay en este relato ningún proyecto preliminar de complicación. No digamos de complicación novelesca, sino, apenas, de complicación humana. Por eso mismo tal vez, y porque el autor ya demuestra en su primicia un indudable talento, el libro se lee con fruición, con ternura compasiva, con creciente curiosidad. Nada excesivo en la historia de Blanquito. Nada extraordinario en él ni en los sucesos que le acompañan. Ni exaltación heroica ni miseria. Hay pobreza, dolor y pena, pero no miseria. Carece este cuento, si queremos llamarlo así, de estridencias muy del gusto del día. Se trata de un torero segundón, de un ayudante solícito y cansado, de un hombre oscuro que, a pesar de ser protagonista, parece estar siempre en segundo plano, como si dijéramos, en la barrera.

El autor ha eliminado, con acierto, el pintoresquismo. Este torero dista igualmente del diestro falsamente brillante, galán, tonto, duro y dominador que encontramos en algunas novelas de hace treinta años, como del sórdido ejemplar que hemos visto más de una vez en algunos lienzos, justamente famosos por otra parte. Es

(1) *Blanquito, peón de brega.* (Premio Ateneo de Valladolid, 1957.) Editorial Gerper. Valladolid.

una existencia opaca, no exenta de dulzura y aun de fidelidad, con un caudal de silencioso sufrimiento corriéndoles por las venas, en sangre que, una tarde cualquiera, quedará muerta en la plaza.

Blanquito, el peón de brega, bebe. Es su escapatoria, su consuelo. Ante la botella de vino se evade y se divierte a su modo. En ese vino halla un medio de amor y destrucción para sí mismo. Tenía Benjamín Franklin, con palabras cuya intención no hay por qué analizar aquí, una fórmula que otros aplicaron a los indios con resultado positivo: «Ron + salvaje = o.» Puede aplicarse esa fórmula conservando su matemática esquiveza al caso de Blanquito: «Torero + vino = muerte.» El curso de la narración, apresurado y un tanto tímido, relaciona estas circunstancias, pero no las deja en soledad. Hay otros elementos: tristeza, abandono, pobreza, decepción. Blanquito no sabe bien a dónde va. Sólo sabe que la vida se le da así y tiene que tomarla como se le presenta.

Quizá estemos mirando este relato con un prurito de negaciones. No hay «parti-pris», no hay argumento, no hay nada extraordinario. Pero es que en este conjunto de negaciones está lo positivo de la vida de Blanquito: su libertad solitaria, triste, pero segura. Jorge C. Trulock toma por su cuenta a su personaje, lo aisla sin apartarlo de la vida. En él, en Blanquito, hay todo un mundo, o si se quiere, para darle mayor intimidad y ternura, «un mundillo». El autor sigue a su personaje, lo persigue hasta la muerte. No lo abandona ni en las ausencias. Lo hace pasar de sombra a sol, contradictoriamente (porque la muerte está en el sol), y lo sitúa frente a esa muerte desde el primer momento. Desde el principio todos los momentos se concentran en esos en que la muerte se acerca, está al borde de llevarse su presa, pero la deja para luego. Todo ello dicho como sin importancia: «Así, un momento, unos segundos..., la arena, el trapo, el toro, el sol..., un movimiento corto y duro dado al capote por las manos descompone al bicho y se lanza. La vida, la muerte, el río, la montaña, la luz..., todo al trote... El manojo de cuernos pasa y el torero, un segundo, un instante, dos «tic-tac» del corazón aislados, recobra la mirada, el ruido, una pizca de tiempo y, sin parar, el toro vuelve...»

Hay poesía en esta narración que parece, a primera vista, seca y como descarnada. Poesía exacta y bien traída. (Esa visión de la plaza vacía y ese avión que pasa por lo alto del ruedo, sonoro, lejano.) El estilo, algo incómodo, ligeramente *gauche* en muchos momentos, mantiene una calidad propicia para el misterio acolchado de esa muerte que se ha venido preparando desde el principio

—como todas las muertes—y que se presenta en el momento definitivo, como si no fuera a llegar. «Todo al aire, el toro, el torero, los tendidos, la plaza, el sol, la tierra, las talanqueras. Un momento, sólo un momento. En el suelo, el torero, la sangre. Blanquito ha muerto.» Y el lector, sobreviviente, no se queda tranquilo.—José María Souvirón.

LAS CIEN MEJORES POESIAS CUBANAS

Este libro, con el que abre su ciclo del 58 «La Encina y el Mar» (1), una de las más vivas colecciones de «Ediciones Cultura Hispánica», es también el que hace, entre obras y opúsculos, el volumen 66 publicado por su autor, el director de la Academia Cubana de la Lengua, José María Chacón y Calvo. José María Chacón, cubano, con su coterráneo Jorge Mañach y con el mejicano Alfonso Reyes, son, quizá, los más señalados representantes actuales de un tiempo áureo en el que escritores, poetas y críticos de la América hispana competían en avecinamiento y relación con lo español. Años de permanencia en nuestras tierras, plena y afinada observación de la vida cultural del país, inesquivable tirón hacia cuanto a cosa ibérica se refiere: tales son las bases de la brillante tarea de conexión sostenida por estos tres citados mosqueteros, como por tantos otros, entre las letras de la vieja península y las de sus parientes trasmarinas.

«La Encina y el Mar», colección de poesía que, junto a volúmenes de más escasa significación, ha publicado libros de primera importancia e interés dentro de la baraja poética actual, enriquece ahora con éste, vigésimocuarto desde su aparición, la enjundiosa serie de títulos y autores—por ejemplo, y así, de paso, recordamos a Panero, Rosales, Diego, Cabral, Valverde, Aron Cotrus, Caballero Bonald, etc.—que la fijó destacadamente en la atención de los lectores y estudiosos de la poesía.

A todos los efectos, *Las cien mejores poesías cubanas* puede considerarse como libro nuevo, pues aunque su primera edición salió a las prensas hace treinta y siete años, el rápido agotamiento de la misma, el amplio hueco cronológico supuesto entre una y otra y las modificaciones y añadidos, no fundamentales, pero ciertamente interesantes, de la segunda, rodean a ésta de unas circuns-

(1) José María Chacón y Calvo: *Las cien mejores poesías cubanas*. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1958. 310 págs.

tancias que, contando con su valor, permiten de lleno referirse a ella como a novedad bibliográfica.

No sabemos ahora si la obrita, por todos los conceptos detestable, titulada *Las mil mejores poesías de la lengua castellana*, antecedió o precedió a estas *Cien mejores poesías cubanas*, de Chacón y Calvo, surgidas en Madrid en 1921. En cualquier caso, la resonancia que el parecido de ambos títulos pueda despertar al respecto de su calidad literaria—hechas cuentas de la siniestra fama de la primera—es meramente inerte y fonal, toda vez que el resultado cualitativo de ambos libros es, para bien de Chacón y Calvo, de lo más diverso. El libro de Chacón posee, en efecto, una notable solvencia literaria; a despecho de gustos y preferencias—en arte, siempre accesorios—dispone de un mantenido tono de exigencia e instala previamente la elección de cada autor y de cada poema dentro de un rigor conceptual que no excluye ni incluye más que lo que, en pura conciencia intelectual, debe ser incluído o excluído. Abarcando, de un detenido y agudo vistazo, los estadios de la poesía insular, Chacón y Calvo nos entrega, con cada poeta y su selección, una cumplida nota crítica y biográfica sobre los autores; notas que confieren al libro un valioso matiz informativo.

De los treinta y siete poetas entre que eligió Chacón sus *Cien mejores poesías cubanas*, lucen como fuego aparte y dentro de sus varios mundos y consecuencias, las voces sumas de José María Heredia, Gertrudis Gómez de Avellaneda, José Martí y Julián del Casal, de quienes se escogieron cuarenta y dos poemas, o sea casi la mitad de los del libro; de veintiuna de las treinta y tres figuras restantes optó Chacón y Calvo por seleccionar sólo una senda poesía. Creo que a cierto tipo de lector, al de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS concretamente, ya le bastan tales datos estadísticos para deducir, sin mayor esfuerzo, la seriedad evidente del volumen. La factura de una antología poética es, de entre todas las empresas literarias, la más llamada, vocada y predestinada a error, cuya afirmación demuestra en voz alta el harto número de malas y pobres antologías poéticas que ve el mundo, a cuenta de las contadísimas buenas que llega a ver. De entre las no pocas de poesía castellana que hemos podido conocer, sólo la célebre primera de Gerardo Diego ha llegado, en verdad, a satisfacernos de un modo profundo. No hemos dejado de ver otras valiosas o aceptables, pero, de entre todas, ninguna ha sido para nosotros tan equilibrada o convincente como la citada de Diego.

Remitiéndonos ya de lleno a la de Chacón que nos ocupa, valga decir que unas elecciones tan abundantes y acertadas como las de-

dicadas, por ejemplo, a Heredia y a Martí, justifican de por sí un libro, cuyo tono general es, por lo demás, más que digno, relevante.

Las acabadas elegancia y tensión de la poesía herediana, junto a esa precisa, aguda nota sobre «el poeta nacional», cobran dentro de *Las cien mejores poesías cubanas* un realce y una prestancia notabilísimos. He aquí, por ejemplo, en la antitaurina *Muerte del toro*, dos endecasílabos, iniciales de estrofa, que pudieran ser de don Luis de Góngora o bien, a través de un gran salto, de Miguel Hernández:

Al clavar de los dardos inflamados
y agitación frenética del toro...

Mientras que en Martí—el Martí inolvidable, «apostólicamente» biografiado por Mañach—la superación pura de la romántica y despeñada verbosidad de la época alcanza, transcrita hoy por mano de Chacón y Calvo, noble y feliz ejemplo en las estrofas de *Pollice verso*, de unamunesco y también muy contemporáneo eco:

¡Recuerdos hay que queman la memoria!
Zarzal es la memoria; mas la mía
es un cesto de llamas...

Toda la cosecha de Heredia, con su respectiva nota (en total, páginas 20 a la 43), y la de José Martí o Casal, con las suyas (páginas 248 a la 267, y 273 a la 295, respectivamente), montan un sostenido de calidades plenamente representativo del logro general del volumen.

Pasemos ahora, sin embargo, al señalamiento de lo que, a nuestro entender y juicio, no debió quizá omitir el autor en esta novísima edición de sus *Cien mejores*: el siglo XX, tiempo el más intenso y fecundo de la poesía cubana. «En realidad—advierte Chacón y Calvo en el prólogo del libro—, el excluir a los maestros de la generación modernista para no hacer sustantivos cambios en la estructura de esta obra, la presente antología se circunscribe a la poesía cubana del siglo XIX.» Razón e intención quedan, por tanto, claras y propuestas, si bien cabe preguntarse hasta qué punto no es imprescindible efectuar cambios sustantivos en una antología reeditada al cabo de los años, siendo una antología obra sujeta, por naturaleza, a cambio y fluir constantes. Expresada ya por Chacón y Calvo la intención limitadamente temporal de su antología cubana, los nombres de la poesía nacional en el siglo XX que, sin embargo, nos cabe echar de menos, son numerosos e importantes, en virtud natural del tope cronológico preestablecido por

el autor: Nicolás Guillén, Emilio Ballagas, José Z. Tallet, Juan Marinello, Gastón Baquero, Fina García Marruz, Eugenio Florit, Justo Rodríguez Santos, Cintio Vitier... Todos ellos, en sus diversas medidas y características, significan hoy poesía cubana. De la mejor.

Empero, la vigencia y validez de la antología de Chacón, aunque así forzosa y voluntariamente limitadas en el tiempo por el autor, son innegables. José María Chacón y Calvo es una de las sensibilidades más agudas y probadas del mundo cubano e hispanoamericano de las letras, y su obra, fruto claro de una enorme receptividad sensible y de un documentado rigor, llena y facilita, con su reaparición, un hito muy importante en la difusión y el conocimiento de la poesía de su país.

La edición de «La Encina y el Mar» abunda en la gran sencillez y belleza impresora a que la colección nos tiene acostumbrados; la tipografía, sobria y clásica; la justeza de la estampación y correcciones, la paginación y la bien compuesta portada de *Las cien mejores poesías cubanas* rematan, en lo externo, el conjunto de la obra interesante.—FERNANDO QUIÑONES.

MISERIA DEL HISTORICISMO

En la edición francesa de esta obra (1) se recogen tres artículos aparecidos en inglés en la revista *Económica*, en los años 1944 y 1945, con algunas modificaciones y un poco aumentados. En la obra se revela el mismo espíritu objetivo y de aguda penetración que el autor manifestó en *La sociedad abierta y sus enemigos*. Popper se enfrenta valientemente con el difícil problema del historicismo y considera que el mejor método de demostrar los errores en que incurre es empezar exponiendo, de un modo objetivo y exhaustivo, todos los argumentos alegados por los historicistas en defensa de su tesis. Una vez que ha mostrado cuáles son las doctrinas historicistas y los puntos en que se apoyan, realiza una crítica de dicha consideración doctrinal partiendo de sus propios puntos de vista. Tal es el plan del libro, desarrollado en una introducción y cuatro capítulos.

* * *

El auge extraordinario que las ciencias físicas alcanzaron en la época moderna condujo a tratar de aplicar su método a las cien-

(1) KARL POPPER: *Misère de l'historicisme*. Ed. Plon. París. 196 páginas

cias sociales. Varias opiniones se mostraron disconformes y de ahí surgen las dos escuelas: pronaturalista o «positiva» y antinaturalista o «negativa», según aplique o no los métodos de la física. Karl Popper considera ya en un principio que se da un error en la interpretación del método de la física y que a él se pueden atribuir parte de los fracasos de las ciencias sociales. Pero antes de exponer ampliamente su teoría, el autor fija el concepto de historicismo en el sentido que él lo emplea: «Es—dice—una teoría que, abarcando todas las ciencias sociales, hace de la *predicción histórica* su fin principal y que enseña que el fin puede ser alcanzado si se descubren los «ritmos», las leyes o las tendencias generales que sostienen los desarrollos históricos.»

Precisada así la significación del término, pasa a examinar las tesis antinaturalistas del historicismo. Según esta teoría, no pueden aplicarse a las ciencias sociales los métodos de la física porque mientras las leyes naturales son inmutables, las leyes sociales están sometidas a una serie de condicionamientos y dependen de las circunstancias. La generalización de las ciencias físicas no es posible en las ciencias sociales porque sus regularidades varían de un período a otro. Por este motivo, las cosas pueden ser mejoradas o hechas peores y el historicismo nos revela esta tendencia activista en algunos representantes, como Carlos Marx, que sostuvo que los filósofos no habían hecho sino interpretar el mundo y que ahora hacía falta transformarlo. Tampoco puede utilizarse en sociología la experimentación, pues las circunstancias sociales son distintas en el tiempo y las experiencias mismas influyen en el contorno social-histórico. La novedad es una de las características del mundo social que, por otra parte, es mucho más complejo que el mundo físico. Buena prueba de ello es la aparición de la sociología al final de todas las ciencias. Además, se presenta el hecho de que la predicción en sociología tiene que ser menos exacta e incluso influye en el acontecimiento predicho. Con una predicción se puede acelerar o retardar un suceso, hacer que se produzca un fenómeno social que de otro modo no se daría o evitar otro. Esta conciencia del influjo de la predicción en lo predicho influye también en la objetividad del sujeto que predice, produciéndose una interacción entre el sujeto que observa y el observado.

El historicismo cree que no es posible utilizar en las ciencias sociales métodos «atomistas» como en las naturales, sino «totalistas». Es decir, hace falta ver siempre, para comprender un determinado grupo social o predecir un futuro, su historia, además de la estructura actual. Ahora bien, la historia de los diversos grupos

sociales debemos comprenderla intuitivamente y, por tanto, el método propio de las ciencias sociales está basado en una comprensión íntima de los fenómenos sociales. Hace falta una apreciación cualitativa de los fenómenos sociales, pues aquí nunca pueden darse leyes causales matemáticamente formuladas, ya que es imposible cuantificar los elementos sociales.

Estas consideraciones sobre el carácter cualitativo conducen a Popper al examen del viejo problema de los *universales*, en sus dos direcciones, nominalista y realista o «esencialista». La distinción ofrece gran interés, pues mientras el *esencialismo metodológico*, defendido ya por Aristóteles, considera que la investigación científica debe llegar hasta la esencia de las cosas, los *nominalistas* sostienen que la única tarea de la ciencia es describir cómo se comportan los fenómenos, introduciendo términos nuevos siempre que sea preciso, porque las palabras no son más que instrumentos de descripción. El nominalismo triunfó en las ciencias fisiconaturales, pero en las sociales hay que acercarse a un esencialismo y hay en ellos términos universales que no permiten la introducción de otros nuevos a cada paso. Ahora bien, en todo cambio hay algo que cambia y que es preciso identificar para explicar el fenómeno. En sociología es difícil ver lo que cambia, porque una misma institución, antes y después del cambio, puede ser totalmente diferente. Ese «algo» que hay en el fondo de toda institución que cambia es su esencia. Pero para averiguar lo que «es» una cosa hace falta ver sus transformaciones a través del tiempo; es decir, hay que ver su historia. De este modo el historicismo suministra argumentos en favor del esencialismo.

En un capítulo aparte, el autor de la obra que nos ocupa estudia las tesis naturalistas que se dan en el historicismo. Aunque éste no admite el naturalismo, cree, sin embargo, que hay algo de común entre los métodos de la física y de la sociología, pues ésta constituye una rama del saber a la vez *teórica* y empírica. Debe explicar y predecir los acontecimiento y apoyarse en la experiencia para comprobar o rechazar las teorías formuladas.

Karl Popper, al examinar más profundamente estos principios, descubre algo en lo que falla el historicismo. Influído por el éxito de la física en las predicciones a largo plazo, el historicismo trata de hacer lo mismo y desdeña las predicciones a corto plazo. Cree posible predecir una revolución del mismo modo que los físicos predicen un eclipse. Pero en las ciencias sociales la única observación posible es la que ofrece la historia, y ésta es, para el historicismo, la única fuente empírica de la sociología.

El papel principal en sociología lo desempeña la dinámica social, que nos explica los cambios y el modo de producirse el fenómeno. Ahora bien, al estudiar el conjunto histórico de las ciencias sociales el historicista se encuentra con que las única leyes universales deben de ser las que unen los diferentes períodos, las leyes de la evolución histórica o «leyes históricas». Así se va situando el papel de la sociología en la predicción del porvenir. A este respecto Popper expone que hay dos clases de predicción, una que formula teorías y otra que busca resultados prácticos. A la primera le llama «profecía», y a la segunda, predicción tecnológica. Pues bien, mientras la física se inclina hacia la tecnología, los historiadores creen que el papel de la sociología es la *profecía* histórica de las evoluciones sociales políticas e institucionales.

Según los historicistas—dice Popper—, la ciencia social no es más que la historia. Pero esta historia mira también hacia el futuro: es el estudio de las fuerzas operantes y, sobre todo, de las leyes de la evolución social, del cambio. El historicista no admite la planificación técnica en su campo. No es posible planear un acontecer futuro, y lo más que se puede hacer es desvelar las leyes de ese acontecer y prever las líneas del futuro. Esta concepción no supone necesariamente actividad. Por el contrario, entre los historicistas se encuentran algunos sumamente activistas, como Marx; pero éstos únicamente consideran razonable el operar cuando se está de acuerdo con las leyes de la evolución, y por este motivo la tarea fundamental en sociología es descubrir esas leyes, para lo cual se necesita *interpretar* la historia. Hay que interpretar el pasado para predecir el porvenir, y la razón debe seguir las normas evolutivas.

Establecidas estas líneas generales del historicismo, el autor pasa a la crítica de la tesis antinaturalista y pronaturalista. En primer lugar, considera conveniente mostrar el interés de una tecnología que él llama «oportunista». La práctica es siempre un elemento estimulante para la teoría, y en las ciencias naturales la práctica ha sido arrolladora debido a la existencia de hombres como Galileo y Pasteur, que han faltado a las ciencias sociales. Karl Popper utiliza el nombre de «sociotécnica oportunista» para designar la aplicación práctica de la tecnología oportunista, cosa que se contrapone al utopismo. La primera no cree en los métodos que propugnan una reforma global de la sociedad y cree que sólo es posible ir logrando éxitos parciales, mezclados con fracasos que nos instruyen. Por ello su plan es de reformas fragmentarias. En cambio, el sociólogo totalista o utópico propone una reforma glo-

bal de la sociedad. La sociotécnica utópica apunta siempre a elegir posiciones clave y a controlar a partir de ellas, las fuerzas históricas que forman el porvenir de la sociedad en evolución. En la práctica la diferencia entre los dos métodos es menor porque el totalismo, en varios puntos, aunque discrepa en lo relativo a construción de instituciones sociales con arreglo a un plan y es contrario a toda sociotécnica, oportunista o utópica, el totalismo y el historicismo coinciden en plantearse una reforma global de la sociedad y en creer que pueden descubrir cuáles son los fines verdaderos de la sociedad, determinando sus tendencias históricas o diagnosticando las necesidades de su tiempo.

Popper considera que el historicismo se halla aquí bajo una concepción errónea. No puede haber una Historia en sentido totalista, como cree el historicismo; una Historia que represente todos los acontecimientos históricos y sociales de una época. Esta idea deriva de una concepción intuitiva de una «historia de la humanidad», entendida como vasta e inmensa corriente de evolución. Pero tal historia no puede ser escrita, pues ésta es la Historia de un cierto aspecto limitado de dicha evolución total. En cuanto a la experimentación y generalización que los historicistas creen posible en física, pero no en sociología (porque no se pueden repetir las experiencias en condiciones similares y existe el fenómeno del cambio), Popper señala que tampoco los físicos se encuentran siempre con análogas condiciones, ya que las experiencias varían de un lugar y de un período a otros. Además puede formularse una ley social aunque no se pueda comprobar experimentalmente, cosa que también ocurre con la física; y acerca de ello conviene recordar que Newton formuló su ley de la inercia en el sistema solar, sometido a la gravitación.

Por último, el autor hace una crítica de la tesis pronaturalista. El historicismo se centra en esta dirección procurando descubrir las leyes de la evolución social, análogas a la de la evolución física. Presenta un cierto entronque con el evolucionismo y, en parte, el esplendor del historicismo se debió al auge de la figura de Darwin. En principio, al observar que se repiten determinadas situaciones sociales en el transcurso histórico, podemos establecer unas leyes generales de evolución. Ahora bien, en sociología no es posible observar repetidas veces un fenómeno, y no hay dos exactamente iguales, no siendo posible hacer una formulación de ley universal de una sola observación, como señaló Fisher. Aunque Comte y Mill, por ejemplo, creyeron encontrar las leyes que rigen el proceso social, esas leyes no es posible que se den. Po-

demos observar en los hechos históricos ciertos fenómenos que se repiten de un modo muy parecido. Es decir, podemos observar en los cambios sociales unas orientaciones o tendencias generales. Pero las tendencias generales no son leyes, como señala Popper; «leyes y tendencias generales son cosas radicalmente distintas» (página 116).

Los historicistas no distinguen entre las leyes universales y las condiciones iniciales particulares. No reparan en que esas condiciones determinan las leyes generales y que éstas dependen de aquéllas. Este es, según afirma Popper, el error central del historicismo. Sus leyes de la evolución resultan ser tendencias absolutas; tendencias que, como las leyes, no dependen de las condiciones iniciales y que nos llevan, irresistiblemente, según una cierta dirección, hacia el porvenir. Son el fundamento de profecías incondicionales frente a las predicciones científicas condicionales.

El autor se muestra partidario de una cierta unidad de método científico, pero con algunas limitaciones en el dominio de las ciencias históricas. En primer lugar, establece una distinción entre ciencias teóricas y ciencias históricas; es la distinción entre el interés por las leyes universales y el interés por los hechos particulares. Frente a los historicistas defiende la posición según la cual la historia se caracteriza por su interés por los acontecimientos reales, singulares o particulares, cosa impropia de las ciencias teóricas.

Sin embargo, hay que reconocer al historicismo muchas cosas válidas y a él se deben algunos descubrimientos geniales. Genial es la tesis de Tolstoy en *La guerra y la paz*, cuando en una reacción contra el «hegemonismo» en historia (atribución de excesiva importancia al «leader») trata de mostrar la poca importancia de las figuras singulares de Napoleón, Alejandro o Kutuzov en los acontecimientos de 1812. En efecto, la historia política se puede interpretar mejor que como una historia de grandes hombres, considerando el «esprit» de una época o de una nación.

Ahora bien, si en Historia no cuentan las leyes universales hace falta un punto de vista que determine nuestra elección de temas. La Historia debe ser selectiva si no quiere ser sofocada por una masa de materiales pobres e incoherentes. Aquí Popper expone unos criterios ya defendidos anteriormente por hombres como Rickert o Windelband y que conducen a escribir la historia que nos interesa. A la determinación de ese punto de vista se le puede llamar «interpretación histórica». En este orden los historicistas cometen también un error, y es que una vez que han elegido un punto de vista creen que no hay más historia que la divisada desde él,

y así dicen, por ejemplo, que toda la Historia es la historia de la lucha de clases, sin darse cuenta de que dicho punto de vista no es más que uno entre varios y nunca el único.

Tal es la tesis contenida en el libro *Misère de l'historicisme,* que si no resulta muy original, pues opiniones parecidas han sido formuladas ya por otros autores, tiene el mérito de la claridad y de la exposición objetiva de los temas tratados.—LUIS GONZÁLEZ SEARA.

LA VOLUNTAD DE ESTILO

Este primer libro (1) publicado en España por Juan Marichal, jefe del Departamento Español del Bryn Mawr College de Pensylvania, se subtitula *Teoría e historia del ensayismo español.* Juan Marichal, nacido en Santa Cruz de Tenerife (Canarias) en 1922, es discípulo del maestro Américo Castro. Pertenece a una valiosa generación juvenil de españoles que ha madurado fuera de España. (Algún día se verá la impregnación foránea en plumas importantes de España debido a la centrifugación de 1936. Pedro Salinas agradecía mucho que se le dijese que no se le había ensuciado el estilo. De Juan Ramón Jiménez se cuenta que se negaba a hablar en inglés por temor a que se le deformase el estilo.) Estos jóvenes, crecidos fuera de la España física, han buceado en su historia con un amor multiplicado por la nostalgia.

En el caso de Marichal la literatura no es pasatiempo, sino testimonio documental del espíritu que la inspira, a través de la cual es posible ir trazando el mapa de la interioridad de su pueblo. Mas un pueblo es el ser histórico que crece o mengua con la valía o mediocridad de sus hijos, quienes, a la vez, son sus creadores. De ahí la emoción que irradia, el flúido vivo que se desprende de toda obra literaria nacida de la necesidad, de la circunstancialidad orteguiana. Un pueblo no está hecho de antemano, sino que es preciso hacerle; la geografía nace, pero la historia se hace. Así, la literatura—recuérdese la magistral obra *La realidad histórica de España*—es la pugna en unos casos, el reflejo en otros, de los avatares de la construcción de un pueblo. Cada pueblo tiene el idioma, la literatura y las instituciones que necesita si ha de llegar a plenitud. Mas, incluso cuando está detenido, desnor-

(1) JUAN MARICHAL: *La voluntad de estilo.* Biblioteca Breve. Editorial Seix Barral, S. A. Barcelona, 1957.

tado o forzosamente constreñido, el espíritu deja su huella en lo literario. Convendría que los historiadores al antiguo modo se diesen cuenta de que los datos, en muchas ocasiones, son intentos de falsificación, mientras que el documento literario, la obra literaria, refleja a un hombre que representa a un pueblo en el tiempo. Claro que conviene no caer en la tentación «de atribuir a las obras literarias carácter de documentos reveladores de la totalidad vital de una época».

La voluntad de estilo es un valioso intento de caracterología del ensayismo español; por tanto, de historia espiritual de España, de sociología de nuestras gentes, de interpretación de lo recóndito de lo español, relativo y cambiante como todo lo vivo.

«Es manifiesto, en primer lugar—escribe Juan Marichal—, que el escritor no elige estrictamente su estilo, del mismo modo que ningún ser vivo interviene en su propio nacimiento.» A pesar de ello no se crea que, fatalmente, se es lo que se tiene posibilidad de ser. Lo cierto es que voluntaria, consciente y responsablemente, podemos realizar una posibilidad, incluso decidir patéticamente entre varias posibilidades, la que hemos de ser, con su apéndice dramático de errar o dar en el blanco.

Conviene precisar inmediatamente que cuando el autor habla de «voluntad de estilo» no se refiere a la pura orfebrería retórica, a lo que se llama lima o castigar el estilo. (Puede hablarse de una «voluntad de estilo», que es «una voluntad de no forma», dice Marichal siguiendo a Amado Alonso.) El problema no es externo, sino interior y recóndito. Así, puede escribir: «La «voluntad de estilo» es el agente de una constante autoimitación y puede asimilarse, finalmente, a la función genérica que los antropólogos denominan *rôle*: el escritor quiere acentuar o atenuar, según los casos, sus propios rasgos fisonómicos para ser «reconocido» por un grupo social coetáneo.» El autor se propone en su obra un problema central: «el de la significación histórica de un estilo literario». O lo que es lo mismo: ¿por qué se escribe de una manera u otra, según el hombre, el tiempo y su altitud?, ¿por qué se tocan o silencian unos temas y no otros?, ¿por qué se dice o se calla en lo profundo? Y toma de Amado Alonso los siguientes conceptos tan abarcadores: «no hay estilo individual que no incluya en su constitución misma el hablar común de sus prójimos en el idioma, el curso de las ideas reinantes, la condición históricocultural de su pueblo y de su tiempo». Así, la crítica literaria es análisis histórico y, por tanto, historia de la cultura, como empieza por ser filosofía la historia de la filosofía. O lo que tiene un sentido

análogo: trabajo valioso para la formación del hombre viviente, al que se pone en claridad y atención, de cara ante su posibilidad.

Quedan por fijar los límites del «modo» ensayo más bien que género literario. Marichal le define por contraste con la novela: «mientras el novelista busca la articulación de sus personajes *dentro* de un modo ficticio—y esa articulación se suele denominar «verosimilitud»—, el ensayista se esfuerza por articularse *a* sí mismo *con* su mundo histórico coetáneo». El ensayo es, por tanto, muy personal. (Ortega le definía como «la ciencia menos la prueba explícita», aludiendo a su reforzada carga de sentido.) Por la personalidad, conciencia y reflejo de la sociedad en el escrito, así como éste en su obra, el ensayo puede tomar muy bien el pulso a un pueblo, entidad histórica que siempre obra como circunstancia inmediata—a la par que su contextura fisiológica y su adscripción a un estamento—del ensayista. Eso le hace específico, le peculiariza: en el ensayo español, por ejemplo, no se da la tradicionalidad inglesa, sobre todo de las maneras.

El estudio de Marichal está dividido en cinco «jornadas» y seis partes. Esta última dedicada a la caracterización del pensamiento historiográfico de don Américo Castro, «expresión de una entrega apasionada e iluminadora a la *materia de España*», que está calando tan hondo en las interpretaciones del vivir hispánico. La segunda interpretación se dedica al poeta y ensayista Pedro Salinas—medítese en el entronque entre ensayo y poesía: el ensayo, como la poesía, no se puede escribir sin tensión—en su vertiente ensayística. En él se «opera una voluntad de estilo dirigida a tender vías de acceso entre los lectores transpirenaicos y la literatura hispánica».

«La primera «jornada» es el portal cronológico del proceso estudiado: en los modestísimos escritores del inicial Renacimiento castellano aparece casi balbuciente el gesto de su impulso autocreador.» (Impresiona la petición de voz literaria en ellos, tan en claro con su momento histórico, sin antecedentes y sin asideros tradicionales.) Se estudia, principalmente, a Gutiérrez Díaz de Games, en cuya obra, *El Victorial*, «un hombre socialmente «modesto», afirma su derecho a la voz literaria». Gutiérrez Díaz de Games es un hombre de razón frente al hombre de acción, un hombre que domina su voluntad en cuanto ésta representa un disparo del instinto. (Otra característica del ensayo es la consciencia de su autor, su deseo de claridad y la urgencia que representa.)

En la segunda «jornada» se estudia la primera realización de un modo hispánico de ensayismo, ejemplificado en Santa Teresa,

en su dimensión intimista—que florece en Unamuno—, y antes en Guevara, realizador en su obra de lo que no podía ser en su vida por sus antecedentes familiares. Frente al estilo «ermitaño», que dijo Menéndez Pidal—«derramado», «más de criatura que de creadora», según Marichal—, se alza el que nosotros llamaríamos «estilo histriónico», retórico y patético a la par, del interesantísimo obispo de Mondoñedo.

El predicador de Carlos V es el creador del ensayismo hispánico—y occidental—, «cuya gran originalidad consiste, precisamente, en la creación de una obra literaria de estricto carácter renacentista, sin romper la continuidad medieval». (Con su «histrionismo» se quiere decir la representación de un drama personal: aparentar ser quien tenía necesidad de ser, sin lograrlo realmente. Eso explica su marginalidad eclesiástica y nobiliaria. De ahí su dimensión patética.) «Antonio de Guevara fué, social y literariamente, un hombre muy representativo del tránsito renacentista de la historia española, una de esas figuras segundonas de toda época que la retratan por su concordancia (en vez de por contraste, como sucede en el caso de los grandes hombres) con la manera de ser de las gentes de su siglo.»

Para dar idea de que no estamos en el libro de Marichal ante la crítica literaria del dato y del perifollo erudito sin sensibilidad, sin valorar significativamente—se ha cerrado una época de crítica literaria—, véase este juicio exactísimo: «El estilo de Guevara podría ser considerado, incluso, como un característico fruto temprano hispánico de la nueva mentalidad de la aristocracia europea.» Todo el libro de Marichal, no ya en este caso, es un puro acierto, quizá porque ya está muy trabajado el terreno por hombres del porte de Menéndez Pidal, Américo Castro, Dámaso Alonso, Amado Alonso, Pedro Salinas y, en otro terreno fecundísimo, por los editores y anotadores de la benemérita colección de *Clásicos castellanos*.

Respecto a la explicación del ensayismo en Santa Teresa, afirma Marichal: «en ella encontramos el primer esfuerzo sistemático (si se puede decir en su caso) por verter mediante la palabra escrita, al correr de la pluma, la totalidad vital de la persona: su derramamiento no es así como el de Guevara—puramente externo y ornamental—, sino premonitor de Unamuno».

Es de gran interés—a veces lo que no es arte es documento, aunque lo artístico, al manifestar la sensibilidad, indica la forma vital del tiempo, su «morada vital» en terminología de don Américo—el estudio dedicado al poco conocido Diego de Cisneros—en

religión, fray Diego de la Encarnación—, ex carmelita descalzo que tradujo, entre 1634 y 1636, el primer libro de los *Ensayos*, de Montaigne. El manuscrito de Cisneros aún permanece inédito en la Biblioteca Nacional de Madrid.

En la tercera «jornada» de *La voluntad de estilo* se estudia a Quevedo y la influencia que sobre él ejerció Montaigne, impregnación poco puesta de manifiesto hasta ahora. «De ahí que Quevedo, a pesar de ser tan «montaignista», utilice la flexibilidad del ensayo para apresar no la propia «ondulante» realidad íntima, sino la realidad externa, no como forma de conocimiento de sí mismo, sino como forma de acción sobre el mundo.»

«La cuarta «jornada»—dice Marichal—, el siglo XVIII, vive dominada por el afán de encontrar modalidades expresivas que congreguen a los hombres: el Padre Feijoo, Cadalso y Jovellanos representan tres momentos de una misma empresa, la de tender puentes verbales e ideológicos entre los españoles.»

A Feijoo, Marichal le incluye en el *senequismo literario hispánico* que, tomando una frase de Gracián, consiste en «discurrir a lo libre». Esta manifestación de la persona en su obra es el estilo personalista español, su lucha por la individuación—el «velazquismo»—. En alguno de los *Epigramas* de Marcial se dice que las páginas de su libro «saben a hombre». Después lo dirá casi literalmente Montaigne: «Yo mismo soy la materia de mis libros.» Y por último, Whitman, a quien tantos atribuyen la expresión como de su propiedad, repite, acaso sin saberlo, el revelador «este libro sabe a hombre». El estilo es estilo vital, una emanación de la persona, no una imitación preceptiva. Pero entendido no como repudio de lo demás—y menos de los demás—, sino como manifestación de la interioridad, del punto de vista, que no excluye, complementa.

En la quinta «jornada»—Unamuno, Ortega—se estudia cómo dos modalidades expresivas opuestas «plantean un mismo problema de individuación humana y de historia hispánica: cómo un yo puede llegar a ser él mismo en su circunstancia». Para Marichal, Unamuno es, ante todo, «la primera confesión personal de un español ante el mundo, la incorporación española a la literatura occidental de confesión», secularizada. En el género le habían precedido Rousseau, Sènancour y Amiel, aunque Unamuno lo hiciera al hispánico modo con un pudor muy característico. En este camino le precedieron en España, en el siglo XIX, si bien tímidamente, Joaquín Lorenzo de Villanueva y don José Somoza, el piedrahiten-

se, hombre de la sierra vertebral de Gredos, a la que tanta devoción tuvo el rector epónimo.

Hay un momento dramático—España es un permanente drama, de ahí su singularidad, su «personalidad»—en que se enfrentan Unamuno y Ortega—dos caras, legítimas ambas, de España—. Unamuno, el vitalísimo Unamuno, genial en él, lleva a la anarquía precisamente en un país de temperamentales. Ortega aspira a una comprensión y sociabilidad, a una integración frente a la atomización y encastillamiento feudal: opone lo racional a lo visceral, lo justamente ordenado a lo banderizado. Frente al donquijotismo unamuniano está la sensibilidad arquitectónica del pensador del Guadarrama. En mí pelean ambos—por eso no rechazo a ninguno—, pero más que el desgarrón y el alarido deseo la vitalidad canalizada, la fuerza socializada. ¿Hay también entre nosotros una tensión entre capitalidad—nivelación—y provincialidad—soledad y, a veces, fantasmas de la clausura—en el diálogo implícito de los dos españolísimos escritores?

Claro que faltan autores entre los que cultivan el ensayo, por haber delimitado Marichal previamente su campo de operación. Sería muy útil—el español siempre lleva por delante su vida, expresa en su obra—ver la cantidad, calidad y signo del pensamiento que hay en la novelística, por ejemplo, dejando al margen no el clima y el tiempo, sino el argumento y su mundo convencional. En Cervantes hay contestaciones válidas para problemas actuales a más de su determinación temporal. (Recuérdese *El pensamiento de Cervantes*, de don Américo Castro, y lo que ha descubierto el tiempo.)

El ensayismo español es, entre otras cosas no tan interesantes, la historia de la clarificación de un hombre específico en un mundo histórico. Esa consciencia de sí y del mundo, ese drama de lo instintivo cegador en una pugna de siglos, se manifiesta en el ensayismo español, de estructura moral más que estética, como el carácter que se van haciendo sus protagonistas. *La voluntad de estilo* es, en principio, la historia «de la serie de formas articuladoras, individuales y colectivas» de los escritores españoles en cuanto hombres que se presentan a los demás, a los que intentan representar y, en casos egregios, lo consiguen. Como se ve, el medio, el tiempo, la circunstancia, harán posibles unas formas u otras, mostrándonos, de paso, el altercado—o diálogo—hombre-sociedad de cada tiempo, desde la absorción y falta de perfil del hombre medieval, pasando por el sentimiento de la individualización renacen-

tista, el dolor de España de Quevedo, la tolerancia de Jovellanos o el deseo de saber radical Ortega-Unamuno. Ya Alonso de Cartagena, en la primera mitad del siglo XV, escribe: «Si esperamos a que la fortuna nos dé tranquilidad y quietud, y en tanto que dura el tiempo turbado tenemos la péñola queda, ¿no temeremos, con razón, que por ventura pase nuestra vida ociosa, sin dejar escritura durable?»—RAMÓN DE GARCIASOL.

Ojeo de Revistas

UN «MENSAJE» ESTADOUNIDENSE SOBRE EL INTELECTUAL.—*¿Está anticuado el intelectual?*: es la pregunta que ha hecho H. Stuart Hughes en la revista estadounidense *Commentary*.

La interrogación tiene una nítida explicación: en una sociedad industrial altamente desarrollada hay una gran necesidad de lo que Stuart llama *técnicos mentales* —administradores, juristas, médicos, docentes y toda gama de ingenieros—, pero hay mucha menos demanda de inteligencia especulativa. He aquí un pensamiento esclarecedor: «Estamos viviendo en una sociedad y en una era en donde hay sitio para pocos intelectuales —en términos de comparación—».

* * *

Con el registro de las estimaciones precedentes no hacemos sino concretar un estado de opinión. En él cabe ver clarísimamente un optimismo notorio respecto a la habilidad de la sociedad para resolver los problemas de una manera técnica: puramente, por la ingeniería y sin la filosofía.

La realidad indubitable e indubitada es que cunden las incertidumbres en torno a la inteligencia.

Merle Kling, profesor de Ciencia Política en la WÁSHINGTON UNIVERSITY, de San Luis, ha llegado a sostener: *el intelectual puede ser un hombre sin futuro...*

* * *

Y he aquí que, en respuesta a las valoraciones del citado Stuart, el norteamericano Malcom Cowley afirmaba —en un trabajo inserto en el semanario *The New Republic,* bajo la rotulación *Who Are the Intellectuals?*—: «En lugar de convertirse en algo anticuado, los pensadores son más necesarios en el presente que en cualquier otro momento desde el Renacimiento.»

No faltan los motivos para un juicio de ese tipo. «La situación humana está cambiando rápidamente y como un todo, mientras nuestras ideas sólo están cambiando en puntos esparcidos.» Anotemos los detalles del nuevo panorama, descritos por Cowley: tecnología y medicina, penicilina, automatismo y la bomba atómica, comunicación instantánea y viajes supersónicos sobre un globo *encogido,* el explosivo incremento demográfico, el fin de la dominación europea sobre las masas de color, el cierre de nuevas fronteras casi tan pronto como son abiertas, el agotamiento de los recursos naturales, el descubrimiento de los medios para el aniquilamiento de sociedades enteras y, quizá, de la Humanidad...

* * *

Tal complejo de fuerza postula el máximo de renovación y fecundidad a la inteligencia. Recordemos cómo Georges Potut ha demandado un nuevo Talleyrand para Europa. Un nuevo Grocio ha sido pedido, por James O. Murdock, a fin de enfrentarse fructíferamente con los problemas de la actual escena interestatal.

Y aciértese a ver la amenaza en ciernes. *La desaparición de la persona es la meta del mundo contemporáneo,* ha consignado Fernando Durán, profesor de la Universidad Católica de Valparaíso. Ese es el verdadero núcleo de toda esta cuestión. Hay muchos aspectos significativos. Obsérvese, por ejemplo, la *crisis del héroe* en la literatura de nuestra hora.

Y en todo ese ominoso monipodio —del amazacotamiento a la mecanización y a la deserción espiritual— se inserta el deber de la inteligencia. Se ha advertido en América, en Hispanoamérica: «El primer deber de la inteligencia es ver las cosas íntegramente y con claridad, y el segundo, atenerse a lo visto, imponiéndose la disciplina de no deformarlo, de no

falsificarlo... Los grandes enemigos de la inteligencia son, por eso, el demagogo y el iluso.»

* * *

Pues bien; nos ha parecido sumamente interesante esta faceta del ambiente cultural estadounidense. Ello es fácil de comprender. Máxime cuando en alguna ocasión se ha acusado a los intelectuales estadounidenses de conformismo, deserción y cobardía. Ahí está el libro de John Aldridge. (Recuerde el lector la crónica de José María Massip, aparecida en *A B C*, de Madrid, e. t., 23 de junio de 1956, pág. 60).

Pero hay otro perfil más atrayente. Las aseveraciones de Conway en torno a la necesidad del intelectual en nuestros difíciles tiempos coinciden con asertos esgrimidos en los parajes europeos. Por ejemplo, en el pasado año, un escritor de reconocida talla, como Jean Guitton —en un artículo titulado *Le déclin des maîtres*, publicado en la Prensa parisina a finales de agosto— hacía las siguientes reflexiones: «En la forma de vida colectiva y administrada en que entramos, se comprenderá cada vez menos al poeta.» De Gaston Berger son los pensamientos registrados a continuación: «El embotellamiento es el mal de nuestra época: el de nuestras calles y el de nuestros conocimientos... Se tiene necesidad de inventores y de ingenieros, pero también se tiene necesidad de poetas y de seres sensibles...»

Y los juicios de Cowley poseen una virtualidad resaltable. Nos explicaremos. «La prueba crucial de nuestra época exige una América dueña de sí misma, una América responsable.» Así lo ha afirmado Adlai Stevenson, en su *Call to Greatness*. Y la inteligencia es responsabilidad...—LEANDRO RUBIO GARCÍA.

EL XXIII DE «LOS PAPELES».—Adentrada ya en su año tercero de vida, la revista de *Son Armadans* se mantiene tan sustancial y jugosa como en el primer número de su aparición; estamos ya en el XXIII, y, meritoriamente construída sobre una ardua y escueta soledad económica, sin subvención ni que se le parezca, sin tartamudeos tampoco, en su periodicidad mensual de publicación, los *Papeles*, de Camilo José de Cela, continúan afirmando, número tras número, el buen lugar y limpia prez literaria a que sus sumarios los hacen acreedores. En éste a que hoy nos referimos, y en la sección de estudios y ensayos: «El Taller de los Razonamientos», se contienen tres trabajos del P. Rosendo Roig —«Evasión espiritual de Azorín»—, Camilo J. de Cela —que continúa la publicación de su extenso trabajo sobre la obra literaria del pintor don José Solana— y Ramón González Alegre, esbozador de una interpretación de Rosalía de Castro. «El hondero», la sección poética, incluye cinco poemas de Eduardo Zepeda-Henríquez, y otros, agrupados bajo el título de «Para vivir aquí» y de dudosa calidad, suscritos por Jaime Gil de Biedma. Una recia y graciosa narración de Max Aub, «Llegada de Victoriano Terraza a Madrid»; una extensa nota de Emilio Salcedo, y las acostumbradas galerías de «Tribunal de Viento», «La Atalaya y el Mapa» y «Libros por Correo» dan cuenta, en fin, de este último sumario de *Papeles*.

No queremos cerrar la reseña sin dejar constancia, siquiera así de breve, de la belleza, interés y alcance de dos recientes ediciones extraordinarias de la revista: la de su precioso almanaque literario para 1958, «Los cuatro ángeles de San Silvestre», y el gran número monográfico dedicado al pintor Joan Miró, ilustrado especialmente de su mano, y con una veintena de excelentes firmas enriqueciéndolo.—F.

LA JOVEN PINTURA DE COLOMBIA.—Unas entonadas reproducciones de las obras expuestas en el X Salón Anual de Artistas Colombianos, precedidas de un estudio crítico de Francisco Gil Tovar, constituyen el suplemen-

to artístico final del 48.º número de *Bolívar*, de Bogotá. La citada muestra de arte, con palabras de Gil Tovar, dió a conocer «de la mejor manera el pulso de la pintura actual en el país, ya que no tanto de la escultura y aún menos del grabado y dibujo, especialidades ambas demasiado escasamente representadas como para que se deduzca ningún juicio genérico». Los premios concedidos para el certamen, interrumpido desde hacía un lustro, se adjudicaron así: Enrique Grau Araújo y Lucy Tejada obtuvieron las Medallas de Oro de Pintura, y Hugo Martínez, la de Escultura, mientras que los pintores Fernando Botero, Alejandro Obregón y Jorge Elías Triana, y el escultor Julio Fajardo, alcanzaron las de Plata. Siete menciones honoríficas y tres exhibiciones fuera de concurso cerraron el balance de la Exposición, cuyo total de obras presentadas correspondió a setenta y dos autores. Juzgando la muestra, dice de ella el crítico que, «dentro de su digna calidad, podría de la misma manera dar el tono de cualquier otro país moderno que no fuera precisamente Colombia», realzándose así su indudable carácter «internacional y actual».

El sumario de *Bolívar* contiene trabajos de Ernesto Sábato, Lácides Moreno Blanco, Victoria de Caturla, Eduardo Crema, Hugo Salazar Valdés, Vicente Aguilera Cerni, Oscar Echeverri Mejía, Julio Garrido Malaver y Alejandro Alvarez, con las secciones de «Documentos», Notas y Bibliografía, particularmente bien ordenada y orientada la última.—F.

MENÉNDEZ Y PELAYO Y LA REFORMA UNIVERSITARIA.—Nuestro habitual colaborador Alfredo Carballo Picazo publica en el número 26 de *Punta Europa*, de Madrid, un interesante artículo sobre dicho tema. Con palabras del autor, su deseo de darlo a la estampa es debido al «escaso interés que ha suscitado tal aspecto de la obra de don Marcelino», cuya importancia y análisis aborda extensamente Carballo, apoyándose en una copiosa bibliografía y con notable acarreo de datos e ideas; otro trabajo de Vicente Risco, «Sobre el significado de la forma», cierra la sección de ensayos de la revista, cuyo habitual «Pliego Literario» incluye originales de Gerardo Diego, Federico Carlos Sainz de Robles, Horia Stamatu —autor de unas disquisiciones en torno al teatro moderno—, poemas de Joaquín Fernández y Eladio Cabañero. Luis Ponce de León firma, en la «Sección Social y Económica», un artículo de candente epígrafe: «El ánimo cristiano ante la propiedad, la pobreza y la riqueza», al que pertenecen las palabras siguientes: «¡Con qué fácil vehemencia, aun hoy, personas de buena intención o de intención dañada, nos aprietan y conminan a elegir «entre Dios y el demonio», así, ahora, en el acto, dándose o sin darse cuenta ellos mismos de que están llamando Dios a su propia convicción o capricho, y demonio, a su propia y personal aversión! Pues nada es más fácil a nuestro incauto desvalimiento que idolizar lo que nos gusta e infernar o endemoniar lo que no nos complace...»—F.

MAGALLANES VISTO POR USLAR-PIETRI.—Arturo Uslar-Pietri, uno de los más significados escritores venezolanos del momento, dice así en su artículo «Magallanes», publicado en el último número de la buena revista *Shell*, de Caracas: «... basta apenas volver la mirada atrás para comprender que en la historia de las navegaciones, posiblemente, no hay hazaña más audaz, más sostenida y en la que la energía humana haya llegado a mayor altura, que la que Fernando de Magallanes realizó cuando se acercaba a los cuarenta años de una vida larga y sufrida». En la misma entrega de *Shell*, tan lujosamente seleccionada e impresa como de costumbre, Guillermo de Torre dedica un extenso artículo a Federico García Lorca, cuyo trabajo se agracia con viñetas y escorzos pictóricos del poeta de Granada; otros catorce trabajos,

de cumplida largueza y considerable interés, completan el sumario de sabrosos pertrechos fotográficos y dibujísticos.—F.

«LINGUIST'S REVIEW» Y ESPAÑA.—La acreditada revista londinense, organo oficial del Instituto Lingüístico Inglés, inserta en su número 139 un corto pero sabroso trabajo, acerca del futuro de la lengua castellana en los países de Hispanoamérica, considerando extremos y circunstancias, tanto de las fuerzas que la sustentan como de los peligros en que el curso de los tiempos la ponen. A continuación, en otro original, se alude a la primera enseñanza en España y al estudio detallado de toda la legislación educacional del actual régimen político, ofreciéndose a los lectores unos bien tramados esquemas gráficos mediante los que es posible seguir el proceso de la misma. El trabajo últimamente citado apóyase particularmente sobre los estudios y tesis de Fisher acerca del citado tema, de tan fundamental y fundamentado interés para nosotros.—F.

INDICE DEL NUMERO 100 (abril 1958)

ARTE Y PENSAMIENTO

Portada del pintor argentino JOSÉ MANUEL MORAÑA. Otros dibujos de FRANCISCO MATEOS, VENTO y MORAÑA.

CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS

INDICE ALFABETICO
DE
AUTORES
DE LOS CIEN PRIMEROS NUMEROS

MADRID
1958

Con ocasión de editarse el número 100 de Cuadernos Hispanoamericanos, ofrecemos a nuestros lectores un índice completo de autores que, con firmas completas o iniciales, han publicado cualquier tipo de trabajo, grande o pequeño ensayo o nota breve, incluído en los sumarios de estos primeros cien números de la Revista. Se ha escogido el modelo siguiente de ficha:

Lain Entralgo, Pedro: El cristianismo en el mundo moderno. AyP. 1957. 90. 255-67.

en la cual, tras el título completo del trabajo se encuentra la sigla correspondiente a la Sección de la Revista en que se incluye el trabajo: "Arte y Pensamiento" (AyP). A continuación se especifica el año de publicación (1957), el número de "Cuadernos" (90) y las páginas que abarca (255-67). Respecto a esta numeración de páginas, se ha procurado eliminar repeticiones. Por ejemplo: si el trabajo fichado comprende de la página 255 a la 259, en lugar de poner 255-259, queda en 255-9; de abarcar hasta la decena siguiente, quedaría: 255-67, caso del trabajo que se toma por ejemplo; y si a la centena, 255-302. Con ello se ahorran inútiles repeticiones.

Para comodidad del consultante del fichero de autores, damos aquí las siglas de las diversas secciones, con ordenación alfabética:

ArhI: A remo hacia las Indias.
ArPo: Arte y Poética.
***: Asteriscos.
AvH: ¿Adónde va Hispanoamérica?
AyP: Arte y Pensamiento.
BdA: Brújula de Actualidad.
BdP: Brújula del Pensamiento.
BpL: Brújula para Leer.
ByN: Bibliografía y Notas.
CE: Crónica Europea.
EadM: El aire del Mes.
Ed: Editorial (es).
EesT: España en su Tiempo.
EldE: El latido de Europa.

EMD: El Mes Diplomático.
HaV: Hispanoamérica a la Vista.
HR: El hispanoamericanismo en las Revistas.
NA: "Nuestra América".
NAR: "Nuestra América" en las Revistas.
NT: Nuestro Tiempo.
p: por.
PdC: Páginas de Color.
Rec: Recensión.
SB: Sección Bibliográfica.
SPH: Del Ser y del pensar hispánicos.

Anunciamos, a nuestros lectores, que se encuentran en preparación dos nuevos Indices: uno, Fichero de Materias tratadas en la Revista, ordenadas según la clasificación decimal universal (CDU), con capítulo especial dedicado al tema americanista, y otro, Fichero bibliográfico, con inclusión de las obras reseñadas y comentadas en estos 100 primeros números. En cada ficha bibliográfica se especifican las características editoriales de la obra en cuestión.

Agradeceremos, por último, a nuestros lectores, que nos comuniquen las erratas en que hayamos podido incurrir en la confección y publicación de estos Indices.

E. C. R.

INDICE DE AUTORES, POR ORDEN ALFABETICO, DE LOS CIEN NUMEROS PUBLICADOS

zonte de Julio Verne. AyP. 1956. 82, 95-107.

Alfaro, Ricardo J.: La Academia Panameña en el II Congreso de Academias de la Lengua. 1956. 78-79, 476.

Alonso, Dámaso: Poesía arraigada. BpL. 1949. 9, 691-710.

Alonso, Dámaso: Poesías olvidadas de Antonio Machado. 1949. 11-12, 335-82.

Alonso, Dámaso: Estudios de Literatura hispanoamericana: un libro del profesor cubano José Arrom. BdA. 1951. 23, 235-7.

Alonso, Dámaso: Carta última a don Pedro Salinas. BdP. 1952. 31, 50-4.

Alonso, Dámaso: Unidad y defensa del idioma. 1956. 78-79-272-88.

Alonso, Dámaso: Gozos de la vista (Fragmentos). AyP. 1957. 85, 24-32.

Alonso, Dámaso: La cárcel del Arcipreste. AyP. 1957, 86, 165-77.

Alonso, Dámaso: Llamas y libros (Doble raíz del Perú). AyP. 1957. 91-92, 133-8.

Alonso, Dámaso: Sobre dos estilos literarios de la Edad Media. BdP. 1957. 85, 139-58.

Alonso, José Manuel: La Ciudad Universitaria de Santo Domingo.*** 1949. 7, 172-4.

Alonso Gamo, José M.: Caballos de la Pampa en la poesía de Marechal. ArPo. 1948. 4, 171-88.

Alonso Gamo, José M.: Sarmiento: una bibliografía escandalosa. BpL. 1948. 4, 227-9.

Alonso Gamo, José M.: La cultura de la América hispana. BpL. NB. 1950. 13, 177-8.

Alonso García, Manuel: El catolicismo español contemporáneo. Crónica de Santander. PdC. 1953. 45.

Alonso García, Manuel: "España, pie a tierra", de José María García Escudero. BdA. ByN. 1954. 49, 122-4.

Alonso García, Manuel: Papini y sus hallazgos espirituales. BdA. ByN. 1954. 52, 99-100.

Alonso García, Manuel: La nueva legislación social argentina. BdA. ByN. 1954. 52, 103-5.

Alonso García, Manuel: Acerca de la vocación política. BdP. 1954. 53, 165-81.

Alonso, Manuel: Código del trabajo del indígena americano. BdA. 1954, 53, 221-2.

Alonso García, Manuel: La justicia social en el constitucionalismo hispánico. BdA. 1954. 53, 2, 234-5.

Alonso García, Manuel: Sobre la última novela de Delibes. BdA. 1954, 57, 392-5.

Alonso García, Manuel: Sobre la responsabilidad política del cristiano. BdP. 1956. 61, 87-102.

Alonso García, Manuel: Perpectivas actuales del catolicismo español. NT. 1955. 67, 33-52.

Alonso García, Manuel: Literatura del siglo XX y cristianismo. BdA. 1956. 68-69, 263-265.

Alonso García, Manuel: Entre socialismo y democracia. BdA. 1955. 70, 104-6.

Alonso García, Manuel: Misión actual de la clase media. NT. 1955. 72, 251-62.

Alonso García, Manuel: La sociología religiosa. BdA. 1955, 72, 343-5.

Alonso García, Manuel: Las libertades individuales y su garantía. Teoría y realización. NT. 1956. 82, 18-47.

Alonso García, Manuel: El nuevo Estado católico. AyP. 1957. 87, 359-78.

Alonso García, Manuel: "Derecho procesal civil", de Jaime Guasp. BdA. SB. 1957. 88, 119-21.

Alonso García, Manuel: Fundamentos teóricos de la representación política. AyP. 1957. 96, 319-28.

Alonso del Real, Carlos: El hidalgo y el honor. BpL. 1948. 4, 207-9.

Alonso del Real, Carlos: Reflexiones ante una tabla. 2. 1950. 13, 75-82.

Alonso del Real, Carlos: Sobre la población de América. BdP. 1952. 25, 41-9.

Alonso del Real, Carlos: El mundo en que entraron los conquistadores. AyP. 1957. 91-92. 166-79.

Alonso del Real, Carlos: Más sobre una gran cultura. BdA. SB. 1957. 93, 423-6.

Aranguren, José Luis L.: Amor humano, noviazgo cristiano. 1952. 26, 304-8.

Aranguren, José Luis L.: La traducción española de "Sein und Zeit". BdA. 1952. 28, 102-7.

Aranguren, José Luis L.: Todos los hombres somos hermanos. BdP. 1952. 29, 183-8.

Aranguren, José Luis L.: ¿Qué puede esperar el cristiano del tiempo que se avecina? BdA. EldE. 1952. 30. 341-2.

Aranguren, José Luis L.: Estimación europea del catolicismo español. *** 1952. 30, 388-9.

Aranguren, José Luis L.: El catolicismo francés, ante la amenaza de la tercera guerra mundial. BdA. EldE. 1952. 31, 95-96.

Aranguren, José Luis L.: Sobre la confianza política europea en los Estados Unidos. BdA. EldE. 1952. 31, 100-1.

Aranguren, José Luis L.: Mauriac, escritor católico, Premio Nobel. BdA. EldE. 1952. 35, 84-5.

Aranguren José Luis L.: Bilingüismo. BdA. EldE. 1952. 35, 85-8.

Aranguren, José Luis L.: Filosofía y crítica de poesía. BdA. ByN. 1953. 37, 92-8.

Aranguren, José Luis L.: La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración. BdP. 1953. 38, 123-58.

Aranguren, José Luis L.: Una época que se toma demasiado en serio a sí misma. BdA. EldE. 1953. 39, 325-6.

Aranguren, José Luis L.: Cuentos de hadas. BdA. ByN. 1954. 51. 421-3.

Aranguren, José Luis L.: La actitud ética y la actitud religiosa. BdP. 1954. 54, 243-52.

Aranguren, José Luis L.: ¿Por qué no hay novela religiosa en España? AyP. 1955. 62, 193-214.

Aranguren, José Luis L.: El diálogo católico entre el existencialismo y la ética. NT. 1955. 65, 131-8.

Aranguren, José Luis L.: Sentido ético de las ficciones novelescas orsianas. AyP. 1955. 72, 281-7.

Aranguren, José Luis L.: Las actitudes actuales ante la muerte y la muerte cristiana. AyP. 1957. 96, 261-72.

Arce, José: Abuso de poder en lo internacional. 1950, 16, 9-14.

Areilza, José María de: El Protocolo Franco-Perón. NT. 1948. 3, 457-61.

Arguedas, Samuel: La Academia Costarricense en el II Congreso de Academias de la Lengua. 1956. 78-79. 470.

Arias: Dibujos. 1948. 2.

Arroita-Jáuregui, Marcelo: Sobre la "Institución". PdC. 1952. 31.

Arroita-Jáuregui, Marcelo: José Antonio. *** 1952. 35, 153-4.

Arroita-Jáuregui, Marcelo: La Semana del Cine Francés. *** 1952. 35, 163-4.

Arroita-Jáuregui, Marcelo: La lotería de los Premios. *** 1952. 36, 296-7.

Arroita-Jáuregui, Marcelo: "Los diálogos perdidos". BdA. EesT. 1953. 37, 85-9.

Arroita-Jáuregui, Marcelo: Diatriba contra la crítica literaria. BdA. *** 1953. 37, 112-3.

Arroita-Jáuregui, Marcelo: Tres epístolas mortales. BdP. 1953. 48, 283-9.

Arroita-Jáuregui, Marcelo: La palabra humilde de José Hierro. BdP. 1954. 53, 156-61.

Arroita-Jáuregui, Marcelo: Notas apresuradas a la poesía de una mujer. BdA. 1954. 55, 145-148.

Arroita-Jáuregui, Marcelo: Un hecho que ahí está. BdA. 1954, 57, 399-400.

Arroita-Jáuregui, Marcelo: Primera criatura de pena. AyP. 1958. 99, 279-88.

Arteaga Barros, Luis: Don Andrés Bello y el Código Civil chileno. AyH. 1956. 74.

Arteche, Miguel: Seis poemas BdP. 1952. 35, 55-60.

Artigas, José: Un libro de Millán Puelles: un momento de la filosofía en España. BpL. 1948 5-6, 212-4.

Artigas, José: Trilogía acerca de lo actual. 1950. 17, 265-80.

Artigas, José: Tres notas a cinco ensayos. NB. 1951. 19, 141-143.

Artigas, José: Una gesta olvida

da: Sobre un libro de Gambra. BdA. 1952. 27, 436-40.

Artigas, José: Claridad y confusión en el concepto de Europa. BdA. EldE. 1953. 37, 65-9.

Artigas, José: El tema de Occidente. BdA. ByN. 1953. 44, 242-247.

Artigas, Luis: España en la Unesco. BdA. EesT. 1954. 51, 407-408.

Artigas, Luis: El botones. AyP. 1955. 72, 317-26.

Artola, Miguel: Denuncia del tiempo futuro. NTm. 1955. 68-69, 150-67.

Aumente, José: Psicoanálisis, libertad y proyecto. AyP. 1957. 91-92, 224-30.

Ausburgo, Otto de: El problema social y la defensa del mundo libre. NT. 1955. 67, 20-32.

Ausburgo, Otto de: Tres meses de política internacional. NT. 1956. 74, 156-72.

Austria-Hungría, Otto de: Ideas prácticas de integración europea. BdP. 1952. 35, 27-40.

Austria-Hungría, Otto de: Misión del intelectual en el mundo moderno. NT. 1955. 62, 147-61.

Austria-Hungría, Otto de: El engaño del desarme. BdA. EMD. 1955. 63, 427-31.

Austria-Hungría, Otto de: Crítica del Estado moderno. NT. 1955. 64, 22-36.

Austria-Hungría, Otto de: Viena, Bandung, Taipeh. BdA. EMD. 1955. 65, 239-45.

Austria-Hungría, Otto de: Hacia las grandes conferencias. BdA. EMD. 1955. 66, 371-7.

Austria-Hungría, Otto de: Los Estados Unidos y la situación internacional. BdA. EMD. 1955. 67, 123-8.

Austria-Hungría, Otto de: Revoluciones y violencias. BdA. EMD. 1955. 68-69. 247-51.

Austria-Hungría, Otto de: Revoluciones y violencias. BdA. EMD. 1955. 70, 95-9.

Austria-Hungría, Otto de: Reuniones Internacionales en Ginebra. BdA. EMD. 1955. 71, 231-7.

Austria-Hungría, Otto de: ¿Una contrarrevolución francesa? BdA. EMD. 1956. 75, 365-71.

Austria-Hungría, Otto de: Reaparece Lenin. BdA. EMD. 1956. 76, 91-6.

Austria-Hungría, Otto de: Ofensiva en Alemania. BdA. EMD. 1956. 77, 197-204.

Austria-Hungría, Otto de: Negocio de ilusos. BdA. EMD. 1956. 80, 117-24.

Austria-Hungría, Otto de: Bastiones que se tambalean en Asia. BdA, El mes diplomático. 1956. 82, 111-8.

Austria-Hungría, Otto de: ¿Crisis en el mundo soviético? BdA. EMD. 1956. 83, 257-65.

Austria-Hungría, Otto de: Europa y el bloque soviético. NT. 1956. 84, 296-313.

Ayala, Juan A.: Nuevas orientaciones del teatro salvadoreño. BdA. 1955. 64, 113-6.

Aycinema, Luis: Novela y dolor de Guatemala. BpL. 1950. 14, 375-8.

Aycinema, Luis: La antigua Guatemala según Miguel Angel Asturias. NB. 1950. 16, 145-6.

Aycinema, Luis: La Juana Chomihá. 1950. 17, 225-30.

Ayesta, Julián: La Edad Antigua 3. 1949. 9, 631-6.

Azaola, José M. de: Un testimonio decisivo sobre la conversión de García Morente. BdA. 1952. 27, 425-8.

Azaola, José Miguel de: Gritos de alarma ante la "restauración". BdA. EldE. 1952. 35, 81-4.

Azcárraga, José Luis: Horia Sima estudia el nacionalismo. BdA. 1952. 29, 203-6.

Azcárraga, José Luis de: La práctica del hispanoamericanismo. BdA. ByN. 1952. 36, 286-8.

Azcárraga, José Luis de: Internacionalización de las constituciones. BdA. ByN. 1953. 38, 237-8.

A. V.: Hacia la cooperación cinematográfica hispanoamericana. *** 1948. 4, 196-7.

Azorín: Vida madrileña. AyP. 1958 100, 5-8.

B

Baquero Goyanes, Mariano: La novela española de 1939 a 1953. AyP. 1955. 67, 81-95.

Baraglia: Dibujos. 1957. 88.

Barahona, Luis: "Alto sentir", de Alfonso Ulloa Zamora. BdA. 1956. 77, 211-4.

Barcia Trelles, Camilo: Política exterior de Portugal en el XXV aniversario de su nuevo régimen. 1951. 23, 167-76.

Bargallo Cirio, Juan Miguel: La voz hispánica en la futura evolución del Derecho. SPH. 1948. 4, 13-42.

Barón Castro, Rodolfo: Cuatro pintores salvadoreños. 1951. 20, 281-90.

Barthes, Roland: Escrituras políticas. NT. 1955. 64, 37-42.

Barrenechea, Emilio: I Congreso Hispano-Luso-Americano Penal y Penitenciario. BdA. EesT. 1952. 35, 112-4.

Barrera, Isaac J.: La Academia Ecuatoriana en el II Congreso de Academias de la Lengua. 1956. 78-79, 470-1.

Basave, Agustín: Significado de la Hispanidad. BdA. 1952. 28, 100-1.

Basave, Jr., Agustín: Hispanismo lírico e hispanismo positivo. *** 1952. 29, 229-30.

Battisti, Eugenio: El arte italiano y la nueva cultura. BdP. 1954. 56, 227-38.

Bauhofer, Oscar: El hombre y la técnica. 1950. 17, 211-8.

Bayo, Marcial J.: La última interpretación de Avila. AyP. 1955. 72, 327-34.

Bayón Chacón, Gaspar: Difusión de la cultura y cultura social de las masas. BdP. 1953. 48, 312-322.

Beales, A. C. F.: Los ingleses ante el problema religioso. BdP. 1954. 50, 233-42.

Belaúnde, Víctor Andrés: La Academia Peruana en el II Congreso de Academias de la Lengua. 1956. 78-79, 477-8.

Beltrán Silvente, Cleofás: El Mariscal Rondón, defensor de los indios brasileños. BdA. SN. 1957. 89, 226-30.

Benítez Claros, Rafael: Revisión de una revisión (En torno a Bocángel). BdA. ByN. 1953. 41, 295-6.

Benítez Sánchez-Cortés, Manuel: Treinta y cuatro aventuras hacia Dios. BpL. 1948. 5-6, 205-207.

Benítez Sánchez-Cortés, Manuel: José Rubio y su amigo "Alberto. *** 1949. 9, 683-4.

Benito Ruano, Eloy: Medievalismo y modernidad en el reinado de los Reyes Católicos. BdP. 1952. 28, 58-69.

Berenguer Carisomo, Arturo: Las dos últimas novelas de Enrique Larreta. AyP. 1956. 75, 327-40.

Berenguer Carisomo, Arturo: Una Semana de cine español. BdA, 1956. 84, 393-9.

Berenguer Carisomo, Arturo: Apuntes sobre la caricatura literaria. BdA. SdN. 1957. 91-92, 269-82.

Berkemeyer, Fernando: El toreo en las artes gráficas. BdP. 1954. 57, 358-63.

Berger, Paúl C.: La destrucción de lo humano. BdA. EldE. 1954. 52, 63-6.

Bertrán, S. J., Juan Bautista: Un gran poeta y un gran poema. HaV. 1958. 98.

Blajot, Jorge: La comprensión de la poesía. BdA. ByN. 1953. 39, 360-7.

Blanc, Felicidad: El domingo. 1949. 10, 117-122.

Blanc, Felicidad: La ventana. 3. 1950. 18, 427-32.

Blanc, Felicidad: El nudo. BdP. 1952. 30, 317-322.

Blanco Loizelier, Enrique: La población en el futuro de las áreas hispano-americana, anglosaona y ruso-eslava. NT. 1948. 4, 97-118.

Bo, Carlos: Observaciones sobre Antonio Machado. 1949. 11-12, 523-40.

Boadella, José R.: La exposición de F. Mateos. BdAm EnsT. 1953. 44, 229-33.

Boadella, José R.: Paz en el paralelo 38. BdA.*** 1953. 44, 267-8.

Boadella, José R.: Poesía y Geografía. BdA.*** 1953. 44, 272-273.

Bousoño, Carlos: Estilística y teoría del lenguaje (Notas al libro "Poesía Española", de Dámaso Alonso). BpL. 1951 19, 113-26.

Bravo Villasante, Carmen: Versión castellana de Empédocles, de Federico Hölderlin BdP. 1953. 41, 215-40.

C

"hombre de la esperanza". *** 1952. 36, 294-5.

Campillo, Joaquín: La novela femenina. BdA. EldE. 1953. 38, 203-5.

Campillo, Joaquín: Las misiones del Padre Federico. BdA. *** 1953. 39, 390-1.

Campillo, Joaquín: Eugenio d' Ors, catedrático por proposición. BdA. EesT. 1953. 41, 273-274.

Campillo, Joaquín: Polémica y política en torno a una letra. BdA.*** 1952. 41, 301-2.

Campillo, Joaquín: Notas sobre Martí, tratadista de arte. BdP. 1953. 47, 193-201.

Campo Mañé, Alberto del: El último Curso de Xavier Zubiri, sobre "Cuerpo y alma". BdA. 1951. 22, 122-3.

Campo Mañé, Alberto del: Situación actual de la filosofía en Hispanoamérica. BdA. 1951. 23, 253-7.

Campo, Alberto del: La existencia humana y sus filósofos. BdA. 1954. 53, 222-4.

Campo, Alberto del: La filosofía de Andrés Bello. BdA. 1954. 54, 351-3.

Campuzano, María: Trad. "Wunderkind", de Carson McCullers. AyP. 1958. 97, 45-56.

Candela Martínez, Juan: Sobre la crisis del Estado.NT. 1956. 74, 173-85.

Canjura, Noé: Dibujos. 1952. 30.

Cano, José Luis: Introducción a la poesía iberoamericana. BpL. 1949. 7, 217-8.

Cano, José Luis: Breve historia de una Colección de poesía. ArPo. 1949. 8, 345-52.

Cano, José Luis: Ramón ante el espejo. BpL. 1949. 8, 423-4.

Cano, José Luis: Crónica cultural: Inglaterra. CE. 1949. 9, 662-7.

Cano, José Luis: La poesía en el Brasil. *** 1949. 9, 684-5.

Cano, José Luis: Antonio Machado, hombre y poeta en sueños. 1949. 11-12, 653-66.

Cano, José Luis: Un nuevo poeta colombiano. BpL. NB. 1950. 13, 177.

Cano, José Luis: Poesía americana contemporánea. NB. 1950. 14, 405-6.

Cano, José Luis: El Cuarto "Cántico" de Jorge Guillén. BpL. 1951. 22, 114-7.

Cano, José Luis: Revisión de Bocángel. BdA. 1952. 26, 316-7.

Cano, José Luis: De los autores como actores. BdA. 1952. 29, 217-9.

Cano, José Luis: Una gran pérdida: Amado Alonso. BdA. EesT. 1952. 32, 271-3.

Cano, José Luis: Una "antología consultada". BdA. ByN. 1953. 38, 245-7.

Cano, José Luis: Gaya Nuño y sus museos. BdA. 1956. 75, 380-2.

Cano, José Luis: Baroja y sus cuentos. BdA. 1956. 80, 137-8.

Cano, José Luis: Hacia una nueva estilística. BdA. 1956. 84, 412-414.

Cano, José Luis: "Correspondencia de don Juan Valera (1859-1905)". BdA. SB. 1957. 85, 157-8.

Cano, José Luis: Ortega y el amor. BdA. SdN. 1957. 95, 224-227.

Cano, José Luis: Ortega, comentado por Marías. BdA. SdN. 100, 122-4.

Cañas, Carlos Augusto: La "Escuela de Altamira" y la pintura actual. BpL. 1951. 19, 135-8.

Cañas, Carlos Augusto: Palabras. 1952. 26, 220-2.

Cañas, Carlos Augusto: Dibujos y viñetas. 1952. 31.

Cañas, Carlos Augusto: Dibujos. 1952. 33-34.

Cañas, Carlos Augusto: Dibujos. 1953. 38.

Cañas, Carlos Augusto: Dibujos. 1956. 77.

Capdevila, Arturo: El castellano en Filipinas. 1956. 78-79, 301.

Capdevila, Arturo: El castellano entre los sefardíes. 1956. 78-79, 305.

Capote, Truman: Color Local. Trad. Fernando Quiñones. AyP. 1956. 80, 80-97.

Capuleto, Francisco: Palabras. 1952. 26, 195.

Capuleto, Francisco: Dibujos. 1957. 88.

Carballo Picazo, Alfredo: Las categorías estéticas de Torres-

Rioseco. BdA. NA. 1953. 47, 213-6; La novela indigenista y la política. 218-20.

Carballo Picazo, Alfredo: Homenaje a Archer M. Huntington. BdA. EesT. 1953. 47, 224-5.

Carballo Picazo, Alfredo: Bibliografía de la Literatura hispánica. BdA. ByN. 1953. 47, 232-237.

Carballo Picazo, Alfredo: "Estudios lingüísticos. Temas hispanoamericanos", de Amado Alonso. BdA. ByN. 1953. 48, 367-9.

Carballo Picazo, Alfredo: Un gramático hispanoamericano olvidado. BdA. NA. 1954. 49, 108-109.

Carballo Picazo, Alfredo: Un nuevo estudio sobre Pedro de Oña. BdA. ByN. 1954. 50, 311-4.

Carballo Picazo, Alfredo: Estilística del español. BdA.*** 1954. 50, 318-9.

Carballo, A.: Ni héroe ni mito. *** 1954. 51, 440-1.

Carballo Picazo, A.: Otra vez "Lo invisible". BdA. 1954. 54, 345-348.

Carballo Picazo, A.: Homenaje a Amado Alonso. BdA. ByN. 1954. 52, 113-9.

Carballo Picazo, A.: Nuevos programas de Lengua y Literatura. BdA. 1954. 54, 353-5.

Carballo Picazo, A.: La lectura de los clásicos. BdA. 1954. 54, 362-3.

Carballo Picazo, A.: El análisis literario. BdA. 1954. 54, 376-7.

Carballo Picazo, A.: Un extraño homenaje. BdA. 1955. 63, 457-459.

Carballo Picazo, A.: Un manual francés de Literatura hispanoamericana. BdA. 1955. 65, 246-247.

Carballo Picazo, A.: Necesidad y elogio de la crítica literaria. BdA. 1955. 67, 111-3.

Carballo Picazo, A. (ACP): Una nueva editora y una buena novela. BdA. 1955. 67, 113-5.

Carballo Picazo, A.: Poesías olvidadas de Antonio Machado. BdA. 1955. 67, 119-21.

Carballo Picazo, Alfredo: Un homenaje perdido. BdA. 1955. 68-69. 284-6.

Carballo Picazo, Alfredo: Lengua y estilo en el "Facundo". BdA. 1956. 80, 136-7.

Carballo Picazo, Alfredo: Una gran empresa de lexicografía hispánica. NT. 1956. 81, 190-193.

Carballo Picazo, A.: Un nuevo libro sobre García Lorca. BdA. 1956. 84, 405-8.

Carballo Picazo, A.: Un manual de Literatura colombiana. BdA. 1956. 84, 409-11.

Carballo Picazo, A.: "Menéndez Pelayo, crítico literario", de Dámaso Alonso. BdA. SB. 1957. 85, 139-46.

Carballo Picazo, A.: Salinas, en Francia. BdA. SN. 1957. 86, 254-6.

Carballo Picazo, A.: Rec. Un buen manual de Gramática Española. BdA. SB. 1957. 86, 281-2.

Carballo Picazo, Alfredo: Menéndez Pelayo en el Santander de su tiempo. BdA. SR. 87. 1957, 373.

Carballo Picazo, A.: La poética de Campoamor. BdA. SB. 1957. 87. 408-10.

Carballo Picazo, Alfredo: Menéndez Pelayo y la crítica literaria. BdA. NT. 1957. 89, 201-16.

Carballo Picazo, Alfredo: Una Antología de ensayos. BdA. SB. 1957. 89. 234-5.

Carballo Picazo, Alfredo: Antología de la obra de creación de Dámaso Alonso. BdA. SB. 1957. 90, 382-7.

Carballo Picazo, A.: "El nombre de Venezuela", de Angel Rosemblat. BdA. SB. 1957. 90, 386-7.

Carballo, Alfredo: Estructura y forma en el Poema del Cid. BdA. SB. 1957, 96, 374-6.

Carballo Picazo, A.: "Diversas rimas", de Vicente Espinel. BdA. SB. 1958. 99, 374-6.

Carballo Picazo, Alfredo: "Italia, fuente de poesía" e altri studi di letteratura spagnola, de Carlo Consiglio. BdA. SB. 1958. 98, 244-5.

Carballo Picazo, A.: "La poesía de Antonio Machado", de Ramón de Zubiría. BdA. SB. 1958. 98, 247-9.

Cardenal, Ernesto: La diosa blanca. BpL. NB. 1950. 13, 175-7.

Cardenal, Ernesto: Don Quijote

completa de la poesía hispánica. BdA. 1951. 22, 127-9.

Casamayor, Enrique: Retrospectivas de Goya en la mitad de siglo. 1950. 24, 373-6.

Casamayor, Enrique: Antologías del cuento hispanoamericano. BdA. 1952. 25, 106-8.

Casamayor, Enrique: Revisión de "Sous les toits de París". *** 1952. 25, 117-9.

Casamayor, Enrique: Otra vez nuestras revistas. *** 1952. 25, 126-7.

Casamayor, Enrique: Croniquilla del año muerto de 1951. BdA. 1952. 26, 277-82.

Casamayor, Enrique: Presentación política de Antonio Machado en la Columbia University. BdA. 1952. 26, 309-11.

Casamayor, Enrique: Una visión crítica del pensamiento europeo moderno. BdA. 1952. 28, 119-22.

Casamayor, Enrique: Hispanoamérica en el espejo de su novela. BdA. 1952. 29, 212-4.

Casamayor, Enrique: Poesía, propaganda y política. *** 1952. 29, 230-1.

Casamayor, Enrique: El teatro español contemporáneo visto desde Méjico. BdA. 1952. 30, 380-382.

Casamayor, Enrique: La Lotería de Navidad y el Año Nuevo. *** 1952. 36, 292.

Casamayor, Enrique: La música en la Universidad. BdA. EesT. 1953. 38, 227-9.

Casamayor, Enrique: En la muerte de un músico verdadero. BdA. EesT. 1953. 39, 355-6.

Casamayor, Enrique: El grave problema de la televisión en América. BdA. NA. 1953. 40. 84-6.

Casamayor, Enrique: La nueva ley sobre ordenación de la enseñanza media. BdA. EesT. 1953. 40, 99-102.

Casamayor, Enrique: Al fin se conocerá "La Atlántida". BdA. EesT. 1953. 40, 103.

Casamayor, Enrique: Pegaso contra Volkswagen. *** 1953. 40, 141-2.

Casamayor, Enrique: El arte y la industria de hacer libros. *** 1953. 40, 143-4.

Casamayor, Enrique: El VII Curso de Problemas Contemporáneos. Crónica de Santander. PdC. 1953. 45.

Casamayor, Enrique: El séptimo arte, al servicio del arte. BdA. ByN. 1954. 49, 128-9.

Casamayor, Enrique: Una buena enciclopedia universal. BdA. ByN. 1954. 50, 309-11.

Casamayor, Enrique: ¡Novedad en la Academia! BdA. EesT. 1954. 51, 409-11.

Casamayor, Enrique (CR): Un nuevo libro de Bertrand Russell. BdA. ByN. 1954. 51, 433.

Casamayor, Enrique: Birretes doctorales a bajo precio. *** 1954. 51, 439-40.

Casamayor, Enrique: Cultura y política en un país totalitario. BdA. ByN. 1954. 52, 100-3.

Casamayor, Enrique: Educación totalitaria en la Alemania Oriental. BdA. 1954. 55, 124-126.

Casamayor, Enrique (C): Psiquiatría y existencia. BdA. 1954. 56, 270-1.

Casamayor, Enrique: Nuevos cursos en la Universidad Internacional de Santander. BdA. 1954. 58, 124-7.

Casamayor, Enrique: Trad. del alemán de Miguel de Unamuno, "excitator hispanie", p. Ernst Robert Curtius. BdP. 1954. 60, 248-64.

Casamayor, Enrique (E. C.): La Literatura venezolana y su enseñanza. BdA. 1955. 61, 132-134.

Casamayor, Enrique (C.): Cuando los negros van a la escuela con los blancos. BdA. 1955. 61, 137-9.

Casamayor, Enrique (C.): Nuevas luces sobre la España romano-visigoda. BdA. 1955. 62. 298-300.

Casamayor, Enrique: "Religionskrieg" en Alemania. NT. 1955. 63, 337-51.

Casamayor, Enrique: El tema de la coexistencia con el mundo comunista. Crónica de la IV Reunión Internacional del Centro Europeo de Documentación e Información, celebrada en El Escorial. PdC. 1955. 66; PdC. 1955. 67.

Casamayor, Enrique: El tema de

la coexistencia con el mundo comunista. PdC. 1955. 67.

Casamayor, Enrique: Un artículo de Américo Castro sobre el carácter nacional en la formación literaria. BdA. 1955. 72, 361-3.

Casamayor, Enrique: Nuestra lengua millonaria. Ed. 1956. 78-79, 235-42.

Casamayor, Enrique: Novísimo diálogo sobre las "Nuevas Normas". 1956. 78-79, 349-80.

Casamayor, Enrique: Tan buen embajador. Ed. 1956. 84, 275-80.

Casamayor, Enrique: En el décimo año. Ed. 1957. 85, 3.

Casamayor, Enrique: "El vengador", de José Luis Castillo Puche. BdA. SB. 1957. 85, 155-7.

Casamayor, Enrique: Sibelius en la última luz (1865-1957). BdA. SdN. 1957. 95, 227-8.

Casamayor, Enrique: El Patronato regio de Indias y la Santa Sede en Santo Toribio de Mogrovejo. BdA. SB. 1957. 96, 369.

Casamayor, Enrique: "Eduard Spranger. Bildnis eines geistligen Menschen unserer Zeit". BdA. SB. 1958. 97, 121-2.

Casartelli, Manuel A.: Espejismo y realidad del lenguaje rioplatense. AvH. 61.

Casartelli, Manuel A.: La poesía didáctica de Leopoldo Lugones. HaV. 1957. 93.

Castañón, Luciano: Lidia, la enamorada. AyP. 1957. 96, 290-2.

Castellá, Juan: Sobre la existencia catalana. AyP. 1957. 91-92, 212-23.

Castillo, Luis: Ocho siglos de escultura española. BdA. ByN. 1953. 48, 369-71.

Castillo, Luis: Escultura internacional al aire libre. BdA. EesT. 1954. 49, 117-20.

Castillo, Luis: Matisse, José Caballero, Gregorio Prieto, Eva Lloréns, Santiago Uranga, Escuela madrileña. BdA. EesT. 1954. 50, 285-9.

Castillo, Luis: Concursos nacionales de Pintura. BdA. EesT. 1954. 51, 412-6.

Castillo, Luis: Exposición de Feito, Canogar, Pacheco Altamirano, Arte abstracto, Reproducciones en color, Luis M. Saumells, María Luisa Semper. BdA. EesT. 1954. 52, 93-7.

Castillo, Luis: La Exposición Nacional de Bellas Artes. BdA. 1954, 55, 120-3.

Castillo, Luis: De la valentía, la osadía y la desfachatez en la batalla artística. BdA. 1954. 56, 254-5.

Castillo, Luis: Joyas de Dalí. BdA. 1955. 62, 269-70.

Castillo Puche, José Luis: "La Isla de los demonios", segunda novela y segundo éxito de Carmen Laforet. BdA. 1952. 30, 384-6.

Castillo Puche, José Luis: Séptima edición del Premio Eugenio Nadal. BdA. EesT. 1952. 32, 277-80.

Castillo Puche, José Luis: El pequeño mundo de don Camilo. BdA. ByN. 1953. 37, 100-1.

Castillo Puche, José Luis: El Premio Nacional "Cervantes", 1952. BdA. ByN. 1953. 38, 233-234.

Castillo Puche, José Luis: El burriquillo "Platero", personaje universal. BdA. 1956. 84, 389-90.

Castillo Puche, José Luis: Sor Paula. AyP. 1957. 93, 355-66.

Castro, Carmen: Jorge Manrique de Lara: "Pedro el ciego". BdA. 1955. 61, 105-8.

Castro Cubells, Carlos: El Romanticismo alemán. BpL. 1949. 7, 200-1.

Castro Cubells, Carlos: Crónica cultural. CE. 1949. 8, 385-92.

Castro Cubells, Carlos: Crónica cultural: Países de habla alemana. CE. 1949. 9, 668-72.

Castro Cubells, Carlos: España como problema. BpL. NB. 1950. 13, 174-5.

Castro Cubells, Carlos: Libros de religión para nuestro tiempo. BdA. 1952. 25, 109-10.

Castro Cubells, Carlos: Los siete círculos de Thomas Merton. BdA. *** 1952. 26, 330-1.

Castro, Carlos (CC): Sobre "Aldebarán", de Unamuno. BdA. 1954. 56, 255-6.

Cebollada, Pascual: Religión. HR. 1949. 8, 463-6.

Cebollada, Pascual: Literatura. Arte. HR. 1949. 8, 470-9.

Cebollada, Pascual: Religión: HR. 1949. 9, 757-9.

Cebollada, Pascual: Literatura. Arte. HR. 1949. 9, 762-5.

Cebollada, Pascual: Tres comentarios sobre cine internacional: Festival en Punta del Este (Montevideo). BdA. 1951. 21, 445-8.

Cela, Ana: Nuevas palabras sobre "La frontera de Dios". BdA. SB. 1957. 93, 427-8.

Cela, Camilo José: "La Colmena" (Capítulo primero). 1950. 15.

Cela, Camilo José: Dibujos. 1950. 18.

Cencillo, S. I., Luis: Clima ideológico internacional. Verano 1953. A propósito del XI Congreso Internacional de Filosofía de Bruselas (20-26 agosto). BdA. ByN. 1953. 45, 384-392.

Cencillo, Luis: Urbe y orbe. BdA. 1954. 58, 106-11.

Ceñal, S. J., Ramón: Los vericuetos de Martín Heidegger. BpL. 1950. 15, 567-75.

Ceñal, Ramón: Catolicidad y deontología profesional. *** 1951. 22, 136-7.

Ceñal, S. J., Ramón: La teoría del lenguaje de C. Bühler. BdA. NB. 1952. 31, 134-42.

Ceñal, S. J., Ramón: La introducción de la Filosofía moderna en España e Hispanoamérica. BdA. ByN. 1952. 35, 123-134.

Ceñal, S. J., Ramón: "La espera y la esperanza", de Pedro Laín Entralgo. BdA. SB. 1957. 96, 352-64.

Cepeda, Carlos: Donoso Cortés y Carl Schmitt. BdA. EldE. 1954. 49, 92-7.

Céspedes del Castillo, Guillermo: Un libro definitivo sobre Belice. BpL. 1948. 1, 168-70.

Chacón y Calvo, José María: Recuerdo inacabado de Don Marcelino. 1956. 78-79, 415-20.

Chacón y Calvo, José María: La Academia Cubana en el II Congreso de Academias de la Lengua. 1956. 78-79, 470.

Chávarri, Raúl: Necesidad y servicio de la emigración española. BdA. 1956. 75, 384-5.

Chávarri, Raúl: Los problemas de nuestro tiempo. BdA. 1956, 76, 97-8.

Chávarri, Raúl: La inversión de los fondos en la Seguridad Social hispanoamericana. NT. 1956. 81, 184-5.

Chávarri, Raúl: Rec. John A. Houston: Latin America in the United Nations. BdA. SB. 1957. 86, 282-3.

Chávarri, Raúl: Un libro de Mario Amadeo sobre la convivencia internacional. BdA. SB. 1957. 87, 406-8.

Chávarri, Raúl: Rec. Mircea Eliade: Forgerons et alchimistes. BdA. SB. 1957. 89, 240-1.

Chávarri, Raúl: Las relaciones culturales entre el viejo y el nuevo continente. BdA. SB. 1957. 96, 374.

Chávarri, Raúl: "Maravillosa Bolivia", de Ernesto Giménez Caballero. BdA. SB. 1958. 97, 125.

Chaves, Julio César: Homenaje de Hispanoamérica a don Miguel de Unamuno. 1956. 78-79, 446-54.

Chaves, Julio César: La Academia Paraguaya en el II Congreso de Academias de la Lengua. 1956. 78-79, 476-7.

Chausa: Dibujos. 1948. 2.

Chumy: Dibujos. 1953. 48.

Ciochini, Héctor Eduardo: Tres poemas a Patricia Curtis. BdP. 1954. 58, 24-8.

Cirici-Ventalló, D.: Panorama literario de Guatemala. BdA. NA. 1953. 42, 403-6.

Cirici-Ventalló, Domingo: Un novelista guatemalteco. BdA. NA. 1954. 51, 400-1.

Cirici-Ventalló, Domingo: Rafael Landívar, el poeta de Guatemala. BdA. NA. 1954. 52, 77-9.

Cisneros, Miguel J. de: El derecho financiero y la planificación económica. BpL. 1948. 3, 623-6.

Clavería, Alberto: Catilina. BpL. 1948. 5-6, 214-6.

Clavería, Carlos: Unamuno y Carlyle. 1949. 10, 51-90.

Clavería, Carlos: Dos estudios norteamericanos sobre Antonio Machado. 1949. 11-12, 617-622.

Clavería, Carlos: Blasco Ibáñez, Unamuno, Valle-Inclán, Baroja. BpL. NB. 1950. 13, 171-2.

Clavería, Carlos: Una gramática

en la "Revista de Occidente". BdA. 1952. 27, 440-4.

Cobos, Alfredo de los: Un nuevo libro de Unamuno. BdA. ByN. 1953. 39, 379-82.

Cobos, Antonio de: Dibujos. 1948. 3.

Cocteau, Jean: Discurso de ingreso en la Academia Francesa. AyP. 1956. 74, 189-211.

Comas, Juan: Panorama continental del indigenismo. AvH. 1953. 47.

Conde, Carmen: Una mujer en la piedra. AyP. 1956. 74, 241-7.

Conde, Francisco Javier: La hazaña de la cristianización de Filipinas. PdC. 1958. 97.

Córdova, Enrique: La Academia Salvadoreña en el II Congreso de Academias de la Lengua. 1956. 78-79, 471.

Cortezo, Víctor M.: Dibujos. 1948. 4.

Coronel Urtecho, José: La comunicación interoceánica en Centroamérica. Ideal y empresa hispánicos. NT. 1948. 3, 443-455.

Coronel Urtecho, José: Hispanoamérica y Europa. 1953. 47, 173-82.

Coronel Urtecho, José: Memorama de Gotham. BdP. 1954, 50, 192-214.

Coronel Urtecho, José: Introducción y versión castellana de "Programa práctico para monjes", de Thomas Merton. AyP. 1958. 100, 9-11.

Corte, Marcel de: El cristianismo "burgués". BdP. 1954. 55, 3-18.

Corredor Matheos, José: Joan Perucho: Antología. AyP. 1956. 81, 226-33.

Cossío, Francisco de: Impresiones de mi viaje a Cuba. 2. 1949. 9, 547-58.

Costas, Carlos José: El Cuarteto Vegh. BdA. EesT. 1953. 44, 236-7.

Costas, Carlos José: Folklore infantil en Santo Domingo. BdA. 1956. 77, 217-9.

Costas, Carlos José: Himnos nacionales hispanoamericanos. HaIV. 1957. 88.

Costas, Carlos José: Presencia de Andrés Segovia. BdA. EesT. 1953. 37, 89. Estreno de "El Cónsul" en Barcelona. 90.

Costas, Carlos José: Un compositor español. BdA. EesT. 1953. 45, 370.

Costas, Carlos José: Himnos nacionales hispanoamericanos. HaV. 1957. 88.

Cote Lamus, Eduardo: Salvación del recuerdo. BdP. 1952. 27, 401-9.

Cote Lamus, Eduardo: Las adivinaciones. BdA. ByN. 1952. 32, 302-4.

Cote Lamus, Eduardo: Del Miño al Bidasoa, otro libro de Cela. BdA. ByN. 1953. 40, 128-30.

Cote Lamus, Eduardo: De las "Contemplaciones europeas" de Ernesto Mejía Sánchez. BdA. NA. 1953. 48, 335-9.

Cote Lamus, Eduardo: La tierra prometida, de Pablo Antonio Cuadra. BdA. 1954. 57, 382-5.

Cremer, Victoriano: Cancionero de Pertamoneda. 1951. 22, 49-58.

Crespo Pereira, Ramón: D'Arcy Thompson. BdA. EldE. 1953. 40, 71-2.

Crespo Pereira, Ramón: Egipcios. BdA. NA. 1953. 40, 90-2.

Crespo Pereira, Ramón: Hombres y máquinas. BdA. ByN. 1953. 40, 123-8.

Crespo Pereira, Ramón: Lógica matemática y ciencia natural. BdA. EesT. 1953. 41, 282-3.

Crespo Pereira, Ramón: El lenguaje de las abejas. BdA. ByN. *** 1953. 41, 302-3.

Crespo Pereira, Ramón: Las ciencias en la antigüedad. BdA. EldE. 1953. 42, 391-2.

Crespo, Ramón: Significación histórica de Leonardo Torres Quevedo. BdA. EesT. 1953. 42, 407-10.

Crespo Pereira, Ramón: El humanismo científico y la razón cristiana. BdA. ByN. 1953. 43, 116-7.

Crespo Pereira, Ramón: La edad del Universo. BdA. *** 1953. 43, 127-8.

Crespo Pereira, Ramón: Más sobre el lenguaje de las abejas. Hans Reichenbach. BdA. EldE. 44, 199-200 y 203-5.

Crespo Pereira, Ramón: La Sociedad Española de Cibernética. BdA. EesT. 1953. 44, 233-234.

Crespo Pereira, Ramón: La má-

quina de trovar electrónica. Sobre el porvenir de las ciencias. BdA. *** 1953. 44, 265-6 y 270-2.

Crespo Pereira, Ramón: Agustín de Pedrayes, el matemático español más ilustre del siglo XVIII. BdP. 1953. 45, 319-30.

Crespo Pereira, Ramón: El Curso de Laín sobre "La Ciencia de la Naturaleza en el mundo moderno". VII Curso de Problemas contemporáneos de Santander. PdC. 1953. 45.

Crespo Pereira, Ramón: Aprovechamiento de la energía solar. BdA. *** 1952. 46, 149-50.

Crespo Pereira, Ramón: Los ultrasonidos, sus aplicaciones y peligros.*** 1953. 46, 154-5.

Crespo Pereira, Ramón: El Congreso Internacional de Estética industrial. BdA. EldE. 1953. 47, 20, 205-7.

Crespo Pereira, Ramón: "Los derechos del ojo que la Geometría no comprende". BdA. EesT. 1953. 48, 356-9.

Crespo Pereira, Ramón: Esquema para un cerebro mecánico. BdA. ByN. 1953. 48, 362-5.

Crespo Pereira, Ramón: Premios Nobel en las Ciencias. BdA. *** 1953. 48, 374-6. Unas cuantas paradojas, 376-8.

Crespo Pereira, Ramón: Reflejos del pensamiento filosófico en la URSS. BdA. ByN. 1954. 49, 124-6.

Crespo Pereira, Ramón: Atomología o la física atómica en verso. BdA. *** 1954. 49, 135-136.

Crespo Pereira, Ramón: Los orígenes de la numeración y de la aritmética. BdP. 1954. 51, 358-67.

Crespo Pereira, Ramón (RCP): El Consejo Europeo para la investigación nuclear. BdA. EldE. 1954. 51, 389-91.

Crespo Pereira, Ramón: Lo viejo y lo nuevo. Consideraciones sobre las posibilidades creadoras del hombre. BdA. ByN. 1954. 51, 424-8.

Crespo Pereira, Ramón: Nuevo mundo dentro del átomo. ***. 1954. 51, 437-9.

Crespo Pereira, Ramón (RCP): De la Tierra a la Luna en diez horas. ***. 1954. 51, 441-2.

Crespo Pereira, Ramón: Alocución de Su Santidad sobre el progreso técnico. BdA. EldE. 1954. 52, 56-9.

Crespo Pereira, Ramón: Una nueva ciencia: el urbanismo. BdA. EesT. 1954. 52, 88-90.

Crespo Pereira, Ramón: Mosaico de noticias del mundo de la ciencia. BdA. 1954. 53, 214-8.

Crespo Pereira, Ramón: La máquina de traducir electrónica. BdA. 1954. 54, 333-6.

Crespo Pereira, Ramón: Revolución en la Patología. BdA. 1954. 56, 259-62.

Crespo Pereira, Ramón: La energía nuclear y la legislación de los distintos países. BdA. 1954. 59, 211-2.

Crespo Pereira, Ramón: Tomando las "huellas" al cerebro. BdA. 1954. 59, 218-22.

Crespo Pereira, Ramón: A cien años del nacimiento de Henri Poincaré. BdA. 1954. 59, 222-5.

Crespo Pereira, Ramón: Noticias del mundo de la ciencia. BdA. 1954. 60, 336-40.

Crespo Pereira, Ramón: La hazaña del doctor Bombard. BdA. 1955. 61, 122-4.

Crespo Pereira, Ramón (RCP): Premio Nobel de las Ciencias. BdA. 1955. 62, 262-4.

Crespo Pereira, Ramón: Noticiario del mundo de la ciencia. BdA. 1955. 64, 116-20.

Crespo Pereira, Ramón: El invento de las gafas. BdA. 1955. 68-69, 291-3.

Cruz Hernández, Miguel: La misión cultural de Ortega. EdP. 1953. 39, 291-302.

Cuadernos Hispanoamericanos: Homenaje poético a don Antonio Machado. 1949. 11-12, 499-522.

Cuadernos Hispanoamericanos: Nuestro pequeño museo machadiano. 1949. 11-12.

Cuadra, Pablo Antonio: Introducción al pensamiento vivo de Rubén. NT. 1948. 5-6, 89-102.

Cuadra, Pablo Antonio: Autorretrato. 1949. 10, 123-4.

Cuadra, Pablo Antonio: Poemas con un crepúsculo a cuestas. 1949. 10, 125-32.

Cuadra, Pablo Antonio: Noviembre. BdP. 1954. 50. 162-3.

Cuadra, Pablo Antonio: Dos ma-

res y cinco poetas: Neruda, Vallejo, Molinari, Paz y Pasos. AyP. 1955. 66, 338-60.

Cuadra, Pablo Antonio: La Academia Nicaragüense en el II Congreso de Academias de la Lengua. 1956. 78-79, 475.

Cuello Calón, Eugenio: El nuevo derecho penal. "La crisis del mundo liberal". PdC. 1953. 40.

Cuevas, Gabriel: Visión de Suramérica. BpL. 1950. 14, 379-86.

Curtius, Ernst Robert: Alemania y el pensamiento español actual. BdP. 1952. 28, 3-20.

Curtius, Ernst Robert: Miguel de Unamuno, "excitador hispaniae". BdP. 1954. 60, 248-64. Trad. Enrique Casamayor.

Cusi, Ezio: La doctrina social de la Iglesia y la Constitución mejicana. BdP. 1953. 40, 21-5.

C.: Teoría docente española en Alemania. El español, obligatorio en la enseñanza filipina. *** 1952, 31, 168-9.

C.: "Adonais", para Hispanoamérica. *** 1952. 35, 156-7.

C.: Claude Arvaud en Ars. BdA. EldE. 1953. 37, 73-4.

C.: La Biblioteca Nacional de Colombia. BdA. Arhl. 1953. 37, 83-4.

C.: El hombre sigue siendo historia... BdA. *** 1953. 37, 111-112.

C.: Aunque el nombre es lo de menos... *** 1953. 38, 248-9.

C.: Lo que ha de ser el diálogo intelectual. *** 1953. 38, 249-250.

C.: La civilización industrial y la cultura. BdA. ByN. 1953. 46, 143.

C.: Dos grandes triunfos de España. BdA. EesT. 1953. 47, 228-9.

C.: "Anthologica Annua". 1953. BdA. ByN. 1953. 47, 243-5.

C.: Los presupuestos mandan. BdA. *** 1953. 48, 378-9.

C.: Giovanni Papini y su "Diabolo" subjetivo. BdA. 1954. 53, 233-4.

C.: Dos libros hispanoamericanos traducidos al francés y al inglés. BdA. 1956. 73, 121-3.

C.: El hombre en la vida social. BdA. 1956. 73, 136-8.

C.: Los catálogos colectivos. BdA. SB. 1957. 87, 411-2.

C. B.: El "Tenorio" plástico de Salvador Dalí. *** 1950. 13, 191-2.

C. F. A.: El plan económico en la sociedad libre. BpL. 1948. 5-6, 185-7.

C. F. A.: La situación financiera del Ecuador. BpL. 1948. 5-6, 189-91.

C. F. A-S.: La pintura mural en Méjico. *** 1949. 9, 685-6.

C. H.: "Idea de la Hispanidad", de Manuel García Morente. BpL. 1948. 1, 184-7.

C. H.: La "Carta de Quito" y la Conferencia Económica Grancolombiana. NT. 1948. 4, 75-88.

C. H.: La Revista Javeriana. BpL. 1948. 5-6, 216-8.

C. H.: Temas políticos: HR. 1949. 8, 487-93.

C. H.: El Sinarquismo y el F. P. mejicano. La Hispanidad vista por los italianos. ¿Colonial, hispánico, virreynal? Un nuevo Francisco Pizarro. Hispanoamérica, unidad geográfica y económica. Panorama hispanoamericano del dólar. La economía en el Perú. Política minera ecuatoriana. El crédito de los países hispanoamericanos. Hacia el Ministerio del Aire argentino. El Instituto geofísico de los Andes. El Seguro de Enfermedad español. El matrimonio en España. II Semana Interamericana de A. C. La Universidad centroamericana. Los acuerdos hispanofilipinos. Un Colegio Mayor. La educación en Hispanoamérica. La enseñanza indígena en Guatemala. Cine español y cine argentino. Crisis teatral en Méjico. *** 1949. 8, 395-419.

C. H.: Guerra en la paz. NB. 1950. 15, 595-6.

C. H.: Marañón y sus nostalgias de América. *** 1950. 17, 313.

C. H.: ¿Qué pasa con la Historia de América? *** 1950. 17, 316.

C. H.: Cuando comienza el curso. *** 1950. 17, 311.

C. H.: Cine hispanoamericano en Madrid. *** 1950. 17, 316-7.

C. H.: Cuatro versiones clásicas. BpL. NB. 1950. 18, 463-4.

C. H.: Crónica centroamericana desde El Salvador. BdA. 1952. 29, 222-6.

C. H.: El punto exacto de Tegucigalpa y Carachi. BdA. ArhI. 1952. 31, 113.

C. H.: A por una Europa una. BdA. EldE. 1952. 32, 241-3.

C. H.: El Colegio Mayor "Guadalupe", en su primer lustro. BdA. ArhI. 1952. 32, 255-7.

C. H.: Maeztu. Ed. 1952. 33-34, 5-8.

C. H.: Brindis al Padre Lira. BdA. EesT. 1952. 36, 271-4.

C. H.: Diálogo Aranguren-Sopeña. BdA. EesT. 1953. 38, 229-232.

C. H.: Ediciones de poesía contemporánea española e hispanoamericana. *** 1953. 40, 144.

C. H.: ¿Sacerdotes-obreros y obreros-sacerdotes? BdA. EldE 1953. 46, 94-6.

C. H.: Lección de hispanidad en Chile. BdA. NA. 1953. 46, 115-116.

C. H.: Becas de estudios para trabajadores. BdA. EesT. 1953. 46, 127-8.

C. H.: "Nuestra América" en las Revistas. PdC. 1953. 46.

C. H.: El desquite de los negros. BdA. *** 1953. 47, 249.

C. H.: "Nuestra América" en las revistas. PdC. 1953. 47.

C. H.: Francia y la previsión moral ante el cine. BdA. EldE. 1953. 48, 328-9.

C. H.: El Instituto Chileno-Hispánico. BdA. NA. 1953. 48, 346-347.

C. H.: "Nuestra América" en las revistas. PdC. 1953. 48.

C. H.: Historia de la música hispánica. BdA. 1954. 60, 351-2.

C. H.: La polémica del bien común. BdA. 1955. 64, 103-4.

C. H.: La economía europea en auge. BdA. 1955. 64, 112-3.

C. H.: Atomos para la paz. BdA. 1956. 76, 102-3.

C. H.: Los movimientos migratorios de estudiantes a los Estados Unidos. BdA. 1956. 77, 208-10.

C. H.: Documentos del II Congreso Hispanoamericano de Historia. PdC. 1957. 95.

C. H.: Política con razón. Ed. 1957. 95, 131-6.

C. R.: El verano y la cultura. *** 1949. 10, 227-8.

C. R.: El IV Festival de Cannes. BdA. 1951. 21, 449-53.

C. R.: Don Eugenio d'Ors habla a los colegiales del "Guadalupe". *** 1951. 22, 141-2.

C. R.: Congreso Científico, D. F. 1951. 24, 419-22.

C. R.: Pedro Salinas y el mundo hispánico. *** 1951. 24, 421-425.

C. R.: Salud, dinero y amor... de los franceses. *** 1952. 27, 461-2.

C. R.: El español en los Estados Unidos. BdA. EesT. 1953. 39, 352-3.

C. R.: Páginas de la "Revista de Educación". BdA. ByN. 1953. 421-3.

D

Dacio, Juan: Notas sobre el espacio soviético. BdA. NT. 1957. 94, 87-94.

Dago, Julio: Siete poemas. BdP. 1955. 61, 32-37.

Dalmau, Wifredo: El caso clínico de Kafka en "La metamorfosis". BdP. 1952. 27, 385-8.

Damboriena, S. J., Prudencio: Génesis y etapas de la penetración protestante en Iberoamérica. NT. 1956. 80, 5-25.

Dampierre, Carlos: Resúmenes bibliográficos (sobre Antonio Machado). 1949. 11-12, 679-702.

Dampierre, Carlos R.: Una traducción en verso de la "Odisea". BdA. ByN. 1953. 44, 255-259.

Dampierre, C. R. de: Una antología española de poesía francesa. BdA. 1956. 82, 125-7.

Dampierre, Carlos R. de: Versos del crucero. AyP. 1956. 73, 85-98.

Dana Montaño, Salvador M.: Ideas que reclaman la atención de los argentinos de hoy. Corrientes intelectuales e ideológicas en boga. PdC. 1955. 64.

Dauphin-Meunier, Aquiles: Evolución actual de la economía europea. BdP. 1953. 37, 3-24.

Dauphin-Meunier, Aquiles: Experiencias y perspectivas de una unión económica europea. BdP. 1954. 49, 67-76.

Delgado, Alvaro: Dibujos. 1954, 58.

Delgado, Jaime: "El problema de la cultura americana, de Alberto Zum Felde. BpL. 1948. 1, 159-65.

Delgado, Honorio: Fundamentos ontológicos de nuestra unidad cultural. SPH. 1948. 2, 199-213.

Delgado, Jaime: La primera Reunión Panamericana de Consultas sobre Historia. *** 1948. 2, 323-4.

Delgado, Jaime: La investigación hispanoamericana sobre la Independencia. *** 1948. 3, 572-577.

Delgado, Jaime: Historia de una polémica. BpL. 1948. 3, 603-7.

Delgado, Jaime: Un cuadro histórico de las Indias. BpL. 1948. 3, 617-23.

Delgado, Jaime: La política americana de España en el siglo XIX. SPH. 1948. 5-6, 29-50.

Delgado, Jaime: El Centenario de Hernán Cortés. *** 1948. 5-6, 149-52.

Delgado, Jaime: IV Centenario de Fray Juan de Zumárraga. *** 1948. 5-6, 152-3.

Delgado, Jaime: Acuerdo de la Academia Argentina de la Historia. La "Revista de las Indias". *** 1948. 5-6, 168-71.

Delgado, Jaime: Un ensayo literario. BpL. 1948. 5-6, 209-11.

Delgado, Jaime: El Congreso Hispanoamericano de Historia. *** 1949. 7, 147-9.

Delgado, Jaime: Historia. HR. 1949. 8, 479-81.

Delgado, Jaime: Huella literaria del mito de Orfeo. BpL. 1949. 8. 458-60.

Delgado, Jaime: Historia. HR. 1949. 9, 765-8.

Delgado, Jaime: El Congreso Hispanoamericano de Historia. *** 1949. 9, 679-80.

Delgado, Jaime: Trayectoria de Chile. BpL. 1949. 10, 175-82.

Delgado, Jaime: Ignorancia histórica. *** 1949. 10, 222-3.

Delgado, Jaime: El Congreso Hispanoamericano de Historia. 1950. 13, 193-8.

Delgado, Jaime: Notas sobre el porfirismo. EpL. 1950. 14, 351-360.

Delgado, Jaime: Algo sobre "América Latina". 1950. 14, 257-64.

Delgado, Jaime: El ensayo histórico en Chile. *** 1950. 14, 427-428.

Delgado, Jaime: Dos ideas del libertador San Martín. 1950. 16, 57-66.

Delgado, Jaime: La muerte de "Pito Pérez". BdA. ByN. 1952. 35, 143-4.

Delgado, Jaime: Roberto Levillier, historiador de América. BdA. NA. 1953. 38, 213-5.

Delgado, Jaime: Monumentos históricos. BdA. NA. 1953. 40, 83-84.

Delgado, Alvaro: Dibujos. 1953. 43.

Delgado, Jaime: La noveja mejicana de Agustín Yáñez. BdA. ByN. 1953. 44, 249-55.

Delgado, Jaime: Ocho poemas. BdP. 1954. 52, 39-45.

Delgado, Jaime: Interpretación de la Historia sudamericana. BdA. 1954. 55, 139-40.

Delgado, Jaime: Boletín del Instituto Riva-Agüero. BdA. 55, 148-50.

Delgado, Jaime (JD): ¿Ni indigenismo ni hispanismo? BdA. 1954. 56, 262-3.

Delgado, Jaime: La novela mexicana de la Revolución. BdP. 1955. 61, 75-86.

Delgado, Jaime: La reforma mexicana. NT. 1955. 62, 162-89.

Delgado, Jaime: El siglo XIX en sus documentos. BdA. 1955. 62, 278-80.

Delgado, Jaime: La Revolución mejicana, acontecimiento cultural. AyP. 1955. 68-69, 207-225.

Delgado, Jaime: La unidad de Hispanoamérica. AyP. 1956. 81, 234-47.

Delgado, Jaime: Cincuenta aniversario de la actividad literaria de Alfonso Reyes. BdA. 1956. 84, 391-3.

Delgado, Jaime: Los orígenes de la hispanidad en el siglo XIX. BdA. NT. 1957. 88, 75-82.

Delgado, Jaime: Memoria del corazón. AyP. 1957. 89, 192-8.

Delgado, Jaime: La periodización de la Historia de América. AyP. 1957. 93, 387-402.

Delgado, Jaime: Coloquio hispa-

nopuertorriqueño de Historia. BdA. NT. 1957. 96, 333-5.

Delmar, Meira: Tres poemas. BdP. 1954. 55, 46-9.

Demsey, Bernard W.: La economía en las Encíclicas sociales. BdP. 1952. 29, 139-44.

Derisi, Octavio Nicolás: ¿Europeos o americanos? AvH. 1953. 47.

Derisi, Octavio Nicolás: El drama de Europa. PdC. 1955. 63.

Derisi, Octavio Nicolás: Ser y hombre en la introducción a la metafísica de M. Heidegger. AyP. 1957. 93, 321-32.

Desantes Guanter, José María: "La prudencia política", de Leopoldo E u l o g i o Palacios. BpL. 1948. 1, 165-7.

Díaz Casanueva, Humberto: Pequeña antología de sus versos. BdP. 1954. 49, 17-33.

Díaz-Plaja, Guillermo: El meditador de la argentinidad (Notas sobre Eduardo Mallea). 1950. 14, 265-78.

Díaz-Plaja, Guillermo: Raíz hispánica de Eduardo Mallea (Lengua, e s t i l o, estética). 1950. 17, 231-9.

Díaz-Plaja, Guillermo: Lenguaje, verso y poesía de José Martí. BdP. 1953. 39, 312-22.

Díaz-Plaja, Guillermo: Salvador Díaz Mirón y el modernismo. BdP. 1954. 57, 300-7.

Díaz-Plaja, Guillermo: Hacia una definición de Eugenio d'Ors. BdP. 1955. 61. 50-9.

Díaz-Plaja, Guillermo: El sentimiento de la naturaleza en Díaz Mirón. AyP. 1955. 65. 197-205.

Díaz Sánchez: La Academia Venezolana en el II Congreso de Academias de la Lengua. 1956. 78-79. 481-2.

Diego, Eliseo: "Por los extraños pueblos" y otros poemas. 1950. 15. 457-64.

Diego, Gerardo: Polifonía religiosa. 3. 1949. 9, 567-76.

Diego, Gerardo: Un "Raudal" de poesía. BpL. 1949. 10, 165-74.

Diego, Gerardo: "Tempo" lento en Antonio Machado. 1949. 11-12, 421-6.

Diego, Gerardo: La suerte o la muerte. AyP. 1957. 89, 149-56.

Diego, Gerardo: Amor solo. AyP. 1958. 100, 32-8.

Diego Cuscoy, Luis: La creación del Museo "Cuscoy". BdA. EesT. 1953. 42, 414-7.

Díez, Beatriz (Argentina): 1955. 70.

Díez del Corral, Luis: Europa, campesina. BdP. 1952. 29, 145-158.

Díez del Corral, Luis: Los puntos cardinales de Europa. BdP. 1953. 44, 135-49.

Díez del Corral, Luis: Contrapunto europeo en el arte de Roma. BdP. 1954. 55, 62-79.

Díez del Corral, Luis: Rilke y el mito clásico. AyP. 1957, 87, 293-318.

Díez de Medina, Fernando: Imantata. 1951. 24, 377-84.

Díez de Medina, Fernando: La Reforma educacional en Bolivia. BdA. NA. 1954. 52, 68-72.

Díez de Medina, Fernando: Mariano Picón Salas y "Los días de Cipriano Castro". BdA. 1954. 54, 348-50.

Díez de Medina, Fernando: El mago. BdP. 1954. 55, 92-8.

Díez de Medina, Fernando: Los derechos esenciales del indio americano. BdA. 1954. 59, 232-235.

Díez de Medina, Fernando: Schiller, arcángel del ideal. AyP. 1955. 68-69, 171-89.

Díez de Medina, Fernando: Fantasía a la memoria de mi padre. PdC. 1956. 80.

Droc, María: Dibujos. 1948. 3.

Dubarle, Dominique: Técnicas modernas y problemas de civilización. 1951. 19. 39-52.

Dubarle, Dominique: Paul Claudel y el alma española. AyP 1956. 76. 29-50.

Ducay Fairén, Tomás: El "Instituto de Humanidades", de Ortega y Gasset. *** 1949. 7. 168-9.

Ducay, Tomás: Una Encíclica trascendente. *** 1950. 17, 309 a 311.

Ducay Fairén, Tomás: Eliot y la cultura. BpL. 1950. 18, 451-8.

Ducay, Tomás: Un poco de pintura en primavera. "Los Once". Palencia. Valdivieso. B d A. 1951. 21, 460-2.

Ducay, Tomás: América no tiene estilo artístico. *** 1951. 21, 481-2.

Ducay, Tomás: Arte Sacro Misio-

nal en Madrid. BpL. 1951. 22, 108-10.

Ducay, Tomás: Stalin, historiador. *** 1952. 27, 453-4.

Dumontier-Beroulet, J. L.: Pasión y muerte de la juventud francesa: Roberto Brasillac. PdC. 1952. 32.

Duque, Aquilino: Nota y versiones castellanas de "Ocho poemas" de Dylan Thomas. AyP. 1957. 90, 268-73.

Duque Gómez, Luis: Introducción al estudio del arte indígena colombiano. ArPo. 1948. 4, 161-9.

D. F.: Schuman, cerca de la verdad. *** 1952. 27, 460-1.

E

Ebbanks: La novela de la tierra: su concepto. HaV. 1957. 91-92.

Echánove, Jaime de: Tierra Santa y dolorida. *** 1948. 5-6. 180-1.

Echánove Guzmán, Jaime de: Emigración y formación profesional. *** 1949. 7, 165.

Echeverri Mejía, Oscar: Lección lírica de Colombia. AyP. 1957. 96, 313-7.

Emilio, Aquiles: Relato chipriota (Nota y versión castellana de Antonio Tovar). AyP. 1956. 81, 247-52.

Escassi, José Romero: Dibujos. 1948. 3.

Escasi, José Romero: Dibujos. 1948. 5-6.

Escobar, José Ignacio: El orden supranacional. BdP. 1955. 61, 3-18.

Escobar, José Ignacio: España y la comunidad política europea. BdP. 1954. 53. 145-51.

Escobar, Luis: Diálogo sobre el teatro en España. ArPo. 1948. 5-6, 117-22.

Espinosa Dueñas: Dibujos. 1957. 95.

Espinosa Pólit, Francisco: Función unitaria de la lengua. 1956. 78-79, 289-97.

Estelrich, Juan: Alemania, pueblo problemático. BdP. 1952. 36, 186-92.

Esteva Fabregat, Claudio: Interpretación de Méjico. NT. 1956. 83, 147-62.

Estrada, José María de: Reflexiones sobre hispanismo y lo nacional. AvH. 1953. 47.

Evert, Alexandra: "La Gioconda", ¿es Constanza de Avalos? 1951. 20, 235-46.

E.: Buenas "Noticias" en Madrid. BdA. EesT. 1953. 37, 90-1.

E.: Salamanca tiene su música. BdA. EesT. 1953. 47, 226-7.

E.: ¿Es un gran músico Messiaen? BdA. *** 1953. 48, 373-374.

E. C.: ¿Quién realizó el Monasterio de El Escorial? *** 1949. 7, 180-1.

E. C.: La novela novel. *** 1949. 10, 224-6.

E. C.: El caso de la pintura española actual... *** 1950. 14, 426-7.

E. C.: Teatro colonial hispanoamericano. NB. 1950. 15, 593-595.

E. C.: Literatura brasileña. NB. 1950. 16, 144-5.

E. C.: La dulce patria argentina. BpL. NB. 1950. 18, 461-2.

E. C.: Una guía ejemplar de El Salvador. BdA. 1951. 21, 458-9.

E. C.: Balance de un año de Hispanidad. BdA. 1951. 22, 125-6.

E. C.: Premio Adonais de Poesía 1951: Lorenzo Gomis. *** 1951. 24, 429-30.

E. C.: Curiosa geografía de los Pemios Nobel 1951. BdA. *** 1952. 26, 323-4.

E. C.: El público y el buen cine. BdA. *** 1952. 26, 327-8.

E. C.: Una de miedo. *** 1952. 27, 457-8.

E. C.: ¿Para qué sirve un Colegio Mayor". *** 1952. 28, 126-127.

E. C.: Una nueva gracia de Salvador Madariaga. *** 1952. 35, 161-2.

E. C.: "Alcalá" ya tiene un año. BdA. *** 1953. 37, 115-6.

E. C.: Nuestro tiempo y el de ellos. BdA. *** 1953. 39, 392-393.

E. C.: El superlativismo y la honestidad en la crítica. BdA. *** 1953. 39, 394-5.

E. C.: "Jeux interdits" o el cerebralismo que marchita. BdA. EldE. 1953. 41, 246-7.

E. C.: La filosofía, en peligro en los Estados Unidos. BdA. NA. 1953. 41, 260-2.

F

Ferreira de la Torre, Carlos: Concurso internacional de escultura en Londres. *** 1952. 30, 389-90.

Ferreira, Carlos: El pintor dominicano Darío Suro. BdA. NA. 1953. 42, 393-5.

Ferreira, Carlos: Dibujos. 1953. 44.

Ferreira Cortés, Angel: Las Malvinas, Gibraltar, las Guayanas: reivindicaciones de los pueblos hispánicos. BdP. 1954. 52, 45-51.

Ferreira, Fernando (España): 1955. 67.

Ferreira de la Torre, Fernando: Dibujos. 1954. 55.

Ferreres, Rafael: Sobre la interpretación de un poema de Antonio Machado. BdP. 1954. 55, 99-111.

Ferreres, Rafael: Los límites del modernismo y la generación del noventa y ocho. AyP. 1956. 73, 66-84.

Florit Arizmendi, Carlos: Dialogando con Eugenio d'Ors. 1951. 19, 99-112.

Fojo Colmeiro, Adolfo: Hermana España. 1951. 22, 35-40.

Forero, José Manuel: La Academia Colombiana en el II Congreso de Academias de la Lengua. 1956. 78-79, 469.

Fortún, Julia Elena: Notas sobre el folklore boliviano. BdP. 1952. 28, 70-8.

Fraga, Jesús: Teatros de cámara y Teatros universitarios. BdA. EesT. 1953. 40, 105-7.

Fraga Iribarne, Manuel: Razas y racismo. 1950. 14, 215-38.

Fraga Iribarne, Manuel: Bolívar y la idea federal. 2. 1950. 18, 379-86.

Fraga Iribarne, Manuel: El problema político de nuestro tiempo. BpL. 1951. 19, 131-4.

Fraga Iribarne, Manuel: "La síntesis viviente", de Víctor Andrés Belaunde. BdA. 1951. 21, 456-7.

Fraga Iribarne, Manuel: Dinámica social. BdA. 1951. 21, 463-4.

Fraga Iribarne, Manuel: El dedo en la llaga. *** 1951. 21, 479-480.

Fraga Iribarne, Manuel: Cánovas, 1951. BpL. 1951. 22, 103-107.

Fraga Iribarne, Manuel: El verdadero concepto de la Hispanidad. *** 1951. 22, 135-6.

Fraga Iribarne, Manuel: La comunidad internacional iberoamericana. *** 1951. 22, 137.

Fraga Iribarne, Manuel: Economía y sociedad. *** 1951. 22, 140.

Fraga Iribarne, Manuel: Sesenta años después. *** 1951. 22, 142.

Fraga Iribarne, Manuel: Nosotros, los de las Américas. BdA. 1951. 23, 242-5.

Fraga Iribarne, Manuel: Responsabilidad del saber. *** 1951. 23, 284.

Fraga Iribarne, Manuel: La Carta de la Organización de los Estados Centroamericanos de 14 de octubre de 1951. BdA. 1952. 25, 85-9.

Fraga Iribarne, Manuel: Un libro sobre Guatemala. BdA. 1952, 25, 112-3.

Fraga Iribarne, Manuel: Congreso Unión Latina en Río. BdA. *** 1952. 26, 321-2.

Fraga Iribarne, Manuel: La formación del pueblo venezolano. BdA. 1952. 26, 296-7.

Fraga Iribarne, Manuel: La crisis colombiana. BdA. 1952. 27, 429-33.

Fraga Iribarne, Manuel: Arte y sociedad. BdP. 1952. 29, 131-8.

Fraga Iribarne, Manuel: La reforma de la constitución uruguaya. BdA. 1952. 30, 354-70.

Fraga Iribarne, Manuel: Derecho constitucional peruano. BdA. NB. 1952. 31, 144-5.

Fraga Iribarne, Manuel: España ante la nueva crisis de la conciencia occidental. BdA. NB. 1952. 31, 146-50.

Fraga Iribarne, Manuel: Las Españas. PdC. 1952. 31.

Fraga Iribarne, Manuel: Dos libros yanquis sobre la organización política de Hispanoamérica. BdA. ByN. 1952. 32, 285-290.

Fraga Iribarne, Manuel: Dos nuevas revistas para la América Latina. *** 1952. 32, 312-313.

Fraga Iribarne, Manuel: De pópuli imperio. La democracia. BdA. ByN. 1952. 36, 280-1.

Fraga Iribarne, Manuel: Congre-

G

bes de América en lo hispánico y lo arábigo. BdP. 1952. 31, 43-9.

Gil de Biedma, Jaime: Poesía y comunicación. AyP. 1955. 67, 96-101.

Gil Novales, Alberto: De literatura hispanoamericana. AyP. 1956. 77, 188-94.

Gil Novales, Alberto: Alfonso Reyes y su "Visión de Anahuac" (1519). BdA. 1956. 80, 131-3.

Gil Novales, Alberto: Antología del cuento en Cuba. AyP. 1956. 81, 282-4.

Gil Novales, Alberto: "Comprensión de Venezuela", de Mariano Picón-Salas. BdA. SB. 1957. 84, 148-9.

Gil Novales, Alberto: Sobre literatura hispanoamericana. BdA. SN. 1957. 86, 260-9.

Gil Novales, Alberto: Leyendo "El camino de El Dorado". BdA. SdN. 1957. 87, 392-8.

Gil Novales, Alberto: "Liberales y románticos", de Vicente Lloréns Castillo. BdA. SB. 1957. 88, 113-7.

Gil Novales, Alberto: Una experiencia intelectual. BdA. SN. 1957. 89, 222-5.

Gil Novales, Alberto: "En este lado", de José Luis González. BdA. SB. 1957. 90, 389-90.

Gil Novales, Alberto: "Cervantes, compañero eterno", de Santiago Montero Díaz. BdA. SB. 1957. 91-92. 301-3.

Gil Novales, Alberto: "Descartes par lui-même", de Samuel S. de Sacy. BdA. SB. 1957. 91-92, 304-6.

Gil Novales, Alberto: Un programa de Historia de América. BdA. SdN. 1957. 94, 95-103.

Gil Novales, Alberto: Arturo Uslar-Pietri y el provincianismo español. BdA. SdN. 1957. 94, 104-7.

Gil Novales, Alberto: "Haití, pueblo afro-antillano", de Ricardo Pattee. BdA. SB. 1957. 94, 112-5.

Gil Novales, Alberto: "La metamorfosis de Proteo", de Guillermo de Torre. BdA. SB. 1957. 94, 119-21.

Gil Novales, Alberto: Un preocupado del siglo XVIII: Don José Nicolás de Azara. BdA. SdN. 1957. 95, 213-21.

Gil Novales, Alberto: La hora del lector. BdA. SB. 1957. 95, 238-240.

Gil Novales, Alberto: Visión lejana de José Plá. BdA. SdN. 1957. 96, 345-7.

Gil Novales, Alberto: Ortega y la literatura de viajes. BdA. SdN. 1958. 97, 97-100.

Gil Novales, Alberto: "Amerigo y el Nuevo Mundo", de Germán Arciniegas. BdA. SB. 1958. 97, 116-9.

Gil Novales, Alberto: Las cartas boca abajo. BdA. SdN. 1958. 98, 227-9.

Gil Novales, Alberto: "La función del mito clásico en la literatura contemporánea", de Luis Díez del Corral. BdA. SB. 1958. 98, 252-4.

Gil Novales, Alberto: "Floresta literaria de la América indígena", de José Alcina Franch. BdA. SB. 1958. 99, 371-3.

Gil Novales, Alberto: Jorge Juan y Antonio de Ulloa. AyP. 1958. 100, 75-92.

Gil Novales, Alberto: La cultura española en el siglo XVIII. BdA. SB. 1958. 100, 130-5.

Gil y Tovar, Francisco: Hispanoamérica ante el comunismo. 1950. 14, 279-94.

Giménez-Caballero, Ernesto: "La gloria de Don Ramiro", en la novela hispanoamericana. ArPo. 1949. 8, 319-30.

Giménez-Caballero, Ernesto: Recuerdos vivos ante Maeztu muerto. "La vida". 1952. 33-34, 25-32.

Giraldo: Las elecciones norteamericanas. NT. 1956. 84, 283-295.

Gómez Arboleya, Enrique: Breve meditación sobre el viaje. BdP. 1952. 35, 41-54.

Gómez Canedo, Lino: Dos centenarios hispánicos. *** 1950. 14, 423-4.

Gómez Galán, Antonio: La poesía de Rubén. BpL. 1949. 7, 220-2.

Gómez Mar, José: Más allá de la magia y del sentido. BdA. SdN. 1957. 93, 416-8.

Gómez Perales: Dibujos. 1953. 46.

Gómez S. Gordoa, José: México y la comunidad económica ibe-

roamericana. BdA. NT. 1957. 93, 405-8.

Gómez de la Serna, Gaspar: Maeztu y el 98. "La obra". 1952. 33-34, 136-48.

Gómez de la Serna, Ramón: Quevedo, Madrid y América. 1950. 15, 511-22.

Gómez de la Serna, Ramón: Edgar Poe, genio de América. 1951. 24, 319-32.

Gómez Tello, José Luis: La Bienal Cinematográfica de Venecia. BdA. 1951. 24, 391-6.

Gomis, Lorenzo: Ocho poemas de "El caballo". BdP. 1952. 25, 30-40.

Gonthier, Denys A.: El poeta de la soledad. BdA. SdN. 1957. 96, 336-43.

González de Amezúa, Agustín: Informe de la Comisión Permanente (1951-1956) del Congreso de Academias de la Lengua de Madrid. 1956. 78-79, 383-97.

González de Amezúa, Agustín: Menéndez Pelayo y su labor en las Academias de la Lengua. 1956. 78-79, 436-45.

González-Estéfani, José María: Notas en torno al problema de América. 1951. 23, 209-16.

González-Estéfani, José María: La nueva Cristiandad. BdA. EesT. 1952. 31, 124-6.

González-Estéfani, José María: Un libro de Miguel Oxiacán. BdA. ByN. 1953. 40, 131-2.

González Seara, Luis: Miseria del historicismo. BdA. SB. 1958. 100, 141-6.

Gordón, José: Ausencia dramática en los escenarios españoles. BdA. EesT. 1952. 25, 120-2.

Gordón, José: Teatro y cine para el momento en que vivimos. PdA. EldE. 1953. 47, 207-10.

Goytisolo, José: Notas sobre una correspondencia: Claudel-Gide. BdA. ByN. 1952. 32, 300-2.

Guardini, Romano: Sólo quien conoce a Dios conoce al hombre. BdP. 1954. 51, 323-37. Trad. del alemán, E. Casamayor.

Guasp Delgado, Jaime: Libertad y autoridad en el Derecho procesal. "La crisis del mundo liberal". PdC. 1953. 40.

Guerrero Ruiz, Juan: Bibliografía de Antonio Machado. 1949. 11-12, 703-20.

Guevara, Pablo: Retorno a la creatura. AyP. 1957. 88, 45-52.

Gullón, Ricardo: Lenguaje, humanismo y tiempo en Antonio Machado. 1949. 11-12, 567-82.

Gullón, Ricardo: Primera Reunión de la "Escuela de Altamira". 2. 1950. 13, 83-96.

Gullón, Ricardo: El dios poético de Juan Ramón Jiménez. BpL. 1950. 14, 343-50.

Gullón, Ricardo: Imaginación y poesía en la pintura de Juan Miró. 1950. 15, 523-34.

Gullón, Ricardo: Saludo a un joven poeta. NB. 1950. 15, 591-2.

Gullón, Ricardo: Confidencia al viento. BpL. 1950. 17, 301-3.

Gullón, Ricardo: Las sorpresas del Goncourt. NB. 1951. 19, 139-40.

Gullón, Ricardo: Un retrato de William Faulkner. *** 1951. 20, 325-6.

Gullón, Ricardo: Un juicio sobre Gide. *** 1951. 21, 492-3.

Gullón, Ricardo: Picasso, andaluz universal. 1951. 23, 177-96.

Gullón, Ricardo: Cintio Vitier y su última poesía. BdA. 1951. 23, 260-2.

Gullón, Ricardo: La muerte de la cultura europea. *** 1951. 24, 425-6.

Gullón, Ricardo: Arte religioso contemporáneo. *** 1951. 24, 428-9.

Gullón, Ricardo: Semejanzas y diferencias de la Bienal. 1952. 26, 211-7.

Gullón, Ricardo: Las sorpresas del Goncourt (segunda parte). BdA. *** 1952. 26, 326-7.

Gullón, Ricardo: Premio Internacional Primera Novela. BdA. 1952. 27, 448-50.

Gullón, Ricardo: El lector atento. *** 1952. 28, 127.

Gullón, Ricardo: Recuerdos de Kafka. BdA. 1952. 29, 215-7.

Gullón, Ricardo: T. E. Lawrence y su leyenda heroica. *** 1952. 29, 231-2.

Gullón, Ricardo: Miserabilismo. *** 1952. 29, 237.

Gullón, Ricardo: Klee. BdA. EldE. 1952. 30, 342-3.

Gullón, Ricardo: El profanador. BdA. EldE. 1952. 30, 345-6.

Gullón, Ricardo: Centenario de

"Moby, Dick". BdA. EldE. 1952. 30, 347-8.

Gullón, Ricardo: Víctor Hugo. BdA. EldE. 1952. 30, 348-9.

Gullón, Ricardo: Adiós a Molnar. *** 1952. 30, 391-2.

Gullón, Ricardo: Galigai. BdA. EldE. 1952. 31, 96-8.

Gullón, Ricardo: Matisse. BdA. EldE. 1952. 31, 102-3.

Gullón, Ricardo: El pintor Willi Baumeister. BdP. 1952. 32, 207-14.

Gullón, Ricardo: El espíritu europeo. BdA. EldE. 1952. 32, 235-6.

Gullón, Ricardo: Orson-Otelo. BdA. EldE. 1952. 32, 240-1.

Gullón, Ricardo: La musa del poeta. BdA. EldE. 32, 243-4.

Gullón, Ricardo: La poesía de Carlos Izaguirre. BdA. ArhI. 1952. 32, 249-50.

Gullón, Ricardo: Gogol y Artaud. BdA. EldE. 1952. 35, 88-9.

Gullón, Ricardo: Pintura en Venecia. BdA. EldE. 1952. 35, 91-2.

Gullón, Ricardo: País y cultura americanos. BdA. ArhI. 1952. 35, 107-8.

Gullón, Ricardo: Pintura y escultura "1952". BdA. EesT. 1952. 35, 114-20.

Gullón, Ricardo: Ellison el invisible. BdA. ArhI. 1952. 36, 265-266.

Gullón, Ricardo: Un centenario actual: Lloréns Artigas, en Londres. BdA. EesT. 1952. 36, 270-5.

Gullón, Ricardo: ¡Vivan las antologías! BdA. ByN. 1952. 36, 284-5.

Gullón, Ricardo: Una estocada a Lautréamont. BdA. EldE. 1953. 37, 69-70.

Gullón, Ricardo: Los "fieras" en el Museo. BdA. EldE. 1953. 37, 72-3.

Gullón, Ricardo: "De Stijl". BdA. EldE. 1953. 38, 195-7.

Gullón, Ricardo: Los ochenta años de Colette. BdA. EldE. 1953. 38, 200-1.

Gullón, Ricardo: Nerval redivivo. BdA. EldE. 1953. 38, 201-3.

Gullón, Ricardo: Retoques al mito. BdA. EldE. 1953. 38, 205-7.

Gullón, Ricardo: Una interpretación de "La Regenta". BdA. NA. 1953. 38, 219-20.

Gullón, Ricardo: La poesía francesa contemporánea. BdA. EldE. 1953. 39, 328-9.

Gullón, Ricardo: 1984. BdA. ByN. 1953. 39, 375-6.

Gullón, Ricardo: Claridad y penetración de una poesía. BdA. ByN. 1953. 39, 386-7.

Gullón, Ricardo: Una retrospectiva del cubismo. BdA. EldE. 1953. 40, 78-80.

Gullón, Ricardo: O'Neill en Hispanoamérica. BdA. NA. 1953. 40, 94-6.

Gullón, Ricardo: Un novelista norteamericano. BdA. NA. 1953. 42, 400-3.

Gullón, Ricardo: Líricos de Andalucía. BdA. ByN. 1953. 42, 418-9.

Gullón, Ricardo: Lenguaje y técnica de Galdós. NT. 1956. 80, 38-61.

Gullón, Ricardo: Coloquios sobre cultura norteamericana. BdA. 1956. 80, 129-31.

Gullón, Ricardo: Tal Coat. BdA. 1956. 81, 296-8.

Gullón, Ricardo: Una Antología de Premios Nobel. BdA. 1956. 82, 118-20.

Gullón, Ricardo: Chillida en París. BdA. SdN. 1957. 85, 136-8.

Gullón, Ricardo: Soñando con palabras. BdA. SB. 1957. 93, 419-22.

Gullón, Ricardo: Galdós y Madrid. BdA. SB. 1957. 94, 108-112.

Gullón, Ricardo: Visiones de Giacometti. BdP. 1957. 95, 185-95.

Gullón, Ricardo: Investigaciones becquerianas. BdA. SdN. 1958. 98, 223-6.

Gullón, Ricardo: Literatura, espejo del alma. BdA. SB. 1958. 100, 125-9.

Gundlach, Gustav: La actitud del cristiano ante el problema de la coexistencia. NT. 1955. 68-69, 136-49. Trad. del alemán por E. Casamayor.

Gutiérrez, Fernando: Tiempo. AyP. 1955. 65, 185-96.

Gutiérrez, Rafael: El mensaje de España al mundo. BdA. EesT. 1954. 50, 281-3.

Gutiérrez Ferreira, Pedro Pablo: El siglo XVIII peruano. AyP. 1956. 82, 68-79.

Gutiérrez Solana, José: Dibujo

inédito: "Las destrozonas". 1950. 15.

Gutiérrez Girardot, Rafael: Reflexión sobre Francisco Romero. BdA. 1951. 23, 271-6.

Gutiérrez Girardot, Rafael: La utopía americana de Alfonso Reyes. BdP. 1952. 25, 73-84.

Gutiérrez Girardot, Rafael: Crítica con moldes. *** 1952. 25, 124-5.

Gutiérrez Girardot, Rafael: Un ciudadano del país de las zanahorias. *** 1952. 27, 458-9.

Gutiérrez Girardot, Rafael: Del taller de Alfonso Reyes. *** 1952. 28, 124.

Gutiérrez Girardot, Rafael: La nueva historia de América. BdA. 1952. 30, 382-4.

Gutiérrez Girardot, Rafael: Bolívar y la unidad de Hispanoamérica. BdA. ArhI. 1952. 31, 110-2.

Gutiérrez Girardot, Rafael: Cultura, ciudades y revistas. BdA. ArhI. 1952. 31, 114-6.

Gutiérrez Girardot, Rafael: Soledad de México, soledad de Hispanoamérica. BdA. NB. 1952. 31, 143.

Gutiérrez Girardot, Rafael: Mariano Azuela a los cuatro meses de su muerte. BdA. ArhI. 1952. 32, 253-4.

Gutiérrez Girardot, Rafael: Dos temas en la literatura hispanoamericana. BdA. ArhI. 1952. 32, 262-5.

Gutiérrez Girardot, Rafael: La literatura europea en Hispanoamérica.—El desarrollo de la política colombiana.—El testimonio de la literatura hispanoamericana. BdA. ArhI. 1952. 35, 97-106.

Gutiérrez Girardot, Rafael: El problema histórico de América. BdA. ArhI. 1953. 37, 75-7.

Gutiérrez Girardot, Rafael: Sobre Guillermo Valencia.—Nuevas revistas.—Política y Literatura. BdA. ArhI. 1953. 37, 77-82.

Gutiérrez Girardot, Rafael: La revolución de Bolivia y su "estatura estratégica". BdA. NA. 1953. 38, 211-3.

Gutiérrez Girardot, Rafael: Dos conmemoraciones. BdA. NA. 1953. 38, 216-8.

Gutiérrez Girardot, Rafael: Poesía y crítica nuevas en el Perú. BdA. NA. 1953 38, 221-2.

Gutiérrez Girardot, Rafael: La filosofía actual en la Argentina. Hispanoamericanismo e historias. BdA. NA. 1953. 39, 333-45.

Gutiérrez Girardot, Rafael: El pensamiento político de Lucas Alamán.—La vida de las revistas.—Sobre el estilo hispánico del pensar. BdA. NA. 1953. 41, 259-70.

Gutiérrez Girardot, Rafael: La obra de Andrés Bello.—José de la Cuadra.—Una Biblioteca de Autores Colombianos. BdA. NA. 1953. 44, 211-3, 214-6 y 218-21.

Gutiérrez Girardot, Rafael: Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana en Salamanca. BdA. EesT. 1953. 44, 237-41.

Gutiérrez Girardot, Rafael: Congreso de Filosofía en Bruselas. — Nueva revista filosófica. BdA. EldE. 1954. 50, 250-5.

Gutiérrez Girardot, Rafael: "Imago mundi", nueva revista argentina. BdA. NA. 1954. 51, 398-400.

Gutiérrez Girardot, Rafael: Palabra y verdad. BdA. 1954. 58, 114-6.

Gutiérrez Girardot, Rafael: Conmovida existencia: la poesía alemana contemporánea. BdA. 1954. 59, 122-4.

Gutiérrez Girardot, Rafael: La filosofía en Venezuela. BdA. 1954. 59, 228-30.

Gutiérrez Girardot, Rafael: España e Hispanoamérica. Apuntes sobre la Hispanidad. AyP. 1955. 68-69, 236-44.

Gutiérrez Girardot, Rafael: El mundo de la expresión. Notas de lectura a Gottfried Benn. AyP. 1955. 70, 63-78.

Gutiérrez Girardot, Rafael: Un nuevo libro de Alejandro Gallinal. BdA. 1956. 73, 134-6.

Gutiérrez, Fernando: Tiempo (II). AyP. 1957. 94, 66-74.

Gris, Juan: El músico. 1. 1950. 18, 344-5.

Grossmann, Rudolf: Balance espiritual de la moderna Hispanoamérica. BdP. 1954. 58, 16-23.

Grossmann, Rudolf: Valoración

I

J

K

L

ropa, joven América. Ed. 1948. 2, 193-5.

Laín Entralgo, Pedro: Diálogos del alma consigo misma: Hispanidad y Modernidad. I. NT. 1948. 2, 289-95.

Laín Entralgo, Pedro: Más sobre Europa y América. Ed. 1948. 3, 375-8.

Laín Entralgo, Pedro: Diálogos del alma consigo misma: Hispanidad y modernidad. NT. 1948. 3, 4, 493-9.

Laín Entralgo, Pedro: Amadises de América. Ed. 1948. 4, 5-9.

Laín Entralgo, Pedro: El espíritu de la poesía española contemporánea. SPH. 1948. 5-6, 51-84.

Laín Entralgo, Pedro: Reflexiones en torno a nuestra situación intelectual. NT. 1949. 7, 87-100.

Laín Entralgo, Pedro: Desde el tú esencial. Ed. 1949. 11-12, 237-40.

Laín Entralgo, Pedro: Sobre el ser de España. 1950. 15, 467-495.

Laín Entralgo, Pedro: Actualidad de Cajal. BpL. 1950. 17, 287, 90.

Laín Entralgo, Pedro: Bizantinismo europeo y bizantinismo americano. 1. 1950. 18, 329-43.

Laín Entralgo, Pedro: De la responsabilidad humana. *** 1951. 22, 138-9.

Laín Entralgo, Pedro: Introducción a una histórica particular. 1951. 24, 297-318.

Laín Entralgo, Pedro: Poesía, ciencia, realidad. BdP. 1952. 31, 13-30.

Laín Entralgo, Pedro: El patriotismo de Cajal. PdC. 1952. 31.

Laín Entralgo, Pedro: La Universidad como empresa. Puntos para una meditación española. PdC. 1952. 31.

Laín Entralgo, Pedro: La estructura del saber médico a la luz de la Historia. BdP. 1953. 41, 149-62.

Laín Entralgo, Pedro: Lengua y ser de la Hispanidad. NT. 1955. 70, 3-14.

Laín Entralgo, Pedro: La cultura colombiana. AvH. 1956. 74.

Laín Entralgo, Pedro: El diálogo perenne de la lengua castellana. 1956. 78-79, 245-50.

Laín Entralgo, Pedro: Sartre y la desesperanza. AyP. 1957. 85, 7-23.

Laín Entralgo, Pedro: El cristiano en el mundo moderno. AyP. 1957. 90, 255-67.

Laín Entralgo, Pedro: Reflexiones sobre lo puro y la pureza a la luz de Platón. AyP. 1958. 100, 12-22.

Laín Esparza, Rafael: Ocho poetas mexicanos. AyP. 1955. 65, 223-8.

Lapesa, Rafael: El último libro de Menéndez Pidal. BpL. 1950. 16, 117-21.

Lapesa, Rafael: Un viajero por la España de los Reyes Católicos. NB. 1951. 20, 310-1.

Lapesa, Rafael: Un palacio de la época imperial. BdA. ByN. 1953. 47, 245-6.

Lapesa, Rafael: Hacia una nueva Gramática de la Real Academia Española. 1956. 78-79, 332-8.

Lara, Carlos Pascual de: Ilustraciones de "Las Letanías de Fátima", de José María Souvirón. AyP. 1955. 64, 81-5.

Laredo, Alonso: Cinco poemas. BdP. 1952. 35, 60-4.

Larrabure, Sara María: Las montañas. Bureau de defunciones. El eletricista. 1950. 17, 107-112.

Larrañaga, S. J., Victoriano: Cristo en los Evangelios. BpL. 1949. 7, 194-7.

Larrea, Arcadio de: Sobre literatura judeoespañola. AyP. 1958. 97, 57-70.

Larroque, Enrique: "Los países olvidados y la economía de la paz". BpL. 1948. 3, 610-13.

Larroque, Enrique: Relaciones económicas interamericanas. BpL. 1948. 4, 212-6.

Larroque, Enrique: Un manual de Geografía colombiana. BpL. 1948. 5-6, 203-5.

Láscaris Comneno, Constantino: Ganivet cara a la Hispanidad. NT. 1948. 5-6, 109-14.

Láscaris Comneno, Constantino: Barroquismo y caracterización de Iberoamérica. *** 1948. 5-6, 147-8.

Láscaris Comneno, Constantino: Filosofía americana. *** 1948. 5-6, 154.

Láscaris Comneno, Constantino:

La filosofía española actual. BpL. 1949. 7, 197-8.

Láscaris Comneno, Constantino: Fundamentación de la educación. BpL. 1949. 7, 192-3.

Láscaris Comneno, Constantino: Misión de la Universidad. BpL. 1949. 8, 440-1.

Láscaris Comneno, Constantino: Teología natural. BpL. 1949. 8, 444-7.

Láscaris Comneno, Constantino: Filosofía. HR. 1949. 8, 466-70.

Láscaris Comneno, Constantino: La Biblioteca Filosófica Portuguesa. *** 1949. 9, 681-2.

Láscaris Comneno, Constantino: Filosofía. HR. 1949. 9, 760-2.

Láscaris Comneno, Constantino: La hispanidad, vista por un francés. NB. 1950. 15, 596.

Láscaris Comneno, Constantino: Fundamentación ideológica de Sor Juana Inés de la Cruz. BdP. 1952. 25, 50-62.

Láscaris Comneno, Constantino: La pedagogía soviética. BdA. ByN. 1953. 47, 238-43.

Láscaris Comneno, Constantino: El existencialismo, filosofía de nuestro tiempo. BdA. ByN. 1954. 51, 430-1.

Láscaris Comneno, Constantino: Laín Entralgo y la Universidad hispánica. BdA. ByN. 1954. 52, 98-9.

Láscaris Comneno, Constantino: Rec. Luis Barahona, J.: "El gran incógnito. Visión interna del campesino costarricense". BdA. 1956. 75, 376-7.

Láscaris Comneno, Teodoro: Obras completas de Hinojosa. BpL. 1949. 7, 199.

Latcham, Ricardo A.: El ensayo en Chile en el siglo XX. BdP. 1953. 46, 56-77.

Latorre, Mariano: Fernando Santiván: el hombre, el escritor. BdP. 1954. 49, 77-86.

Laurnaga, Carmen: Dibujos. 1949. 7.

Lawrence, Seymour: Rec. The Cocktail Party, de T. S. Eliot. Trad. José M.ª Valverde. BdA. ByN. 1953. 45, 395-7.

Lecoultre, Louis: Dibujos. 1952. 29.

Ledesma Miranda, Ramón: Maeztu en mi recuerdo. "La vida". 1952. 33-34, 18-24.

Lefebvre, Alfredo: Notas sobre la poesía de Antonio Machado. 1949. 11-12, 323-34.

Lefebvre, Alfredo: Pedro Prado en la poesía chilena. BpL. 1950. 16, 122-30.

Legassa, Marc: El rey, el príncipe y la flauta. AyP. 1955. 66, 338-60.

Legendre, Maurice: Nueva Historia de España. AvH. 1952. 30.

Leibbrand, Werner: Relaciones entre la Medicina y la Religión. BdP. 1952. 31, 55-62.

León, G.-Ricardo: D'Ors y su Curso de Ciencia de la Cultura. BdA. EesT. 1954. 52, 80-6.

Lequerica, José Félix de: Recuerdos de Maeztu. "La vida". 1952. 33-34, 9-14.

Liaño, Juan A.: Unidad y poder en la paz de América. NB. 1951. 20, 315-7.

Liaño, Juan A.: Un tema de interés universal. BdA. 1952. 26, 288-92.

Liaño, Juan A.: Las relaciones comerciales entre España e Hispanoamérica. BdA. ByN. 1952. 32, 306-7.

Liaño, Juan A.: Los jinetes de América y su literatura. BdA. ByN. 1953. 37, 101-3.

Liaño, Juan Antonio: Nuestros clásicos y América. BdA. ByN. 1953. 39, 357-8.

Liaño, Juan Antonio: La crisis de Europa. BdA. ByN. 1953, 44, 263-4.

Liaño Huidobro, Juan Antonio: Rec. Manuel Rodríguez Mancebo: La cara. BdA. SB. 1957. 89, 236-7.

Liaño Huidobro, Juan Antonio: "Las viejas amistades", de Carlos León. BdA. SB. 1957. 91-92, 298-9.

Liaño Huidobro, Juan Antonio: El "Ciudad de Toledo", embajador de España. BdA. SB. 1957. 95, 246.

Liébana: Dibujos. 1948. 2.

Liébana: Dibujos. 1948. 5-6.

Lira, Osvaldo: "¿Existe América Latina", de Luis Alberto Sánchez. BpL. 1948. 1, 177-81.

Lira, SS. CC., Osvaldo: Nuevos académicos. *** 1948. 2, 321-322.

Lira, Osvaldo, SS. CC.: Visión de España. SPH. 1948. 3, 407-39.

Lira, Osvaldo: Fisonomía histó-

Lledó, Emilio: El libro clásico. BdA. 1954. 54, 343-4.
Lledó, Emilio: García Lorca, en alemán. BdA. 1954. 54, 364-5.
Lledó, Emilio: El doctor. BdA. 1955. 63, 451-53.
Lledó, Emilio (E. Ll.): Un libro sobre el soneto. BdA. 1955. 68-69, 251-2.
Lledó, Emilio: Una encuesta sobre lírica moderna alemana. BdA. 1955. 68-69, 252-7.
Lledó, Emilio: "Atomstation", de Halldor K. Laxness. BdA. 1956. 75, 382-4.
Lledó, Emilio: Las memorias de Adriano. BdA. 1956. 76, 110-3.
Lloréns, Wáshington: El castellano en Puerto Rico. 1956. 78-79, 302-3.
Lloréns, Wáshington: La Academia Puertorriqueña en el II Congreso de Academias de la Lengua. 1956. 78-79, 479.
Lloréns Artigas, José: "El toro ibérico", de Escassi. 1952. 26, 218.
Lloréns Artigas, J.: "San Felíu de Guixols", de Amat. 1952. 26, 231.
Lloréns Artigas, J.: "Niña cosiendo", de Llimona. 1952. 26, 250-251.
Llosent Marañón, Eduardo: La pintura de Vázquez Díaz. 1952. 26, 175-9.
López, Frank Anthony: Estados Unidos y España. BdA. 1952. 27, 421-4.
López-Cid, J. L.: Poesía indígena en Cuba. BdA. 1951. 23, 252-253.
López Anglada, Luis: Madrid. AyP. 1958. 97, 19-25.
López Clemente, J.: El teatro de Tennessee Williams. BdA. 1952. 29, 208-11.
López Clemente, J.: Santayana, poeta. BdP. 1952. 36, 237-45.
López Ibor, Juan José: Maeztu y el mito de Don Juan. "La obra". 1952. 33-34, 107-14.
López Ibor, Juan José: La Psicoterapia en España. BdP. 1954. 60, 265-71.
López Ibor, Juan J.: Experiencia ansiosa y vocación religiosa. AyP. 1955. 68-69, 190-9.
López Ibor, Juan José: Significación antropológica del juego. AyP. 1957. 94, 13-25.
López y López, José: Breve epopeya de Leonardo. BdA. ByN. 1952. 35, 149-51.
López y López, José: Mujeres de Azorín. BdA. ByN. 1954. 52, 109-11.
López Pineda, Juan: La Academia Hondureña en el II Congreso de Academias de la Lengua. 1956. 78-79, 473.
López Rubio, José: Panorama del cine español. ArPo. 1948. 3, 531-9.
López de Toro, José: Lepanto en América. Relación de las fiestas que se hicieron en la Ciudad de Cuzco por la nueva de la batalla naval. 1949. 10, 93-102.
López de Toro, José: Notas a un libro inglés sobre la Inquisición española. BpL. 1950. 17, 136-9.
López de Toro, José: Historia nobiliaria hispánica. BdA. 1951. 23, 258-9.
López de Toro, José: El peso de la gloria. *** 1951. 23, 287-8.
Lorenzo, Emilio: Una traducción de Rilke. BdA. 1955. 66, 377-378.
Lorenzo, Emilio: Poesía contemporánea española en Alemania. BdA. 1955. 68-69, 276-277.
Lorenzo, Emilio: Goethe visto por los españoles del siglo XIX. AyP. 1957. 88, 53-72.
Lorenzo, Pedro de: Libro de familia. AyP. 1955. 70, 79-92.
Losada, Angel: Dos obras inéditas de fray Bartolomé de las Casas. BdP. 1952. 36, 199-214.
Loynaz, Dulce María de: Influencia de los poetas cubanos en el modernismo. BdP. 1954. 49, 51-66.
Lozoya, Marqués de: Estudios recientes sobre arte hispánico. ArPo. 1948. 2, 311-5.
Lozoya, Marqués de: Lo que España debe a los Reyes Católicos. PdC. 1952. 36.
Lucero Ontiveros, Dolly María: El Renacimiento y América en "La Argentina", de Martín del Barco Centenera. BdP. 1954. 59, 179-89.
Luis Camblor, Juan Alfredo de: Literatura y arte norteamericanos de la posguerra. BdP. 1953. 48, 301-11.
L. A.: Cosas de Guatemala. *** 1950. 17, 312-3.

de Julián Romero. BdP. 1952. 35, 3-20.

Mariñas, Luis: La revolución intelectual de Guatemala. NT. 1955. 71, 137-52.

Marqués de Lozoya, El: Quito, ciudad de arte. BdP. 1953. 41, 179-87.

Marsal, Juan Francisco: Las Constituciones de la República Argentina. BdA. 1954. 54, 356-361.

Marsal, Juan Francisco: Estampa de un romántico argentino. AyP. 1956. 76, 51-8.

Marsal, Juan Francisco: La Argentina y los Estados Unidos. BdA. SB. 1957. 96, 365-6.

Martí Bufill, Carlos: Temas sociales. HR. 1949. 9, 776-8.

Martí Bufill, Carlos: Estilo y profundidad de la seguridad social iberoamericana. BdP. 1952. 27, 374-84.

Martín Artajo, Alberto: España en el II Congreso de Academias de la Lengua. 1956. 78-79, 482-3.

Martín Artajo, Alberto: Europa e Iberoamérica. BdA. NT. 1957. 96, 331-3.

Martín Descalzo, José Luis: Seis poemas. BdP. 1953. 47, 165-72.

Martín Descalzo, José Luis (MD): El neorrealismo en crisis. BdA. EldE. 1954. 51, 391-3.

Martín Descalzo, José Luis (MD): ¿Veremos a Papini en el Indice? BdA. EldE. 1954. 51, 393-5.

Martín Descalzo, José Luis: Los curas escriben novelas de curas. *** 1954. 51, 435-6.

Martín Descalzo, José Luis: Pudovkin, 1953. BdA. *** 1954. 52, 120-1.

Martín Descalzo, José Luis: Todo sucede en Belén. BdP. 1954. 60, 239-47.

Martín Descalzo, José Luis: Tres poemas. AyP. 1957. 93, 382-6.

Martín Gaite, Carmen: La trastienda de los ojos. BdP. 1954. 57, 364-8.

Martín Herrero, Ramón: San Martín, soldado español. PdC. 1954. 52.

Martín-Sánchez Juliá, Fernando: Cómo ve España un español con los ojos abiertos. PdC. 1952. 29.

Martínez de Campos, Carlos: Un vistazo a Sudamérica. BdP. 1954. 55, 19-45.

Martínez Chumillas, Manuel: "Un compositor español", por Carlos José Costas. BdA. EesT. 1953. 45, 370.

Martínez Novillo: Dibujos. 1957. 93.

Martínez Rivas, Carlos: Canto fúnebre a la muerte de Joaquín Pasos. ArPo. 1948. 1, 123-8.

Martínez Rivas, Carlos: Eunice. 1950. 14, 297-304.

Martínez Rivas, Carlos: Retrato de dama con joven donante. BdP. 1953. 44, 169-76.

Mateos, Francisco: Dibujo. 1958. 100.

Maurois, André: Contestación a Jean Cocteau en su discurso de ingreso en la Academia Francesa. AyP. 1956. 74, 212-33.

Maya, Rafael: Giménez Caballero y América. BdA. 1956. 74, 261-263.

Mayo, Margarita de: Gabriela Mistral, maestra. BdA. SdN. 1958. 99, 360-5.

McCullers, Carson: Wunderkind (trad. María Campuzano). AyP. 1958. 97, 45-56.

Medina, Angel: Dibujos. 1953. 39.

Medina, Generoso: Luz de mi sangre. AyP. 1955. 72, 289-306.

Medina, Angel (España). 1956. 73.

Medina, Aurelio (España). 1957. 89.

Mejía Sánchez, Ernesto: Décimas mejicanas. BpL. 1949. 8, 454-458.

Mejía Sánchez, Ernesto: Panorama del folklore nicaragüense. *** 1949. 9, 675-9.

Mejía Sánchez, Ernesto: Imagen mexicana de la muerte. 1950. 16, 51-4.

Mejía Sánchez Ernesto: Una calavera desconocida. BdA. 1952. 30, 371-5.

Mejía Sánchez, Ernesto: El valle. BdP. 1953. 38, 159-67.

Mejía Sánchez, Ernesto: Pedro Joaquín Chamorro (1891-1952). BdA. NA. 1953. 38, 208-211.

nueva. BpL. NB. 1950. 13, 178-179.

Montesinos, Rafael: País de la esperanza. BdP. 1954. 57, 316-323.

Morales, Juan Antonio: Dibujos. 1948. 2.

Morales, Rafael: Cinco poetas brasileños. NB. 1950. 14. 411-412.

Morales, Rafael: Breve historia del Brasil. BpL. 1950. 17, 304-305.

Morales, Rafael: Dibujos de García Lorca. NB. 1950. 16, 140-1.

Morales, Rafael: "Oda al Mar Cantábrico" y otros poemas. 1951. 20, 229-34.

Morales, Rafael: La poesía de Vicente Aleixandre. BdA. 1952. 28, 115-6.

Morales, Rafael: Las bromas de Picasso. *** 1952. 31, 162-3.

Morales, Rafael: La última novela de García Serrano. BdA. ByN. 1952. 32, 304-5.

Morales, Rafael: Una transcripción moderna del "Poema del Cid" y del "Cantar de Rodrigo". BdA. ByN. 1953. 41, 296-297.

Morales, Rafael: Un nuevo libro de Vicente Aleixandre. BdA. ByN. 1953. 43, 119-21.

Moraña, José Manuel: Alrededor de la pintura hispanoamericana. 1952. 26, 153-7.

Moraña, José Manuel: Palabras. 1952. 26, 180.

Moraña, José Manuel: Dibujos. 1952. 27.

Moraña, José Manuel: Dibujos. 1952. 33-34.

Moraña, José Manuel: De la imaginación en tinta china. BdP. 1952. 31, 31-42.

Moraña, José Manuel: Siqueiros y Tamayo o la encrucijada de la pintura mejicana. BdP. 1953. 37, 25-32.

Moraña, José Manuel: Dibujos. 1958. 100.

Morfín, Enrique: Del sinarquismo mejicano. BpL. 1949. 8, 435-7.

Mordó, Juana: Feminismo hispanoamericano en Madrid. BdA. 1951. 22, 130-4.

Moreno, Alfonso: Propaganda "in fide". *** 1950. 14, 415-6.

Moreno, Alfonso: Las rocas. 1952. 26. 137.

Moreno, Alfonso: Donde un poema pretende hacerse clásico. *** 1952. 29, 234-5.

Moreno, O. P., Antonio: Rec. John O. Redden y Francis A. Ryan: A Catholic Philosophy of Education. BdA. SB. 1957. 86, 285-286.

Moreno, Ismael: Dibujos. 1952. 32.

Moreno Báez, Enrique: Poesía española. Ensayos de métodos y límites estilísticos, de Dámaso Alonso. BdA. ByN. 1953. 44, 247-9.

Moreno Báez, Enrique: La obra póstuma de Amado Alonso. BdA. 1955. 72, 357-8.

Moreno Fraginals, Manuel: El problema negro en la poesía cubana. ArPo. 1948. 3, 519-30.

Moreno Galván, José María: Visión esquemática de la III Bienal. AyP. 1956. 75, 346-56; 76, 70-9.

Moreno Galván, José María: Visión esquemática de la III Bienal. AyP. 1956. 76, 70-9.

Moreno Galván, José María: Un siglo de arte en España. AyP. 1957. 85, 33-40.

Moreno Galván: Dibujos. 1957. 85.

Moreno Galván: Ilustraciones de "La suerte o la muerte", de Gerardo Diego. AyP. 1957. 89, 149-56.

Moreno Galván, José María: Pintura suiza contemporánea. BdA. SN. 1957. 89, 217-21.

Moreno Galván, José María: Daniel Vázquez Díaz en la historia del arte. AyP. 1957. 94, 34-44.

Mostaza, Bartolomé: El paisaje en la poesía de Antonio Machado. 1949. 11-12, 623-42.

Mostaza, Bartolomé: Rusia frente al ahora del mundo. BpL. 1950. 17, 281-6.

Mostaza, Bartolomé: Rec. Antología general de Menéndez Pelayo. BdA. SB. 1957. 86, 273-278.

Mulder, Elisabeth: Robert Louis Stevenson: Fantasía y conciencia de escritor. AyP. 1956. 83, 197-207.

Muñoz Alonso, Adolfo: El secreto de la filosofía. BpL. 1948. 3, 592-5.

Muñoz Alonso, Adolfo: Sueño y

razón en la poesía de Antonio Machado. 1949. 11-12. 643-52.

Muñoz Cortés, Manuel: "Los ojos de Toledo" (Carta a Luis Felipe Vivanco). BdA. ByN. 1954. 50, 301-7.

Muñoz García, Hugo: Las coordenadas del hispanoamericanismo. NT. 1956. 75, 271-85.

Muñoz García, Hugo: Cascarilla. AvP. 1956. 84, 380-6.

Muñoz Rojas, José A.: Oscuridad adentro. Querencia. BdP. 1954. 51, 343-6.

Muñoz Rojas, José Antonio: Las musarañas. AyP. 1957. 88, 39-44.

Murillo, Jaime: Al margen de un libro de Carmen Laforet: "Paulina o la sinceridad". BdA. 1956. 76, 114-6.

Murillo Rubiera, Fernando: Tres temas en un libro de Laín. BpL. 1950. 17, 291-5.

Murillo, Fernando: Visiones y comentarios de Unamuno. BpL. NB. 1950. 18, 460-1.

Murillo Rubiera, Fernando: Notas de una segunda vida. BdA. 1951. 20, 306-8.

Murillo Rubiera, Fernando: El pensamiento político del despotismo ilustrado. BdA. ByN. 1953. 40, 135-8.

Murillo Rubiera, Fernando: La estructura internacional del futuro. BdA. 1954. 56, 241-8.

Murillo Rubiera, Fernando: La acción de la Unión Soviética sobre las Repúblicas americanas. NT. 1956. 81, 155-64.

Muro Orejón, Antonio: Polémica sobre el Cedulari de Vasco de Puga. BdA. 1951. 20, 302-5.

M.: Teófilo Allain Alvarez. BdA. SdN. 1957. 85, 134-5.

M. P. F.: Problemas de lenguaje y enseñanza en Filipinas. AvH. 1953. 46.

N

Nieto, Gratiniano: Colegios Mayores. BdA. ByN. 1953. 39, 377-9.

Nieto, Ramón: La decisión. AyP. 1958. 98, 190-5.

Nieto Caballero, Agustín: La educación en la América hispana. 2. 1949. 9, 531-46.

Noble, Enrique: Introducción al tema de la mulata en la poesía negrista. HaV. 1958. 99.

Nora, Eugenio de: La obra de Gerardo Diego a través de su primera "Antología". ArPo. 1948. 4, 135-49.

Nora, Eugenio de: Forma poética y cosmovisión en la obra de Vicente Aleixandre. ArPo. 1949. 7, 115-22.

Nora, Eugenio de: Machado ante el futuro de la poesía lírica. 1949. 11-12, 583-94.

Nora, Eugenio de: Siempre. 1950. 17, 177-90.

Núñez Alonso, Alejandro: El astrónomo. AyP. 1956. 76, 80-9.

O

Olmo, Gregorio del: Dibujos. 1957. 93.

Ollero, Carlos: La evolución actual de la ciencia política. BdP. 1954. 58, 3-15.

Onís, José de: Herbert E. Bolton: Un gran capítulo en la historia de las relaciones culturales interamericanas. PdC. 1952. 43.

Ordenes Olmos, Luis: Germán Riesco: un Presidente chileno. BpL. 1950. 18, 446-50.

Orgaz, Manuel: Un vocabulario "audio-visual". BdA. 1956. 83, 265-8.

Orgaz, Manuel: La jaula del cine sonoro. BdA. SdN. 1957. 85, 128-31.

Orgaz, Manuel: "Die Struktur der modernen Lyrik Von Baudelaire bis zur Gegenwart", de Hugo Friedrich. BdA. SB. 1957. 88, 117-8.

Orgaz, Manuel: Don Quijote en Grecia. BdA. SdN. 99, 368-70.

Ors, Eugenio d': La unidad de Europa y la tradición de los Congresos científicos. SPH. 1949. 8, 239-60.

Ors, Eugenio d': Carta de Octavio de Romeu al profesor Juan de Mairena. 1949. 11-12, 289-300.

Ors, Eugenio d': Blondel y su medio siglo. 1951. 23, 153-66.

Ors, Eugenio d': ¿Precursores y maestros? 1952. 26, 138-42.

Ortega Costa, Juan: Trad. Guillaume Apollinaire: Diez poemas. AyP. 1955. 67, 75-80.

Ortega Rodrigo, Eliseo: Origen

del sistema planetario. BdP. 1954. 56, 206-18.

Ortiz de Armengol, Pedro: La economía en Filipinas durante el régimen español. PdC. 1953. 42.

Ortiz de Solórzano, José María: Teatro argentino en España. Cine del Brasil. *** 1948. 3, 560-1 y 567-8.

Ortiz de Solórzano, José: La Organización Panamericana. *** 1949. 7, 154-5.

Ortiz de Solórzano, José María: ¿Los estudios, la muerte del cine? BdA. 1955. 65, 248-51.

Ortolani, Darío: El último viaje (nota y versión castellana, de Fernando Quiñones). AyP. 1957. 94, 45-53.

Ory, Carlos E. de: Poesía en línea. BpL. 1950. 14, 367-74.

Ory, Carlos E. de: Ciudades y días. NB. 1950. 14, 406-8.

Ory, Carlos E. de: A la orilla poética de M. del Cabral. BpL. 17, 296-300.

Ory, Carlos E. de: Cuatro escultores actuales (Ferrant, Ferreira, Serra y Oteyza). 1951. 19, 69-74.

Ory, Carlos E. de: La espera. 1951. 21, 425-32.

Ory, Carlos E. de: Parábola de las paredes blancas. 1952. 26, 171-2.

Ory, Carlos E. de: "Un joven músico", de Suro. 1952. 26, 190-3.

Ory, Carlos E. de: Parábola del niño que se perdió. 1952. 26, 223-5.

Ory, Carlos E. de: Poema mental bajo el paraíso de Tapies. 1952. 26, 252-3.

Ory, Carlos E. de: El pintor español Antonio Lago expone en París. BdA. EesT. 1953. 41, 278-82.

Ory, Carlos Edmundo de: La poesía de Alejandro Busuioceanu en "Proporción de vivir". BdA. 1954. 56, 267-70.

Osorio de Oliveira, José: Historia comparada de las Literaturas portuguesas y brasileña. AyP. 1955. 63, 371-8.

Oswald, Henrique: Posible origen de la pintura figurativa. AyP. 1956. 74, 237-40.

Otero, Carlos-Peregrín F.: Una biografía de Mussolini. BdA. 1954. 53, 273-9.

Otero, Carlos-Peregrín: La literatura boliviana. BdA. 1954. 341-2.

Otero, Carlos-Peregrín: Un ensayo sobre el origen de la bandera argentina. BdA. 1954. 54, 343.

Otero, Carlos: Idea de la bolivianidad. BdA. 1954. 56, 251-3.

Otero, Carlos P.: El ideario de Eduardo Mallea. BdA. 1954. 60, 341-4.

Otero, Carlos-Peregrín: España en la Argentina. BdA. 1955. 61, 120-2.

Otero, Carlos-Peregrín: El signo hispánico de la pintura moderna. BdA. 1955. 62, 293-8.

Otero, Carlos P.: El arte italiano del siglo XX. BdA. 1955. 68-69, 258-63.

Otero, Carlos: El "Velázquez", de Ortega y Gasset. BdA. 1955. 70, 99-101.

Otero, Carlos: "La catira", novela de Camilo José Cela. BdA. 1955. 72, 351-6.

Otero, Carlos: Un atentado contra la poesía castellana. BdA. 1956. 73, 109-21.

Otero, Carlos-Peregrín: "Benito Pérez Galdós and the Creative Process", de Walter T. Pattison. BdA. SB. 1957. 85, 152-3.

Otero, Blas de: Entre 1948 y 1955. AyP. 1957. 91-92, 157-163.

Otero, Carlos Peregrín: La lucha por Argentina. BdA. NT. 1957. 91-92, 241-59.

Ots Capdequi, José María: España en América. Política de población. BdP. 1954, 53, 162-4.

Otta, Francisco: Pintura chilena de hoy. 1951. 21, 415-6.

O. M.: De un añejo problema literario: 98 y modernismo. Unidad y dialéctica de los dos movimientos. BdA. EesT. 1953. 43, 83-6.

P

Pagano, José León: La Lengua española en la Argentina. 1956 78-79, 303-4.

Pagano, José León: La Academia Argentina en el II Congreso de Academias de la Lengua. 1956. 78-79, 468.

Porras Muñoz, Guillermo: El indio de Méjico. *** 1948. 1, 150-152.
Posada, Germán: Recuerdo a Gabriela Mistral. BdA. SdN. 1957. 88, 102-3.
Posada, José: Leonor. 1949. 11-12, 415-7.
Potenze, Jaime: Breve historia crítica del teatro argentino. 3. 1950. 13, 99-112.
Pound, Ezra: La calidad de Lope de Vega. BdP. 1954. 59, 141-164.
Pozo Garza, Luz: Ciudad de la niñez. AyP. 1955. 62, 235-40.
Picasso, Pablo: Cerámica. 1. 1950. 13.
Picó, César E.: Nuestro tiempo y la misión de las Españas. SPH. 1948. 1, 39-61.
Píndaro: Pítica primera. AyP. 1957. 93, 333-7.
Pita Andrade, J. M.: Castillian Sculpture to renaissance. BdA. ByN. 1952. 36, 288-9.
Prados Arrarte, Jesús: Un estudio sobre la Unión Iberoamericana de Pagos. PdC. 1955. 65.
Prados Arrarte, Jesús: Proyecto de una Unión Iberoamericana de Pagos. PdC. 1955. 68-69.
Prados Arrarte, Jesús: En torno a la Unión Iberoamericana de Pagos. NT. 1955. 72, 263-70.
Prados Arrarte, Jesús: La Cepal y el comercio iberoamericani. BdA. NT. 1957. 86, 241-246.
Prados Arrarte, Jesús: Aspectos de la economía española en 1956. BdA. NT. 1957. 91-92, 265-7.
Prieto, Gregorio: Historia de un libro. 1949. 10, 19-30.
Prieto, Gregorio: Dibujos. 1949. 11-12.
Pro, Diego R.: Juan R. Sepich. BdA. 1956. 74, 251-4.
Pujals, Esteban: Interpretación romántica de la naturaleza en Byron. BdP. 1952. 28, 79-92.
Puig de Morales, Carlos: Ocho poemas. BdP. 1953, 39, 305-311.
Puigbó, Raúl: Las posibilidades del comunismo en Hispanoamérica. NAR. 1954. 51.
Puente Ojea, Gonzalo: Preocupación de España. BdP. 1954. 57, 324-35.
Puente Ojea, Gonzalo: Situación del catolicismo francés. BdP. 1954. 60, 272-8.
Puente Ojea, Gonzalo: Problemática del catolicismo actual. NT. 1955. 64, 3-21.
Puente Ojea, Gonzalo: Fenomenología y marxismo en el pensamiento de Maurice Merleau-Ponty. AyP. 1956. 75, 295-323; AyP. 1956. 83, 221-53; AyP. 1957. 85.
Puente Ojea, Gonzalo: Existencialismo y marxismo en el pensamiento de Merleau-Ponty. AyP. 1957. 85, 41-86.

Q

Quesada, Luis: ¿Por qué somos pobres? BdA. 1956. 80, 144-6.
Quintanar, El Marqués de: Maeztu y Sardinha. "La obra". 1952. 33-34, 115-29.
Quinto, José María de: Knut Hamsum ha muerto. *** 1952. 29, 232-4.
Quinto, José María de: Psicoanálisis y teatro. BdA. EldE. 1952. 31, 98-100.
Quinto, José María de: "Cocktail-Party", en el María Guerrero. BdA. EesT. 1952. 31, 121-4.
Quinto, José María de: El arte teatral. BdA. EldE. 1952. 32, 247-8.
Quinto, José María de: Trad. de "El guardián de la tumba", de Franz Kafka. BdP. 1953. 38, 173-83.
Quinto, José María de: Las uvas de la ira. BdA. NA. 1953. 39, 341-3.
Quinto, José María de: Cristo, obrero. BdA. EldE. 1953. 42, 388-90.
Quinto, José María de: Otra novela de Zunzunegui. BdA. ByN. 1953. 42, 426-7.
Quinto, José María de: Hamsun nos ha dicho adiós. BdA. EldE. 1953. 45, 355-7.
Quinto, José María de (JQ): Con el tiempo llega el acuerdo. *** 1953. 45. 399.
Quinto, José María de (JQ): También nosotros sabemos hacerlo. *** 1953. 45. 402.
Quinto, José María: Historia de la Literatura universal. BdA. SB. 1957. 96, 370-1.
Quiñones, Fernando: El señor

Desvries: Penetración. BdA. 1955. 62, 281.

Quiñones, Fernando: El cine en 24 páginas. BdA. 1955. 68-69, 288-9.

Quiñones, Fernando: Los toros del puerto. AyP. 1956. 73, 47-56.

Quiñones, Fernando: Retórica y vaciedad. BdA. 1956. 74, 255.

Quiñones, Fernando: Nota muy breve a una "Antología del cante". BdA. 1956. 75, 392-3.

Quiñones, Fernando: "El Jarama", de Rafael Sánchez Ferlosio. BdA. 1956. 80, 138-142.

Quiñones, Fernando: El onceno, no confundir. BdA. SN. 1957. 86, 53-4.

Quiñones, Fernando: Cercanía de la gracia. AyP. 1957. 87, 379-386.

Quiñones, Fernando: Anteo. BdA. SB. 1957. 87, 410-11.

Quiñones, Fernando: "Picnic", cosa seria. BdA. SdN. 1957. 88, 104-5.

Quiñones, Fernando: "Antología lírica", de Salvador Espríu. BdA. SB. 1957. 88, 118-9.

Quiñones, Fernando: Ojeo de Revistas. BdA. SB. 1957. 88, 125.

Quiñones, Fernando: "Don Juan el loco", nuevos poemas de José María Souvirón. BdA. SB. 1957. 90, 381-2.

Quiñones, Fernando: "Poemas de Ausencia", de Julio Mariscal Montes. BdA. SB. 1957. 91-92, 303.

Quiñones, Fernando: La tarde en Azaleas. AyP. 1957. 91-92, 202-206.

Quiñones, Fernando: Ojeo de Revistas. 1957. 91-92, 308-10.

Quiñones, Fernando: "Los Hispánidas", de Victorino García. BdA. SB. 1957. 93, 428.

Quiñones, Fernando: "La expresión de la irrealidad en la obra de Jorge Luis Borges", de Ana María Barrenechea. BdA. SB. 1957. 93, 428-9.

Quiñones, Fernando: "Las Musarañas", de José Antonio Muñoz Rojas. BdA. SB. 1957. 93, 430-1.

Quiñones, Fernando: Nota y versión castellana de "El último viaje", de Darío Ortolani. AyP. 1957. 94, 45-53.

Quiñones, Fernando: "El baile andaluz", de Caballero Bonald. BdA. SB. 1957. 94, 116-8.

Quiñones, Fernando: "Del abreviado mar", de Pilar Paz Pasamar. BdA. SB. 1957. 94, 122-123.

Quiñones, Fernando: El olvidado. BdA SB. 1957. 95, 240-1.

Quiñones, Fernando: La rueda de los ocios. BdA. SB. 1957. 95, 243-5.

Quiñones, Fernando: Ojeo de revistas. BdA. 1957. 95, 248-52.

Quiñones, Fernando: Nota sobre la poesía y César Vallejo. BdA. SdN. 1957. 96, 347-9.

Quiñones, Fernando: Historia de la Literatura norteamericana. BdA. SB. 1957. 96, 376-8.

Quiñones, Fernando: Dos palabras en torno a los Picasso de Barcelona. BdA. SdN. 1958. 97, 87-8.

Quiñones, Fernando: "El signo de Jonás", de Thomas Merton. BdA. SB. 1958, 97, 122-3.

Quiñones, Fernando: "Oda náutica a Cádiz", de Adriano del Valle. BdA. SB. 1958. 97, 124-125.

Quiñones, Fernando: Fellini, en alza. BdA. SdN. 1958. 98, 229-230.

Quiñones, Fernando: "Historia de una monja", de K. Hulme. BdA. SB. 1958. 98, 243-4.

Quiñones, Fernando: "Cuentos errantes", de Tomás Pan. BdA. SB. 1958. 98, 249-50.

Quiñones, Fernando: La gran temporada. AyP. 1958. 99, 289-320.

Quiñones, Fernando: El año literario francés. BdA. SdN. 1958. 99, 366-8.

Quiñones, Fernando: Las cien mejores poesías cubanas. BdA. SB. 1958. 100, 138-41.

Quiñones, Fernando: Ojeo de Revistas. BdA. SB. 100, 154-6.

R

Radaelli, Sigfrido A.: La superstición del documento. BdA. 1955. 61. 125-7.

Radaelli, Sigfrido: La historia y la realidad. AyP. 1955. 65, 229-236.

Ramos, Demetrio: Las ideas de Fernández de Oviedo sobre la técnica de Colonización en

América. AyP. 1957. 96, 279-289.

Recinos, Adrián: La Academia Guatemalteca en el II Congreso de Academias de la Lengua. 1956. 78-79, 472-3.

Redondela, Agustín: (España), 1956. 83.

Reig, Carola: El paisaje en Azorín. AyP. 1955. 65, 206-222.

Renart Prieto, Jaime: Reflexiones sobre la libre navegación de los ríos internacionales. BdA. ByN. 1953. 46, 136-40.

Reyes, Raúl E.: Dibujos. 1951. 23.

Reyes, Salvador: Apuntes sobre la novela y el cuento en Chile. 1951. 22, 67-74.

Riaza Ballesteros, José María: En la nueva era de lo social. BpL. 1948. 5-6, 223-4.

Riaza, José María: La crisis de la Federación Sindical Mundial. *** 1949. 7, 163-4.

Riaza Ballesteros, José María: Los problemas demográficos de la postguerra en Méjico. *** 1949. 7, 166-7.

Riaza Ballesteros, José María: La reforma social en la Argentina. *** 1949. 7, 167-8.

Riaza Ballesteros, José María: Temas sociales. HR. 1949. 8, 497-500.

Ribbans, Geoffrey: La influencia de Verlaine en Antonio Machado. AyP. 1957. 91-92, 180-201.

Ridruejo, Dionisio: Comentario poemático a dos libros de poesía. BpL. 1950. 13, 149-56.

Ridruejo, Dionisio: Excluyentes y comprensivos. PdC. 1952. 31.

Riera, Manuel: A la escala del mundo. NT. 1949. 8, 293-6.

Rilke, Rainer M.: Seis estampas. Trad. José María Valverde. AyP. 1956. 82, 63-7.

Risco, Vicente: "Comaros verdes" y la lírica gallega. BpL. 1948. 4, 217-20.

Rivera Losada, Antonio: La Europa federal: Un sueño de Ortega. BdA. NT. 1957. 90, 355-357.

Roa, Armando: Bosquejo de una ontología de la Historia. SPH. 1948. 5-6, 7-28.

Roa, Armando: España y América. 1951. 19, 61-8.

Roa, Armando: Santiago Ramón y Cajal. BdP. 1953. 44, 155-68.

Robles Piquer, Carlos: Los judíos en Estados Unidos. *** 1951. 23, 283-4.

Robles Piquer, Carlos: Una visión marxista de Hispanoamérica. BdA. 1951. 24, 385-7.

Robles Piquer, Carlos: Dos Institutos. BdA. 1952. 25, 113-5.

Robles Piquer, Carlos: El Taller de San Lucas otra vez con sus "Cuadernos". BdA. 1952. 27, 434-5.

Robles Piquer, Carlos: Una historia a medida. *** 1952. 35, 159.

Robles Piquer, Carlos: Iberoamérica en 1952. AvH. 1953. 38.

Robles Piquer, Carlos: Medio siglo europeo a través de Von Papen. BdA. ByN. 1953. 43, 109-16.

Robles Piquer, Carlos: Una visión profunda y nueva de la gran Nueva York. BdA. ByN. 1953. 46, 140-2.

Rodrigo, Joaquín: La música hispanoamericana y sus derroteros. 1. 1950. 18, 345-50.

Rodrigo, Joaquín: Romancillo. 1951. 21, 353-62.

Rodríguez Huéscar, Antonio: Casa y amor en una siesta de verano. BdP. 1954. 52, 23-31.

Rodríguez Huéscar, Antonio: Ortega entre nosotros. NT. 1956. 73, 14-21.

Rodríguez Demorizzi, Emilio: La Academia Dominicana en el II Congreso de Academias de la Lengua. 1956. 78-79, 479-80.

Rodríguez Méndez, José María: "Le Roi et la Reine", de Ramón J. Sender. BdA. SB. 1957. 90, 388-9.

Rof Carballo, Juan: Rilke en Andalucía. BdP. 1953. 42, 309-32.

Roggiano, Alfredo A.: José A. Silva. 3. 1949. 9, 593-612.

Romero Escassi, José: Picasso: retratos y recuerdos, de J. Sabartés. BdA. ByN. 1953. 44, 260-1.

Romero, Luis: En la orilla del tiempo. BdP. 1954. 54. 304-11.

Ros, Félix: Notas parciales sobre Arniches. BdP. 1953. 45, 297-314.

Rosales, Luis: Rimas. ArPo. 1948. 5-6, 123-32.

Rosales, Luis: El vitalismo en la cultura española. Velázquez y Cervantes. SPH. 1949. 8, 261-276.

Rosales, Luis: Sobre pintura. BpL. 1949. 10, 209-12.
Rosales, Luis: Muerte y resurrección de Antonio Machado. 1949. 11-12, 435-80.
Rosales, Luis: El español perdido. *** 1950. 14, 419-23.
Rosales, Luis: Ante una estética vital (Consideraciones sobre el último libro de Ortega). 1950. 17, 191-208.
Rosales, Luis: Obediencia y libertad. 1951. 20, 257-80.
Rosales, Luis: Diez rimas. 1951. 24, 361-72.
Rosales, Luis: Parábola de la antigua tristeza de pintar. 1952. 26, 144-5.
Rosales, Luis: "Nocturno", de Zabaleta. 1952. 26, 169-70.
Rosales, Luis: La pintura de Benjamín Palencia. 1952. 26, 233-250.
Rosales, Luis: Donde menos se piensa salta la liebre. *** 1952. 30, 387-8.
Rosales, Luis: Que no somos nadie. *** 1952. 31, 161-2.
Rosales, Luis: Sigue lloviendo sobre el "pobre" Dalí. *** 1952. 31, 164-5.
Rosales, Luis: Españoles "neutrales" y españoles. *** 1952. 31, 165-6.
Rosales, Luis: ¿Habrá cosa más concreta? *** 1953. 40, 141.
Rosales, Luis: La vocación. BdP. 1953. 43, 3-29.
Rosales, Luis: La significacion. BdP. 1954. 50, 168-91.
Rosales, Luis: La adolescencia de Don Quijote. AyP. 1955. 70, 37-54.
Rosales, Luis: La adolescencia de Don Quijote. AyP. 1955. I. 1955. 70, 37-54; II. 1955. 71, 188-206.
Rosales, Luis: La evasión del prójimo o el hombre de cristal. AyP. 1956. 81, 153-81.
Rosales, Luis: La evasión de la historia. AyP. 1957. 90, 274-309.
Rosales, Luis: Nuevo Retablo de Navidad. AyP. 1956. 84, 361-5.
Rosales, Luis: La libertad y el proyecto vital en Ortega y Gasset. BdP. 1957. 95, 159-74.
Rosales, Luis: El sentido del heroísmo quijotesco. AyP. 1958. 100, 39-74.
Roski-Pinel: Dibujos. 1948. 4.
Rubio García, Leandro: La medicina en la URSS. BdA. ByN. 1953. 48, 365-7.
Rubio García, Leandro: La América hispana y los Estados Unidos. AvH. 1954. 52.
Rubio García, Leandro: Las Américas y la intercomunicación cultural. BdA. 1954. 58, 116-8.
Rubio García, Leandro: Política y comercio en Hispanoamérica. BdA. 1954. 59. 230-1.
Rubio García, Leandro: Problemas del Brasil como país del futuro. BdA. 1955. 62, 264-6.
Rubio García, Leandro (LRG): Sociología religiosa de Francia. BdA. 1955. 62, 266-9.
Rubio García, Leandro: Proyección de la política económica del Brasil. BdA. 1955. 63, 453-457.
Rubio García, Leandro: Evolución ideológica de la URSS. BdA. 1955. 64, 104-8.
Rubio García, Leandro: Nuevos caminos de la economía iberoamericana. NT. 1955. 66, 295-308.
Rubio García, Leandro: El Secretario de Estado de la "Doctrina de Monroe": el Presidente John Quincy Adams. BdA. 1955. 68-69, 265-7.
Rubio García, Leandro: Un perfil significativo de la estructura social francesa: la urdimbre juvenil. BdA. 1955. 68-69, 273-276.
Rubio García, Leandro: Realidades de la nación mejicana. NT. 1955. 70, 25-34.
Rubio García, Leandro: Un balance de la NATO. BdA. 1955. 70, 116-9.
Rubio García, Leandro: Más sobre el Brasil: Política y economía. BdA. 1955. 72, 358-61.
Rubio García, Leandro: Católicos en Hispanoamérica. BdA. 1956. 73, 128-31.
Rubio García, Leandro: Un ejemplo de Iberoamérica para el mundo: el derecho a la educación. BdA. 1956. 74, 258-61.
Rubio García, Leandro: Un perfil de la acción comunista: la penetración comercial en Iberoamérica. BdA. 1956. 75, 371-374.
Rubio García, Leandro: Proble-

S

libro sobre Salvador Dalí. BdA. ByN. 1952. 32, 307-9.

Sánchez-Camargo, Manuel: Algo sobre la exposición de artistas mejicanos y españoles. BdA. EesT. 1953. 39, 349-52.

Sánchez-Camargo, Manuel: El pintor belga Luc Peire, visto por el crítico canario Eduardo Werterdahl. BdA. 1954. 57, 375-7.

Sánchez-Camargo, Manuel: El arte en Colombia: El Museo Colonial. BdA. 1954. 60, 333-4.

Sánchez Camargo, Manuel: Indice de exposiciones: Daniel Vázquez Díaz, en el Ateneo de Madrid. Homenaje a Pío Baroja y Juan Ramón Jiménez. Pablo Serrano, gran premio de la III Bienal, expone en Madrid. El grupo "Velázquez". El grupo "Kaino". SN. 1957. 86, 247-252.

Sánchez-Camargo, Manuel: Indice mensual de Exposiciones. BdA. SdN. 1957. 88, 105-9.

Sánchez-Camargo, Manuel: El último libro de Marañón ("Toledo y el Greco"). BdA. SB. 1957. 88, 110-2.

Sánchez-Camargo, Manuel: Indice de Exposiciones. BdA. NT. 1957. 90, 358-63.

Sánchez-Camargo, Manuel: Indice de Exposiciones. BdA. SdN. 1957. 91-92, 289-95.

Sánchez-Camargo, Manuel: "Los fusilamientos de Goya" en el arte contemporáneo. El concurso del Instituto de Cultura Hispánica sobre la Guerra de la Independencia. BdA. SdN. 1957. 95, 221-4.

Sánchez-Camargo, Manuel: Indice de Exposiciones. El triunfo de Jorge de Oteyza en la Bienal de São Paulo. BdA. SdN. 1958. 97, 80-3.

Sánchez-Camargo, Manuel: Indice de Exposiciones. BdA. SdN. 1958. 99, 355-9.

Sánchez-Camargo, Manuel: Indice de exposiciones. BdA. SdN. 1958. 100, 95-100.

Sánchez Marín, Faustino G.: Filosofía cubana. *** 1949. 9, 680-1.

Sánchez Mazas, Miguel: "Europa y el alma de Oriente", de Walter Schubart. BpL. 1948. 1, 174-7.

Sánchez-Mazas, Miguel: Las ciencias y la filosofía marxista. BdA. 1952. 28, 95-9.

Sánchez-Mazas, Miguel: El profesor Skolem en Madrid y los fundamentos de la Matemática. BdA. EesT. 1952. 32, 273-5.

Sánchez-Mazas, Miguel: Un gran físico español: Julio Palacios. BdA. EesT. 1952. 32, 280-3.

Sánchez-Mazas, Miguel: La ciencia, el lenguaje y el mundo, según Wittgenstein (A los dos años de la muerte del filósofo). BdP. 1953. 40, 35-44.

Sánchez Montes, Juan: La Escuela Nacional de Maestros en México. Un concurso científico Hispanoamericano 1948 - 1949. *** 1948. 3, 566-567 y 580-1.

Sánchez Montes, Juan: En torno a la hispanidad. *** 1948. 5-6, 143-4.

Sánchez Montes, Juan: La Ciudad Universitaria de Guatemala. *** 1948. 5-6, 167-8.

Sánchez Montes, Juan: La Hemeroteca Nacional de Méjico. *** 1948. 5-6, 171-2.

Sánchez Montes, Juan: Una nueva Sección y una nueva publicación de la Universidad Nacional de Cuyo. "Mar del Sur". "Asomante". *** 1948. 5-6, 172-6.

Sánchez Montes, Juan: Bibliografía argentina. BpL. 1948. 5-6 220-1.

Sánchez Montes, Juan: Un reparto del mundo. BpL. 1949. 7, 206-7.

Sánchez Montes, Juan: Bibliografía mejicana. BpL. 1949. 8, 450-1.

Sánchez Montes, Juan: Educación. HR. 1949. 8, 481-3.

Sánchez Montes, Juan: Educación. HR. 1949. 9, 768-72.

Sánchez Zavala, Víctor: Introducción y traducción de "La cosa", de Martín Heidegger. AyP. 1958. 98, 133-58.

Sancho, Antonio: v. Koch, S. I.

Sander, Carlos: Tiempo de hombre. BdP. 1957. 95, 175-84.

San José, Francisco: Unas palabras sobre pintura. AyP. 1956. 73, 99-105.

Sansón Terán, José: La reforma de la Carta de las Naciones Unidas. PdC. 1954. 60.

Santamaría, Carlos: El problema

Martín Zerolo. BdA. 1955. 65, 247-8.

Saz, Agustín del: La farsa dramática moderna en Hispanoamérica. HaV. 1957. 89.

Scarpa, Roque Esteban: La Academia Chilena en el II Congreso de Academias de la Lengua. 1956. 78-79, 468-9.

Schafer, Bruno: Hacia una Iglesia universal. Acercamiento de la Iglesia oriental a Roma. BdP. 1954-56, 155-66. Traducido del alemán por Enrique Casamayor.

Schiaffini, Alfredo: Breve consideración sobre los métodos estilísticos de Spitzer. AyP. 1955. 63, 392-405.

Sciacca, Michele Federico: El derecho al saber y la libertad de su ejercicio. NT. 1955. 67, 3-19.

Sciacca, Michele F.: Presencia de Antonio Rosmini en nuestro tiempo. AyP. 1956. 80, 75-9.

Schmaus, Michael: Continuidad y progreso en el cristianismo. BdP. 1952. 36, 171-85.

Schmitt, Carl: Tierra y mar, elementos de política mundial. 1951. 22, 9-14.

Schürr, Friedrich: Idea de la libertad en Cervantes. 2. 1950. 18, 367-72.

Segovia, Francisco de: Charlot, en eclipse total. BdA. SdN. 1958. 97, 100-1.

Segrelles, Vicente: Un nuevo Colegio Mayor. *** 1949. 7, 171-172.

Sepich, Juan R.: Subjetividad, individualidad y personalidad en la conducta. BdP. 1954. 59, 165-73.

Sepich, Juan R.: La empresa política de nuestro Occidente. NT. 1955. 63, 352-7.

Sepich, Juan R.: Arquitectónica y técnica. NT. 1956. 77, 123-132.

Sepich, Juan R.: Asociación Cultural Iberoamericana (Hecho y crítica). BdA. SdN. 1958. 97, 73-9.

Serny: Dibujos. 1948. 1.

Serrano, Eugenia: Novela neorromántica. BpL. 1950. 17. 306.

Serrano Aguirre, Angel: Jorge Carrera Andrade. HaV. 1957. 85.

Sevilla Andrés, Diego: El pensamiento internacional de Donoso Cortés. PdC. 1953. 41.

Sicre, Antonio: Temas geopolíticos. HR. 1949. 8, 493-5.

Sicre, Antonio: Temas geopolíticos. HR. 1949 9, 773.

Siegfried, André: Panorama del continente amer'cano. 1950. 15, 497-508.

Sierra, Stella: Cinco poemas. 3. 1949. 9, 577-92.

Siles Salinas-Vega, Jorge: Sobre la vida intelectual en Hispanoamérica. BdA. 1954, 57, 386-8.

Silva Castro, Raúl: La lección de Menéndez Pelayo. 1956. 78-79, 421-4.

Silva Castro, Raúl: La obra novelística del chileno Alberto Blest Gana. AyP. 1957. 90, 324-46.

Silva Castro, Raúl: Sobre Lastarria. AyP. 1958. 97, 26-44; y 98, 167-89.

Sindaco, Dino: ¿Qué es esta Europa? BdA. EldE. 1953. 48, 325-8.

Sobejano, Gonzalo: Nuevos poemas de Dámaso Alonso. BdA. 1955. 71, 237-41.

Sobejano, Gonzalo: Un libro reciente de Pedro Salinas. BdA. SB. 1957, 87, 402-6.

Sobrino, S. J., José Antonio: Geografía y pedagogía en la CIEC, en Río de Janeiro. 1951. 24, 347-60

Sobrino, José A.: Celebración en Wáshington del Centenario de Sor Juana Inés de la Cruz. BdA. 1952. 26, 283-7.

Sobrino, José Antonio de: Yo he visto el cinerama. BdA. NA. 1953. 46, 120-4.

Soler, Francisco: Un nuevo libro de Julián Marías. BpL. NB. 1950. 13, 172-4.

Soler, Francisco: Un libro lamentable. NB. 1950. 14, 404-5.

Soler, Francisco: Un Seminario sobre la verdad. *** 1951. 21, 487-8.

Sopeña, Federico: Prokofieff en la música soviética. 1950. 17, 219-23.

Sopeña Ibáñez, Federico: "Mathis der Maler", de Hindemith. BdA. 1950. 20, 297-301.

Sopeña, Federico: Estreno y revelación de "Genoveva", de Schumann, en los Festivales de

Florencia. BdA. 1951. 22, 118-121.

Sordo, Enrique: Recuerdo de Arnold Schoenberg. *** 1951. 24, 426-7.

Sordo, Enrique: La Colección Austral ha cumplido su número 1.000. BdA. *** 1952. 26, 525-6.

Sordo, Enrique: Solana, escritor; Solana, pintor. BdP. 1952. 29, 189-202.

Sordo, Enrique: El retorno de Hemingway. BdA. NA. 1953. 45, 358-61.

Sordo, Enrique: Richard Wright y la epopeya negra. BdA. NA. 1954. 49, 110-4.

Sordo, Enrique: Pierre Gascar, Premio Goncourt 1953. BdA. EldE. 1954. 52, 59-60.

Sordo, Enrique: Gian Carlo Menotti y García Lorca. BdA. *** 1954. 52, 124-5.

Sordo, Enrique (ES): La exposición de "Els quatre gats", símbolo de una ciudad. BdA. 1954. 60, 344-5.

Sordo, Enrique: Dos centenarios: Wilde y Rimbaud. BdA. 1954. 60, 347-8.

Sordo, Enrique: "El cristal ardiente", de Charlen Morgan. BdA. 1954. 60, 353.

Sordo, Enrique: "Jeanne d'Arc au bûcher": Ingrid Bergman. BdA. 1955. 62, 292-3.

Sordo, Enrique: Las máscaras van al cielo. BdA. 1955. 68-69, 289-90.

Sordo, Enrique: Una gran novela de Silone. BdA. 1956. 73, 132-134.

Sordo, Enrique: Otra novela de Graham Greene. BdA. 1956. 75, 374-5.

Sordo, Enrique: Norteamérica a la vista. BdA. 1956. 76, 105-6.

Sordo, Enrique: Otra vez "Gog". BdA. 1956. 81, 291-3.

Sordo, Enrique: Un nuevo "realismo mágico". BdA. SN. 1957. 86, 256-60.

Sordo, Enrique: Cuarenta años de "surrealismo". BdA. SdN. 1957. 87, 399-401.

Soria, Andrés: Los cantares de gesta franceses. BdA. ByN. 1953. 39, 358-60.

Soria, Andrés: Endechas judeoespañolas. BdA. 1954. 54, 369-372.

Soto, Lucio R.: El "Martín Fierro" y su valoración. BdP. 1952. 28, 40-57.

Souvirón, José María: Sobre lo hispánico. AvH. 1952. 28.

Souvirón, José María: Descubrimiento. BdP. 1953. 44, 150-4.

Souvirón, José María: Cinco nuevos poetas chilenos. BdP. 1953. 46, 15-41.

Souvirón, José María: El mundo fugitivo. BdA. EldE. 1953. 46, 109-11.

Souvirón, José María: Decadencia de un premio. BdA. *** 1953. 46, 147.

Souvirón, José María: La verdad sospechosa. BdA. *** 1953. 47, 253-4.

Souvirón, José María: El poeta y la gloria. BdA. EldE. 1953. 48, 332-4.

Souvirón, José María: Dylan Thomas. BdA. *** 1953. 48, 379-380.

Souvirón, José María: Andalucía, otra vez. BdA. ByN. 1954. 49, 129-31.

Souvirón, José María: Las gafas ahumadas. BdA. *** 1954. 49, 133-4.

Souvirón, José María: Elegía de Málaga. BdP. 1954. 51, 338-42.

Souvirón, José María: Movimiento perpetuo, danza constante. BdA. ByN. 1954. 51, 431-2.

Souvirón, José María: Humano y excelente. BdA. 1954. 55, 133-135.

Souvirón, José María: La vuelta al cuarto en ochenta minutos. BdP. 1954. 56, 200-5.

Souvirón, José María: Nuevos poetas malagueños. BdP. 1954. 60, 299-314.

Souvirón, José María: ———, y su poesía del regreso, por Caballero Bonald. BdA. 1954. 60, 327-9.

Souvirón, José María: Las Letanías de Fátima. AyP. 1955. 64, 81-5.

Souvirón, José María: El jugador. AyP. 1955. 70, 55-62.

Souvirón, José María: Agenda. AyP. 1956. 82, 80-3.

Souvirón José María: La Cañada. AyP. 1957. 88, 16-21.

Souvirón, José María: Abril. EadM. 1957. 88, 126-7.

Souvirón, José María: Mayo. BdA. EadM. 1957. 89, 247-8.

T

Valbuena Briones, Angel: La historia de Julián Romero. BdA. ByN. 1953. 43, 121-5.

Valbuena, Angel: Lusi Gallegos Valdés, crítico de Literatura. BdA. ByN. 1953. 44, 259-60.

Valcárcel, Daniel: Estructura y continuidad histórica del Perú. HaV. 1957. 90.

Valdivieso, Antonio: D i b u j o s. 1949. 7.

Valdivieso, Antonio R.: Dibujos. 1949. 9.

Valdivieso, Antonio: D i b u j o s. 1949. 11-12.

Valdivieso, Antonio R.: Dibujos de "Ocho poemas", de Antonio Fernández Spencer. 3. 1950. 13, 113-29.

Valdivieso, Antonio: D i b u j o s. 1950. 14.

Valdivieso, Antonio: D i b u j o s. 1952. 33-34.

Valdivieso, Antonio: D i b u j o s. 1952. 35.

Valdivieso, Antonio (España). 1953. 45.

Valdivieso, Antonio R.: Dibujos. 1954. 50.

Valdivieso, Antonio (España). 1955. 64.

Valdivieso, Antonio (España). 1955. 65.

Valdivieso, Antonio (España). 1955. 71.

Valencia, Eduardo: El Cristo de espaldas. BdA. ByN. 1953. 40, 132-5.

Valencia, Hernando: Hacia la comprensión de lo poético. BdA. 1951. 24, 406-8.

Valencia, Hernando: El mundo poético de Fernández Soencer. primera aproximación. BdA. ByN. 1953. 37, 103-6.

Valencia, Hernando: "La Torre". BdA. NA. 1953. 45, 363-5.

Valencia, Hernando: El americano en París. *** 1953. 45, 399-400.

Valencia, Juan: Creación. AyP. 1955. 63, 406-11.

Valéry, Paul: La jeune Parque (versión castellana de Carlos R. de Dampierre). 1950. 16, 81-96.

Valente, José Angel: Vicente Huidobro. BpL. 1949. 7, 207-10.

Valente, José Angel: Diez poetas en diez años de poesía cubana. NB. 1950. 16, 141-3.

Valente, José Angel: Azorín y el cine. 3. 1950. 18, 433-7.

Valente, José Angel: Poesía para el pueblo. *** 1950. 18, 471-472.

Valente, José Angel: España en el poeta ecuatoriano José Rumazo. NB. 1951. 20, 313-5.

Valente, José Angel: "Putlizer, 1950". *** 1950. 20, 331.

Valente, José Angel: Estática y dinámica de la obra de arte. *** 1951. 21, 488-90.

Valente, José Angel: Seis calas en la expresión literaria española. BdA. 1952. 26, 297-301.

Valente, José Angel: Perfil de Jorge Guillén al vuelo. BdA. *** 1952. 26, 329-30.

Valente, José Angel: Mr. Mead y la Literatura en el mundo hispánico. *** 1952. 28, 123-4.

Valente, José Angel: El absurdo, la ironía, el tiempo, apropósito de Albert Camus. BdA. ByN. 1952. 32, 290-4.

Valente, José Angel: "Poesía de América". BdA. 1953. 37, 116.

Valente, José Angel: A propósito del centenario de José Toribio Medina. BdA. NA. 1953. 38, 215-6.

Valente, José Angel: Cincuenta años de poesía cubana (1902-1952). BdA. ByN. 1953. 38, 241-243.

Valente, José Angel: Vallejo y la palabra poética. BdA. NA. 1953. 39, 337-9.

Valente, José Angel: Un joven escritor de Méjico. BdA. ByN. 1953. 39, 382-3.

Valente, José Angel: La Segunda Semana del Cine Italiano en Madrid. BdA. EldE. 1953. 40. 65-71.

Valente, José Angel: Gerardo Diego a través de su "Biografía incompleta". BdA. ByN. 1953, 40. 112-4.

Valente, José Angel: Canciones para iniciar una fiesta. BdA. ByN. 1953. 40. 114-6.

Valente, José Angel: Cinco poetas hispanoamericanos en España. 1953. BdA. ByN. 40, 116-121.

Valente, José A.: "Seis relatos", de Jorge Icaza. BdA. 1953. 41, 297-9.

Valente, José A.: El condenado. BdP. 1953. 44, 191-5.

Valente, José Angel: Rec. Antología de la poesía brasileña. BdA. ByN. 1953. 45, 376-81.

Valente, José Angel: Ashley, Huston, Fuller, Carné y Antonioni, los últimos del Festival de Venecia. BdA. EldE. 1953. 46, 91-4.

Valente, José Angel: Roma, noticia estival (Fragmentos para una crónica incompleta). BdA. EldE. 1953. 46, 100-6.

Valente, José Angel: En la muerte de Ivan Bunin. BdA. EldE. 1954. 49, 99-100.

Valente, José Angel: La poesía española actual. BdA. EesT. 1954. 49, 120-1.

Valente, José Angel (JAV): Cuentos de Francisco Alemán Sáinz. BdA. ByN. 1954. 51, 433-434.

Valente, José A.: Rafael Lapesa en la Academia de la Lengua. BdA. 1954. 53. 231-2.

Valente, José Angel: La novela hispanoamericana. Crítica y críticos. BdA. 1954. 55, 126-132.

Valente, José Angel: América y Europa. BdA. 1954. 57, 379-81.

Valente, José Angel: Cuatro poemas de "A modo de esperanza" AyP. 1955. 62, 229-34.

Valente, José Angel: La novela y la emancipación literaria de América. AyP. 1955. 63, 412-7.

Valente, José Angel: La naturaleza y el hombre en "La vorágine", de José Eustasio Rivera. AyP. 1955 67, 102-8.

Valente, José Angel: "La jornada" y otros poemas. AyP. 1955. 68-69, 229-35.

Valente, José Angel: Una nueva versión de "España en su Historia". BdA. 1955. 68-69, 268-73.

Valente, José Angel: La salida. AyP. 1956. 82, 88-94.

Valverde, José María: Horizonte hispánico de la poesía. ArPo. 1948. 1, 129-33.

Valverde, José María: La infalibilidad del poeta. BpL. 1948. 4, 223-5.

Valverde José María: Notas de entrada a la poesía de César Vallejo. SPH. 1949. 7, 57-84.

Valverde, José María: El Premio "Eugenio Nadal" de Novela 1948. *** 1949. 7, 178-9.

Valverde, José María: "Exules filii hispaniae". BpL. 1949. 10, 103-8.

Valverde, José María: Evolución del sentido espiritual de la obra de Antonio Machado. 1949. 11-12, 339-414.

Valverde, José María: "La humildad de ser poeta", de Luis Felipe Vivanco. BpL. 1950. 13, 163-70.

Valverde, José María: Más allá del umbral. 3. 1950. 18, 405-10.

Valverde, José María: Crónica de dos exposiciones: Munich y Florencia. BdA. 1951. 24, 409-413.

Valverde, José María: "Retrato de mi madre", de Cossío. 1952. 26, 173-4.

Valverde, José María: Salmodia al pintor Joaquín Vaquero. 1952. 26, 196-7.

Valverde, José María: "Paisaje del puente", de Caneja. 1952. 26, 254-5.

Valverde, José María: Montes de azul. BdP. 1952. 30, 175-84.

Valverde, José María: "Catolicismo y protestantismo como formas de existencia". BdA. ByN. 1952. 35, 140-2.

Valverde, José María; Llanos, S. J., José María de; Castro Villacañas, Antonio; X. X.: Un esfuerzo cumplido. Crónica del VI Curso de Problemas Contemporáneos. PdC. 1952. 35.

Valverde, José María: La "Biennale", sin color. BdA. EldE. 1952. 36, 249-57.

Valverde, José María: Notas sobre la lingüística de B. Croce. BdP. 1953. 39, 269-75.

Valverde, José María: Versos del Domingo. BdP. 1953. 42, 357-363.

Valverde, José: Poesía en el Canadá. BdA. NA. 1953. 43, 91-3.

Valverde, José María: Un "iberista" en Italia. BdA. EldE. 1953. 45, 352-3.

Valverde, José María: Crítica literaria y humorismo en los U. S. A. BdA. ByN. 1953. 45, 393-7.

Valverde, José María: "Palabras menores", de Pedro Laín Entralgo. BdA. ByN. 1953. 46, 131-6.

Valverde, José María: Del Diario

de un joven literato. BdP. 1954. 56, 219-26.

Valverde, José María: La novela de 1954: "Afable" (Una leyenda), de William Faulkner. BdA. 1955. 63, 435-40.

Valverde, José María: La "Odisea", en versión catalana de Carles Riba. BdA. 1955. 70, 106-10.

Valverde, José María: Hacia una poética del poema. AyP. 1956. 77, 155-72.

Valverde, José María: Hacia una poética del poema. AyP. 1956. 80, 98-113.

Valverde, José María: Hacia una poética del poema. AyP. 1956. 81, 199-225.

Valverde, José María: Trad. en verso de "Seis estampas", de Rainer M. Rilke. AyP. 1956. 82, 63-7.

Valverde, José María: Voces y acompañamientos para San Mateo. AyP. 1958. 98, 159-66.

Valldeperes, Manuel: Poemas de la soledad. BdP. 1954. 59, 191-199.

Valldeperes, Manuel: Poemas de la ausencia. AyP. 1956. 76, 59-69.

Valle, Adriano del: Cuatro romances ibéricos. AyP. 1955. 66, 327-37.

Valle, Adriano del: El descubrimiento de América. NT. 1956. 80, 63-72.

Valle, Adriano del: Hernán Cortés en la conquista de Anahuac. AyP. 1957. 94, 26-33.

Valle, Rafael Heliodoro: Historia del libro en Honduras. BdA. NA. 1953. 43, 94-102.

Valle, Rafael Heliodoro: Hernán Cortés en su ámbito. BdA. ByN. 1953. 45, 371-4.

Valle, Rafael Heliodoro: Bibliografía de Hernán Cortés. BdA. 1954. 56, 248-51.

Valle, Rafael Heliodoro: "La Inquisición en Guatemala", de Ernesto Chinchilla. BdA. 1954. 54, 331-3.

Valle, Rafael Heliodoro: Las ciencias históricas en América (1951-54). BdP. 1954, 55, 80-91.

Valle, Rafael Heliodoro: Salamanca en la América española. BdP. 1954. 57, 348-57.

Valle, Rafael Heliodoro: Cervantes en la América española. AyP. 1957. 93, 369-81.

Valle-Inclán, Ramón del: "Epistolario", de Juan Ramón Jiménez. BdP. 1954. 56, 167-72.

Valls, Aurelio: El ocaso. BdP. 1954. 55, 50-61.

Varela, José Luis: Fortuna de Menéndez Pelayo en el hispanismo alemán. BdA. SdN. 1957. 93, 411-5.

Varela Jácome, Benito (B. V. J.): Orientaciones de la poesía de José Eusebio Caro. BdA. ByN. 1953. 41, 293-4.

Vaqueros Turcios, Joaquín: Dibujos. 1957. 90.

Vasconcelos, José: Deber de Hispanoamérica. NT. 1948. 1, 105-109.

Vázquez Cuesta, Pilar: Un gran poeta desaparecido: Jorge de Lima. AyP. 1955. 62, 246-56.

Vázquez Díaz, Daniel: Cuatro retratos. 1950. 17, 224.

Vázquez Machicado, Humberto: La Academia Boliviana en el II Congreso de Academias de la Lengua. 1956. 78-79, 468.

Vedovato, Giuseppe: Coexistencia y mundo libre. NT. 1955. 66, 259-75.

Vega, Rafael de la: La olvidada ciencia española. BdA. 1951. 21, 469-71.

Velarde Fuertes, Juan: Las declaraciones de García Sayán acerca del Plan Marshall e Iberoamérica. *** 1948. 2, 322-3.

Velarde Fuertes, Juan: La economía del Bloque hispano-portugués. BpL. 1948. 2, 355-358.

Velarde Fuertes, Juan: España en la economía mundial. BpL. 1948. 5-6, 188-9.

Velarde Fuertes, Juan: Geografía económica de Colombia. BpL. 1948. 5-6, 191-4.

Velarde Fuertes, Juan: La renta nacional y los niveles de precios en la Argentina. ***. La Feria de Muestras de Barcelona. *** 1948, 5-6, 193 y 202-203.

Velarde Fuertes, Juan: Situación económica de España en 1948. NT. 1949. 8, 297-11.

Velarde Fuertes, Juan: Política, economía y hombres de la España moderna. BpL. 1949. 8, 437-40.

W

X

Y

EDICIONES
MUNDO
HISPANICO